DOS DÍAS Y MEDIO

José D. Díez

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual de la Comunidad Andaluza, España - © José D. Díez-1998

Una nota aclaratoria a modo de introducción. Ha pasado mucho tiempo desde aquellos dos días y medio que pasé con Miguel.

El tiempo ha curado mis heridas, desgraciadamente no las de Miguel; escribo esto cuando ya ha muerto. Escuchando las cintas una y otra vez, un día decidí hacer un libro. No tuve éxito. Lo he reescrito con ellas como base, y con la inevitable preocupación de que iba a pecar de un estilo microfónico censurable que nadie me perdonaría, se me ocurrió añadir a los diálogos alguna reflexión íntima que me sugirieron las situaciones y pensamientos que Miguel y yo compartimos. Probablemente el resultado iba a ser desequilibrado, pues yo podía introducir matices a la complejidad de los sentimientos, en este caso de los míos, pero quedarían los de Miguel excesivamente literales, ya que no me atreví a imaginarlos. Sin obviar, en esta ocasión, un proceso de destilación obligada de los diálogos, me temo que casi todos los encontré importantes y para nada subordinados a mi propia narrativa, y es que, —usted, lector, juzgará— a mi juicio, lo que Miguel y yo hablamos no podría ser considerado una conversación convencional, pero tampoco forzada. En mis añadidos personales, puse todo mi empeño en ser sincera; al fin y al cabo pretendí ser coherente, de lo contrario habría parecido un desahogo miserable y, por supuesto, falso. También me impuse el no utilizar un lenguaje metafórico, de retórica barroca y presuntuosamente literario; debería ser lo que fue en el recuerdo y lo que sentí al escucharlo. Y es que me niego a pensar que las cosas pudieron ser de otro modo. Pilar.

EL VIAJE

Estábamos en la sala de redacción, cada uno a lo nuestro. Lo nuestro era ser periodistas. Yo acababa de ser fichada; hacía un año, más o menos. Y hacía un año, más o menos, que había dejado la Escuela de Periodismo con un expediente académico envidiable. También pensaba comerme el mundo. Era una inconsciente.

En aquella sala, llena de hombres y alguna singular excepción, algunos trabajaban, algunos no sé qué hacían, algunos parecían estar ocupados en los quehaceres domésticos: este era el caso de un tal Robert, que solía canturrear cuando le daba por hacer nada, pensar en algo poco importante o para no poner la cara de estúpido al uso en estos casos en los que se dan ambas circunstancias. Pero tenía cara de estúpido, además de canturrear una canción estúpida. No me interesaba.

—¡Qué seráa, seráa ... Será lo que deba seeer...!

A su lado, en otra mesa, Miguel; debía estar también pensando, pero, en su caso, en algo trascendente, porque su aspecto me pareció el de un ser desasosegado.

Miguel, casi con violencia en su rostro y ademán, se volvió hacia su compañero...

—Podrías callarte, ¿no? ¡Maldita sea!

—¿Qué pasa, Miguel? ¿No te gusta cómo entono?

—No soporto la gente que parece feliz; ¿dónde coños están los motivos?... Perdona, Robert; esta mañana no se que me pasa.

Ante tan curiosa confesión, con dilema incorporado, agucé mis oídos.

—Pues tú dirás. El que canta un mal espanta...

A Miguel aquel refrán le debió parecer obvio y pasó enseguida a descargar sus pensamientos; debía estar esperando la oportunidad y el interlocutor apropiado.

—¿Tú sabes lo que es estar harto? Yo estoy harto, Robert, creo que no aguanto más.

—Por una u otra razón todos estamos hartos. ¿Puedo saber lo que te ocurre?

—¡Esta puta monotonía ! Me refiero al trabajo. Si no habláramos de la política y de los políticos, ¿te imaginas lo que nos quedaría?

—La sección de sucesos; todo lo demás está impregnado de política. Pero no acabo de entenderte, ¿qué me quieres decir ? Otros están apretando tornillos todo el día.

Algunos se lo pasan jodiendo a los demás y parecen vivir tan ricamente, fue la reflexión inmediata que me hice. Pero había que seguir escuchando; parecía valer la pena. Bueno, lo que quiero decir es que me interesaba Miguel, no como hombre, no en aquel momento, sino como el periodista que me precedía en muchos años de experiencia. Miguel se estaba quejando, era evidente, de la marcha de su vida profesional, ¿por qué? Miguel era ya un periodista con un cierto peso espécifico.

—Envidio al que vive de su creatividad; la información carece totalmente de ella. Y por si no lo sabías, el jefe nos recuerda a menudo: «de opinar, nada; para eso ya están otros...» Yo quisiera darle un nuevo rumbo a mi trabajo. Si me permitieran investigar...

MIguel dijo lo que antecede con sus facciones reflejo vahído de su profundo pensamiento. Robert le interrumpió.

—Nadie te lo impide. Cuando escribes lo que hace o dice un político, a poco que rasques encontrarás un impostor. Investígalo. Otra cosa es que

eso termine digerido por la rotativa. ¿Por qué no escribes una historia a tu medida ? Hazte escritor...

El desenlace que ofrecía Robert era vulgar: Miguel parecía haber emprendido un vuelo trascendente, inconcreto, de una cierta ensoñación preñada de esperanza, y Robert abatía sus alas para que se estrellara contra el suelo del realismo. Una lucecita roja se había iluminado en la mesa de Miguel; significaba que el jefe de redacción le requería en su despacho. Se lo advertí.

—¡Miguel!

—¿Qué hay, Pili?

—El Jefe te llama. Mira la luz. Y si te llama el jefe, todo lo demás puede esperar.

Se lo advertí porque nada de lo que discutía con Robert merecía una espera del jefe. El jefe veía a través de las grandes cristaleras de su despacho y habría terminado llamándome a mí para que sacudiera el hombro de Miguel. Mientras se despedía de Robert, aún tuvieron mis oídos que escuchar unas cuantas sandeces que me devolvieron a la constante de la incoherencia masculina.

—Hasta luego, Robert. No te dejes llevar por mis neuras.

—No seas transcendente; come y calla...

—A todos los conformistas os debían dar por el..., si no os están dando ya.

—Investígame..., a lo mejor ahí podrías encontrar una bonita historia.

—Sin duda; pero me temo que el caso no pasara de corriente. Los rutinarios no tenéis imaginación. Cualquier cosa, para ser original, precisa de imaginación.

Eso de la imaginación, imprecisa herramienta de trabajo, habría de ser una del las constantes más manoseadas por Miguel en esta historia.

—Te gusta sentenciar. Si quieres ser original, comienza por privarte del bocata de las diez. En este momento, todas mis inquietudes están centradas en las vacaciones que pronto voy a tomar.

Me pareció que los dos pretendían resolver aquel mini diálogo como dos pendencieros, el uno con un fino florete y el otro con un inapelable garrote de madera. Decidí recordarle a Miguel que lo importante en aquel momento era atender a la llamada del jefe.

—¡Miguel!

—Ya voy, Pili. Puede que, en el fondo, tú tengas razón.

A partir de ese instante tuve que recurrir a mis dotes para leer en los labios. La puerta de cristal permitía a una curiosa como yo ver lo que se cocinaba en el despacho del jefe, y, sin recurrir a alardes de imaginación, podía interpretar lo que se decía. También, he de reconocerlo, me ayudaba el que se podía escuchar, si hablaban con voz normal.

—¿Puedo pasar?

—¡Pasa, Miguel!

—¿Qué hay, jefe?

—Ha llegado esto. Lee, y dime qué te parece.

Yo sabía qué decía aquel fax, pues yo misma se lo había llevado al jefe de redacción poco antes.

— "En el pueblo (...), en la provincia (...) ha ocurrido un hecho insólito. Una rara construcción en la que, al parecer, vivía un no menos raro personaje, se ha venido abajo. Todo apunta a que se trata de una voladura controlada, lo que hace más extraño el suceso, por cuanto las autoridades locales no tienen explicación, y están, junto a los habitantes del lugar, sumidos en la perplejidad. Aún no han decidido qué hacer, y todos se preguntan si debajo de los escombros no estará el dueño, del que, por otra parte, nadie parece saber su nombre ni detalle alguno sobre su

personalidad". Bueno; suena a historia inacabada —interpreté que decía MIguel.

No necesité leer en los labios. El silencio momentáneo de la sala me permitía oir.

— ¿Por qué no te acercas por allí?

— De acuerdo, jefe. No sabe lo feliz que me hace. Esas gentes de pueblo siempre tienen algo que enseñarte.

— Procura que te enseñen algo de lo que puedas escribir; tienes que amortizar las dietas.

— Un par de días serán suficientes para saber si vale la pena.

— En un par de días se te ocurrirá alguna historia, ¿no?

— No se si una historia, pero sí un cuento.

— Que sea verosímil. No quiero fantasías.

— Un cuento verosímil es una patraña, jefe.

— Pues escribe un cuento que sea una patraña y que parezca una historia, lo que quieras, pero, ¡escribe!

— Da gusto con usted, jefe. Precisamente me encuentro capaz de todo con tal de salir de la rutina.

El jefe le miró por encima de la montura de sus gafas

— ¿Qué quieres decir?

— Yo me entiendo. No se preocupe; tendrá esa historia.

— Pues andando. Tenme informado de lo que vayas obteniendo.

— Así lo haré.

Desconecté mi fino oído y me preparé para una ocasión que había esperado. Al pasar Miguel a mi lado, llamé su atención.

— ¡Miguel!

— ¿Sí, Pili?

— Me gustaría ir contigo.

— ¿A dónde?

— He leído el teletipo, y he escuchado lo que te ha pedido el jefe.

— ¡Ah!; ¿qué te parece?

— Puede ser una historia interesante.

— Y al jefe, ¿le gustaría que vinieras?

— Mañana cojo quince días de vacaciones , y no tenía decidido qué hacer. El jefe nunca me programa mis vacaciones. Depende sólo de que tú quieras.

Y dije esta ultima frase con cierta convicción femenina, forzando de algún modo mis principios, ¿cuáles? Me jodía que Miguel pensara que estaba insinuándome.

— Claro que quiero, pero si allí hay una historia, ¿te importaría que yo la contara?

La pregunta de Miguel era como para mandarlo a tomar por el culo, pero en esta ocasión me contuve.

— Naturalmente que no; te la han encargado a ti. Sólo quiero acompañarte.

— Puede que sólo me lleve un par de días..

— Mi intuición me dice que te llevará alguno más.

— La intuición de las Evas fue siempre la perdición de los hombres.

Otra observación gilipollas, pero si Miguel se sentía bien...A mí con esas...Le lancé una de mis frases favoritas, ya ensayada en otras ocasiones.

— No será el caso. No dejes que tu imaginación masturbe tu mente.

— ¡Jo! Eso no lo había oído nunca.

Los dos estábamos satisfechos.

— Bueno; ¿me llevas o, si prefieres, me voy contigo?

— Si te llevo tendría que pagarte los gastos. Prefiero que vengas conmigo.

¡Que duro me resultaba contenerme! Debía seguirle el rollo, por más que la pose de Miguel me jodiera en grado sumo.

— No te hagas el duro; podrías terminar pagando hasta mis caprichos.

— Me gusta, me gusta; quiero decir, que me gustan las mujeres caprichosas.

— No cojas el rábano por las hojas, Miguel.

— ¿Por dónde lo cojo, por el rábano?

— No seas ingenioso. Si seguimos así, terminarás en un orgasmo de palabras. ¿A qué hora partes?

— Partimos, querida.

— ¿A qué hora partimos, pues?

— Hasta allí debe haber no menos de quinientos kilómetros, lo cual hace seis o siete horas de camino.

— ¿Qué te parece si comemos juntos y salimos a continuación?

— ¿Habrá alojamiento en ese pueblo?

— No sé. Si quieres me informo.

— De acuerdo. Y si no te importa, pregunta de paso algo sobre el pueblo; ya sabes: cuantos habitantes, a qué se dedican, si tiene juzgado, policía, en fin, todo lo que se te ocurra. Si te pido alguna ayuda no te sentirás un paquete, ¿estás de acuerdo?

— Muy bien, compa. Te lo agradezco.

— Nos vemos en el restaurante "María", ¿entre las dos y dos y media?

— Allí estaré.

El momento esperado y diseñado había llegado. No se trataba de un ligue indirecto por mi parte, aunque por la mente de Miguel sí le debió parecerlo. Las neuronas libidinosas de los hombres se activan con facilidad

ante una oportunidad como la que yo le había brindado. Miguel era un periodista curtido y yo estaba en la fase de meritoriado; pensaba en lo provechoso que sería para mí hacer una práctica de campo al lado de un experto. Y Miguel, más contento que unas pascuas, cedió a la tentación masculina —¿o también femenina? Mía no, desde luego— de rociarle por los morros de Robert la satisfacción que sentía en aquel momento. Tuve que volver a leer en sus labios, pues estaba algo alejada.

— Me voy de viaje, Robert, me largo de aquí. Ahí te quedas, planchando el culo.

— Sonríes; ¿qué ha pasado?

— El jefe, por fin se me ha declarado.

— Siempre dije que hacíais buena pareja.

— No hagas esas bromas. Pili se viene conmigo.

— Estás de suerte, por lo de Pili, mayormente.

— No seas cabrón; Pili no es una mujer fácil.

— Yo no he dicho eso. En todo caso, el fácil eres tú.

— Pues vete olvidándote de esa historia; jamás será contada.

Sí, pero Miguel, después de quedar como un caballero conmigo, sugirió una historia que habría de vivir a mi lado: esa historia no podía ser otra que la que cualquier hombre se imagina al lado de una mujer como yo, que, al decir de ellos, estaba bastante buena. Yo estaba preparada para que esa historia se escribiera de forma que, de verdad, no pudiese ser contada, por la simple razón de que yo no me planteaba ninguna historia, aunque, quién sabe los hombres, seguro que se inventaría alguna, o insinuaría veladamente alguna para quedar como hombres.

Me fui al restaurante en que habíamos quedado, pertrechada de armas y bagajes. No olvidé una minigravadora que, lógicamente, sería mi secreto. Con ella pretendía gravar todo lo que sucediera en nuestras conversaciones, entrevistas, etc. Sabía que esto no era jugar limpio con Miguel, pero lo hice

básicamente por dos razones que consideré asépticas: una era que esperaba me sirviera para estudiar luego, con detenimiento, cómo se desarrollaba una investigación periodística y descubrir los aciertos y posibles fallos; la segunda, que quería verme a mí misma en la tesitura de pasar unos días con un hombre, con el que no me unía otro interés que el meramente profesional, y estudiar mi comportamiento, reacción ante situaciones especiales, etc., todo en el plano de la relación hombre—mujer, pero como simples compañeros, según mi disposición en aquel instante. Luego, y después de sacar las conclusiones oportunas, naturalmente destruiría las cintas. Por tanto, en un principio se trataba de enlatar la memoria de un viaje que esperaba provechoso para mí y que el contenido de esa lata sólo sería para mi consumo personal. Si después reconsideré este principio ético, lo fue porque, haciéndolo, creí rendir un homenaje a un Miguel expléndido.

También me planteé que, de entrada, debería atarlo corto, de lo contrario allí mismo podían suceder dos cosas que no quería: que ante el equívoco que pudiera sufrir Miguel, yo tuviera, de forma que no dejara lugar a dudas, que hacerle perder toda esperanza, o que Miguel se volviera impaciente de llevarme a la cama lo antes posible si aparentaba una ambigua disponibilidad. Sabía cómo evitar que eso sucediera sin poner en riesgo aquel viaje que deseaba vivamente. Entré en el restaurante. Miguel advirtió mi llegada.

— ¡Pili! ¡Aquí!

— ¡Qué puntual!

— No tenía nada especial que hacer. Un hombre solo, siempre llega anticipadamente a las citas. ¿Averiguaste algo de lo que te pedí?

— No mucho. Llamé al ayuntamiento de ese pueblo, allí no debían estar muy acostumbrados; parecían sorprendidos y vacilantes.

— ¿Y?

— Ese pueblo tiene unos quinientos habitantes, o vecinos, que no me aclararon.

— ¿Tú sabes la diferencia?

— Creo que es sinónimo, pero no estoy muy segura.

— Sigue. Yo tampoco lo sé.

— Tiene un puesto de la Guardia Civil, una pequeña oficina bancaria o caja de ahorros, y sus gentes se dedican básicamente a la agricultura.

— ¿Y eso es todo? ¿Tienen dónde alojarse?

— Sí; una pensión y otra que ellos llaman hostal, vete tú a saber. Este último, la joven que me atendió, dijo que está muy bien.

— ¿Le pediste el teléfono para reservar? Puede haber una aglomeración de colegas.

— No se me ocurrió, lo siento. Sí le pregunté si habría problemas para alojarse, me contestó que fuera de los quince de cada mes, que hay una especie de mercado, los demás días suele estar medio vacio.

— No te preocupes. Iremos de todos modos, aunque tengamos que dormir en un pajar. Lo sentiría por ti, que en realidad vas de vacaciones. ¿Qué quieres comer?

Podía haberle interrumpido por lo del pajar, pero me pareció que no lo había dicho con picardía, pues no se sonrió buscando mi complicidad.

Comimos paella mientras hablábamos de aspectos relacionados con el trabajo que teníamos por delante. El encuentro era del todo profesional y me sentí cómoda.

— ¿Has pensado algo sobre el tema? —pregunté

— Le estaba dando vueltas al teletipo. Puro misterio, pero no quiero, de momento, dar rienda suelta a la imaginación; siempre acaba uno frustrado. Esperaré a conocer los primeros datos directamente en el lugar.

— Pues más bien parece producto de la imaginación.

— Pero sí te puedo asegurar que me atrae enormemente; se sale de la rutina.

Lamenté lo que dije a continuación. Algunas veces me fallaba el subconsciente.

— También se sale de la rutina el que comamos juntos; nunca me invitaste.

— ¡Oye, oye, que tampoco ahora te invitado!

Ya no podía dar marcha atrás. En realidad, me complacía que Miguel no se sintiera en la obligación de parecer un caballero. Pero no estaba muy segura...

— ¡Jesús, que duro! ¿Lo eres de veras? Creo que lo aparentas.

— Lo aparento; soy un flan.

Me quemaba y no encontré mejor ocasión para recuperar mi autoestima.

— Yo tampoco fui sincera. No permito que los hombres me inviten.

— Eso me suena. ¿Eres muy, muy feminista?

La pregunta era peligrosa. No podía contestar con un lacónico sí, aunque estuviera tentada a ello; toda la estrategia se habría venido al traste. Tenía que cambiar de tema o terminaría enarbolando mi bandera feminista, como una Agustina de Aragón, defendiendo un bastión sagrado para mí.

— Ese calificativo, para vosotros los hombres, suele ser una forma de insultar a ciertas mujeres. Volviendo al tema: me gustaría ayudarte en lo que pueda. He salido poco al campo, como sabes. Tú eres un buen periodista, seguro que aprenderé mucho de ti.

Ya estaba explicitada la razón por la que le había pedido que me llevara con él; a partir de ahí, Miguel debería definirse.

Ante el cumplido, era inevitable que Miguel se olvidara de la cuestión que había planteado.

—¿Qué es ser un buen periodista?

— Escribes muy bien...

—En ese caso soy un buen escritor.

— Escribes bien, o lo cuentas bien, sobre lo que sucede.

— Tampoco es suficiente; falta algo.

— ¿Qué?

— Un buen periodista se define cuando consigue averiguar más allá de lo evidente, luego, lo relata bien.

Me pareció interesante lo que acababa de decir, pero se hacía necesario que me hablara de él en ese contexto.

— ¿Y cuál es tu situación? No te entiendo.

— No creo haber tenido oportunidades.

— Pues yo creía que ya lo venías demostrando.

— De lo que he venido haciendo hasta ahora no se puede concluir que haya demostrado nada. Un periodista es bueno cuando el mismo es parte de la noticia.

— Te entiendo. Quieres decir, cuando se convierte en firma, ¿no?

— Sí; pero, cuidado, no a cualquier precio.

— Comprendo.

Yo, en la escuela de periodismo, había creído entender que era todo lo contrario, pero si él lo decía, sería que la realidad se había impuesto a la teoría.

— Pues como te decía, todo lo que he hecho hasta ahora es lo que yo llamo trabajar sobre evidencias concluyentes; quiero decir que no podía ir más allá, porque no había más allá.

— ¿Crees estar ante la ocasión?

— Lo estoy deseando, y hasta necesitando.

El camarero siempre llama más de dos veces. A veces necesitamos de un tercero para que nuestras reflexiones no empiecen a divagar peligrosamente. Como digo, el camarero nos interrumpió; rara es la vez que un camarero espera paciente a que los comensales se callen; debe pensar que comiendo no se puede estar diciendo nada interesante.

— ¿Me permiten? ¿Puedo retirar esto?

Miguel pidió un cerveza para él y se olvidó de preguntarme si deseaba alguna bebida en especial. Parecía oportuno darle a Miguel una pincelada de urbanidad.

— No has sido muy cortés; primero se pregunta a quien te acompaña qué desea beber...

Pero él debió entenderla mal y su respuesta me confirmó esta suposición.

— Eso suena a cursi.

— Eso suena a cortesía y buenos modales. Y no lo entiendas por la circunstancia de yo ser mujer.

Como siempre sucede, cuando alguien se equivoca, intenta sacar partido de su equivocación; todo menos reconocerlo.

— ¿Te has enfadado? Me revientan las normas... Tendrás que irte acostumbrando a mi forma de...

El camarero se hacía imprescindible para procurar una tregua.

— ¡Perdonen! ¿Les sirvo ya?

— Sí, sí. Gracias.

Pero las cosas no podían quedar así.

— Estabas diciendo que me tenía que acostumbrar, ¿a qué me debo acostumbrar?

El camarero permitió a Miguel deshacer el camino por el que irremisiblemente se perdía.

— ¡Buen provecho!

— Gracias. Tienes razón; no tienes que acostumbrarte a nada.

— Eso está mejor. Mejor decir soportar, o mejor todavía soportarnos.

— Uno, a veces, se deja llevar de los impulsos naturales.

Cuando la equivocación reiterada no da resultado, uno le suele echar la culpa a la naturaleza. Pero yo sabía de qué hablaba; él no.

— Si son naturales, son comunes; quiero decir que son comunes a los hombres y a las mujeres. Aunque no exijo especiales deferencias por el hecho de ser mujer, están las normas...

Tenía que encontrar un tema que le diera ocasión de polemizar con ventaja.

— No me contestaste a la pregunta de si te consideras feminista.

— ¿Qué tienes contra ellas?

Se colocaba en posición de ataque, pero utilizando técnicas terroristas.

— Una definición puramente teórica; nunca tuve experiencias íntimas con ninguna.

Antes de yo contestarle, debía conocer su visceral —no esperaba otra cosa— opinión.

— ¿Puedo saber cómo las defines?

— Voluntariosas, con inteligencia superior a la media.

— ¿Nada más?

Qué equivocación la mía; debí considerarlo suficiente.

—Nada más. Cuando me encuentre una en la cama podré saber a qué saben. Contéstame ahora, y no con otra pregunta, por favor.

Me estaba perdiendo; él me llevaba ventaja.

— No puedo contestarte. Ignoro si lo soy. Creo que las así llamadas feministas no aceptan tal calificativo. Ya te digo: ese calificativo se ha convertido en peyorativo... Eso de la cama no me ha hecho mucha gracia.

— Todos los estereotipos son incomprendidos. Tú debes ser un estereotipo.

Confieso que me sentí vencida. Si alguien te define de forma que te haga sentir singular, poco importa el contenido de esa singularidad. Que alguien te hable de tu esencia, siempre resulta alagador; otra cosa es si te tratan de insultar.

— Me alegro que seas tan comprensivo.

Hizo de la leña, astillas. Miguel a continuación me aclaraba que, aunque un estereotipo, yo formaba parte de un montón, probablemente, y en su criterio, un montón estereotipado. Añadió.

— De todas formas creo que fuerzan el rol que la naturaleza ha asignado para ellas, para las mujeres, quiero decir.

La naturaleza; yo nunca supe bien cuál era mi naturaleza. Cuando no da resultado el recurso a la naturaleza, se intenta buscar refugio en otros principios que el hombre se inventa para justificarse; este fue mi caso.

— En todo caso fuerzan el rol social, no creo en eso que dices de la naturaleza.

O en mirar a otro lado.

— La paella está muy buena.

— Comprendido, ya me callo. Pensé que no lo tenías claro.

Lo que más me podía molestar, sucedió: Miguel ya daba por hecho que me conocía, que yo no me conocía a mí misma y ahora esperaba que, además, le rindiera pleitesía; Miguel debía estar deseando preguntarme.

— Y yo, ¿qué te parezco como tío?

— Esa pregunta no la esperaba. No lo sé. Tú me has pedido que me defina; igualmente lo podrías hacer tú de ti mismo. Intuyo que eres un tío interesante; pero me faltan datos.

— ¿Como cuáles?

A esa pregunta obvia tenía que contestar, pero sentía moverme en arenas movedizas.

— Convivencia. Relación hombre mujer. La mejor definición de los hombres la hacen las mujeres.

— ¿Sexo? ¿Lo que yo decía antes de la cama?

Él marcaba las capitulaciones de mi derrota, como no podía ser menos. Y yo me seguía hundiendo más y más

— Eso es una simpleza. Aunque tú pienses lo contrario, pienso que los datos que proporciona el sexo, tomado aisladamente, son primarios o, como máximo, complementarios.

— ¿Qué debe acompañarle? ¿No te acostarías conmigo, sin más?

Nunca preguntes a un hombre que desearía hacer contigo, porque no hace maldita la falta, y contestar a la gallega, no siempre desarma al adversario dialéctico.

— ¡Vaya pregunta! ¿Y tú? ¿ Siempre eres tan directo?

— Ya; me acostaría ya.

Punto y final: el sentido del humor también es otra salida.

— Pues pide al camarero que nos traiga una cama. ¡Ja, ja,ja! ¡Miguel!...

— ¿Te cachondeas?

Sentí una ligera ventaja, pero me arriesgaba a enfurecer a mi contrincante. Así que decidí que, al menos, quedara a salvo mi dignidad, por si Miguel se creía convencido de que yo estaba en almoneda.

— Naturalmente. Te veo venir. Desde que te propuse acompañarte tú sólo has pensado en eso, ¿me equivoco? Pues eso no está en mis planes, querido. Tampoco te lo reprocho; estás en tu papel. Y ahora que sabes cual es mi disposición, si quieres me quedo.

— ¿Es frialdad o estrategia?

La pregunta se las traía, y yo sentía ganas de mandarlo a tomar por saco, pero, por esta vez —quizá la segunda— decidí que pelillos a la mar.

— Me ofendes, Miguel. Eso son conclusiones de nuevo simplistas. Creo que deberíamos dejar el tema, ¿no te parece que no casa bien con esta paella? Con tales disquisiciones aún no la he saboreado.

Algunas veces los hombres aplazan sus peticiones a las mujeres dándonos una tregua. Nosotras siempre lo agradecemos. Volvimos a hablar del tema de trabajo.

— ¿De qué quieres que hablemos? Quiero que vengas, de todas formas.

— ¿Has pensado cómo iniciar tu investigación?

— Tengo ideas cruzadas, nada concreto. Espero que una vez allí, el asunto valga la pena y encuentre el hilo conductor.

Divagamos sobre las claves que podíamos obtener a partir del teletipo. Miguel apuntó un esquema básico de actuación. Yo añadí algunas sugerencias. Las aguas volvían a su cauce y me sentía de nuevo cómoda en un mismo barco. Quise profundizar en una profesión en la que cada uno parece ir por libre. Un curtido profesional debería tener las cosas claras, y me decidí a preguntar.

— ¿Te ajustarás a los hechos reales, o los apoyarás con tu imaginación?

Miguel puso mala cara.

— Te agradezco el eufemismo. Por apoyarás entiendo que si los inflaré. A veces no queda otro remedio que rellenar las lagunas con la imaginación; pero sólo para dar continuidad y comprensión a los hechos.

Yo debía parecer una ingenua y seguí insistiendo.

— ¿No para inflarlos, utilizando tu expresión? A veces las noticias se quedan en nada.

— No para inflarlos; se te podría ver el plumero. Un trabajo periodístico no es una novela.

Eso estaba bien como definición de lo que yo entendía por periodismo; mejor dicho, de lo que me habían enseñado. Si Miguel era un arribista solapado, la siguiente pregunta lo pondría al descubierto.

— Los periodistas pueden, y a veces lo hacen, cambiar la historia.

Miguel respondió con firmeza.

— Pues no debemos cambiarla. Podemos interpretarla, como una partitura un músico; lo otro es puro libelo. El buen periodista debe ser sucinto con los hechos.

Miguel había salido del trance con nota alta. Ahora había que separar el grano de la paja.

— Muchos individuos por ahí no le hacen ascos; ya sabes a qué me refiero.

— También en nuestra profesión hay mucho mercenario. Yo dejaría esto, si me viera obligado...

— Todo se corrompe.

— No digo que no. Todos tenemos un precio. Para ser ético sólo se necesita tener asegurado el pan y el agua. Yo dejaría el periodismo.

Estaba claro, o lo tenía claro en ese momento: Miguel era un prototipo de periodista ético; de libro, vamos. Yo empecé a valorar lo que me habían enseñado en la escuela. Pero se me ocurrió que podía haber una diferencia entre lo que queremos y lo que estamos haciendo. Quería saber si Miguel estaba en ese caso.

— ¿Estás de acuerdo con la linea del periódico?

— No del todo. La linea de independencia que mantiene es aceptable, no así sus fijaciones.

— ¿A qué te refieres?

— Temas con espacio fijo y obsesivo, colaboraciones en nómina, especialmente los de opinión.

— ¿Qué tienes contra ellos?

— Son monocordes. Se nota demasiado la voz de su amo.

Yo también era de esa opinión, pero nada más complace a un maestro que su alumno le haga preguntas ingenuas, y yo la hice la más ingenua para la ocasión.

— ¿Crees que hay consignas?

— No se necesitan; se elige adecuadamente. Hay amanuenses a porrillo, que leen en la cara de quien les paga.

— ¿Cómo se eligen?

— Los dueños de los periódicos, naturalmente, eligen primero un director. Se negocia, y éste, que conoce el paño, hace todo lo demás. ¿No aprendiste esto en la facultad?

Parecía no darse cuenta de que mi ingenuidad ya no podía ser natural. Pero lo veía satisfecho en el papel que yo le había asignado y seguí perversamente, inflando su ego y abriendo espitas a su desahogo.

— No digas tonterías. ¿Y qué se persigue actuando así?

— Un periódico es una plataforma de presión que atiende a los intereses de sus dueños.

— ¿No existe la independencia a secas?

— No; ni en la hoja parroquial.

— Parece frustrante, ¿no?

— Lo es, pero qué quieres que te diga: o trabajas para alguien, o lo haces para ti mismo.

— Según tú, el periodista es una especie de escritor frustrado, ¿no?; un empleado o algo parecido.

— Eso se dice. No encuentro nada en común entre un periodista y un escritor, como tampoco lo hay entre un pintor de brocha gorda y uno que pinta cuadros; ambos usan la misma técnica, o si quieres los mismos medios. La diferencia, en ambos casos, está en que unos utilizan la imaginación y otros las fuentes. ¡ Fuentes; que maldita palabra!

Esto último le acercaba a la sabiduría de un verdadero maestro, y no tuve más remedio que reconocer que él era el maestro y yo la alumna. No obstante, creí percibir un sentimiento de frustración en Miguel que en aquel momento no tuve claro. Decidí no acosarlo para que me abriera su alma y cambié de conversación, preguntándole si quería café. También me ofrecí a relevarle.

— Si en algún momento te sientes cansado, me lo dices, y te relevo.

— No será necesario; conducir no me cansa; aunque me suele afectar el síndrome de la digestión.

No pude resistir la tentación; necesitaba preguntarle.

— ¿No te sentirías seguro si conduzco yo? Yo no tengo ese problema.

— No es eso. No me siento bien cuando me llevan.

— Conduzco muy bien, sobre todo segura.

— No lo dudo, mujer; es que prefiero conducir yo, si no estoy escayolado o voy en el coche de otro. Termina el café y vámonos.

— La oferta queda en pie.

— Te prometo que si me siento cansado, te lo diré.

— Eso está mejor.

La duda quedó completamente despejada; Miguel no se sentía inseguro por el hecho de que una mujer condujera temporalmente su nave. Luego entramos en un asunto trivial.

— He de coger gasolina, llenaré el depósito; no quiero llegar tarde.

Creí hacer una sagaz pegunta.

— ¿Con el depósito lleno se llega antes?

— No lo decía como causa efecto; prefiero parar lo menos posible.

— ¿Ni para hacer un pipí?

— Utiliza la bolsa que va debajo del asiento. ¡Ja, ja,ja!

— No seas guarro.

— Está bien. No había pensado en eso, y en que las mujeres sois unas meonas.

Algunas veces sentí que me debía haber mordido la lengua, y ahora había sido una de esas ocasiones. Salí como pude de aquel trance.

— ¡Vaya por Dios! Eso puede ser verdad; pero no hace falta que lo pregones... No corras demasiado; nada se moverá de allí.

Miguel era generoso y volvió a sentirse en la necesidad de guiarme en el proceloso mar del periodismo práctico.

— O das tú la noticia o la da la competencia. En esta profesión es vital llegar primero. Si pillamos a la gente levantada, tendremos tiempo de mandar algo a la redacción esta noche, y podrá entrar en las últimas ediciones.

— Una noticia con tantas incógnitas precisará de tiempo.

— Esa es la verdad. En realidad no vamos a hacer la crónica de un suceso, sino desvelar un misterio, espero... Será el mejor investigador el que se lleve el gato al agua.

— ¿Habrá mucha basca?

— ¡Puf! Estará lleno; hay poca carroña para tanto buitre.

Lo sabía, o mejor dicho, lo presentía, pero yo iba de ingenua y no podía salirme de mi papel.

— Vaya estima que tienes por el oficio.

— Eso somos, Pili, por si no lo sabías. Todos buscamos hurgar en las entrañas. Las mejores noticias tienen que ver con abscesos, tumores, gangrenas, corazones putrefactos. Penetrar en los genitales y descubrir sus andanzas. Entiéndelo en sentido figurado.

Y tanto que lo había entendido en sentido figurado, pero también sentí un ligero escalofrío; Miguel lo había dicho con rabiosa vehemencia.

— ¿Caes a menudo en éxtasis parecidos?

— Cuando me siento en confianza; no quiero que me tilden de chorras. Ahora ha sido un lapsus.

Entendía que Miguel tratara de disculparse; no tenía por qué estar seguro de mí, ante aquella explosión de sentimiento que a mí me pareció sincera.

— Pues a mi me pareció sublime. Y siéntete en confianza conmigo.

— Entonces, la chorras eres tú, y perdona. Lo de sublime es siempre una exageración, ¿no?

— Perdonado, hijo. Yo creí que te salía del corazón.

— Lo dirás también en sentido figurado. También se puede decir que me salió de la mala leche que uno bebe todos los días.

— Me gustó, te lo digo sinceramente, aunque sea una visión pesimista. Lo de los genitales es todo un hallazgo literario. Me gustan las expresiones que excitan...

Una concesión irreflexiva por mi parte; yo quería premiarlo y lo inevitable sucedió.

— Y esto, ¿te excita?

Miguel abandonó el volante. Cuando alguien, por cualquier causa, se excita, es imprevisible por dónde va a desembocar la fuerza que acumula. Miguel hizo un amago de cogerme un pecho.

— Eso me da pánico, Miguel. Ocúpate de conducir, y con las dos manos, por favor.

Fui excesivamente complaciente con la actitud de Miguel; debí reprocharle aquel intento de acoso sexual.

— Perdona. Era un simple test.

Pero de haberme enfadado como convenía a aquel hecho, quizá habría levantado un muro de frialdad entre nosotros. Decidí bromear partiendo de ridiculizarlo un poco; poco, digo, sólo lo que los hombres admiten de buena gana de las mujeres.

— Eso sí que es una chorrada. ¿También llevas una cama debajo del asiento?

— No te pongas así, mujer. Tendré cuidado contigo. Eres durilla...

Nuestra convivencia estaba a salvo.

— Tampoco muerdo. Ahí adelante tienes una gasolinera.

— Me he pasado. Lo siento. Pensé que un poco de humor...

Agradecí aquella expresión de arrepentimiento y me puse tierna con él.

— ¡Tonto!

— No vuelvas a decir esa palabra; en boca de una mujer me pone cachondo.

Otra equivocación y comenzaba a sentir la impresión de que me equivocaba con más frecuencia de la que me debía permitir. Divagué sin convicción.

— Eres un cómico; pero no me haces gracia.

— Lleno, por favor. Te digo que es verdad, Pili.

— Anda, anda. Aparca tu obsesión.

— No la vuelvas a decir; en ese tono, claro.

— ¿Quieres callarte ya?

Hubo un silencio mientras Miguel llenaba el depósito de gasolina. Regreso al asiento del coche con expresión optimista, sin que yo supiera adivinar la razón.

— Ahora, ¡adelante!. Me siento *boy scout*..

Seguí malditamente divagando.

— Lo prefiero a Superman. Bueno; tampoco estoy muy segura de esos.

— Nunca presumo de lo que soy; mucho menos de lo que no soy.

Y ahora me comportaba como una autentica gilipollas. Dije esto que sigue y encima me reí de mi propia gracia.

— ¿Y de lo que tienes? ¡Ji, ji, ji!

— De eso no presumo, estoy satisfecho. Me alegra que lo tomes así.

Menos mal que Miguel fue comedido y escueto; me tenía merecido una contestación, —o quizá una exhibición— más fuerte.

— Allá tú cómo te lo montas. Yo pensaba que esa satisfacción no te correspondía a ti tenerla.

— Ahí me has pillado.

Yo no había sido consciente, sin embargo había acertado con la expresión oportuna y me sentí satisfecha, aunque también admití que pudo haberme contestado con una grosera invitación.

— Bueno; dejémoslo ahí. Pon música. Quizá eche un sueñecito.

— De acuerdo... ¿Te va esta?

— M ú s i c a , s í ; s ó l o música.

— ¿No te gustan los cantantes?

— Para el caso, sólo si llevas una nana.

— ¡Menuda niña estás tú hecha!

— Pues te equivocas; llevo una niña dentro.

Qué iba a decir yo. Pero Miguel estaba siendo más sutil; en ese terreno me ganaba siempre, o eso es lo que yo sentía.

— Hasta ahora sólo he visto una mujer, ¡y qué mujer!

— No sé cómo tomarlo; me dormiré, a ver si lo descubro.

— ¿Me contarás lo que sueñes?

— Mi subconsciente me pertenece. Ya veremos.

Desconecté la grabadora; no esperaba que Miguel hablara solo ni que yo soñara en voz alta. Tardé en dormirme. Rememoré todo lo hablado con Miguel hasta aquel instante y encontré un sinfín de frases felices que debería haber utilizado como alternativa, pero ya era tarde. Creo que el sueño me llegó cuando ya había cerrado el círculo no sé cuantas veces.

...

...

— ¡Pili! !Despierta!

No fue un despertar suave; Miguel me sobresaltó como un toque de diana inmisericorde. Puse la gravadora en marcha. Esta operación no resultaba difícil y delatadora: consistía en meter la mano en el bolso y pulsar una tecla que yo tenía memorizada.

— ¿Hemos llegado? —pregunté.

— Llevamos dos horas de viaje. Estamos a mitad de camino, y me aburría.

— ¿He dormido dos horas?

— No sé si dormías, eso parecía.

No debía estar en vigilia completa, porque pregunté una tontería impropia de mí, sobre todo después de tanta reflexión como había hecho antes de dormirme.

— ¿Doy bien de dormida?

— No roncas. Parecías una medusa que se inflaba y se desinflaba; sí, eso parecías.

— ¡Que vergüenza! ¿Me observabas?

Otra observación que resultaba incoherente con la pregunta anterior. Quizá no era vergüenza lo que sentía y sí curiosidad.

— Sí; pero no me atreví a comprobar si eras una medusa.

— Las medusas son peligrosas; son irritantes.

— Por eso.

No podía permitirme trivializar más y me propuse ser algo más trascendente.

— Bromas aparte, reflexionamos poco sobre el fenómeno del sueño. ¡Que bien si la muerte fuera un sueño eterno!

— No cabrían ya las camas en el mundo. Pero tienes razón: ¿qué mejor cielo se nos podría prometer? Ya lo decía Hamlet: *«¡Morir..., dormir!... ¡Dormir!... ¡Tal vez soñar!»*

— También se tienen pesadillas.

— Bien, eso sería el purgatorio; todos tenemos alguna culpa que lo merece.

— ¿Y para el infierno?

— Eliminado. El infierno eterno es una venganza infinita. Toda culpa debe tener una redención clemente. Dios y su infierno deberían ser replanteados, si alguien se propone introducir algo de coherencia en esos asuntos.

Miguel, en aquel momento, me pareció un ser verdaderamente interesante y sentí curiosidad por conocer algo más de su inteligencia esencial, esbozada hasta entonces como ocasionales pinceladas, cuando dejaba de ser frívolo.

— Lo que has dicho es muy sensato. ¿Tú crees en esas cosas?

— No; pero tengo el mismo derecho a reinventarlas... Pero no podría, ya que no las imagino.

Aquella justificación me pareció original

— ¿Imaginarlas...? No es lo mismo imaginar que creer. Soñar debe ser otra cosa.

Pero Miguel no recogió la invitación a que se explicara.

— Lo dices porque soñabas, ¿no?

— ¿Quieres que te lo cuente? Un sueño como el que he tenido, bien pudiera ser el cielo.

— Lo estás deseando. Cuéntalo, si no es pornográfico. Bueno; cuenta lo que sea.

Esa mezcla de frivolidad y profundidad de pensamiento me desarmaba, pero, por primera vez, me sentía a gusto. Me inventé un sueño del que más tarde sentí un cierto pudor, porque era una escenificación de un íntimo deseo. Fue un pretexto para que viera la persona sensible que le acompañaba.

— Pues mira, es bastante sensual; pero no por lo que tú puedas pensar... Recuerdo una casa extremadamente lujosa. En una sala espaciosa, delicadamente decorada, me encontraba frente a un hombre de un gran porte que me miraba mientras me tomaba de las manos. Su mirada era dulce, tranquilizadora, yo le miraba embelesada; su figura era impresionante. Me hablaba con voz envolvente, como en una sala acústica, que me estremecía. Recuerdo sus palabras, me decía: “tú has sido la elegida.”

— ¿Para llevarte a la cama?

¿No se lo tomaba en serio? ¿O pretendía descubrir en mí sueño un mensaje subliminal? No, no podía haber descubierto tan pronto que mi sueño era inventado.

— N o ; n o m e d e c í a e s o , n o s e a s s i m p l e

— Ardo en curiosidad.

— Me sentía afortunada, inmensamente feliz. Muy lentamente, y siempre cogida de la mano, me conducía como flotando, en lugar de andando, hacia un gran ventanal que más parecía una pared de cristal. Una vez allí, me mostraba un paisaje que me pareció fantástico. El me decía: "todo esto que ves podrá ser tuyo, si haces cuanto de ti solicite"...

— Te quería llevar a la cama; una tentación imposible de rechazar.

Se estaba creyendo el sueño y su reacción era la propia de quién usurpa anticipadamente la intención de un personaje de ficción. De paso pretendía hacerse el gracioso.

— Si me vuelves a interrumpir con parecidas simplezas, cambio de canal.

— Ya no te interrumpo. Sigue.

— ¿Dónde estaba? Ah, sí: yo le decía, "soy tuya."

— ¿Y él qué te propuso? Me tienes en ascuas. Eso último de, "soy tuya", algo rápido, ¿no?

Me psicoanalizaba. No debía dejarme llevar a su terrreno

— Nada. Aparecí en un prado de fresca hierba. Él no estaba allí, pero sentía su presencia. Sentada, hundida hasta la cintura en aquella alfombra verde, miraba lo que me rodeaba: un escenario, nunca mejor dicho, de ensueño. Caía el agua en cascadas, que descendían como cabelleras plateadas desde los altos picachos que perdían sus cumbres entre brumas, y que se situaban al otro lado de un lago de aguas negras, sólo festoneado por la espuma de pequeñas y blancas olas. En el horizonte, no lejano, la música surgía del silbar de los árboles, que se mecían esbeltos, a la vez que te enviaban una brisa cálida que me hacía respirar hondo, y mientras todo mi cuerpo se bañaba de placer. En aquel éxtasis, me dejaba caer sobre la alfombra húmeda que formaba la hierba, y miraba al cielo contemplando las

nubes, blancas como algodones, que se trasladaban veloces, formando figuras que evocaban aves migratorias.

— ¿Todo era así de irreal? ¡Que maravilla de sueño! ¡Sigue, sigue!

Por el comentario de Miguel, me pareció que no me me había excedido en metáforas; sólo las justas. Y ni yo misma me reconocía. Estaba imaginando y con cierta fortuna. Estuve a punto de decirle a Miguel que aquello era un puro cuento, que no se lo creyera, pero no lo hice; no quería que me tachara de gran fabuladora.

— Todo parecía real. Mis sentidos excitados a tope. Estaba sola y, sin embargo, no sentía soledad. La figura de aquel hombre la sentía a mi lado, palpitante, como si toda la naturaleza que me rodeaba fuera él.

— Ese polvo no hay quien lo mejore. ¿Cómo acabó?

Una reacción brutal. Una blasfemia pronunciada ante una sensible declaración de amor sublimado y trascendente.

— No debí contártelo. Demuestras ser un insensible. Vaya conclusión la tuya.

— No disimules. Hasta yo he sentido una especie de orgasmo.

—¡Se acabó! Cuando quieras excitarte, recurre a tus propios sueños.

Sabía que exageraba. Puede que, de algún modo, estuviera alimentando sus fantasías, pero era evidente que exageraba.

— No te enfades, mujer. Si Freud estuviera aquí, interpretaría tu sueño más o menos como yo, quizá él lo llamara un orgasmo místico, pero para el caso es lo mismo. Yo de pequeño casi siempre tenía pesadillas. Ya de mayor también soñaba con prados y con nenas, creo que es que no sabía cómo se hacía, porque no recuerdo que llegara a penetrar a ninguna. La humedad de mi pijama, con su incomodidad, me despertaba. Luego me afanaba en restregar mi inmaduro semen por toda la cama, pretendiendo así ocultarlo a la observación de mi madre.

Él seguía en freudiano, intercambiándose los papeles: declaraba, interpretaba, preguntaba.

— Buscando similitudes, mi sueño sería la poesía, mientras que los tuyos no pasarían de la prosa más prosaica.

— De acuerdo, de acuerdo. Dime, por lo menos, qué representa para ti ese sueño.

Volvía a ser el Miguel imprevisible. Cualquiera hubiese sentido la tentación de anticipar su interpretación. O quizá no, y Miguel quería que yo le descubriera el mensaje, seguro ya de intuirlo. Pero para imprevisible, yo.

— El cielo. Ya lo dije al principio.

— Y según tú, en ese cielo, los seres que lo disfrutan se sienten felices disueltos en ese ser que lo inunda todo, ¿no es así? ¿Dónde estaban los demás?

Una pregunta que me llenó de confusión. Pero no podía ser ambigua y contesté con lo más coherente.

— No había nadie más.

— Pues si ese es cielo con el que soñáis los creyentes, me parece terrible; es excluyente y exclusivo. Siempre pensé que los placeres compartidos eran más placeres. Al parecer, y si ese es el cielo, habrá que irse olvidando de los seres queridos que dejas atrás o que te precedieron, ya que es posible que ellos estén penado para toda la eternidad en el infierno. Sólo pensarlo, paso del cielo que prometéis.

Miguel, el profundo Miguel, volvía a hacer una reflexión que me aturdió aún más.

— No tiene por qué ser así, Miguel. Sólo ha sido un sueño.

— Pues lo que digo: no lo llames cielo, ni siquiera pretendas que desearías que el cielo fuera así.

Implacable. Estaba totalmente desarbolada. Ni siquiera podía recurrir al socorrido comodín de la metáfora.

— Sinceramente, no había pensado en eso.

— Pues piénsalo, querida. Sólo te pongo ante la verdad para que la descubras por ti misma. Verdad que siempre será relativa, pero no una paradoja, terrible paradoja, en este caso.

Se estaba cebando en mi situación de perplejidad sin salida posible.

— Eso que dices debe tener una explicación que se me escapa.

— Pues mientras la encuentras, vamos a tomar café, y de paso damos una tregua a nuestras neuronas.

Me di por vencida y como una bestia ofrecí humilde mi cuello.

— Lo necesito. ¿Siempre eres tan profundo pensando?

— En todo lo que atañe al pensamiento se ha de llegar al fondo, sin miedos. Ahí hay un bar restaurante.

Tenía que escapar. Cada ocasión que le daba me sentía más herida.

— Es hora de que hablemos de algo importante .

— ¿Más importante?

— Sí; pero de este mundo. ¿Cómo hacemos con los gastos?

— ¡Uf! Menos mal. Decídelo tú.

Y encima me demostraba que su reacción había sido visceral y no una pose para deslumbrarme.

— Todo a medias.

—¿Y cuando yo, por ejemplo, me tome un café, y tú, además, pidas un bocata de jamón?

— No lo compliques. ¿Cómo lo harías tú? Da corte pagar cada uno lo suyo.

— Dejémonos de convencionalismos. Por ahora, una vez pagaré yo, la próxima tú... Ya lo decidiremos más adelante.

En mi estertor, quise intentar zafarme del pie vencedor que me humillaba. Pero no conseguí otra cosa que sentir más dolor. Debí preguntar con la cara más estúpida que jamás alguien había ensayado.

— ¿Qué quieres decir con más adelante?

— Nada, mujer; que ya nos plantearemos ese tema, no tiene importancia, ¿no?

— De acuerdo; pero no consentiré que pagues una peseta por mí.

— Si Dios nos dejara, estaría dispuesto a compartir el cielo contigo; pero ya veo que os bastáis y sobráis.

Volvía a la frivolidad, pero aún así, Miguel me apuntillaba inmisericorde. Pedí, suplique que aceptara mi rendición.

— Déjate de bromas. Estoy algo pillada en eso del cielo. Tendré que pensarlo...

— No te preocupes más de ese tema. Busca mientras puedas los cielos que se te antojen en este mundo. Que cuando estés a punto de morir, puedas decir que te quiten lo bailado.

Toda una filosofía del pragmatismo. Hice un esfuerzo para estar a su altura dialéctica. Recurrí a la teología más simplista, pero consciente de que no tenía escapatoria.

— Quien busca cielos en este mundo esta hipotecando los que le esperan en el otro.

— ¡Aleluya! ¿Eso lo dice la Biblia? ¿Ya se hablaba allí de hipotecas?

Me sentía terriblemente ridícula. Ya no podía más.

— No sé si lo dice y si lo dice así, es una suposición mía. Café con leche, por favor.

— Dos cafés con leche. Y tú, ¿por qué no has tenido la cortesía de preguntarme lo que quería?

— Tienes razón; la cortesía es unisex.

— Tu feminidad versus feminismo.

— Hablaba de cortesía, no de delicadeza.

Seguía sumida en mi propia incoherencia. Debía estar delirando. Y Miguel estaba firme, como una roca a la que yo intentaba en vano mellar con mi incontinente lengua.

— No entiendo una palabra. Lo sutil no es mi fuerte.

Mis sutilezas eran burdas, pero tuve que agradecerle ese cumplido mínimo.

—¿Quieres que conduzca yo?

— De acuerdo, iré mirando el paisaje.

— Llenará tu alma de buenos pensamientos.

— Mis pensamientos los provocas tú, mi amor.

Su frivolidad, como una pirueta intermitente, me sacaba de quicio, y a duras penas encontraba mi sitio en el que sentirme firme.

— ¿Por qué no te dejas de cursilerías? No me acoses, Miguel.

— Nada más lejos de mi intención, Pili. Sólo manifestaba mi disposición.

— Tomaré nota de eso ¿Nos vamos?

Sentía arrastrarme detrás de él como un perro apaleado que no se atreve a huir de su amo.

— ¿Cuánto es? —preguntó Miguel.

— Ciento cincuenta pesetas.

— ¡Vaya! Tengo que darle cinco mil.

— Espera. Creo que yo llevo cambio; sí, aquí tiene.

Sentía envidia de que Miguel manifestara claramente su paz de espíritu; el mio sólo era un fantasma errante, asustado, buscando su sombra inexistente.

— Toma las llaves, algún día te daré las de mi apartamento.

Frivolidad por frivolidad; era el único terreno en el que podía competir.

— No tengas prisas; tengo uno muy cómodo. ¿Dónde tiene tu coche el freno?

— Déjate de coñas.

— De verdad, ¿no te importa? No lo hagas por complacerme.

— De acuerdo, lo hago porque me lo has pedido. Perdona, mejor porque te has ofrecido, y yo lo agradezco, ¿está bien así? Siempre estás a la defensiva.

Estaba a la defensiva, y él me había descubierto. ¡Qué mal lo estaba pasando, Señor!

— Veo que te cuesta ser amable.

— No seas contradictoria. La sinceridad debería ser más apreciada que la amabilidad; esta última suele ser empalagosa e hipócrita, ¿tú qué aprecias más?

Me pedía mi opinión. Me sentí algo aliviada.

— Supongo que la sinceridad, sí. Pero tu pregunta es capciosa; no son antónimos.

— Seamos sinceros, todo funcionará mejor.

— El limite de la sinceridad esta en la ofensa. Trata de dormir; quizá tengas un bonito sueño.

Me pareció haber recobrado algo de autoestima. Esperé impaciente la contestación de Miguel. No hubo contestación. Comencé a sentirme bien.

— No tengo sueño. Iré mirando el paisaje.

— ¿Llevas un mapa de carreteras?

— Sí. Espera. A ver... Sí, estamos aquí, más o menos. Yo te indicaré cuando debas tomar otra carretera.

— Si no te importa, quisiera reflexionar por mí misma durante un ratito.

— Es bueno reflexionar a solas; se vuelve uno menos dogmático.

— Nunca trato de imponer mis ideas.

— Tampoco las uses como escudo ante los demás.

— No empieces.

— Adelante, ya me callo.

Todos somos dogmáticos cuando intentamos instalarnos en nuestra verdad respectiva, incluso cuando esa verdad la arropa la evidencia que se presenta ante nuestros ojos como un cuadro elaborado por nuestro pensamiento, una sensación que nos transmite nuestros sentidos, detectores imperfectos que más de una vez nos hacen ver blanco lo negro. Pero con ellos contamos y de ellos dependemos para sentirnos seres evidentes y no imaginarios. Respetémoslos, pues, como los únicos porteadores fiables de eso que entendemos por verdad, que quién sabe lo que significa, sobre todo cuando hablamos de verdad y no de verdades.

Me hubiese gustado haber hecho esa reflexión en alto. Creo que estaba a la altura de Miguel, pero iba en ella mi contradicción profunda, y seguro que él la habría detectado.

...

...

Miguel me sacó de mi ensimismamiento.

— Pili, creo que pronto hay que tomar una desviación.

— Tú dirás. Estaré atenta.

— Conduces muy segura, es cierto.

— ¿Significa que conduzco bien?

— Te falta algo de soltura; pero eso es algo femenino.

— La soltura no es patrimonio masculino.

— Sois más conservadoras que los hombres; eso no es ningún demérito.

— Hablábamos de sinceridad. Siempre pensáis que no os igualamos, que somos inferiores, ¿verdad?.

— En unas cosas sí y en otras no. Ni todos los hombres funcionan con iguales parámetros, ni todas las mujeres tienen disminuidas sus capacidades con respecto a los hombres. Siempre tan suspicaz.

— No me queda más remedio. Siempre que me provocáis, trato de aclarar lo que parece queréis decir y no os atrevéis.

— Te tendré que pedir que reflexiones de nuevo. Creo que el próximo cruce es nuestra carretera.

Era algo que no podía evitar. Si alguien intentaba poner en cuestión la igualdad de sexos, yo estaba pronta a saltar a la yugular del que se atrevía. Por lo general, siempre salía airosa. Ahora, con Miguel, tampoco lo podía evitar, pero con él sentía que me tenía una especie de comprensiva conmiseración, y me hacía sentir ridícula.

— ¿Estamos cerca? —pregunté, sin acabar de desconectarme de mis incómodos pensamientos.

— Si te refieres al pueblo, creo que no queda mucho. Aún hemos de pasar un pueblo que no es el nuestro.

Una duda me mortificaba, añadiendo un plus de mortificación a mis múltiples heridas. Me decidí a despejarla.

— ¿Te resulto insoportable?

— No. Tus opiniones suscitan las mías, nada más. Tampoco yo pretendo ser portador de verdades absolutas. No existen verdades absolutas que conciba el pensamiento.

Él era aún más escéptico, pues hablaba de “verdades” ¿Había leído mi pensamiento? Ahora sí que lamentaba no haberle expuesto mi reflexión en torno a ese asunto, reflexión, por otra parte, estéril al no haberla proyectado.

Habría ganado los puntos que tan ingenuamente había ido perdiendo por el camino. Era tarde y ni siquiera podía decirle que estaba de acuerdo, pues sería como decir amen, que, como todos los amenes, lleva implícito el sometimiento de nuestro pensamiento al de los demás.

— Eres bastante convincente; pero no sé si lo pretendes...

— Prefiero ser persuasivo. Dejo que los demás cambien de postura.

— ¿Cual es la diferencia?

— Puedo ser convincente y tú pasar de mí, mientras que si soy persuasivo, puedo esperar llevarte al huerto.

— Comprendo. Así que todo lo que dices es para llevarme al huerto, ¿no?.

— No; lo digo en sentido amplio. Cuando quiera llevarte al huerto, al huerto al qué tú te refieres, te lo preguntaré, descuida. Ahí tenemos nuestro cruce. ¡Joder, vaya carretera!

Ahora la frívola había sido yo, y ¡qué patinazo, Señor! Creo que estaba madurando a marchas forzadas al lado de aquel ser, que de ningún modo yo lo asimilaba a un hombre como antagonista de una mujer. Miguel no se comportaba como un machista, simplemente lo hacía como un intelectual asexuado, y sus frívolas insinuaciones no pasaban de ser un juego inocuo. A los dos nos vino bien una tregua, que yo me apresuré a provocar.

— Desde luego; por aquí no han pasado ministros. Allí se divisa el pueblo.

— No es ése; es el siguiente.

— Ese parece grande, ¿será el nuestro igual?

— Los pueblos se diferencian poco; más o menos casas, todos con una iglesia.

— Tu última frase te ha quedado corta.

— Sí; quizá debí decir dominando el paisaje.

— Lo del paisaje, viniendo de ti, supongo que es un eufemismo.

No sé si deseaba provocarlo o mi inconsciencia era patente. Me arrepentí de cualquiera que fuera la razón.

— Eso podría dar lugar a otro debate. Si me vacio tan seguido, ya no me quedará nada para luego. Pregunta: ¿por qué coños todas las carreteras pasan por el centro de los pueblos?

— Supongo que para ver pasar a los viajeros. ¡Vaya pregunta! Pareces un saltimbanqui del diálogo.

No, no lo era. La fluidez de su pensamiento le permitía tomar, dejar, retomar, alternar su diálogo. No me sucedía igual a mí con mi pensamiento agarrotado, constantemente instalado en el filo de la navaja, del que a duras penas se escapaba en ocasiones para respirar y que la angustia no me ahogara.

— Tú también eres convincente.

— Por favor, no me devalúes con ejemplos tan simples.

— Las cosas simples son las más difíciles de definir.

— Vale. Lo has arreglado un poco.

Y lo había arreglado no poco, sino mucho. La forma de decirlo me inspiraba confianza y tampoco me costaba aceptar que era sincero.

— Aquel es nuestro pueblo, ¡vaya mierda! —dijo Miguel.

— Puede que nos reserve sorpresas que nunca soñaste.

— Pili, ¿ves aquella colina a la izquierda?

— Sí, y parece que en lo alto hay unas ruinas.

— ¿No será esa nuestra casa...?

— Puede que lo sea; no parecen ruinas antiguas.

— Me he sentido incómodo, ¿sabes? Eso puede ser una señal.

— Yo he sentido una especie de escalofrío.

Aquellas ruinas que nos hacían configurar los restos de una casa recientemente demolida, nada nos hubiesen sugerido, a no ser porque teníamos presente el absurdo contenido del teletipo, que dejaba a la imaginación y al sentimiento cualquier posibilidad, por truculenta que fuera. Estoy segura que fue la imaginación la que se activó en Miguel y que en mí fue el sentimiento por alguna tragedia presentida.

— Parece bastante grande.

— A más grande, más misterio. Pensaba que la casa estaría en el pueblo.

— ¿Quién coños la habitaba?

— Está claro que quien fuera, no quería contacto con sus vecinos. Al entrar en el pueblo pregunta por la pensión al primer ser vivo que encuentres.

— Vaya idea. ¿Y si es un perro?

— Le dices, ¡guau!, y esperas a encontrarte una persona.

— Muy convincente, lo que decía.

— No seas sarcástico.

Debí evitarlo, aunque esta vez creí que nuestro juego de palabras había quedado en tablas.

— La visión de los pueblos me deprime; parecen ciudadanos de segunda.

— Ahí tienes uno que no ladra.

Era un hombre, probablemente ya jubilado, que caminaba a ninguna parte.

— Eso lo veremos... Señor, ¿nos puede decir por dónde queda la pensión? —preguntó Miguel.

— ¿Cuál de ellas? —preguntó, quizá orgulloso, el lugareño.

— ¿Hay varias?

— Dos; hay dos. Bueno; una casa de huéspedes y un hostal.

— Lo del hostal suena mejor. ¿Dónde está el hostal?

— Sigan recto, pasan la plaza, y ya lo verán a la derecha.

— De acuerdo. Gracias.

— A mandar.

Y el hombre aquel, que antes de preguntarle iba en una dirección, se puso a andar cansino en la dirección contraria.

— A mandar; suena a medieval —dijo Miguel cuando puso el coche de nuevo en marcha.

— Ten cuidado, y no te pases de civilizado con esta gente.

Y nos pusimos a hablar de simplezas, simple conversación, que no diálogo, porque también eramos humanos microfónicos, aburridos. Lo que sigue lo iba a suprimir, pero si dejaba sólo lo esencial, parecería fabricado para una alambicada percepción de nuestras humanas existencias.

— No hay mucha gente por la calle.

— Es hora de cenar, o de ver la tele.

— ¿Llamas a esto vacaciones?

— Quién sabe; pueden resultar inolvidables.

Lo dije sin mala intención.

— ¿No te dará el mono por falta de ruido y asfalto?

— No lo creo. En todo caso, sentiré nostalgia cuando regresemos.

— ¿Notas ese olor peculiar?

— ¿Qué olor?

— El olor a boñiga.

— Me gusta. Nada parecido a la de las personas.

— Eso sí. Será por la mala leche que digerimos.

— Mira la plaza, es bonita, ¿no? La iglesia parece antigua.

— Las iglesias son tan antiguas como los pueblos donde se erigen. Ahí vive su dueño, y estas gentes son el rebaño del Señor.

La conversación volvía a ser diálogo esencial. Miguel ya había declarado su agnosticismo, pero no me gustaba que fuera sarcástico con la religión, mi religión. Debería cuidar sus expresiones y procurar no ofenderme.

— Lo dices despectivamente.

— Constato la realidad. Además, eso no es malo: les da el sentido de tribu.

Agradecí en silencio su aclaración; su opinión parecía bastante fundada.

Volvimos a la conversación. Miguel marcó la pauta.

— Bueno, bueno. En el ayuntamiento deben saber algo.

— Pasaremos antes por el cuartel de la Guardia Civil.

— Primero nos instalaremos, ¿no?

— Allí está el hostal: "Hostal la Reja". Prepárate si se nos han adelantado y no tenemos habitación.

— Algún pajar quedará. Lo que decía: unas vacaciones inolvidables.

— Aparca ahí, frente a la puerta; parece el sitio más seguro.

— En un lugar como éste no puede ocurrir nada.

— Pues en éste ha ocurrido algo que nos ha traído aquí.

— Tienes razón. A veces me olvido a qué vengo.

A mí me pasaba igual. En lo que menos pensaba era por qué estábamos en aquel pueblo.

—¿Por dónde van tus pensamientos?

— No puedo pensar; no paramos de hablar.

Habíamos dicho cosas importantes; nos habíamos comunicado; eso era diálogo. Por lo visto Miguel no lo consideraba otra casa que conversación.

— Eso es incorrecto; pensar precede a hablar, a no ser que hables sin pensar en lo que dices.

— A veces, sobre todo cuando digo chorradas.

— Pues deberías ponerle comillas a lo que tú consideras chorradas, así me enteraría.

¿A qué chorradas se refería? ¿Por qué devaluar ahora lo que ya tanto había valorado? Quizá exagero, pero es como si apareciera un escrito inédito de un gran pensador ya muerto, en el que se burlaba de los que habíamos creído en él. Miguel no me contestó. Estábamos a la puerta del hostal.

— Anda, pasa —me invitó Miguel.

— ¡Buenas tardes! —saludé.

Era una joven hermosa la que salió a nuestro encuentro. No era una belleza útil, diseñada a la moda que impone la gran ciudad. Era la esencia misma de la belleza. Su cara tersa, redonda, arrebolada natural, con dos perlas negras que irremisiblemente te atraían a su universo. Su cuerpo firme, de carnes bien construidas, no bien moldeadas. Sus pechos sugerentes sin necesidad de insinuarlos. Su pelo negro, lacio, desviado de su natural caimiento por una peineta de concha. Toda mi alma se volvió corazón. Aún sueño con ella...

— Buenas tardes tengan ustedes. ¿Desean alojarse?

— Sí. ¿Qué nos puede ofrecer? —peguntó Miguel.

— ¿Desean los señores una habitación de matrimonio?

— ¡Menos mal! ¿Pili...? —exclamó Miguel con un suspiro de alivio y, a continuación, con un gesto interrogante.

Me anticipé con prontitud, antes de que Miguel decidiera por mí. Hubiese querido que Miguel no abrigase dudas a ese respecto pero, qué le íbamos a hacer, Miguel tampoco era perfecto.

— No; dos habitaciones.

— ¿Pueden ser contiguas?

Yo no entendí el alcance de la pregunta; la joven del hostal no debió entender la palabra contiguas, y hasta esa limitación del lenguaje le daba mérito ante mi consideración.

— ¿Cómo dice?

— Que si pueden estar una al lado de la otra.

— ¡Ah, sí! La tres y la cuatro. Son mil cien pesetas diarias con desayuno.

— ¿Las dos?

— Cada una. También ha llegado la carestía a los pueblos.

— Si usted supiera cómo está eso de la carestía en la ciudad. ¿Tienen baño?

— Sí señor, y agua caliente. Esto era antes una posada. Se han hecho muchas reformas para tener la categoría de hostal.

Una categoría que a mí me sonó a por lo menos tres estrellas, habiendo contemplado, aunque fuera con un cierto humor, la posibilidad de tener que alojarnos en un pajar. Pero esta consideración que aquí escribo, no puedo, sin embargo, rodearla de la música que entonces me envolvía. Dejé que Miguel conversara con la joven, mientras yo "dialogaba" con ella.

— Está bien. Nos las quedamos. ¿Qué se dice en el pueblo del caso?

Miguel no estaba para perder el tiempo y comenzó a actuar en periodista.

— ¿Son ustedes periodistas?

— Sí —respondió lacónico Miguel.

— Lo decía porque mi jefe ya me dijo: "ya verás, Manoli, como con lo que ha pasado vendrán periodistas, y hasta la televisión."

— ¿Ha venido la televisión? ¿Han venido otros periodistas? — preguntó Miguel con tono de alarma.

— La televisión creo que no. Han venido dos señores, pero no juntos, uno traía una máquina de hacer fotos.

— ¿Se alojan aquí? — volvió a preguntar Miguel.

— Sí; en la siete y en la nueve.

— Le preguntaba qué se dice del caso, Manoli, ¿puedo llamarla así?

— Claro, señor; así me llamo. Pues no sé... Ya me preguntaron los otros señores. Nadie sabe lo que ha pasado.

Aquel «claro, señor, así me llamo» inundó todo mi ser de fluidos esenciales.

— Y usted ¿que opina? —siguió preguntando Miguel.

— Yo, ya se lo dije a los otros señores: creo que la casa se ha caído sola, era muy grande y parecía muy pesada. Bueno; yo no sé cómo era la casa, pero el tejado era muy pesado; no hay tejados así por aquí.

— ¿El tejado? ¿Y por qué el tejado? —insistía Miguel

— Era lo único que se veía desde fuera.

Apenas había seguido la conversación. Mi diálogo con ella se interrumpió y creo que alguien que no era yo preguntó por resorte.

— ¿No se veía la casa entera? ¿Qué quiere decir, Manoli?

— Sí señorita. Toda la casa estaba rodeada de un muro de unos cuatro metros de altura, y sólo se veía el tejado.

— ¿Y cómo era el tejado? —volví a preguntar, mientras Miguel parecía complacido de mis preguntas.

— Pues..., no tenía tejas. Yo vivo a la entrada del pueblo, y desde mi casa lo vi construir. Pusieron mucho hierro, bueno; primero madera y luego cemento.

— Hormigón; quiere decir hormigón —puntualizó Miguel.

— Eso.

— Y la casa, ¿no vio cómo hacían la casa? — seguí preguntando.

— No; hicieron primero el muro de afuera, luego dentro hicieron la casa. No se podía ver. Creo que nadie la vio.

Pero Miguel no sé si escuchaba nuestra conversación; estaba pendiente de la boca de la joven y sentí malestar. Me callé la siguiente pregunta que ni siquiera me la había planteado. Miguel tuvo que volver a ser periodista, nada más.

— Lo verían los obreros que trabajaron en ella —dijo Miguel.

— Claro. Pero los albañiles no eran del pueblo; vinieron de fuera.

— ¿De fuera? ¿No contrataron a nadie de aquí? —continuó Miguel

— No; todos de fuera. Uno se alojó aquí, parecía el jefe.

— ¿Y el resto?

— Se repartió por ahí. Alquilaron habitaciones, que son más baratas.

— ¿Ninguno contó lo que hacían?

— Yo creo que no. No hablaban de su trabajo, y tampoco alternaban en el pueblo. Cuando terminaba se iban a sus casas, y hasta el día siguiente. Trabajaban hasta los domingos.

— Y al dueño, ¿tampoco lo han visto?

— Al principio, cuando la construcción, venía un señor en un "Mercedes" que se metía dentro del muro y salía al cabo de una hora. Le acompañaba otra persona.

— ¿Nunca le vieron por el pueblo?

— No, nunca; no tuvimos se gusto.

La última apostilla de Manoli me sacó de mi abstracción.

— ¿Y no se comenta en el pueblo de quién podía tratarse? —pegunté yo.

— La gente, ya sabe, dice cosas, pero yo creo que nadie sabe nada.

— ¿Qué cosas dice la gente? —se adelantó Miguel a preguntar.

— Tonterías. ¿Les ayudo a subir el equipaje?

Manoli había dado por terminado el interrogatorio. Miguel no la quiso presionar más. Yo me sentí confusa.

— No se preocupe, Manoli; lo haremos nosotros —dijo Miguel.

— Traemos poco equipaje, gracias —añadí yo, sonriendo para agradecerle y para agradarle.

— Suban la escalera. Las habitaciones están a la derecha.

— Gracias, Manoli —le dije yo.

— Pasa, Pili.

— ¿Crees que esa chica sabe más de lo que ha dicho? Me pareció que no quería seguir la conversación —pregunté a Miguel según subíamos por la escalera.

— Efectivamente. Ya veremos. No esta mal para empezar. La cosa promete interesante.

— ¿No vendremos a poner nombre a una chaladura?

— Tú eras la más segura de que aquí había tema.

— Es que no le encuentro explicación a lo que esa chica nos ha contado.

Ciertamente, de lo contado, que guardaba en mi memoria en aquel momento, pudo servirme para afirmar lo anterior; fue una intuición.

— Espera. Voy a hacerle la penúltima pregunta. ¡Manoli!: ¿Decía que había visto caer la casa?

— No; fue al amanecer. Se oyó un gran ruido que despertó a todo el pueblo. Yo, como les decía, vivo a las afueras. Me levanté y miré. Vi una gran polvareda sobre la colina. Al poco rato, cuando la nube de polvo se disipó, ya no estaba la casa, ni el muro, ni nada, sólo escombros.

— Gracias, Manoli. Los periodistas solemos preguntar mucho —dijo Miguel a modo de excusa.

— Pues los otros señores no me preguntaron tanto.

— Depende del interés que cada uno tenga.

— ¿Van a poner mi nombre en el periódico?

¡Qué candor el de aquella joven!

— Sólo si usted quiere. Hasta luego.

— ¿Crees que son colegas esos que ha mencionado Manoli? — pregunté sin darme cuenta de la obviedad.

--- Seguro; pero al parecer no se sienten tan interesados como nosotros.

— Quizá no le han dado la importancia que nosotros.

— Quizá no lo necesitan. De todas formas, mejor. Si estamos muchos, cada uno metiendo las narices por ahí, la gente del pueblo se enfadará, y lo más seguro es que nos terminaran corriendo a bastonazos.

— Estas son la habitaciones, ¿cuál prefieres?

— La tuya.

Miguel tenía unos reflejos portentosos. Sin yo quererlo, volvimos a la trivial conversación. Me alegré de que Miguel no hiciera ningún comentario jocoso sobre la chica. Estaba presta a salir en su defensa.

— Pues confórmate con compartir la pared.

— Aquí las paredes se caen, ¿no has oído a Manoli?

— No se caen; las vuelan, y tú no harás eso.

— Tocaré las trompetas como en Jericó.

— Ya empezamos. Anda, te veo abajo dentro de media hora.

— No me llames si hay ratones.

— He conseguido dominar algunas debilidades típicamente femeninas.

— Ya descubriré yo las que aún te quedan.

— Tú no descubrirás nada; yo te las mostraré, en todo caso.

— No apuestes.

— ¡Jamás! Nos vemos.

Un diálogo sugerente pero banal.

La habitación era espaciosa; los muebles funcionales y baratos; la cama grande; el cuarto de baño suficiente. Me lavé un poco la cara, las manos y me toqué el pelo, algo alborotado por el aire que entraba por la ventanilla del coche. Probé la cama: era muy mullida, y me acosté en ella, boca arriba, un buen tiempo, pensando. Ya hacía algún rato que había creído oir a Miguel cerrar su puerta y bajar las escaleras, y me dispuse a bajar yo también; no quería perderme ninguna iniciativa de Miguel, o quizá no quería estar ausente entre él y Manoli.

...

...

Miguel conversaba con dos individuos que inmediatamente colegí que serían colegas. Manoli estaba alejada del grupo. La miré furtiva y me integré en el grupo.

— ¡Ah, ya estás aquí! Mira, Pili, dos colegas que nos han precedido: este es Manolo, y este, Ramón.

— ¿Qué tal, chicos?

— Hola, Pili —preguntó uno de ellos, no sé si Manolo o Ramón.

— ¿Qué os trae por aquí?

— El jodido deber — contestó el otro.

— Y que se ha caído una casa; mira tú que chorrada —añadió el primero.

— No me digáis que sólo por eso. Se caen muchas casas y no son noticia.

— Ésta es diferente, al parecer. Yo no habría venido, pero el jefe...— añadió el mismo.

— Sí, desde luego. Preguntaba por despistar.

— Ya me he dado cuenta — dijo el mismo, con una sonrisa.

— ¿Ya la habéis visto? —preguntó Miguel.

— Lo que se ve desde la carretera. Aún no hemos ido por allí.

— ¿Qué sabéis del asunto?

— Nada, ¿y vosotros? —preguntó uno.

— Poca cosa; terminamos de llegar —preguntó el otro.

— ¿Creéis que habrá algo interesante? —preguntó Miguel.

— Ahora nos iremos por el pueblo a ver que nos cuentan — dijo el último que había hablado.

— ¿Ha venido algún colega más? —pregunté yo.

— No hemos visto otros que a vosotros; pero sabemos de alguno que llegará mañana —respondió el mismo.

— Noticias de relleno. Esto pasa por la sequía informativa que padecemos —dijo Miguel con cara de afligido.

— No lo dudes, terminaremos informando de las buenas noticias — añadió el que más hablaba.

Lo cierto es que aquellos dos individuos me resultaban tan molestos como un grano en el sobaco y hubiese preferido no encontrármelos. Nunca supe quién era uno ni quién era el otro.

— Nosotros nos vamos. Lo primero que haremos será preguntar dónde se puede cenar aceptablemente —dijo Miguel, despidiéndose.

— No es mala idea. Quizá nos veamos —dijo uno.

— En un sitio como éste nos tropezaremos a cada instante. Hasta luego —dije yo por no parecer muy seca.

— Vaya carrera. Estos pasan del oficio —dije yo, cuando nos separamos.

— No te fíes, Pili. Cada cual va a lo suyo. Todos disimulamos cuando nos conviene.

— ¿Se suele pasar los datos entre colegas? ¿Tú les pasas lo que vas averiguando?

— Sólo los irrelevantes, y eso a cambio de los que ellos me proporcionen.

— Eres un cielo.

Lo presentía antes de que Miguel me lo manifestara, pero quise hacerme la ingenua.

— ¿Qué quieres? Somos buitres, ya te decía.

— Hasta los buitres reparten la carroña.

— Los buitres se pelean por la carroña. ¿Qué harías tú?

— Yo estoy aprendiendo. Quizá no me importara pasarles información que considerara sin peso específico.

— Para el caso es lo mismo. Hay que tener cuidado. Cualquier información puede ser importante. Si los pones sobre la pista, te pueden pisar una exclusiva. No se puede dar bazas a la competencia.

— Hacemos de la competencia una cosa horrible; siempre pisando sobre tu competidor para llegar más alto.

— La competencia, entendida así, como yo lo hago, hace que haya menos chuparuedas. Íbamos al cuartel, ¿no?.

Nada nuevo, y no sé porqué mantuve mi ingenua actitud.

— Tú marcas el programa.

Miguel varió el sentido de su marcha y se dirigió a una mujer que se nos cruzó por el otro lado de la calle.

— Preguntaré a esa señora. ¡Señora!: ¿Nos puede decir por dónde está el cuartel de la Guardia Civil?

— Si señor. Está en la otra dirección. Sigan por esta misma calle, y a unos cien metros.

— Gracias.

— ¿Crees que allí nos dirán algo?

— Lo que quieran decirte, que nunca será todo lo que saben.

— ¿Y si te dan una explicación convincente, concluyente?

— Lo de convincente lo tenemos que concluir nosotros. Si es concluyente, se acabó la historia; sería una historia más, como las que me han caído hasta ahora. Pero no creo que hayan cerrado el caso tan pronto.

— No entiendo mucho la diferencia. Mira, allí es —dije, señalando el cartel que anunciaba "Casa Cuartel de la Guardia Civil"

— No hagamos demasiadas preguntas la primera vez, dejemos que nos digan libremente lo que quieran.

— ¿Les tienes miedo, o es una estrategia?

— Es precaución. No deben sentirse comprometidos. Esos tíos son muy particulares.

— ¡Chis! Hay un guardia en la puerta.

Nos acercamos; yo algo temerosa.

— ¡Buenas noches, guardia!

— Buenas noches. ¿Qué desean?

Dejé que Miguel llevara la iniciativa.

— Somos periodistas. ¿Nos pueden facilitar alguna información sobre el suceso que ha tenido lugar en este pueblo?

— ¿A qué suceso se refieren?

— El de la casa que se ha caído.

— Sólo sabemos que se ha caído.

— ¿Saben ustedes por qué?

— Aún no; estamos en las investigaciones preliminares.

— ¿Saben quién vivía allí? ¿Había alguien dentro cuando se cayó?

— Esperen un momento que llame al cabo.

— Por favor.

El guardia había estado muy seco; me pareció que nuestra presencia no era de su agrado.

— No les gustamos, Miguel.

Yo estaba nerviosa. Miguel parecía muy seguro de sí mismo.

— No, mujer; este es un simple guardia que no quiere comprometerse.

— Si tú lo dices...

Un guardia con un galón salió a recibirnos.

— Buenas noches. Pasen ustedes, les atenderé dentro.

— Muchas gracias, cabo —dijo Miguel.

Como si advertido de la razón de nuestra presencia, aquel cabo nos puso en situación, que para mí no permitía ir más allá

—¿Qué desean ustedes saber? No podemos darles ninguna información por ahora. Mañana vendrá un equipo sobre explosivos. Puede que venga el juez y decrete secreto de sumario. Sabemos más bien poco. Este asunto ha sucedido sin nuestro conocimiento previo.

Parecía un telegrama hablado. Puse atención a cómo Miguel reaccionaría.

—Ha mencionado usted la palabra explosivos, ¿piensan que la casa ha sido volada? —preguntó Miguel.

— Esperar a mañana podría ser tarde, si dentro se encuentra alguna persona —dije yo por decir algo, que más me hubiese valido haberme callado.

— Mire usted, señorita, aunque usted lo ponga en duda, hemos hecho ya todo lo que debíamos hacer.

— Sólo era una observación que se me ocurrió de pronto —dije a modo de disculpa.

— No ponemos en duda su competencia, cabo —salió al quite Miguel.

— Hemos estado allí todo el día, y con un perro adiestrado. No se ha detectado a nadie con vida, nadie puede haber quedado con vida en el estado en que ha quedado la casa, y si hay algún muerto no pasa nada que espere hasta mañana. Pero ya les digo, el perro no ha detectado nada, ni vivo ni muerto. Por otra parte, nuestra primera hipótesis es que la casa ha sido volada, y podría resultar peligroso remover los escombros.

Yo pensé que nada más se podía preguntar.

— Tiene razón, cabo. ¿Puede decirnos algo sobre su dueño? —intervino Miguel.

— ¿Como qué?

— Su identidad. Lo que sepan de él —continuó Miguel.

— Sabemos poco. Sólo sabemos que su comportamiento era bueno. Un hombre un tanto raro, pero un buen hombre. Bueno; he dicho era o es, ya que no sabemos nada de su paradero.

— Un poco extraño, ¿no? —siguió Miguel.

— Era su vida. No nos incumbe la vida privada de las personas.

— Sin embargo, usted afirma que era un buen hombre, ¿qué otra cosa le parece a usted que era, o es? ¿Era rico? —preguntó Miguel.

— Tenía que serlo, sin duda.

— ¿Por qué opina usted que era un buen hombre? —pregunté yo.

— Lo deduzco por las donaciones que hizo a este pueblo.

— ¿Donaciones? ¿A qué se refiere? —preguntó Miguel.

— Eso lo puede hacer también un bandido generoso —intervine yo.

— Mire usted, señorita: la Guardia Civil conoce, precisamente, a los bandidos. Éste no estaba en nuestras fichas. Lo que he dicho sobre que parecía una buena persona, lo he dicho a título personal. Desde que llegó aquí ha sido legal. Nadie lo reclama. No podemos indagar sobre la vida privada de las personas, como les decía, por extrañas que nos parezcan.

Me la envaine y hasta sentí algo de sofoco. O no le gustaban mis preguntas o le molestaba que yo le preguntara.

— Tiene razón, cabo. Algunas veces, ademas de preguntar, que es nuestro oficio, también a título personal hacemos algunas afirmaciones que no pretenden ser impertinentes —dijo Miguel.

Otra vez, Miguel me mostraba su buen hacer. Ya no hablé más.

— Si quieren alguna otra información deberán pedírsela al sargento, él es el jefe del puesto.

— Comprendemos. Gracias, cabo.

— Pero deberá ser mañana; no recibe si no es por asuntos del servicio.

— ¿Podremos acercarnos mañana a las ruinas de esa casa?

— Supongo que sí; pero no antes de que los técnicos en explosivos confirmen que no hay peligro.

— ¿Cuándo los esperan?

— Mañana, a las diez.

— Gracias de nuevo, cabo.

— A sus ordenes. Buenas noches.

— Buenas noches.

Salí del cuartel con la sensación de una novata que acababa de ser suspendida, yo que había sacado como mínimo notable en toda mi carrera. Temía que Miguel me echara en cara mi inoportunidad.

— Ese cabo no ha sido muy explícito.

— Son reservados, Pili. También es que respetan la jerarquía. El cabo piensa que decir ciertas cosas le pueden comprometer, por eso nos manda al sargento.

Sentí alivio.

— ¿Te parece que vayamos a cenar? —pregunté

— Sí, claro. ¿De qué donaciones se tratará?

— ¿Por qué no se lo preguntaste?

— Tu referencia a lo del bandido generoso le debió sentar fatal; ¿no te diste cuenta cómo cambió su tono?

A Miguel no le había pasado desapercibida mi impericia. Me alegré de su suave reproche.

— Lo siento; creo que metí la pata.

— Son muy susceptibles. Con ellos hay que actuar con mucho tacto.

— Llevan el sentido de la autoridad demasiado lejos.

Yo sabía que eso que dije no dejaba de ser un tópico.

— A veces. Pero en esta ocasión creo que le tocaste en su amor propio; a nadie le gusta que pongan en tela de juicio su profesionalidad.

— Reconozco que mi observación fue impertinente. Algo hemos confirmado, no obstante.

— ¿Qué?

— La voladura de la casa, por ejemplo. Pero surge la pregunta: ¿por qué diablos voló la casa?

— Sólo nos ha hablado de una hipótesis, si se confirma, se me ocurren dos respuestas: una es demasiado simple; la otra es la que yo preferiría.

— ¿Por qué no te explicas?

— La simple sería que se cansó de ella, o porque era invendible, dado su extravagante diseño.Quizá piense edificar otra sobre el solar. La segunda, que es la que a nosotros nos interesa, sería que así guardaba para siempre su secreto.

— ¿A qué secreto te refieres?

— Tengo la sospecha de que esa casa le sirvió para algo más que para alojarlo.

— Hay muchas más preguntas: por qué vivía así, de dónde procedía, por qué las donaciones, dónde se encuentra ahora, quién era, en definitiva.

— Efectivamente. Parece ardua la tarea, pero tendremos que obtener las respuestas.

— Parece haber pocas personas dispuestos a contestarlas.

— Tenemos que intentarlo, Pili.

— Lo que si podemos asegurar es que lo sucedido no responde a una actitud simple, lógica y normal.

— Eso pienso yo. Ya veremos.

Conseguí olvidarme. Me sentí útil como compañera de Miguel.

— Mira allí: "Casa Sancho, Restaurante" —señalé

— Muy bien; vamos allá.

— Ya comenzaba a tener hambre.

— ¿Cuántas veces calculas tú que comemos por sentir hambre y cuántas por rutina o simple placer?

El Miguel imprevisible; envidiaba el relé que le desconectaba tan fácilmente.

— ¡Vaya pregunta! No sé: ¿mitad y mitad?

— Pues no, Pili: diez veces por hambre y noventa por lo otro.

—¿De dónde has sacado eso? ¿A dónde lleva tu pregunta?

— Lo leí en alguna parte. Pero piénsalo tú misma y dime si la proporción te parece ajustada. Eso me llevó a una reflexión y asegurar que esa es una de las causas por la que nuestros cuerpos se deforman y envejecen prematuramente; nos saltamos los relojes biológicos, nos intoxicamos continuamente.

No supe a qué diablos venía tamaña digresión del pensamiento. ¿Podía decirle que se dejara de estupideces? ¿Y qué no constituía una estupidez? ¿Era eso conversación o diálogo? Me dejé llevar.

— Parece bastante cierto lo que dices. Todos los excesos son malos: el sexo, mismamente. Pero ahora vamos a comer, por la razón que sea. Y no olvides que toda reflexión que no va seguida de la acción consecuente es un pensamiento estéril.

— Eso último me hace pensar que por defecto también son malos.; me refiero al sexo.

— También.

— Según tú, ¿cuándo es saludable el sexo?

Otro salto mortal, pero Miguel daba esos saltos con cálculo milimetrado.

— Otra preguntita. Supongo que lo mismo que con la comida: cuando se tiene "hambre".

— Pues yo tengo ese hambre ahora.

Qué conclusión más ingeniosa. Pero para estos casos, casi siempre tenía yo la réplica adecuada.

— Pues lo siento por ti: yo no soy la "comida".

— Lo suponía. Tú lo que tienes es poca caridad.

Su ingenio parecía no tener límites.

— Anda, sentémonos en esta mesa, cerca de la ventana —dije yo.

Un hombre joven, el camarero sin duda, se acercó.

— Buenas noches. ¿Van ustedes a cenar?

— Eso quisiéramos. ¿Qué nos ofrece? —intervino Miguel.

— Aquí tienen la carta.

— Gracias. Ahora le llamamos —dijo Miguel.

— Tienen hasta carta —dije yo.

— Será un eufemismo. Veamos: “De primero, espárragos con mayonesa, alcachofas rebozadas o sopa de picadillo. Y de segundo, huevos rellenos de atún, merluza rebozada o costillas de cordero asadas”. Esto no es una carta, pero, bueno...

— No te quejes. Una sopa y huevos rellenos para mí —apunté yo.

— Yo pediré lo mismo. ¿Y de beber?

— Pide vino de la casa; esta es tierra de buen vino.

— ¡Camarero! —llamó Miguel.

— ¿Ya han elegido?

— Dos sopas de primero y dos de huevos rellenos de segundo. Y vino de la casa —ordenó Miguel.

— Enseguida.

— Se agradece la simplicidad. Las auténticas cartas me complican siempre la decisión, y casi nunca acierto —comentó Miguel.

— ¿Cuándo vas a empezar a hacer preguntas?

— ¿Te parece que comience con el camarero? No parece muy simpático.

— Mira, ahí entran Manolo y Ramón, tendremos que invitarlos a nuestra mesa.

No me hacía gracia que se sentaran con nosotros, pero tampoco quería que Miguel quedara mal con ellos. Se acercaron tan pronto nos vieron.

— Hola, chicos, parece que nos hemos puesto de acuerdo —dijo uno de ellos.

— ¿Queréis sentaros con nosotros? —preguntó Miguel.

— Encantados. ¿Qué se puede comer? —dijo el mismo.

— Hay espárragos, sopa de picadillo...¿Qué había más, Pili?

— Y alcachofas rebozadas; todo eso de primero. Y de segundo, huevos rellenos de atún, merluza rebozada y costillas de cordero asadas.

— ¿Qué quieres tú? —el mismo preguntó a su compañero

— Espárragos y cordero.

— Yo pediré lo mismo. ¡Camarero!

— ¿Digan?

— ¿Puede traernos espárragos y cordero para los dos?

— ¿Y de beber?

— Vino.

— Nosotros hemos pedido vino de la casa, suponemos que lo sirven en esas jarras de barro, ¿no? —dijo Miguel, señalando a una jarra de barro que había en otra mesa.

— Así es.

— Pues vino de la casa también para nosotros —dijo el que siempre hablaba.

— Ahora mismo.

—¿Habéis averiguado algo? —preguntó el más callado.

—Nada del otro mundo. Fuimos a visitar a la Guardia Civil —contestó Miguel.

— Nosotros pensábamos hacerlo mañana. ¿Os han dicho algo? —siguió el mismo.

— Dicen que no saben nada por ahora. Mañana viene un equipo de explosivos.

— Parece evidente que la casa fue demolida mediante explosivos.

— ¿Por qué te parece evidente? —pregunté yo interesada, pues yo había sostenido esa hipótesis.

— Según los arquitectos, quizá para dormir tranquilos, las casas tienden a permanecer en pié, tampoco se caen del todo y de repente.

— Tienes razón. ¿Por qué crees que la ha volado?

— No se la pagaría al constructor y este se cabreó...intervino el primero.

— Una buena deducción; no habíamos pensado en ello —contesté.

— O porque al dueño le dio por ahí —añadió el segundo

— Esa hipótesis es mejor; engloba muchas posibles razones. Al parecer la Guardia Civil no conocía la intención de ser volada —dijo Miguel.

— Eso sí que es extraño. Es lógico pensar que para usar explosivos ha de pedirse permiso, no sé, quizá en este caso a la Guardia Civil, ¿no pensáis así? ¿Seguro que no lo sabían? —dijo el que primero habló de explosivos.

— Eso nos han dicho. Mañana vienen los técnicos para confirmarlo — dijo Miguel.

— ¿Creéis que mañana podremos saber lo que ha pasado?

— ¿Tenéis prisa? Perdón: no capté quién de vosotros es Ramón y quién Manolo.

— Yo soy Manolo, este, Ramón.

— Hemos preguntado por la calle y nadie parece saber nada —dijo Ramón.

El camarero pasó en ese momento cerca de nuestra mesa. Ramón lo abordó.

— Oiga, camarero, ¿usted sabe algo de la casa que se ha caído?

— No señor; no sé nada.

— ¿Conoce a alguien que sepa algo? —volvió a preguntar Ramón.

— Tampoco. Lo siento; tengo que atender al comedor.

— Lo veis..., nada de nada —añadió, finalmente, Ramón.

— Ni que preguntáramos sobre la mafia — dije yo.

— Yo creo que la gente no quiere hablar, quizá porque lo encuentran sobrenatural y están acojonados —dijo Miguel.

— Qué va a saber esta gente si no lo sabe la Guardia Civil —comentó Manolo.

— Quizá no hablen por diferentes razones. Los de la agencia tampoco consiguieron averiguar nada, a juzgar por el teletipo —dijo Miguel.

— No seas cándido. Esos ni siquiera han pasado por aquí. Tienen contactos en las comisarías, en los juzgados... Cuando llega algún caso noticiable, ellos lo saben, no sé cómo, lo lanzan al aire, y nosotros, los perros, ya saldremos a olfatear la presa —dijo Manolo.

— ¿No será asunto de algún majara con ganas de notoriedad? —preguntó Ramón.

— Eso es más difícil de creer; lo contradice el anonimato. Si fuera como tú dices, ahora sabríamos pelos y señales de ese individuo —aclaró Miguel.

— Tienes razón. Pues yo no pienso en tomarme muchas molestias —concluyó Ramón.

— Nosotros pensamos lo mismo. Nos gusta este lugar, estamos de vacaciones. Sea lo que sea nos quedaremos por aquí unos días —mintió Miguel.

El camarero se acercó. Yo había asistido a aquel intercambio de opiniones y falsas posiciones como un espectador de un partido de tenis, pero un tanto aburrida por el mal juego y trampas que intuía en unos y en los otros.

— Permítanme que retire esto.

— ¿Viene pronto el segundo plato? —preguntó Miguel.

Interpreté la pregunta de Miguel como llamada de socorro. Evidentemente, con aquellos tipos no había mucho de qué hablar.

— Ahora mismo.

— Creo que aquí lo más cachondo que se puede hacer por la noche, es irse pronto a la cama —dijo Manolo.

— ¿Nos veremos mañana en las ruinas? —preguntó Ramón.

— Pensamos estar allí; no antes de las diez, según nos advirtieron los guardias —dijo Miguel.

— Iremos antes para hacer unas fotos —Dijo Manolo.

— No lo hagáis. Si hay explosivos, puede ser peligroso —advirtió Miguel.

— Entonces, si os parece podemos salir juntos —dijo Ramón.

— De acuerdo —dijo Miguel.

— Entonces, nos vemos a las nueve, en el desayuno —volvió a decir Ramón.

Yo hubiera buscado cualquier escusa, pero Miguel no parecía encontrar ningún inconveniente. Quizá no supo decir otra cosa. El camarero se disponía a servir.

— ¿Me permiten? Huevos y cordero.

— Esto tiene buena pinta. Los duelos con pan son menos —dijo Manolo.

— Y con mujeres se convierten en bienes —añadió Ramón.

Me enfureció aquella expresión de gañan ilustrado.

— Me parece que la acabas de joder —dijo Miguel.

Tenía que intervenir. Era una de esas ocasiones en las que yo nunca me callaba. Tomarnos a las mujeres como objetos que completan la felicidad de los hombres era demasiado.

— No os priváis de decir chorraditas. A lo mejor lo has dicho para quedar bien, como un cumplido hacia mí. Si he entendido bien, sin nosotras seríais unos desgraciados a los que les falta algo.

— Más que eso, seríamos todos maricones — contestó el del dicho medieval; Ramón, por más señas.

— No sabes donde te has metido. Verás —musitó Miguel, bajando la cabeza.

—Quiero decir que nos arreglaríamos con lo que tuviéramos a la mano. Afortunadamente no es así —dijo aquel individuo gracioso.

La sangre, toda la sangre, se me debió acumular en la cabeza. Les repliqué en plural, por si todos participaban de tan sutiles opiniones.

— Pues por mí, y creo hablar en nombre de las mujeres, podéis daros todos por el culo o sacarle ampollas a vuestras manos; cascándoosla, por supuesto.

— ¡Joder, Pili, no pensé que te fuera a molestar! —saltó el Ramón.

— La verdad es que no podemos vivir sin vosotras. Tres hombres juntos, seguro que parte de la conversación giraría en torno a las mujeres — intervino Manolo.

Y Manolo creyó haberlo arreglado. Seguíamos siendo objetos necesarios. ¿Parte de su conversación alternándola con futbol, por ejemplo? Aquel par de cretinos me sublevaban.

— ¿De qué aspecto relacionado con las mujeres? Seguro que de lo buena que esta esa o la otra, o de lo que haríais con aquella, cuando no de lo que ya hayáis hecho. ¿Habláis alguna vez de si fulana o mengana es inteligente, cuánto vale profesionalmente? Me temo que sobre eso, ni miajita.

— No te pases, Pili; lo de "tíos buenos", lo habéis inventado vosotras —dijo Manolo, algo cohibido.

— Acepto que esa expresión es nuestra, y ya iba siendo hora de que la pudiéramos pronunciar sin ser condenadas a la hoguera. Pero no pasa de ser una consideración inicial, porque a continuación, es de vuestra valía

intelectual, profesional, o simplemente de vuestras cualidades humanas de lo que hablamos.

— No siempre. Algunas mujeres sólo quieren de nosotros un buen juego de cama —volvió a escupir el cretino de Ramón.

Me dispuse a acabar con ellos.

— Salvo rarezas de la naturaleza, eso no es lo común, y las mujeres son más selectivas en el cuándo y con quién. Os voy a poner un ejemplo que aclara lo que digo. Cualquiera de vosotros os liaríais con una tía buena, aunque fuera tonta del culo, que por supuesto las hay. Una mujer cabal no soportaría a un tío imbécil, por muy cachas que fuera. En fin, que vosotros siempre estáis hablando de nosotras para llevarnos a la cama, sólo con la condición de que estemos buenas.

— ¡Nos ha jodido la feminista esta! —explotó el muy cretino de Ramón.

— También nos enamoramos, nos casamos, y no siempre con una tía buena, y menos imbécil — quiso suavizar Manolo.

No acepté su explicación. Esa mujer de la que hablaba sólo era el reposo del guerrero. ¡Cuántas, antes, habían sido machacadas sin misericordia!

— Los machistas como tú son los que joden a las mujeres. Y en cuanto a lo que tú dices, te recuerdo que no hablamos de lo que, al final de vuestras correrías, hacéis, que casi siempre termina en cansancio, sino de lo que entre vosotros habláis respecto a nosotras. Si lo que habláis se correspondiera siempre con lo que hacéis, ¡Jesús que especie!

— Tú es que confundes las cosas. Cuando se habla de sexo, se habla de sexo —replicó Ramón.

— Yo no confundo lo que es anecdótico con lo que es categoría. Para vosotros, repito, en vuestras conversaciones sobre las mujeres, la categoría es el sexo, como para el soldado es la batallita.

— Puede que tengas razón; pero si de sexo se trata, nuestros comportamientos son parecidos —dijo el profundo Manolo.

— Tampoco estoy de acuerdo. Para vosotros el sexo es el fin; para nosotras, por lo general, el sexo es un medio más que nos descubre al hombre en toda su dimensión. Os voy a recordar algo en lo que no habréis pensado jamás: ¿habéis observado el diferente comportamiento de un hombre y de una mujer después de hacer el amor? No. Desmentirme si podéis. ¿No es más cierto que vosotros, una vez satisfechos como machos, os hacéis los distraídos, apáticos, nos ignoráis, encendéis un cigarrillo, os dormís, y si no fuera muy fuerte, nos mandaríais u os iríais a otra habitación? Nosotras, en cambio, nos volvemos mas tiernas, comprensivas con vuestra limitada posibilidad de darnos lo que os damos; os justificamos para que vuestro orgullo no sufra con palabras como, eso suele pasar, la próxima vez sera mejor. Y no sabéis lo frustradas que nos sentimos cuando comprobamos haber sido sólo objeto de vuestros deseos.

Me arrepentí enseguida de lo que había dicho. Aunque expresaba una evidencia bastante corriente, no tenía derecho a hacer una generalización como esa. Pero aquellos dos tipos, —¿quizá también Miguel?— eran de los que yo había reflejado, seguro.

— ¡Joder con la dialéctica! Yo me rindo —dijo el cretino de Ramón.

— Hablemos de otra cosa; reconozco que en esta nos ganas —terció Manolo con suavidad.

— De acuerdo; no pretendo daros ninguna lección.

— Entonces, ¿qué ha sido? —preguntó Manolo.

— Hablar de los hombres y de las mujeres, pero con abogados y fiscales. Puntualizar algunas cosas que no podéis decir impunemente frente a una mujer y quedaros tan panchos.

— Menos mal que nadie parece ser juez en este asunto— añadió algo inteligente Manolo.

El camarero puso por medio una franja de tierra de nadie.

— Perdonen, ¿quieren algo de postre?

— Para mí nada, gracias —dijo Miguel.

— Tampoco —dije yo.

— Nada. La cuenta cuando pueda —dijo Miguel, después de que los otros dos negaran con la cabeza.

— ¿Una sola cuenta?

— No; la de estos señores y la nuestra por separado —aclaró Miguel.

— ¿Os quedáis? Nosotros nos vamos al hostal —preguntó Manolo.

— Daremos un paseo por el pueblo. Yo no puedo acostarme a continuación de cenar —dijo Miguel.

— Pues hasta mañana, como hemos quedado —dijo Manolo.

— Hasta mañana. No os durmáis —dijo Miguel.

— Yo no sé si podré dormir, después de la bronca de Pili.

— No será para tanto —dije yo.

Los dos tipos se marcharon, me pareció que con el rabo entra las piernas.

— ¿Te apetece dar una vuelta? —preguntó Miguel.

— De acuerdo. Yo pagaré la cuenta —dije yo.

— Esta bien. Tengo que llamar a la redacción...¿Se puede llamar desde aquí?

— Ahí tienes un teléfono de monedas.

— No hay mucho que contar, casi prefiero que se limiten al comunicado de la agencia.

— No se podría añadir mucho más.

Escuché las palabras de Miguel y adiviné las del jefe de redacción.

— Veremos lo que dice el jefe. Bueno, vamos a ver... ¿Redacción?...Ponme con el jefe, soy Miguel... Hola, jefe... Acabamos de aterrizar... No mucho más de lo que dice el tele... Tenemos pequeñas cosas; pero no cierran la historia... ¡Ah, sí!, es que Pili ha venido conmigo... Ella está de vacaciones, sí; pero me puede ayudar... Le gusta el misterio, supongo. Mañana vienen los técnicos en explosivos para confirmar... No; hasta ahora no hemos encontrado a nadie que sepa algo del asunto... Tampoco la Guardia Civil. Opino que mañana no debe salir otra cosa que el comunicado de la agencia... Es preferible así. Han venido pocos colegas. Si alimentamos expectativas, esto se puede llenar. Mañana, antes del cierre, daré un resumen.... Sí, opino que vale la pena. Adiós, jefe.

No necesitaba peguntar, pero pensé que quizá Miguel me aportara algún matiz.

— ¿Qué tal?

— Las prisas de última hora y la falta de noticias. Quería información a toda costa para cubrir un hueco en la primera edición. Que meta literatura o alguna colaboración aparcada.

¿A qué llamas literatura?

— Los oráculos del periodismo dicen que la información no es literatura y que ésta no es periodismo, por tanto, si no es información estricta, será literatura, colaboraciones, etc.

— ¿Y el análisis de la información?

— Supongo que es un híbrido necesario.

— ¿Y las colaboraciones?

— Las ocasionales o puntuales, glosando temas de actualidad, podrían entrar en la categoría de análisis. Creo que son oportunas, porque no tienen el tufo sectorialista de los editoriales, aunque en el fondo subyazca lo mismo. No siempre esas colaboraciones son independientes, creo habértelo

dicho ya. En la mayoría de los casos se aprovechan las noticias para formar opinión, en la linea del periódico, quiero decir.

— ¿Y las colaboraciones fijas, las llamadas columnas?

— Yo las definiría como graciosas. Un poco los bufones del periódico, sin ánimo peyorativo. Como los humoristas gráficos. Suelen ser escritores, buenos y malos, pero todos vagos y peseteros.

— Algunas viñetas humorísticas valen tanto como un editorial, se dice.

— Cierto; pero hay que estar muy al día para entenderlas. Un buen periódico debería ser capaz de informar cada día, sin necesidad de haberlo leído el día anterior para entender lo que dice hoy.

— Eso es imposible. Las noticias, muchas noticias, van encadenadas a las del día anterior.

— Eso ya no son noticias, son historias. Bueno; nos estamos liando, dejémoslo.

Aquellas lecciones de periodismo práctico acelerado me reconfortaban. Sinceramente agradecía a Miguel sus opiniones, que parecía decirlas sin ánimo de deslumbrarme.

— Pareces resentido por algo.

— ¿Lo parece? No; estaba dando una opinión, nada excátedra.

— Es bueno pensar, opinar...

— Es malo pensar; te cabreas. Yo creo que es preferible imaginar.

— ¿Se puede no pensar? ¿Imaginar no es también pensar?

— Yo no. Porque pienso demasiado, me refiero en las cosas reales, estoy permanentemente cabreado. Lo primero que hago cuando me levanto es pensar: "esto no puede ser, esto no puede seguir así". El cabreo me dura ya todo el día. Imaginar es otra cosa: siempre se imagina lo que complace a uno, y para hacerlo se ha de estar relajado.

— Pues vaya problema el tuyo.

— No lo sabes bien.

— Pasa de las cosas cotidianas. Eres un inconformista.

— Las cosas cotidianas duran veinticuatro horas, a las que siguen otras veinticuatro horas cotidianas. Tu receta sólo es voluntariosa. Nunca pasa nada extraordinario en el mundo de la realidad.

— Eso no es cierto; a veces pasan cosas ¿Regresamos a casa?

— De acuerdo. Me siento extraño en estas calles vacias. Todo el mundo, en estos momentos, debe estar adorando a su dios.

— ¿A qué dios?

— A la televisión, único dios verdadero, y los diversos canales sus profetas.

— ¡Ah! Que cosas dices.

La conversación con Miguel era la más interesante que la experiencia con los hombres me había proporcionado hasta ese momento. Me dije para mí: “este tío es diferente”

— ¿Te has parado a pensar lo que es la vida para la inmensa mayoría?

— Yo pertenezco a la inmensa mayoría que sólo se ocupa de pensar en la propia. Porque, has dicho pensar, y no preocuparme, ¿no?

— Da igual. No me jodas la gran pregunta.

— Responde tú mismo; ya debes tener la respuesta preparada.

— No es una respuesta; es una evidencia universal.

— Venga hombre, no te retraigas.

— No seas sarcástica. Lo que es evidente no necesita ser explicado; sólo es cuestión de eso, de pensarlo; perdón, quise decir imaginarlo. Bueno; un poco de las dos cosas. A veces me lío.

Sí que fui sarcástica, pero era la única forma de que aquella conversación no fuera un diálogo pedante, de esos que se leen en los libros. Decidí seguir por ese camino, pero sin exagerar.

— Ya me he dado cuenta. Seguro que tienes preparado un razonamiento profundo que se me escapa: suéltalo ya, hombre.

— Tu actitud destila resignación. Si lo prefieres, me callo.

— No, hombre, no. Es que la forma en que lo planteas ya induce a pensar que te vas a poner trascendente. De veras que me gusta escucharte.

— No me pongo en trascendente. Bien. Te creo. Empezaré por una pregunta: ¿por qué cualquier ser se aferra a la vida, desde el más elemental al más evolucionado?

— Una gran pregunta, si señor; yo confieso no saber la respuesta.

— Definir la vida, en una primera aproximación, ¿sería nacer, crecer, percibir o sentir, perpetuarse, morir?

— No es una mala aproximación, aunque yo añadiría renacer, porque morir sólo es un fenómeno físico—químico que lleva a otro tipo de vida.

— Bien. Aceptemos el supuesto renacer, sólo como hipótesis. Pues incluyendo tu hipótesis, esa definición es puramente vitalista. En realidad, ese fenómeno físico— químico que tú sólo colocas en el tramo de la muerte, es constante en la definición de la vida.

— Me lo temía. De cualquier modo, esa reflexión no se la hace la inmensa mayoría.

— No me refiero a que reflexione. El fenómeno físico—químico está siempre ahí. La percepción que todo ser vivo tiene de sí mismo es otra cosa. Pero fíjate, que esa percepción se para justamente en el tramo de la muerte.

— No todos. Yo, por ejemplo, no la paro ahí. Tendré que morir para seguir percibiendo.

— Sin embargo, todos, incluso tú, que aceptas la muerte como inevitable, aunque hagas trascender la vida más allá de ella, defiendes tu vida contra esa inevitabilidad, y eso es una constante en los seres vivos, ¿alguna vez te has preguntado por qué será así?

— Eso es así y yo no tengo explicación, ¿tú sí?

— A ver que te parece esto: hay una ley física por la cual, todo lo que existe organizado está avocado al desorden. Las galaxias, los sistemas planetarios, los planetas, las moléculas, los átomos, los sistemas organizados mayores y menores, los seres vivos, desde el más simple, hasta llegar al hombre...Todos, absolutamente todos, finalizarán en el caos, y sus partículas más elementales se unirán espontáneamente para dar origen a nuevos entes organizados. ¿Qué es la vida, pues? Desde el átomo, pasando por las moléculas, las células, los cuerpos constituidos por unos u otras, todos generan un impulso electro—químico que las definen, no como son, sino como están en el universo. Ese impulso se opone a la destrucción inmediata del orden que de forma espontanea adquirieron. Pero ese impulso no es otra cosa que una fuerza que se debilita, pues no es más que energía. Por tanto, un final en desorden es inevitable. Pero algunos seres vivos tienen, independiente de ese impulso, y como un estadio más de su evolución a estados mas complejos, una facultad que llamamos consciencia, y con ella, la posibilidad de evitar la destrucción anticipada por la acción de agentes o circunstancias externas. Esa consciencia o percepción genera el llamado instinto de supervivencia, que explica el por qué los seres vivos huyen del peligro que ponga en riesgo la vida de forma brusca e indeseada.

Estaba exhausta. Descubrir a un Miguel filósofo, me tenía fuera de juego a su lado. Quise ponerme a su altura.

— ¿Dónde aprendiste eso? Me has quedado hecha polvo. De todas formas, y por seguirte el rollo, voy a poner una piedra en el camino de tu razonamiento: ¿Qué pasa con las personas que, por la razón que sea, piden les llegue la muerte, o la ponen en riesgo, o la provocan voluntariamente, o simplemente la esperan con paz en sus espíritus?

— Es una buena pregunta. Te contestaré. La percepción no es el impulso. La percepción actúa independientemente. Con la percepción , y en

esos casos, lo que intenta el ser vivo es dominar al impulso. A veces lo consigue.

—¿Que es entonces la esperanza?

— ¿La esperanza? No viene al caso, pero te pondré un símil: en una herida infectada, los anticuerpos, vacunas, antibióticos son la fuerza que se opone a la destrucción. El analgésico sólo es un remedio contra el dolor. La esperanza es eso, un analgésico.

Inapelable. Nunca pensé que esas cosas se pudiesen decir en una conversación espontanea; pensaba que sólo se podían decir escritas, en los libros. Terminé, o quise terminar con la apelación a la esperanza de los creyentes; poca cosa, lo reconozco. — Pues en ese caso, yo doy gracias por tener esperanza, gracias a ella doy sentido a mi vida. Tus teorías podrán ser ciertas; pero debe haber algo más que no está en tus fórmulas.

Siempre había una palabra que inducía a Miguel a reabrir el debate.

— ¿Teorías? Teorías son ideas, y las ideas, cuando se expresan, sólo son criterios.

— O fanatismo intelectual.

— Todo lo que yo he dicho es demostrable. Teoría es lo que te sugiere tu esperanza.

— De acuerdo. No sigas. Cada cual entiende la vida a su manera , y no es necesario que alguien nos la explique. Estamos llegando y quiero bonitos sueños, si esto es posible después de tamaña paliza.

Lo de tamaña paliza no era cierto. Todo había sido muy interesante para mí. Era como si habiendo salido de misa, de repente me hubiera encontrado un charlatán en la plaza de la iglesia. Pero este charlatán era de los que te enganchaba. Normalmente paso de charlatanes.

Y otra vez lo imprevisible en Miguel.

— Yo te podría ayudar a dormir como los ángeles.

— Contigo, salvo mejores razones, dormiría incómoda.

— ¿No te gusto un poco?

— Eres increíble. Pasas de lo sublime a lo barato en segundos cuatro, parodiando en versión libre a no sé quién. Mira, Miguel: puede que algún día me acueste contigo; pero para eso tengo una norma, probablemente de supervivencia, y es que siempre hago el amor cuando me apetece y con quien me apetece, desde luego siempre después de una liturgia previa de amor. Como comprenderás, este no es el momento, y tampoco tengo claro que seas el hombre.

Dije lo que dije a sabiendas de que supondría colocar un muro entre el deseo natural de Miguel, quizá inaplazable, y mi deseo, siempre bajo control. Ya, hubiera supuesto una quiebra en los principios por los que tanto había luchado: nunca ser el capricho de un hombre, por lo mismo que yo no podía manifestar libremente mi capricho, sin merecer el calificativo de putona o cualquier otra cosa.

— El amor es física y química, como dijo alguien. Pongamos nuestros átomos en contacto, a ver que pasa.

No quería pasar por una estrecha; debía trivializar el asunto.

— El amor será eso que tú dices. Quizá ese alguien lo hacía con sus probetas. Yo prefiero ponerle un poco de consciencia, por emplear tus palabras. ¡Mira que si mientras follábamos nos diera por pensar en el tío ese de la casa o en lo inevitable de nuestra destrucción! Vamos a dejar ese tema y esperar que surja algún momento más romántico, que haga que el acto de follar se pueda llamar hacer el amor. ¿Por qué haces del sexo una caza a salto de mata , aquí te pillo, aquí...?

— Quiero hacer el amor ahora que soy joven y puedo pagar con mi cuerpo, porque me haré viejo y entonces tendré que utilizar el dinero para comprarlo o conformarme con imaginarlo.

Eso me enterneció y a punto estuve de tirarme en los brazos de Miguel. Miguel no hablaba de personas sino de cuerpos; una diferencia notable y que se hacía compatible con cualquier principio que sostenía. Le hice una pequeña concesión, dejándome ir suave por la pendiente. Pero el muro seguía haciendo su efecto y Miguel pasó a disculparse. Lo lamenté.

— Mira, eso ha estado bonito... Me has turbado un poco, ¿sabes?

— ¿Te molestan mis insinuaciones?

— No me molestan. Sólo quiero quedar claro que no soy una máquina de masturbar.

— Me haces sentirme gilipollas.

— No te deprimas; en el fondo me alegra que lo intentes. Sabiendo cómo sois los hombres, si no lo hubieras intentado habría pensado que te soy indiferente como mujer.

— ¿Eres siempre tan dura?

¿Dura, estrecha? Tenía que aclarárselo.

— ¿Llamas ser dura a que defienda mi autoestima como mujer? Hacer el amor es cosa de dos. Yo añadiría a tus bonitas palabras, que también me gusta pagar con mi cuerpo, pero sólo cuando quiero comprar en un trueque recíproco. Anda, sube a la habitación, date una ducha fría, y a dormir; tus neuronas lo necesitan.

— Soñaré contigo.

Un piropo gratuito que no me afectó lo más mínimo.

— No digas chorraditas de colegial. Según lo que me dijiste de tus sueños, tampoco así me tendrías.

— Ahora ya sé como se hace. Eres imposible.

— O quizá no tanto. Hasta mañana. Te veré en el comedor.

— Como quieras.

— Anda, deja de poner cara de cordero degollado.

Nunca sentí tanto los efectos de mi lucha y me pregunté si debí hacer algo contrario a lo que hice; tardé en encontrar la respuesta.

PRIMER DÍA

Llegué algo tarde al pequeño comedor del hostal. Los chicos; bueno, Miguel y los otros, ya estaba sentados dando buena cuenta de un espectacular desayuno.

— Hola. Hoy va a ser un día especial; lo digo por la forma de comenzar: ¡que desayuno!

— Este lugar es para recomendarlo. Hola, Pili ¿Qué te parece? —habló Miguel.

— ¡Jo, tíos, vaya forma de cuidaros!

— Nos cuidan; es el desayuno normal de la casa —dijo Manolo.

— Pues parece un desayuno inglés.

— Dan ganas de quedarse aquí —dijo Miguel.

— ¿Tú sabes destripar terrones? Aquí no podrías hacer otra cosa —dijo el basto de Ramón.

— Esperaré al retiro —contestó Ramón.

— ¿Sabéis cómo se llega a esa colina? —pregunté.

— Supongo que habrá que salir del pueblo por la misma carretera que vinimos, luego habrá alguna carretera o camino que lleve hasta allí —respondió Manolo.

— O se pregunta —dije yo.

— Si te quieren contestar. Quizá tampoco saben cómo se llega hasta allí —dijo Manolo.

— Al parecer, las obras no las hicieron gentes del pueblo —dijo Ramón.

—Sí; eso dijo Manoli, la chica del hostal —dijo Miguel.

— Hasta ahora es la que más parece saber —dije yo.

— ¡Pues estamos buenos, como todo siga así! —dijo Ramón.

— Este rollo puede estar sentenciado esta misma tarde —dijo Manolo.

— ¿No tenéis curiosidad por llegar hasta el fondo? —dije yo.

— ¿Qué fondo? Yo no tengo dietas —dijo Manolo.

— Yo no creo que haya ningún fondo. Estamos ante un excéntrico que espera de nosotros le sigamos el rollo —dijo Ramón.

— Sin embargo estáis aquí, lo que significa que esperáis algo más —dije yo, mirando a Miguel.

— Sólo para aclarar las incógnitas del teletipo: si hay víctimas o cualquier cosa que surja —dijo Manolo.

— Justificar un par de días de trabajo. Hasta quinientos kilómetros a la redonda, soy el encargado de los sucesos.

— A mí, el jefe me manda a donde le sale del capullo, y amén; nunca me pregunta si quiero o no quiero —dijo Ramón.

No hubiera sido necesario que nos dijera cuál era su trabajo; su deformación profesional era evidente.

— Nosotros, ya os decíamos, estamos un poco de vacaciones. Seguiremos el tema para no oxidarnos —mintió Miguel.

— Pues ya leeremos la que vayáis publicando —dijo Manolo.

— Si os parece, podemos pensar en irnos; son cerca de las diez —dijo Miguel

— Sí, vamos —dijo Manolo

—¿Queréis que vayamos en un solo coche? —preguntó Miguel.

— ¿Tú qué dices? Yo creo que debemos ir cada uno en el nuestro, por si luego decidimos largarnos —dijo Manolo.

— Igual pienso yo —dijo Ramón.

— Manoli nos dijo que no habíais venido juntos —dijo Miguel.

— Trabajamos en distintos medios, cuando coincidimos nos venimos en un solo vehículo —dijo Manolo.

— Bueno; allí nos vemos —dijo Miguel.

Miguel esperó a que yo terminara mi desayuno, que fue ligero como en mí era habitual. Y salimos, casi detrás de los dos tipos.

— ¡Vaya carrera que llevan éstos! —dijo Miguel.

— Sí; no parece que les motive lo que hacen.

— Lo peor es que parecen conformarse, no se revelan.

— ¿Qué se adelanta con revelarse?

— Buena pregunta. Supongo que proporciona el alivio de sentirse libre; yo siento eso, aunque no vale para nada si no se va un poco más allá, es decir, si no se toma la decisión contraria.

— ¡Ah, amigo, eso es lo difícil! De todas formas, no entiendo a la gente que carece de toda ambición.

— Ambición la tenemos todos: unos aplican el esfuerzo necesario, otros la persiguen soñando, o trepando. Sólo los filósofos parecen no tener ambición.

El relé de Miguel volvía a funcionar inesperadamente.

— ¿Los filósofos?

— O los ascetas, no sé si también se les puede llamar filósofos.

— No es lo mismo, aunque algo de ello tienen. Los ascetas buscan la verdad para su exclusivo uso, mientras que los filósofos la intentan divulgar

para que la humanidad la asuma y le sirva de guía. ¿ Tú de cuál de esas especies crees que eres?

De teoría de la filosofía yo estaba impuesta; ahora quería sacar algún provecho. Esperé la respuesta de Miguel con curiosidad.

— Cínico, con algunas variantes. Dejemos el tema, no vayamos a caer en la pedantería.

— ¿Ahora te preocupa? La pedantería no es mala en sí, sólo es insufrible para el que la soporta pasivamente.

— Pues dímelo, cuando yo sea el pedante y tú la pasiva.

No me dio más pistas.

— No te preocupes; lo haré. Ya se divisa la colina.

— No se ve a nadie por aquí a quién preguntar.

— Lo lógico es que salga un camino desde esta carretera en dirección allí.

— ¡Mira aquella polvareda! Parece un "landrover", y se dirige hacia allí.

— La Guardia Civil usa esos coches, deben ser ellos.

— Los compas también lo han visto; nos hacen señas.

— Otros dos coches giran a la derecha.

— Esperemos que los guardias nos dejen hacer nuestro trabajo.

— Los periodistas no les interesamos; ellos no pueden disfrutar de la notoriedad que les podemos dar, por eso se les llama números.

No entendí bien lo que quiso decir; supuse que fue un juego de palabras.

— Mira, ahí se ve la entrada, por ahí han pasado.

— También lo haremos nosotros, espero que acertemos.

— Tenlo por seguro.

— Aquellas ruinas parecen hoy más grandes que cuando las vimos ayer.

— Hay más luz, y nos estamos acercando. Sí que parecen grandes.

— ¿Cómo habrá ocurrido? Un terremoto no lo habría hecho mejor.

— Menos mal que no hay viviendas en los alrededores; los cascotes debieron volar a mucha distancia.

— Pues hasta aquí no han llegado. Menos mal que vamos delante. ¿Has visto el polvo que están tragando esos ? ¡Serán capullos! Podrían ir un poco más retrasados.

— Y tú podrías ir más despacio; parece que vas por una autopista.

— Mi deseo de llegar es más rápido que el coche, me muero de ganas.

— No creo que por aquí las piedras hablen más que las personas.

— Mira esa valla metálica que rodea la colina, debe delimitar la finca.

— Que desértico es esto; ni un árbol, y la tierra parece muy pobre.

— No sería en un lugar como este donde yo me construyera mi paraíso. Hay un portón, debe ser la entrada. Voy a pasar hasta donde nos paren.

— Esa rampa en espiral debe conducir a la colina.

— Allí se ven los coches que nos precedían, también el “landrover” se ve allí arriba.

— Quizá estos sean colegas.

— Pues no los han dejado subir. Veremos.

Fue Miguel el que habló con ellos, y poco vale la pena quién dijo una cosa y quién dijo otra.

— ¡Hola! ¿No se puede seguir?

— Eso nos han dicho los guardias.

— Somos periodistas.

— También nosotros. Están unos técnicos en explosivos inspeccionando el lugar.

— Sí; ya teníamos noticia. Estos que llegan también son colegas. ¿No venís del pueblo?

— No; llegamos ahora. Estábamos en el cruce mirando, cuando pasaron los guardias, nos preguntaron si éramos periodistas y nos invitaron a seguirles. Nos han dicho que esperemos aquí.

— Estos que llegan también son colegas.

— ¡Vaya polvo! Hemos llegado casi a ciegas.

— Debisteis dejar tierra por medio; veníais muy pegados.

Nos bajamos y nos incorporamos al grupo. Uno de los que ya estaban allí quiso hacer su particular comentario.

— Con la de lugares cojonudos que hay para vivir... Quien viviera aquí no me extraña lo que ha hecho; debía estar hasta los huevos.

— Eso parece una razón muy ajustada, por el lugar donde la colocas, quiero decir —dije yo para demostrarle que no tenía por qué andar con especiales miramientos por el hecho de que yo fuera mujer.

— Sí, chica. ¿Tenéis idea de cómo era la casa? Parece la hostia de grande.

— Nadie parece saber cómo era. La construyeron obreros que vinieron de fuera del pueblo, y la rodeaba un muro de cuatro metros de altura.

— Uno que se quiso aislar de este jodido mundo. Perdona los tacos, chica.

— No sé por qué te tienes que preocupar especialmente por mí. Prefiero los tacos a escupir.

Esta última frase ya la había empleado en otras ocasiones; me proporcionaba una sensación extraña de igualdad con los hombres.

— No ha quedado piedra sobre piedra. Habrá necesitado la tira de explosivos para hacer esto.

— No se sabe con seguridad si ha utilizado explosivos —dije yo

— ¿Y cómo, si no?

— No hay cascotes por aquí. Los guardias nos lo confirmarán —dijo Miguel

— Una explosión controlada, esa debe ser la razón.

— ¡Ah, coño! ¿Y por qué?

— Buena pregunta. Aquí estamos para eso. Cuando sepa el motivo, te lo cuento.

— La cosa tiene cojones.

— ¿No escribirás con ese diccionario? —pregunté al deslenguado.

— Esto es la leche, chica, déjame que me desahogue.

— No es para tanto; al fin y al cabo, una casa, un montón de escombros, y algún chalado detrás de todo.

— Quizá como noticia no valga tanto; pero esto me acojona a nivel personal. A mí no se me ocurriría, no.

— Para que se te pueda ocurrir algo así, primero has de tener pasta para dar y sobrar.

— Y bastante imaginación.

— Aquel guardia nos hace señas, parece que dice que subamos;... sí, eso nos está indicando.

— Subiremos en coche; hay una buena subida hasta allí.

— ¿Has visto, Pili? Nadie parece darle la importancia que le damos nosotros, empiezo a pensar que quizá no sea para tanto — me dijo Miguel.

— ¿Qué te hace pensar eso? Estamos empezando.

— No sé. Puede que nosotros tengamos demasiada imaginación.

— En cualquier caso, en el periodismo la imaginación no cuenta; será la realidad la que contemos.

Esta puntualización no era de mi cosecha; era de libro. Me interesé por la respuesta que Miguel podía dar.

— La realidad es independiente de quien la percibe. Para ver más allá de la percepción simple que nos proporciona los cinco sentidos, hay que echarle algo de imaginación, creo que este va a ser el caso.

La respuesta de Miguel también podía ser de libro, pero nadie se habría atrevido a escribirla o quizá sí; bueno, no lo sé.

— Ya veremos. ¡Jo, que plataforma! ¿Esto fue siempre así?

— Mas bien parece que han desmochado la colina. Nos quedaremos aquí, para que vean que somos buenos chicos.

— Los otros nos imitan.

— No; allí va uno muy decidido hacia los guardias.

— Ya lo pararán.

— ¡Oiga: no se acerque más, espere ahí!, ¡Ahora estoy con ustedes! — dijo un guardia con galones gordos.

— Como te decía.

— Ese parece sargento, verás que está pensando: "les voy a dar una rueda de prensa".

— Bien venida sea, si nos saca de dudas.

— Ya viene para acá.

Efectivamente era el sargento que no pudimos ver en nuestra visita al cuartel. Era un hombre de mediana edad, algo congestionado, según dejaba traslucir su roja cara, pero quizá estaba sofocado de dar órdenes y de ir de un sitio para otro. Me sorprendió que Miguel no hiciera preguntas; quizá las reservaba para mejor ocasión.

— Hola, señores. ¿Quieren reunirse? ¿Son todos ustedes periodistas?

— Pues sí.

— Soy el sargento Martínez. Supongo que querrán hacer preguntas...

— Gracias, sargento. ¿Nos puede decir qué...?

— Caso cerrado. Tenemos todos los datos para cerrar el caso...

— ¿Qué dat...?

— No me interrumpa. Primero: se confirma la hipótesis de la voladura; ha sido una voladura controlada con activación a distancia, por radio.

— ¿Por qué por radio?

— Los expertos no han encontrado cables ni mecha que salga de la casa.

— ¿Dice usted que tienen todos los datos...?

— Efectivamente.

— ¿Se puede usted explicar?

— A eso iba, si usted me deja... El propietario nos ha hecho llegar una carta...

— ¿Cuándo la han recibido?

— ¿Quiere usted dejarme hablar?

— Perdone, sargento. Siga.

— En esa carta, el propietario nos manifiesta que ha decidido trasladarse definitivamente —no especifica a dónde—, que la casa no tenía otra aplicación que para la que él la diseñó y usó, y que así el pueblo podrá decidir más fácilmente el mejor uso que quiera dar a este lugar.

— ¿Quiere decir que este terreno se lo deja al pueblo?

— Así es. En la carta nos da el nombre del notario en el que ha hecho la cesión.

— ¿Quién le facilitó los explosivos? Eso no se compra en el mercado.

— ¿Qué insinua?

— Nada, sargento. Tan sólo era una pregunta.

— No lo sabemos por ahora. Lo importante es que no ha habido víctimas.

— ¿No van a investigar la procedencia de los explosivos?

— Ese hecho lo consideramos independiente del suceso. Si ha habido alguna infracción, se averiguará.

— ¿Me permite otra pregunta?

— Diga.

— Con esta ya son varias las donaciones que ha hecho al pueblo, ¿puede decirnos cuáles son las otras?

— Pues... vamos a ver: una escuela nueva, un consultorio sanitario, un tejado nuevo para la iglesia, un nuevo depósito de agua..., arreglo de calles...

— ¡Vaya lotería!

— ¿Es eso todo?

— Y una ambulancia...

— ¿Algo más?

— Sí; seis viviendas para nosotros. Eso es todo, que yo sepa.

— ¿Seis viviendas para ustedes?

— Sí; eso he dicho. Un anexo al cuartel para nuevas viviendas. No para nosotros, claro es, sino para la Guardia Civil.

— No está mal. ¿Quién era ese buen señor?

— Aunque le sorprenda, lamento decirles que no conocimos su identidad.

— ¿Cómo?

— Lo que ha oído. Quiso mantener su anonimato.

— Oiga, sargento...

— Diga, señor periodista.

— Eso es difícil de sostener. Alguna explicación habrá para todo esto.

— Pues usted, que parece saber tanto, explíquemelo. Yo sólo juzgo los hechos y las conductas.

— ¿Usted juzga los hechos y las conductas?

— Si usted lo intenta me puede entender. Quiero decir que los hechos están ahí, y en cuanto a la conducta, ni en el tiempo que vivió aquí, ni porque nos llegara noticia de su vida anterior, tenemos razones para inmiscuirnos en su vida privada.

— Lo entiendo, sargento; pero no me negará que todo esto es bastante raro.

— ¿Cree usted que no me lo parece a mí? Hay gente rara por ahí que no tiene por que ser de nuestra competencia, diría que más bien es cosa de ustedes, ¿no le parece?

— Puede ser, sargento; pero nos gustan las gentes raras con nombres y apellidos.

— Pues en este caso son ustedes los que tendrán que averiguar lo que les interese. ¿Algo más?

— ¿Qué van a hacer con estos escombros?

— Nosotros nada. Los expertos han estudiado la zona y no encuentran motivo para mantener la precaución. Supongo que el Ayuntamiento decidirá lo que se ha de hacer. Pueden acercarse y tomar fotos, si lo desean.

— Gracias, sargento.

— Haremos unas fotos, y a casa.

— ¡Mira que hay gente rara...!

— Me gustaría entrevistar a ese tío.

— ¿Para qué? Para que te diga que él hace lo que le sale de...

— Sólo por el gusto de verle la cara a un gilipollas original.

— Pues yo paso. Paso de gilipollas originales, integrales, o de cualquier otra especie. En el fondo, lo que quieren es utilizarnos. Para mí, el asunto también está cerrado.

Fue Manolo el que habló dirigiéndose a nosotros.

— Pasaremos por el pueblo a liquidar el alojamiento, y a casa.

— Nosotros nos quedaremos unos días a descansar —volvió a decir Miguel.

— Pues que lo paséis bien. Encantado de conoceros.

— Igualmente.

He transcrito este pasaje de la colina tal cual apareció en las cintas. Varias veces me planteé el suprimirlo recurriendo a una narración sucinta de los hechos. Esto si que era microfonismo puro y duro, pero no encontré mejor forma de retratar aquellos personajes anodinos y su vulgaridad me pareció que quedaba mejor reflejada escuchándoles.

Me extrañó que Miguel insistiera en quedarse. Yo no veía más horizonte informativo en aquel momento y llegué a pensar que el querer quedarse sería por otras motivaciones que pronto descubriría. Decidí que se definiera lo antes posible.

— ¿Estás seguro de que nosotros nos quedamos? —pegunté

— Sí, seguro.

— ¿No es esto lo que tú llamas evidencias concluyentes?

— ¿Qué encuentras claro en todo esto, Pili? Mira: una cosa es que ese tío sea gilipollas, como decía el colega, y otra cosa es que los gilipollas seamos nosotros. Admito que es posible que al final los hechos sean los que aparentan la simplicidad a la vista, en ese caso habremos perdido el tiempo, pero sólo después de investigar; es a eso a lo que hemos venido, ¿no? Puede que haya algo más. Estoy seguro de que hay algo más, aunque no sé de qué importancia.

Me sentí inferior. No hacía falta ser periodista, ni periodista avezado, para haber llegado a las conclusiones de Miguel; sólo era cuestión de capacidad deductiva. Contesté sumisa y declarando mi incapacidad, que en cuestiones profesionales —y presentí que en otras— yo estaba aún muy "verde".

— Por mí, adelante, aunque confieso que, después de lo dicho por el sargento, no sé por dónde tirar del hilo.

— Hay un montón de cosas que se pueden hacer. Tendremos que plantearnos un esquema de acción.

— Dame una pista; estoy perdida.

— ¿No se te ocurre nada?

— Te juro que no.

— Hay algo de inverosímil en lo que hemos escuchado, por tanto, nos podemos plantear la necesidad de respuestas a lo que, por ahora, resulta difícil de creer tal y como nos lo han expuesto, esas respuestas deberán ser suficientemente coherentes, mejor creíbles, ahí tenemos un reto, veamos de lo que somos capaces.

— Adelante, adelante. Sentiría una gran frustración si todo terminara aquí.

— No terminará aquí, Pili, te lo aseguro.

— ¿Por dónde empezamos?

— Veamos que nos dicen los beneficiarios de esas generosas donaciones.

— Si mal no recuerdo, ninguna se ha hecho a personas físicas y sí, más bien, a, llamémoslas, instituciones: la Guardia Civil, Ayuntamiento, la Iglesia...

— Tienes razón y es una buena observación. Pero entre ese hombre y esas instituciones hay unos interlocutores de carne y hueso. Pili, empecemos por ellos.

— Nos hemos quedado solos.

— Somos periodistas, esos no pasan de ser empleados; establezcamos la diferencia.

Las compuertas cerradas de mi entendimiento se empezaban a abrir.

— ¿Qué vas a mandar a la redacción?

— Podríamos mandar los hechos conocidos, nada de conjeturas; volverían los buitres.

— El jefe no se va a conformar.

— Sí; si le prometo una buena exclusiva.

— Con ello te arriesgas.

— Dícese que sólo en el riesgo encuentras la forma de superar la vulgaridad.

— Frase muy propia.

Y cómo no. Cada frase de Miguel era lapidaria y me avergonzaba de que cosas tan obvias a mí no se me ocurrieran.

— No te cachondees. Es lo que buscaba desesperadamente, aquí puede estar la ocasión.

— ¿Qué no te convenció de lo que dijo el sargento?

— No trago lo del incógnito; alguien debe saber quién era ese individuo, alguien lo tuvo que tener cara a cara. Si era tan rico como parece, debe tener un nombre y sus correspondientes apellidos; sólo los pobres se llaman Paco, Antonio, sin más.

Algunas veces mis pobres relés venían en mi ayuda para evitarme el agobio mortal que aniquilaba mi autoestima.

— Ahí en la plaza había un bar y una terraza, tomemos algo; estoy seca.

— De acuerdo. También había un kiosco, quizá han llegado los periódicos nacionales.

— ¿Qué quieres comprobar? ¿No te fías del jefe?

— Sí. Sólo quiero comprobar la paja que ha metido. Respetará el acuerdo a que hemos llegado, no se arriesgará a entrar en contradicción más tarde.

— Ahí tienes sitio para aparcar.

— Ya lo vi. Acomódate donde gustes, yo iré al kiosco.

— ¿Te pido algo?

— Una cerveza.

— Muy bien.

Por primera vez me sentía sin fuerza para mantener por más tiempo lo que empezó a parecerme "mi estúpida autoestima". Mantenerla me impedía entregarme sumisa a aquel magnífico macho y gozar de ser poseída por el mejor que hasta entonces me había caído en suerte. Al fin y al cabo, fuera de la rara especie del grupito que salíamos en manifestación, enarbolando la bandera feminista, las mujeres no perdían esas ocasiones que se les presentaban tan nítidas...Y me pregunté por que yo era diferente. Pero no, aún era pronto para darme por vencida; no en vano había llegado a convicciones sólidas, después de mucha reflexión por mi parte y de dejar muchos jirones de mi sensible piel en esa lucha. Decidí, finalmente, darle una tregua a mis sentimientos hasta que quisieran definirse sin ambigüedades.

...

...

— ¿Había llegado?

— Sí, y también he comprado el de Ramón.

— Dáme ése. Tú mira el nuestro.

— Vamos a ver... Sí, aquí está.

— ¿Qué dice?

— «Según la agencia... .» Es el comunicado. Al final añade: «Al parecer no ha habido víctimas, según nos confirma nuestro enviado, Miguel Martín, destacado en el lugar.»

— En éste..., nada; se limitan a transcribir el teletipo.

— Bien. Todo el campo es nuestro. ¡Umm!, nada como una cerveza fría. Estaba pensando a quién nos convendría entrevistar primero.

— Habrá que decidirse por alguien. Cualquiera menos el sargento, por ahora.

— Ya lo había pensado. Podemos ir al ayuntamiento y ver al alcalde, como representante del pueblo y que a su vez es el mayor beneficiario; se merece la prioridad.

— Buena idea. ¿Se te ocurre alguna forma de entrarle?

— No he pensado, ¿y a ti?

— No; tampoco lo tengo claro. Gracias por pedir mi colaboración.

Seguro que Miguel no necesitaba de mi opinión, pero él era así y no había hecho gala mortificante de su superioridad; yo procuraba difuminar mi inferioridad procurando parecer lo menos tonta posible.

— Formamos un equipo, te lo digo ahora y ya no te lo repetiré, así que ya puedes comenzar a pensar.

— Encantada; pero el trabajo es tuyo y tuya será la gloria.

— ¿Aceptas o no? ¿Cómo abordarías tú el tema con el alcalde?

— Trataré de ayudar en lo que pueda. En cuanto a tu segunda pregunta , la forma menos original sería ir a hablar con él y ver lo que sabe.

— La menos original y la única. Nada como la improvisación. Lo importante son los reflejos que tengas para pedir te conteste a lo que interesa. En esta ocasión actuaremos más en periodistas, que viene a significar mas pesados que lo fuimos con los guardias.

— ¿Impertinencias incluidas?

— Alguna que otra, pero sin pasarse, aunque creo que estos paletos no son capaces de captarlas. Me has quitado un peso de encima, no hacía más que darle vueltas al asunto.

— Ten cuidado con la gente de pueblo, su filosofía puede ser ruda y nada académica, pero siempre acertada, y sus reacciones, cuando sienten que se burla uno de ellos, imprevisibles.

—Pues si te parece, vamos allá. Si se pone nervioso o cae en contradicciones, será cuestión de ir pensando que aquí hay gato encerrado.

— Efectivamente; sólo se pone nervioso el que quiere ocultar algo y no sabe mentir.

¡Qué diablos! Yo también era capaz de pronunciar frases de las que sentirme orgullosa.

— Tenemos todo el escenario en un pañuelo. ¡Que maravilla poder ir de un lado para otro caminando!

— ¡Suerte!

— Pasa.

— Adelante, déjate de cortesías; o siempre o nunca.

Una joven feucha, carente de interés, sentada en una mesa, situada en un pequeño vestíbulo, rodeada de papeles y una vieja máquina de escribir, nos miró interrogante al entrar en el ayuntamiento.

— Buenos días —saludó Miguel.

— Buenos días. ¿Qué desean ?

— Somos periodistas. Desearíamos ver al alcalde —volvió a decir Miguel.

La joven llamó por un teléfono interior.

— Un momento... ¿Don Julian?... Unos señores periodistas desean hablar con usted... Dos... Pregunta qué desean ustedes.

— Dígale que deseamos nos proporcione cierta información sobre el pueblo —dijo Miguel.

— Desean información sobre el pueblo... Está bien. Suban por la escalera hasta el rellano y tomen la puerta de la derecha.

— Muchas gracias —agradeció Miguel.

— Menos mal. Temía que nos dijera que estaba reunido.

— Nos sale a recibir...

Un hombre de mediana edad salió al rellano a recibirnos. No parecía un hombre de pueblo: bien trajeado, camisa impecable, corbata aceptable y una sonrisa iluminada por una buena dentadura.

— Por aquí, señores. Soy el alcalde.

— Buenos días, alcalde. Gracias por recibirnos —dijo Miguel.

— No hay de qué. ¿Qué se les ofrece?

— Quisiéramos hacerle unas preguntas como máximo representante de este pueblo.

— Pasen y siéntense. Estoy a su disposición.

— Pues... Veo que tiene usted el periódico encima de la mesa, precisamente el nuestro.

— ¡Ah, sí!, lo compro todos los días. Yo también soy liberal independiente, como su periódico, ¿saben? No pertenezco a ningún partido. Este pueblo sólo entiende de eficacia. Aquí nos conocemos todos, y los políticos de los partidos no tienen nada que hacer; vamos, que el pueblo no los entiende, eligen a gente que saben trabajarán por y para el pueblo.

Yo miré asustada a Miguel, tratando de anticipar la reacción que aquella increíble perorata le iba a causar.

— Naturalmente, alcalde, el pueblo siempre sabe elegir, y cuando se equivoca, pues... no es por error, siempre tiene los dirigentes que se merece. Ahora quisiéramos preguntarle sobre la noticia que viene en los periódicos referida a este pueblo, si no le importa.

La respuesta de Miguel, llena de sutil mala leche, me pareció antológica. El alcalde se la envainó, seguro que rumiando aquella desconocida forma de hablarle. Asistí al espectáculo pensando divertirme, a la vez que aprendiendo de situaciones que nunca fueron objeto de mis estudios en la escuela.

— Claro. Pues qué quieren ustedes que les diga. Estamos muy sorprendidos, no lo esperábamos, naturalmente.

— Ya. Hoy nos hemos enterado de dos cosas bastante sorprendentes: que la casa fue volada, y que su dueño ha cubierto de regalos este pueblo. Suponemos que usted debe tener algún dato sobre tan espléndido benefactor, porque, corrijo, son tres las cosas sorprendentes, el sargento no sabe nada de ese señor, sería la tercera.

— Poca cosa. Lo de las donaciones es como una lotería que no se espera que toque. En cuanto a las otras dos, qué quieren ustedes que les diga, lo de la voladura, yo también estoy sorprendido, y en cuanto al anonimato, qué quieren que les diga, él lo quiso así.

— Nosotros queremos que nos diga si, por ejemplo, ustedes jugaban a esa lotería...

— ¿Cómo?

— Quiero decir, que si habían hecho ustedes algún mérito especial, o por alguna otra razón. ¿Por qué aquí, precisamente?

— Ninguno, ninguno. El eligió este pueblo para vivir, y no conozco la causa, supongo que por ser tranquilo y sus gentes amables con los forasteros.

— Eso ya lo hemos podido apreciar por nosotros mismos. Pero al parecer, ese hombre no se ocupó de comprobar la amabilidad de las gentes de este pueblo; nadie parece saber nada de él.

— ¿Conoce usted su identidad?

— No; no la conocí, por eso del anonimato que usted mismo apuntó. Como llegó, se marchó.

— Eso es lo sorprendente. ¿Tampoco llegó usted a hablar con él ?

— Pues... hablar, lo que se dice hablar, como lo estamos haciendo ustedes y yo, no, nunca.

—¿Qué quiere usted decir?

— Pues... Oigan, ¿no querían ustedes hablar del pueblo?

Temí que allí se acababa la entrevista, pero confiaba, también, en los recursos de Miguel.

— Lo estamos haciendo, alcalde. Hablar del pueblo es hablar de sus gentes, también.

— Ese señor no era del pueblo.

— Vivía aquí. Ha hecho cosas extraordinarias por ustedes y otras no menos extraordinarias. Deseamos averiguar todos los detalles posibles.

— Pues ya les he dicho que no lo conocí. Yo no soy tan curioso como ustedes. A caballo regalado...

Me pareció el momento de tomar la palabra. Creo que fui espontanea; como un mínimo rayo de luz que proyectara mi pensamiento.

— Buen refrán, para el caso. Nosotros no somos curiosos, curiosa es la gente que nos lee.

— Será así, señorita.

Miguel volvió a dirigir la entrevista. Yo, mientras, valoraba la oportunidad de mi puntualización.

— Mire, alcalde: estamos aquí para averiguar todo lo que el caso tiene de extraño, de singular, y cada vez más insólito, y lo vamos a hacer, que para eso están los periodistas.

— ¿Qué hay de extraño?

— Por favor, alcalde, no se haga de nuevas. Usted mismo ha confesado estar sorprendido. Aquí han sucedido cosas poco comunes, de las que, de una forma o de otra, ustedes son también protagonistas; en tal condición, no podemos aceptar que usted nos despache con un no sabe nada. O nos lo explican ustedes o lo averiguamos nosotros. — Está bien. Yo les puedo decir lo que sé.

— Eso está mejor. Le escuchamos.

— Hace más o menos un par de años, llegó aquí un señor...

— ¿El señor que vivía en la casa?

— No; otro. Se quedó unos días en el pueblo mirando fincas; quería comprar, según dijo. Al final se fijó en la finca de la colina; pero esa finca no estaba en venta, que nosotros supiéramos. Esa finca pertenecía a don Luis de Aguilar, que vive en Madrid. La tenía en medianía con el Mudo; Pascual, que así se llama. Cultivaban trigo o avena, que no da para más. Como les decía.... ¿ Fuman ustedes ? El señor ese vino por aquí a preguntar de quién era la finca, nosotros se lo dijimos y le dimos la dirección del dueño, se marchó y nunca más lo volvimos a ver. Pasadas unas semanas, recibimos en el ayuntamiento una carta de un abogado que decía representar a su cliente, —no daba el nombre—, y que nos informaba que la finca de la colina había sido adquirida por su cliente para construir en ella una casa, que necesitaba agua y electricidad del pueblo a pié de la colina, y nos pedía colaboración.

— ¿Qué colaboración? ¿No podía dirigirse a los profesionales que instalan esas cosas?

— Supusimos que se refería a los permisos.

— ¿Y? Siga, por favor.

— No era fácil, el agua llega hasta la salida del pueblo, las lineas eléctricas también, son débiles, y el transformador queda lejos.

— ¿Entonces?

— Pues le contestamos con todos esos inconvenientes.

— ¿No le hicieron un cálculo de lo que costarían esas instalaciones?

— Sí. Pero le dijimos una barbaridad para ver de quitárnoslo de encima, nos pareció una chaladura; quién podría querer vivir allí...

— ¿Y qué pasó?

— Pues que le dijimos que costaría un par de millones de pesetas, más o menos. Pocos días después, el director de la caja de ahorros me comunicó que había recibido una transferencia a favor del Ayuntamiento para el pago de la instalación de agua y electricidad, la mandaba el mismo abogado de la carta.

— ¿Les mandaba los dos millones?

— No; mandaba cinco.

— ¿Quiere usted decir cinco millones de pesetas?

— Si; para el pago de ambas instalaciones y los permisos, y lo que sobrara lo donaba para obras pendientes del ayuntamiento.

— ¿Qué pensaron? ¿Le hicieron lo que pedía?

— Se reunió el Pleno, cada uno opinaba una cosa. Naturalmente se instaló lo que pedía, eso sí, con la mejor calidad de materiales. La conclusión a la que llegamos es que si alguien hubiera hecho eso personalmente, seguramente se trataría de algún loco; pero éste lo hacía a través de su abogado..., no teníamos motivos para dudar.

— Desde luego. ¿Y qué pasó después?

— Que recibimos otra carta del mismo abogado solicitando permiso para construir la casa. Pero como no venían planos, —los planos son necesarios para conceder la licencia — se lo hicimos saber. Una nueva carta en la que nos pedía le eximiéramos de tal formalidad, quería, dijo, hacer una casa sin idea previa, de unos quinientos metros cuadrados de construcción.

— ¿Le concedieron la licencia?

— La cosa no era fácil. La ley no contempla este supuesto, pero tampoco lo prohibía expresamente. Se reunió la comisión permanente para estudiar el caso. El ayuntamiento andaba falto de recursos, y los derechos de una licencia así eran importantes y venían muy bien. La casa iba a estar situada fuera del casco urbano...

— ¿Le pidieron más dinero?

— ¿Y por qué no? Lo que el regalaba era cosa suya. Nosotros no podíamos regalarle la licencia.

— ¿Cuánto importaba la licencia?

— Lo legal: un millón doscientas mil pesetas, correspondientes a cuatrocientos metros cuadrados de construcción, ni siquiera llegamos a valorar los quinientos metros que él indicaba. También pusimos una condición: que la obra fuera dirigida por un arquitecto.

— Fueron ustedes muy consecuentes. Y aceptó, claro.

— Sí. No puso ningún reparo.

— Y mandó el millón doscientas...

— No; mandó cinco millones.

— ¿Nos toma el pelo

— Es cierto, y no les tomo el pelo: el importe de la licencia, y el resto para atender necesidades del pueblo.

— ¿No pensaron que pudiera estar comprando su voluntad?

— Ni hablar. Todo era legal. Se podría pensar si el dinero lo hubiera mandado antes de pedir algo, o para cambiar una negativa nuestra.

— Tiene razón. Siga, siga, por favor.

— Pues, poco después vinieron unas máquinas que iniciaron las obras de preparación del terreno y accesos. A continuación se comenzó la obra de la casa que, supongo, ya han visto.

— Los escombros, sí. ¿No les sorprendió la construcción ?

— Pues sí, bastante. En realidad no salíamos de la sorpresa.

— ¡Y tanto! ¿Qué pasó luego?

— Pues cuando terminó la obra, el dueño se vino a vivir.

— Un señor con un “ Mercedes”, por más señas. ¿Qué otros contactos tuvieron con ese señor a partir de venir a vivir aquí ?

— ¿Contactos? Pues... contactos, contactos, ninguno.

— ¿Y cómo y cuándo se produjeron las otras donaciones?

— Las de carácter general y que el ayuntamiento tenía competencia, se decidieron con cargo al dinero que ya había mandado, las otras, al poco de llegar.

— ¿Y qué pidió más para él?

— Nada, nada.

— ¿Cómo supo él de las otras necesidades que motivaron sus donaciones?

— En realidad, todas solucionaban problemas que directa o indirectamente afectaban al pueblo. Le hicimos llegar una lista de prioridades.

— ¿Así, sin más?

— Más o menos.

— ¿Qué quiere decir con más o menos? ¿No puede explicarse? ¿Le pidieron esas cosas así por las buenas?

— Naturalmente que no. En una carta nos agradecía la colaboración del ayuntamiento y la acogida del pueblo, y él mismo preguntaba qué problemas teníamos que se pudieran resolver con dinero. Yo le mandé un mensaje explicándole la situación del pueblo en cuanto a proyectos pendientes y paralizados por eso mismo, por falta de medios económicos.

— ¡Fantástico! Y él, sin discutir nada, las solucionó.

— Pues sí; así fue. Algunas cosas quedan por hacer, pero el dinero ya está en las cuentas correspondientes.

— Lo que no entiendo es ese ir y venir de mensajes. ¿No era más propio entrevistarse con él? ¿No le han hecho aún el merecido homenaje?

— Ninguna de las dos cosas. En una de esas notas, quizá la primera, nos pedía que respetáramos su intimidad y anonimato; era su única condición, por así decir.

— ¿Qué piensan en el pueblo de todo esto?

— El final de la casa les ha impresionado, como a mí mismo. Cuando ocurren cosas extraordinarias estas gentes las hacen trascender a la voluntad divina, y así lo explica el párroco; esto último, yo, sinceramente, no lo comparto, pero tampoco sé explicarlo. De una forma u otra todos estamos confundidos. Me gustaría saber quién es y por qué lo hizo, y no es por curiosidad, ustedes comprendan.

— Lo comprendemos. ¿Nadie, entonces, lo conoció cara a cara? ¿Cómo mandaba los mensajes?

— Un hombre así, con tanto dinero y en una casa tan grande, no podía prescindir del servicio —añadí yo.

— La única persona que le atendía, que yo sepa, era Mudo.

— ¿Quiere usted decir el señor que cultivaba la finca? Pues ese ya es alguien. ¿Quién es ese mudo? ¿Dónde se encuentra?

— Es un hombre de este pueblo, un pobre hombre, sin familia. El lo contrató, supongo que para la limpieza y algunos recados, no creo que sepa hacer mucho más. Por él recibíamos los mensajes.

— Supongo que le dicen el mudo porque no sabe hablar, o mejor porque no puede.

— Lo llamamos Mudo. Efectivamente, no puede, tampoco oye; es de nacimiento, y es muy difícil comprenderle y que te comprenda, aunque es bastante listo.

— Curioso. ¿Sabe leer y escribir?

— No; nunca fue a la escuela, según me han contado.

— Decía usted que es del pueblo, ¿dónde vive?

— Vive en una casa a la salida del pueblo, la última casa a la derecha: una casa con una ventana y la puerta pintadas de verde. Pero no creo que les vaya a ayudar mucho.

— ¿Nos puede decir algo más, algo que no hayamos preguntado?

— De momento no se me ocurre. ¿Ustedes no tienen más preguntas? Tengo que atender algunos asuntos.

— No le retendremos más, alcalde, quizá en otro momento. Ha sido usted muy amable.

— Estoy a su disposición. ¿Piensan permanecer en el pueblo?

— No lo hemos decidido aún. Parece que el caso, con ser extraordinario, no da mucho más de sí. Estamos un poco de vacaciones, y este pueblo nos gusta. Quizá nos quedemos unos días para disfrutar de su tranquilidad.

—¿Cuándo saldrá el reportaje?

— Puede que no salga nada más. ¿A quién interesa una historia así ? No cabe duda que es una bonita historia; pero mientras no conozcamos la identidad de la persona que está detrás de ella, me temo que nuestros lectores iban a pensar que es un cuento de hadas o que les tomamos el pelo. Por otra parte, ustedes no necesitan publicidad; están muy bien así.

— Queremos que venga gente nueva a vivir aquí, y algún proyecto va en esa dirección. Pero estas cosas no dejan de alterar nuestras vidas.

— No me extraña, alcalde, aunque todas las alteraciones fueran como ésta. Los designios divinos, con cosas como éstas, al menos alteran la resignación.

Quise intervenir. La entrevista estaba tocando a su fin y yo apenas había abierto la boca. Todos mis sentidos habían estado pendientes de Miguel, no tanto del alcalde. Me pareció magistral la sólida forma con que Miguel condujo a aquel hombre al terreno que le interesaba, y que, en una primera impresión me pareció correoso y nada patán. Supuse que nadie lo habría hecho mejor, pero tampoco disponía de elementos de contraste. Y decidí dejar el diálogo tal y como apareció en las cintas, porque me pareció que describía, mejor que yo lo hubiera hecho, aspectos importantes para nuestra investigación.

— ¿Sabe usted que también les ha dejado la finca de la colina ?

— Sí, señorita; la carta la recibimos nosotros.

— Gracias, alcalde. Tendremos que pellizcarnos para saber si estamos despiertos o soñando. Nos vamos —se despidió Miguel.

— Yo lo he hecho muchas veces. Ustedes lo pasen bien.

Yo esbocé una leve sonrisa a modo de despedida; el alcalde sólo me devolvió un rictus que entonces no supe cómo interpretar.

...

...

Salimos. Mientras caminábamos, Miguel se dirigió a mí.

— ¿Qué te parece, Pili?

No me sentía con fuerza para emitir un juicio valorativo; esperaba, siempre esperaba, el juicio de Miguel.

— Tú lo dijiste: suena a cuento de hadas.

— Es la leche lo que ese tío ha hecho; pero eso lo hace más interesante.

— Desde luego, tirar dinero de esa forma sólo se explica si uno está en posesión del secreto del fin del mundo, y tener dinero, claro. ¿Por dónde seguimos?

— Por analizar todo lo que hemos escuchado. Tenemos un nuevo personaje: el mudo ese. También pienso que todo esto tiene que tener una explicación, de lo contrario tendré que pensar en que existen dos mundos diferentes: los que disfrutan acumulando dinero, y los que lo hacen tirándolo. Aunque bien mirado, debe ser una gozada primero acumularlo y luego tirarlo, claro, comprando a la gente que no sabe hacerlo de otro modo que vendiéndose.

— No parece que aquí se haya vendido nadie. ¿No te pareció convincente lo que dijo el alcalde?

— Convincente viene de convencer, y también se convence mintiendo. Digamos que ha sido dudosamente convincente. Parece inverosímil, pero de momento no tengo otros elementos de juicio. Ya veremos.

Ya casi no me sorprendía la forma en la que Miguel ponía punto y a parte a sus razonamientos, tampoco me defraudaba, y seguía añadiendo elementos nuevos de admiración en mí, casi esperada.

— Podríamos ir a comer, si te parece, comiendo pensaremos en algo.

— Ese mudo debería ser el siguiente, pero ¿cómo coños se entrevista a un mudo?

— Además de sordo y analfabeto. ¿Nos quedamos en el mismo restaurante?

— Más vale lo conocido. Adelante.

— ¿Va la cosa por donde tú querías?

— Va mejor de lo que pensaba al ir a ver al alcalde.

Sólo había unos pocos pasos hasta el restaurante, que se encontraba en otro lateral de la plaza. Durante ese recorrido permanecimos en silencio. Entramos en aquel local que, en su humildad, me pareció acogedor.

— Buenos días —dijo Miguel.

El mismo camarero salió a recibirnos.

— Buenos días. ¿Desean ustedes comer?

— Sí. ¿Qué podemos pedir?

— Tenemos sopa de cocido y judías salteadas, de primero. Y de segundo, magro con tomate o filete con patatas.

— ¿Tú que qué quieres, Pili?

— Judías y filete.

— Lo mismo para mí. Y vino de la casa, por favor.

— Y una gaseosa.

— Enseguida.

— Traiga un poco de queso, mientras preparan...

— Ahora mismo.

— Veamos, Pili: me preguntaste mi opinión sobre el alcalde y te la di, ¿que te pareció a ti?

No creo que Miguel me hiciera esa pregunta por cortesía. Probablemente valoraba la proverbial fama de intuición que tenemos las mujeres. O quizá, al tratarse de un hombre, él pensaba que yo le aportaría registros que él no había detectado. En cualquier caso, preferí hacer uso de la intuición, pero no de la femenina, sino que me limite a hacer un sencillo juicio profesional.

— Me dio la impresión de que le resultamos molestos; que preferiría que no metiéramos las narices, vamos. También bastante preparado, para lo que se podía esperar.

— Eso es lógico. Un alcalde de un pueblo perdido como este, con una pasta como la que ese chalao ha puesto en sus manos, puede hacer maravillas, con tal que no se ocupen de él. Dudo que haya aquí alguien que se atreva a pedirle cuentas. Dudo que se haya criado aquí; parecía tener las conchas que se acostumbra a adquirir en la vida de una ciudad más

importante. ¿Recuerdas si yo le pregunté si conocía a alguien del pueblo que hubiera hablado con ese hombre, a parte del mudo ese ?

— Creo recordar que sí; pero no te podría decir cómo se lo preguntaste. Lo que sí recuerdo es que yo le mencioné la contradicción entre tener dinero y no tener servicio que le atendiera, fue entonces cuando mencionó al mudo como la única persona que le atendía. Quizá no sostuvimos la pregunta suficientemente, y él se limitó a contestar lo que preguntábamos.

— Pues partamos del supuesto de que no contestó completamente a mí pregunta, ¿cómo sabemos si hubo más?

— No vamos a volver a preguntárselo, ¿no?

— No. Pero tenemos al mudo, y si podemos sacarle algo, esa deberá ser nuestra próxima misión.

— Probablemente mencionó al mudo por la seguridad que le daba una persona que ni habla ni oye, y como el dijo : «es difícil comprenderle y que te comprenda.»

— Pues lo vamos a intentar; no hay otra cosa. ¡Putada!, preferiría entrevistar a la mafia.

— Esa está llena de mudos.

— Llama al camarero con cualquier excusa; quiero hacerle una pregunta.

¿Por qué a mi no se me ocurría ninguna iniciativa? Llamé al camarero, pero no pude adivinar qué pretendía Miguel.

— De acuerdo. ¡Camarero!

— Tiene cara de mala uva .

— Diga.

— Se me olvidó decirle que mi filete sea poco hecho —se me ocurrió decir como pretexto.

— Lo diré en la cocina.

Fue, entonces, cuando Miguel le abordó.

— Oiga: hemos estado visitando al alcalde. Nos interesaban algunos aspectos del pueblo y se nos olvidó preguntarle si venían muchos turistas.

— Vienen pocos para quedarse algún tiempo. Alguno, los fines de semana.

— ¿No encuentran interesante este pueblo? A nosotros nos gusta.

— No es lo mismo venir de visita que vivir aquí.

— Claro. Eso nosotros no lo podemos saber. El alcalde parece una persona muy competente, estarán ustedes contentos con él.

— Ustedes, como al pueblo, no lo conocen. Será muy competente; pero también es un cabrón, y perdone la señorita.

Di un respingo. Miguel ni si inmutó.

¿Un ca... ? ¿Es que usted no es de su partido?

— ¿Eso qué tiene que ver? Perdonen, tengo que avisar en la cocina lo del filete.

— Sí, si, claro, vaya usted —dije yo, asustada.

— ¡Vaya! Ahí tenemos una expresión que vale tanto como un discurso.

—Me he quedado de piedra . ¡Jo, Miguel, como las gastan en este pueblo!

Miguel, lejos de sorprenderse, reflexionó en voz alta, con tranquilidad.

— No será difícil saber lo que ha querido decir; pero eso puede ser anecdótico, ya saldrá. Volvamos al mudo y no divaguemos.

Aunque parezca obvio, no me resistí a admirar de nuevo la forma natural con la que Miguel utilizaba los relés de su pensamiento. Y yo seguía sin aportar otra cosa que preguntas que esperaban una única respuesta: la respuesta de Miguel.

— ¿Cómo resolvemos el problema de querernos comunicar con una persona que no habla, no oye, no escribe...? Menos mal que le queda la vista...

— Le queda la vista, sí... !La vista! ¡Eso es! Ver si puede, y si puede ver... ¡Creo que ya está, Pili! Puede que haya una forma de entenderse, será muy elemental, pero valdrá. Pili, creo haber encontrado el modo...

Naturalmente. A Miguel cualquier palabra le provocaba que su pensamiento se pusiera en marcha.

— Pues yo también veo, y te confieso que no veo nada.

— Dime una cosa: ¿qué tal dibujas?

— No se me da mal. Siempre "sobre" en mis notas. ¡Ah, ya comprendo! Quieres comunicarte con signos, como en la edad de piedra ... No está mal, será una nueva experiencia.

Al fin un rayo de luz se había abierto paso en mi nebuloso pensamiento.

— Dibujos, mas que signos.

— ¿Crees que el mudo sabe dibujar?

— No será necesario. Tú serás la que dibuje, serán dibujos alusivos al tema y que mostraremos a ese hombre, nosotros observaremos sus reacciones: asentimientos o negaciones, no hará falta más, funcionará como los ceros y los unos en el procesador de un ordenador.

Aunque me pareció vislumbrar su intención, me pareció tan complicada, que no pude por menos de trivializarla.

— ¿Y así piensas escribir esta historia? ¿Quién hará de disco duro? ¿Es una broma?

— No te burles, ni es una broma. Te digo que funcionará, sólo depende de que nosotros sepamos hacer las preguntas con los dibujos. Ese hombre

sólo tendrá que decir sí o no con la cabeza; la conclusión, debidamente ordenada y encadenada, la sacaremos nosotros.

Exclamé fascinada.

— ¡Que imaginación!

— Fíjate en esta plaza: el ayuntamiento, la iglesia, el restaurante..., ¿podrás dibujar algo parecido?

— Claro que sí. Será algo naïf, desde luego, no pretenderás que lo fotografíe.

— Tiene que parecerse para que el mudo lo reconozca. Tendrás que pintar otras cosas que ya irán surgiendo.

Estaba interesadísima, pero no se me alcanzaba qué podía Miguel obtener con ese método.

— Me gustaría saber que ostras pretendes preguntar con los dibujitos.

— No te lo podría decir. Las ideas revolotean en mi cabeza, está a punto de estallar.

— Pues contrólate. ¡ Que asco, todo esto lleno de sesos !

Qué frivolidad la mía, al lado de aquella cabeza privilegiada.

— Funcionará, sí, funcionará. ¡Ah, la imaginación, que poco la aprovechamos!

Volví a frivolizar; no se me ocurría nada mejor.

— Bien. Ahora, come, los dibujos animados para luego.

Pero para eso estaban los relés de los que Miguel hacía gala cuando parecía que ya sólo se podía hablar del tiempo.

— ¿Tú llamarías imaginación a esto que se me ha ocurrido?

— Imaginación, instinto, sí, un poco de ambos. ¿Por qué lo preguntas?

— Yo creo que se trata de imaginación. Instinto sería la facultad de percibir claro y rápido, un paso corto sobre el presente. Instinto sería, por ejemplo, dudar de que estemos ante un caso vulgar. Imaginar nos lleva a

consideraciones más amplias, también intuitivas, pero en este caso como más universales, porque nos podemos ir del pasado, pasar por el presente sin detenernos e ir al futuro; en otras palabras: podemos diseñar un comportamiento lógico en ese hombre en el que encajen todos los pasos que nuestros sentidos vayan verificando. Para mí, la imaginación es una de las facultades mas portentosas del ser humano.

Me preguntaba si todas esas cosas que Miguel decía serían suyas, propias de su conocimiento intuitivo o las habría asumido partiendo del conocimiento de lo que otros habían dicho.Yo tenía poca imaginación, quizá porque me parecía una ociosa playa en la que el pensamiento se tumba a tomar el sol; lo había concluido yo misma. Pero se me ocurrió algo que, bueno, no estuvo mal del todo, y resumía mi pensamiento al respecto.

— Y la más barata. El análisis frío de los datos lleva a mejores resultados, aunque más trabajosa. La imaginación se puede ir por las ramas.

— ¿Es positiva o negativa para ti?

— Depende de lo que proyecte. No lo sé. Lo de los malos pensamientos, en mi ordenamiento moral se declaran malos, o negativos; pero tengo mis dudas.

Debí decir algo que nada tenía que ver con lo que Miguel había planteado o que a él no le merecía el menor comentario. Utilizó sus relés para pasar a otra cosa.

— ¿Quieres postre?

— No; café sólo, y solo.

— ¡Camarero!

— ¿Sí ?

— Dos cafés solos, por favor.

— Enseguida.

Creo que ni me había escuchado. Mejor, porque yo misma deduje que había dicho una tontería de puro obvia, pero de cortos vuelos. Miguel retomó el hilo de su pensamiento, momentáneamente aparcado.

— Volviendo al tema de la imaginación. No tengo claro si la imaginación tiene que ver con la percepción y viceversa, es decir, no sé si imagino primero y luego percibo, o al contrario. Aunque antes he dicho que percibir es consecuencia de imaginar, debe haber una barrera entre ambos conceptos que me cuesta traspasar.

Me sentí apabullada. Ya no recordaba lo que había dicho y si lo que decía ahora tenía alguna congruencia con lo anterior. Pregunté para que me expusiera algún caso practico y seguidamente dije lo que se me ocurrió.

— ¿A dónde lleva esa pregunta? Me parece que no son lo mismo. Imaginar, la misma palabra lo define, no es otra cosa que crear imágenes de cosas que no existen, al menos al alcance de los llamados cinco sentidos...Percibir es sentir las cosas que están al alcance de los sentidos.

Seguía mi argumentación y yo lo consideré un éxito.

— Sin embargo, puedes, a través de la imaginación, excitar alguno de esos sentidos, por tanto, o la imaginación crea cosas materiales, o las cosas materiales son imaginación.

Pero él dejaba sin valor mi argumentación. Nunca debí decir lo que dije a continuación; fue una coz contra el aguijón. Cuántas veces más habría de adoptar semejante salida para no sentirme que me hundía. Yo tenía que haber sido sincera y haberle dicho: «Miguel: no insistas en ver en mí una interlocutora capaz de entender lo que dices. ¿No ves que soy idiota, una tarada mental, que ni siquiera recuerda unas cuantas posiciones del pensamiento de los grandes, de los ilustres, con las que fustigarte? Pues no, no fui sincera. Tampoco tenía claro que debiera estar de acuerdo, por eso quise salir.

— Chorradas. Eso es filosofía, y la filosofía no es mi fuerte.

— No trato de entrar en un debate filosófico, intento llegar a una conclusión que me sirva a mí. Verás, Pili: lo que trato es...

Ya no podía dejarle seguir.

— Esas divagaciones sólo te llevan a formar en tu cabeza una gran empanada mental.

Miguel me respondió como cualquiera que dirigiendo su discurso a un auditorio, de repente alguien se pusiera a hacer un ruido que lo hacía inaudible.

— ¡Déjame terminar, coño!

— Termina, hombre; pero no profundices, por favor, yo enseguida me pierdo en estas cosas.

Yo, que jamás había rendido mi espada vencida a nadie y menos a un hombre, pero en esta ocasión debí hacerlo; hubiese sido más digno, pues no se trataba de un hombre, sino de un ser superior a mí.

— No será profundo. Lo que quería concluir es que si la imaginación nos permite tener sensaciones, en ausencia de las cosas materiales que perciben los cinco sentidos del cuerpo, la cosa es fantástica, chica, quiere decir que podemos vivir toda una vida independiente de la real; una vida imaginada, sin límites, sin obstáculos, sin condicionantes externos, a nuestro gusto.

Miguel estaba en exquisito y yo seguía haciendo de burda pragmática.

— Yo seguiré prefiriendo comerme de verdad un filete a imaginarlo, a más de otras cosas. Pienso que las cosas reales están ahí, para tomarlas o dejarlas, y que la imaginación, también está ahí, para cuando surja, se complementan.

— A pesar de tu positivismo, sigo pensando, y que me perdone el bueno de Augusto Comte, que desarrollar la imaginación le permite al ser humano vivir una vida que puede ser tan intensa como la real, con la ventaja de que depende únicamente de su voluntad el llegar a donde los sentidos no

llegan. Pero veo que es inútil, tú la imaginación la debes utilizar para hacer buenos platos.

Como estaba herida en mi autoestima, ese final de Miguel, por primera vez, me ofendió profundamente, pero tenía razón: mi imaginación no la utilizaba sólo para hacer buenos platos, pero sí me había ganado a pulso que Miguel me adjudicara esa única función de mi imaginación.

Había mencionado a Comte. Yo sabía quién era y lo que proponía su pensamiento, pero lo ignoré. Tenía que buscar mi rehabilitación en negar todo pensamiento academicista.

— Tampoco es necesario ofender. ¿Quién es ese Comte, alguien que dijo ahí queda eso?

De paso, el pobre Comte, allí donde estuviera, seguro que que exclamó: «¿Y tú has hecho una carrera?»

— Perdona, Pili. No te he querido ofender. Constato que para personas como tú, con tantos condicionantes éticos y morales, la imaginación es algo que necesita control, lo que significa, a la postre, limitación. Te pido perdón si no me he expresado correctamente. Dejaré el tema.

Todavía estaba resentida, y aunque Miguel me había pedido tiernamente disculpas, no supe encontrar la reconciliación que merecía su mágnifica magnanimidad. Él en una frase sencilla me daba la clave que yo no había encontrado. Sólo pude contestar aliviada con una exclamación que llevaba implícitos dos sentidos: que Miguel, al fin, dejaba de torturarme y que yo dejaba de torturarme, al fin.

— ¡Uf, menos mal!

— ¿Te molesta que comparta mis dudas, mis pensamientos contigo?

Aquello sí: me enternecí, y ya mas sosegada traté de ordenar mis ideas para decirle todo lo que pensaba sinceramente sobre su última pregunta. Ahora encuentro que mi respuesta fue afortunada y sincera.

— Compartir es asumir. Algunas cosas que parecen inquietarte no forman parte de mis inquietudes, te lo confieso. Aunque, quién sabe, algunas de esas cosas que dices me hacen pensar. Entiende mi rebeldía, a veces desconsiderada. La reacción cuando a alguien se le cambian los esquemas suele ser desafortunadamente desabrida. Luego se recapacita...

— No se hable más. ¿Nos vamos?

— Estoy dispuesta. Vete saliendo; voy a pagar.

— Bien. Tendrás que superarte, o te despido.

— ¡Ja! Eso no me lo creo, al menos mientras excite tu imaginación, por si ocurriera que cayera algo positivo...

— Además tienes una mala leche que me empieza a gustar.

No sé de que mala leche hablaba y no sé que hacía para gustarle; yo creía que era la contradicción misma, y mis palabras no más allá de aullidos de supervivencia. He aquí un ejemplo.

— Tampoco me disgusta tu pura imaginación; pero por el momento, la tendré que controlar, no vaya a ser que ella te traicione e intentes violarme. Te advierto que no lo conseguirías, y el Comte ese te habría dado por el culo riéndose en tus narices.

¡Qué soez sentido del humor!

— Esa es la diferencia: con la imaginación no necesito violarte, te tengo cuando quiera, y con la mejor disposición por tu parte, el efecto puede ser el mismo, o mejor.

Miguel se estaba pasando con lo de la imaginación, pero sus palabras eran siempre certeras.

— Pues qué bien. Entonces no te preocupe llegar a viejo. Tú te lo guisas, tú te lo comes. Algún día puede que te pida la receta.

— ¡Ni hablar! Lo cocinaremos juntos.

— Mejor dejarlo; no querría defraudarte.

— Depende de la imaginación que le echáramos.

Este frecuente pim—pam de juego dialéctico erótico—festivo no me consolaba y acentuaba mi resaca espiritual. Llamé al camarero y así pasar a otra cosa. Pagué como habíamos convenido.

— ¿Cuánto llevas pagado? —preguntó Miguel.

— No sé; no llevo la cuenta.

— Toma veinte mil pelas y sigue pagando hasta donde alcancen.

— Yo pondré lo mismo, menos cinco mil, que será más o menos lo que llevo pagado hasta ahora. Lo pondré todo en este departamento del bolso e iré pagando de ahí. Es increíble lo que da de sí el dinero en este lugar.

— De acuerdo. Avísame cuando se termine. Y vamos ya; perdemos mucho tiempo con tanta charla de café.

Él lo había dicho de otra forma; quizá había charlas de café que alcanzaban la categoría de sublimes. Las que yo critico eran puramente necias. Pero yo misma quise distinguir unas de las otras por el simple método de sólo pensar en las importantes.

— No vengas ahora a quitarle importancia. Todo lo que hablamos tiene su razón de ser, es comunicación entre dos personas en solitaria compañía, nos acerca o nos aleja, pero despeja incógnitas, y eso es positivo. Otra cosa es que, algunas veces, eres un pelma de cuidado.

Dije esto último, quizá para que Miguel dosificara su mortificante, para mí, alarde de superioridad intelectual. No, mejor decir superioridad de pensamiento. Dije algo que me permitía mantener cierta libertad, a la vez que pretendía ser una tierna oferta con voluntad de futuro.

— Quisiera que nos acercara.

— A mi también; pero eso el tiempo lo dirá.

Ese espontáneo rasgo de convencionalidad invalidó por completo mi crédito acumulado hasta entonces, porque las palabras, ¡ah, las palabras!, no

siempre expresan lo que se quiere decir, y el mensaje que percibe el destinatario puede ser terrible.

— ¿Vamos en coche? Hasta allí hay un buen trecho.

— Pues nos convendría andar un poco; no hacemos otra cosa que buscar donde poner el culo.

— Pues andando.

— También debe parecer que pasamos casualmente por allí, incluso tratar de encontrarnos con ese hombre, en lugar de llamar a su puerta.

— Vamos allá. Deja de hacer deseable lo posible, haremos posible lo deseable.

Miguel a veces se pasaba también. Ciertamente, Miguel, cuando rebosaba el vaso de lo sublime, se convertía en un insufrible pedante que le desnaturalizaba; pero sólo era un instante. Era entonces cuando yo no debía dejar pasar una.

— Y tú déjate de monsergas; me abrumas con tus sentencias.

— Perdona. ¿Llevas papel y bolis?

— Un boli creo que sí, de papel, nada.

— ¿No pensarás pintar sobre las paredes?

— Habrá que comprarlo, preguntaré a esa señora dónde venden esas cosas. ¡Oiga, por favor!

Una mujeruca, con cara mimetizada con la tierra que pisaba, se volvió.

— Diga usted.

— ¿Dónde podemos encontrar una papelería?

— ¿Y eso que es, señorita?

— Necesitamos comprar unos bolígrafos y papel.

— ¡Ah, ya! Allí, en la esquina del la plaza, tiene uste de todo.

— Gracias.

Algo le había provocado la risa.

— ¡Ja, ja!

— ¿De qué te ríes?

— ¿Cómo se te ha ocurrido preguntar por una papelería?

— ¿Qué pasa, tío? ¿Dónde está la gracia?

— Pero, ¿tú te imaginas una papelería en un pueblo como éste?

— Ya veo. Pero no entiendo por qué te ha hecho reír.

— Olvídalo. Me ha hecho gracia la expresión de esa mujer. Anda, entra y compra lo que necesites.

Bueno, se había reído, pero no le di importancia; según Miguel había sido la expresión de aquella mujer.

Penetré en aquella tienda atiborrada de los artículos más variados de consumo; tenían ciertamente de todo, o a mí me lo pareció.

...

...

— He comprado este bloc de hojas de papel y dos bolis: uno negro y otro rojo, espero que no me pidas más tonalidades.

Miguel, como un estratega que se ha pasado toda la noche diseñando su plan, me propuso aquel insólito juego, casi detectivesco.

— Todo será muy elemental, Pili: dibujos simples que definan lugares y personas. Como en un psicoanalis, necesitamos provocar en ese hombre reacciones elementales que, para nosotros, basta con que sean asentimientos o negaciones, ya te lo decía antes, quizá alguna emoción, después nosotros analizaremos todo eso. Puede que encadenando dibujos...

— Mejor lo vemos sobre el terreno. Intuyo lo que pretendes; pero no acabo...

— ¿Intuyes o imaginas?

— ¡Vete a hacer puñetas!

Mi reacción fue absolutamente visceral. Una persona cuya recurrencia permanente es ponerte con tus respuestas en situación de hacer el ridículo, debe en algún momento, como a mí me sucedía ahora, revolverte el estómago.

— No te enfades.

— Y tú no vayas tan deprisa; no te puedo seguir.

— Perdona. Estoy algo excitado, necesito saber si funciona.

— Y yo necesito saber si sabrás resignarte.

— La resignación es la tumba donde se entierran los fracasos.

— ¡Y dale!

— ¿No te ha parecido propia la frase?

Ahora me pareció que Miguel quería burlarse de mí, porque, de lo contrario, habría tenido que que concluir que Miguel también era a veces algo gilipollas.

— Deja las sentencias para Don Quijote; yo no estoy dispuesta a hacer de Sancho.

— Y es para que veas lo inteligente que soy.

— Mira, eso está bien; quien se confiesa inteligente, y no quiero hacer una frase, es que es más bien idiota.

Decididamente ya había concluido que me había querido tomar el pelo.

— Supongo que pensarás que lo dije en broma.

— Claro, hombre. Yo también te he respondido en broma. Pero, en serio, lo tuyo va para filósofo, aunque tendrás que buscar algo original; todo está ya dicho, o casi.

— Algo pedante, ¿es eso lo que quieres decir?

— También; pero no insufrible —le concedí por el momento.

— Tengo muy pocas ideas claras, casi todo es relativo: los pensamientos sobre las llamadas verdades absolutas...

¿Estaba siendo sincero y quería confesarme algo íntimo?

— Creo haberte oído ya decir eso. Me pregunto de que hablaría con otro hombre que no fuera tan deliciosamente profundo como tú. ¿De qué hablaré con mi marido, si llego a casarme?

— Entiendo. No hablarás de nada, a menos que discutáis.

La contestación me pareció aséptica; casi la asumía por completo. De repente le planteé una pregunta para conocer de qué pié cojeaba su atormentado espíritu.

— Es posible. Te voy a hacer una pregunta que te va a gustar: ¿qué idea, naturalmente relativa, tienes de Dios? Para que veas que te tiendo un puente de plata.

— ¿Dios? ¡Vaya pregunta! ¿Te vale si te digo que no tengo ni idea? Sólo pienso en Dios para negarlo; soy una especie de agnóstico recurrente.

—¿Que quiere decir agnóstico recurrente?

—Un agnóstico recurrente es aquél que después de negar a Dios una vez, lo vuelve a negar tantas veces como se le plantea la duda . ¿Lo entiendes ahora?

—A medias. Pero aunque sea como ente abstracto, ¿qué dirías que se esconde tras esa palabra que todo el mundo escribe con mayúscula?

—Muy buena tu pregunta; muy buena, sí señor. Es una idea relativa, como tú irónicamente preguntas. La idea de Dios me la pone en mi mente la sociedad en la que vivo. Si hubiera nacido en otro tipo de sociedad, esa idea sería distinta. A partir de ahí, tú dices: Dios existe, y es así o asá; y yo digo: Dios no existe. Ambas posturas son producto de inducciones externas para ti, y de la incapacidad de imaginarlo para mí, si no me dejo inducir. No hay posibilidad para ti de proyectar tu idea al exterior para que se haga real, todo lo más que puedes hacer es inducirla. Para mí, ni siquiera eso es posible. En otras palabras: Dios es una imagen virtual, a lo sumo. Aunque, para mí

sólo es una idea, un concepto de los demás. Se dice: Dios es el principio. Pero no existe el principio, porque nos plantearíamos una gran paradoja, luego Dios no existe. En la primera premisa está la actitud de creer o tener fe. En la segunda está la capacidad de imaginar. En ninguna de las dos, la idea o la imagen de Dios, podemos encontrar la afirmación categórica.

Su perorata me pareció excesivamente alambicada. Cuando alguien hace una pregunta concreta y el que responde lo hace con un discurso, siempre da la sensación de que lo construye con un plagio de retazos. Yo quise ser más concisa y categórica.

— ¡Silogismos! Dios es el principio de todo lo que existe, tú no puedes demostrar que no hubo un principio, ergo, Dios existe. ¿Te vale?

— No pretenderás que eso es un silogismo alternativo. Yo no he utilizado ese razonamiento.

Presentí que se estaba animando y teníamos cosas que hacer. En estos casos, lo mejor era pasar de presentarle batalla.

— Bueno, tío, dejémonos de enrolles. Estamos llegando, y nuestra atención se ha ido por las nubes.

— Tienes razón. Mejor decir por los cielos. ¿Cuál es el plan?

— El mejor plan es el no plan. Mira, también a mí me salió la frasecita. Improvisaremos, aunque esa música de los dibujos es a ti a quién corresponde dirigirla.

— ¿Estará en casa?

— No lo sé, Miguel.

— ¿Y si no está?

Me sorprendió la vacilación de Miguel; por primera vez me sentí más fuerte que él.

— Venimos mañana, Miguel. Estás muy nervioso para la tarea que te espera.

— Pues aunque no lo creas, parte de mis nervios me los provocas tú con esa aparente tranquilidad. Esto que vamos a hacer es nuevo en periodismo, que yo sepa, y sería suficiente para poner nervioso a cualquiera que sienta la profesión.

Me sentí bien. Miguel no hacía nada por ocultarme sus debilidades. Confié en que, en lo sucesivo, me mostraría otras, que yo aprovecharía para sentirme aún mejor.

— Has acertado en lo de la aparente tranquilidad. Pero no por ser periodistas; es un reto personal en el que tú te juegas tu orgullo y yo la incertidumbre del después. — Tienes respuesta para todo.

No acerté a calibrar si mis respuestas eran absolutamente válidas para él.

— Pero nunca trataré de imponerlas, salvo que se me quieran imponer las contrarias. Nunca hablo en el nombre del Señor.

— ¿Te estás quedando conmigo?

— Sí.

— ¡Maldita la gracia, Pili!

Ahora me parecía deliciosamente infantil. Me subí a un falso pedestal para empequeñecerlo.

— No es gracia; es mala leche, como tú dijiste. ¡Ja, ja!

— Sí que estoy nervioso.

— Pareces un opositor ante el examen de su vida.

— Quizá lo sea , Pili.

— ¿Y qué quieres que yo haga? ¿ Quieres que te pase el examen?

— Nada, nada. Que me soportes.

— Pero si te soporto, hombre. ¿Qué prefieres que te diga: pobrecito mio, cuánto debes estar sufriendo?

— Tienes razón. No; no me digas eso.

Estaba radiante por la posibilidad que me daba de sentirme maternal con su desvalimiento.

Habíamos llegado a la altura de una vieja casa de pueblo, de una sola planta. Una pequeña puerta, verde, descuadrada, y un ventanuco con cuatro cristales empañados de Dios sabe qué, le daban una primera sensación de humilde, mínima. Tenía que ser la que buscábamos.

— Mira: esa debe ser la puerta, es la única verde, también la ventana.

— La puerta parece muy baja. ¿Llamamos?

— Tú no te has fijado, pero yo me he dado cuenta de que puertas así son frecuentes en los pueblos. Debe ser que se hacían en proporción a la estatura de las personas, y hace no muchos años esa estatura en España era más bien bajita.

— Es una buena razón. O para que la gente no bien venida se pegara la hostia en la cabeza.

— Un chiste malo. ¿No quedamos en evitar que parezca que venimos a cosa hecha?

— Sí; pero, ¿qué hacemos?

— Cambiamos de plan: llama.

— De acuerdo... Parece que no contesta. El timbre no se oye sonar; estará averiado... Pero ¡qué coños estoy diciendo...!

— ¿Qué pasa ahora?

— ¿No has caído? Para qué diablos habría de tener un timbre, si es sordo.

— ¡Ja, ja! Bueno; entonces, ¿qué es eso?

— Tengo una idea; pero me parece demasiado ingenioso para un hombre así. Vamos a ver: ¿no será un timbre luminoso?

— Quizá lo sea. De cualquier forma, parece que no está. Vamos a dar la vuelta por detrás, quizá tenga un patio o un jardín.

— No se ve un alma por aquí a quien preguntar.

— Mira eso, Miguel, parece un jardín.

— Yo diría que es un huerto.

Evidentemente era un huerto, aunque sólo hubiera visto algo así en fotografía. No quise admitir mi supina ignorancia.

— Huerto o jardín, parece que pertenece a la casa. Vamos a acercarnos. Sólo tiene una valla metálica, y si está, le podremos ver.

— No puede estar muy lejos; ¿a dónde puede ir un hombre así?

— Entre otros sitios, a ver la novia en la otra punta del pueblo. Ya has dicho dos veces en poco tiempo «un hombre así »; los sordos son muy capaces con sus otras facultades.

Yo lo dije inocentemente.

— ¿Te lo has hecho alguna vez con un sordo?

Intenté no reirme de su salida.

— Todos os volvéis sordos, y mudos sobre todo. ¡Mira, allí hay un hombre de espaldas!

— ¿Cómo hacemos para que nos vea?

— Tírale con una piedra, o hazle un dibujito. Ten paciencia, hombre, alguna vez se volverá.

— ¿Qué tiene plantado?

¡Magnífico! Mi ignorancia era casi universal, si allí mismo se hubiese hecho una encuesta. Me propuse avergonzar a mi compañero.

— Parece que vienes de otro planeta. Eso son tomates, ¿no lo ves?. Aquello de allí, pimientos, creo..., lechugas... Parece que se vuelve... Nos ha visto. ¡Hola!

Un hombre de unos cincuenta años que estaba escarvando la tierra se incorporó lentamente, como dando tiempo a sus vértebras a colocarse.

— Nos saluda. ¿Qué haces?

— Le digo que venga, ¿es alguna temeridad?

— No, no, está bien...Parece decir que viene...Deja la herramienta.

— Ya hemos empezado a entendernos. ¿Qué le digo cuando llegue?

No sé porqué le pregunté a Miguel. Estaba verdaderamente nervioso e inseguro.

— Que quieres ligar con él. ¡Y yo qué sé! Pídele zanahorias.

— Eres un encanto. ¿Por qué no le enseñas tú el culo?

A veces mi comportamiento era impropio, por lo menos impropio de una mujer pretendidamente educada, pero yo no estaba vacunada contra la corriente social que nos pedía ser así de deslenguadas; nunca pensé que decir palabrotas nos acercará a la igualdad con los hombres.

— No te enfades, mujer. Me largaba de buena gana.

— Pues vaya una leche. Bueno; ya se acerca. Le pediré unas zanahorias, pero ¿cómo?

— Esto es peor que entrevistar al rey. Prueba con gestos, ¡maldita sea!

— No te excites, que eso sí lo nota. Hola..., señor... Estamos mirando... Sí, sí..., ya sabemos que no oye...Sí; también que no habla... ¿Tiene...zanahorias? Za..na..ho..rias

— Ese gesto puede significar cualquier cosa: un pirulí o que te enseñe el nabo, por ejemplo. Prueba dibujando una zanahoria.

Era trágico frivolizar nuestra propia limitación para comunicarnos con aquel hombre; porque, bien que aquel hombre era un disminuido físico, pero nosotros no lo éramos menos, ya que nuestras aparentes facultades no nos servían para compensar la falta de ellas en aquel ser que, desde luego, no era un perro.

— Espere...Desde luego, ¡que paciencia!

— No se pierde ni un solo movimiento de tus manos.

— ¿Voy bien? ¿Cómo son las hojas?

— Yo siempre las he visto sin hojas; pero eso sí parece una zanahoria, lo entiendo hasta yo.

— Za..na..ho..rias... Está mirando el dibujo...

— Parece que te ha comprendido... Eso quiere decir que esperes... Se va.

— ¿A dónde va?

— Espero que no vaya a por una estaca.

— Miguel, creo que no. Está cogiendo algo...¡Son zanahorias!

Un descubrimiento sorprendente, si se tiene en cuenta que yo siempre las había cogido de un estante en el supermercado.

— Son bonitas, con ese penacho. ¿Se saca del penacho el perejil? Olvida la pregunta. Este tío tiene de todo. ¿Te das cuenta? Hemos empezado a comunicarnos.

— Ya veremos lo que se te ocurre luego; esto es fácil.

— Tampoco necesitamos que nos cuente su vida. Ya me siento mejor.

— Ya viene. Trae las zanahorias.

El hombre se acerco sonriente, con un manojo de zanahorias de un color vivo que yo no había visto nunca.

— Díle que quieres comprarlas.

— ¡Magnífico! Muy buenas... Comprar...Mire, dinero....¿No?

— No quiere dinero. Creo que te las regala.

— ¡Gracias! ¿Y ahora qué?

— Dibújale una navaja y pídele que te la preste, ¡vamos!

— Tranquilo, hombre. Esto...es una navaja..., para pelarlas...

Quizá nos pasábamos en nuestra minusvaloración de sus facultades. El caso es que antes de que yo terminara el dibujo que pretendía figurar algo concreto, aquel hombre ya sabía lo que queríamos.

— ¿Lo ves? Ahí tienes la navaja. ¡Joder, vaya instrumento!

Efectivamente, la expresión de Miguel no era para menos: aquello no era una navaja, pues no tendría menos de veinte centímetros de hoja.

— Ahora me tendré que comer la zanahoria, ¿no?

— Son muy buenas para la vista, quizá hasta afrodisiacas, te vendrán bien.

— Eres un cabrón... Saben mejor que las que se compran. Están muy buenas. ¿Quieres?

— Venga, que no se diga...

— ¿Qué hago ahora? El señor está sonriendo.

— O poniéndose cachondo, viéndote comer la zanahoria. Dile cualquier cosa: que el huerto es bonito, por ejemplo.

Aquello, de momento, estaba resultando divertido.

— ¿Y cuándo entramos en materia?... Muy bonito... Nos indica la cancela.

En efecto: el hombre nos indicó la cancela del jardín, quiero decir huerto, al parecer para que pasáramos dentro. Luego indicó hacia la puerta trasera de la casa.

— Que vayamos con él; parece que dice eso. Vamos, Pili. Gracias, amigo.

Miguel hizo un gesto extraño para agradecerle la invitación.

— No seas gilí; eso es un gesto árabe. Sonríe, y no hagas tonterías.

— De acuerdo, de acuerdo. Anda, pasa tú primero.

— En este caso la cortesía podría llamarse miedo.

— ¿Miedo, yo? Un poco de precaución no viene mal.

Yo estaba segura de que Miguel no se las tenía todas consigo.

— ¡Que hijo de ...! Eso que está cogiendo son tomates, te ofrece uno.

— Y a ti. Pero están verdes, tío. ¿Tenemos que comérnoslos?

— Te indica que no... Uno, dos, tres días... y muy buenos. Trae, los guardaré en el bolso.

— Espero que no nos dé una sandia; por tu bolso, claro... ¿Esa casa es suya?... No comprende.

Era fácil olvidarse de que aquel hombre era sordo, pero había ocasiones que parecía leer en nuestros labios, sobre todo si a nuestras palabras acompañaba algún gesto.

—¿Podemos ver su casa?..., ¿sí?

— Ha comprendido... Nos lleva hacia allí. Esto marcha, Pili.

— Puede que cambie cuando se dé cuenta a qué venimos.

— Pues el tema de las hortalizas está agotado. Habrá que empezar...

— ¿Cómo le decimos quiénes somos y a lo que venimos? Ya lo deberías tener pensado.

— Píntale un periódico, pero espera a que estemos dentro.

— Para eso, mejor le enseñamos el que llevamos.

— También.

— ¡Que puerta, hay que entrar casi de lado!

— Pues tú de lado entras peor.

No me importaban esas alusiones a mis hechuras, frecuentes en Miguel.

— ¡Que gracioso! Lo tuyo ya no es imaginación. Eso debe ser la sala de estar...., y eso la cocina. Nos lo muestra orgulloso. La verdad es que está todo muy limpio y ordenado... ¡Agua corriente!

— ¿Cómo, si no? Eso es el dormitorio. No has hecho la cama, amigo. Casi no se ve; no tiene ventana. Y... ¿para lavarse? —preguntó Miguel, con un gesto de lavarse las manos.

Aquel hombre entendió y mostró un palanganero de madera vieja situado en una esquina.

— La palangana, ¿lo ves?

Miguel, animado de que todo iba sobre ruedas, hizo otro gesto indubitable. También aquel hombre entendió sin dudarlo.

— Sí. ¿Y... para mear ..., dónde?... ¡Ah, en el huerto, claro! Por eso están tan buenas las zanahorias. ¿Te enteras, Pili?

A veces se utilizan expresiones que no se corresponden con lo que se siente; éste fue el caso que bien pude evitar, porque me tenía sin cuidado cómo se alimentaban las zanahorias, con tal de pelarlas antes de comerlas.

— ¡Que asco! Además de sátiro eres un guarro. ¿A dónde nos lleva? ¿Qué está haciendo?

El hombre retiró una estera de esparto y en la tarima del suelo apareció un cuadro, distinguible por sus cuatro desajustadas ranuras. Luego tiró de una argolla que permanecía incrustada en una muesca de la madera.

— Eso parece una trampilla de un sótano; eso es, mira la escalera. ¿Que bajemos? ¿Qué hacemos, Pili?

Me resultaba increíble descubrir a un Miguel que se presentaba medroso, y no sé si lo fingía para provocarme preocupación en mi condición de sexo supuestamente débil. Ciertamente sentía algo de miedo, pero allí estaba el recurso para fingirlo: las palabras.

— Bajar. Ya que estamos en esto, hasta el centro de la tierra si es preciso, no seas gallina.

Y más palabras.

— No lo decía porque tuviera miedo, no me conoces.

— Ya. Sí, ya vamos, buen hombre,... espero. Esta vez te eximo de la cortesía, baja tú primero, si no tienes miedo como dices, y dime lo que hay ahí abajo.

— Hay luz, que ya es algo. Es una especie de bodeguilla. Baja tranquila.

Bajé algo temerosa, pero pronto me tranquilicé. El lugar, aunque poco iluminado, no se prestaba a conjeturas truculentas. Había oído hablar de esas pequeñas bodegas de pueblo. Ésta era una especie de minicueva, casi circular, de techo suficientemente alto como para no tener que doblar el espinazo. Una mesa baja, de madera ennegrecida y cuatro taburetes de la misma madera. Una tinaja, un par de toneles y algunas garrafas. Un estante con unos vasos y un par de jarras blancas con tonos azulados. Estaba acogedora y se agradecía aquel frescor húmedo, en contraste con el secarral que se padecía arriba.

— Es interesante esto. ¡Que fresquito! —dije yo.

— Mira los toneles. Siéntate. Nos dice que nos sentemos, toma esa banqueta.

— Este hombre parece muy feliz de tenernos en su casa. Mira , está sacando vino de ese tonel, seguro que nos lo va a ofrecer.

— ¿Sabes que lo hacen pisando las uvas con los pies?

— Sé que eres un maricón. Anda, bebe tú primero, que pareces estar al cabo de todo.

— ¡Está muy bueno! Sabe a uvas pasas.

— Sí..., muy bueno, y fresco. Entra suave.

— No te deja de mirar, lo tienes clipsadito.

Ya lo había advertido. No es que me sintiera complacida, desde luego, y que Miguel hiciera bromas de ese tipo a costa mía, me indicaba que él solo me consideraba como un objeto sexual. Los hombres enamorados no hacen ese tipo de bromas. Tomé nota.

— Déjate de chorradas, Miguel, me vas a poner nerviosa. ¿Te has olvidado a lo que venimos? A lo mejor prefieres coger una trompa. Este hombre pregunta algo, creo que pregunta si somos...¿matrimonio? No; no estamos casados. ¿Ve?.. No anillos... No..., tampoco juntos. ¿Porqué te sonríes tú?

No sé por qué se sonrió Miguel.

— Un poco de complicidad con él nos hará ganar su confianza. Cede un poco, mujer. Enséñale el periódico.

Tampoco hace eso alguien a quién le interesa algo más que tu cuerpo. Me enfadé un poco y le increpé de pasada.

— Nada tienes de qué presumir, ¿sabes? No a costa mía... Sigamos. ¿Ve esto? Periódico, sí. Aquí, este tipo y yo trabajamos, ¿comprende?

— Eso es, escribimos. Lo ha comprendido y no ha puesto mala cara... Creo que pregunta que hacemos aquí. Esta es la ocasión, Pili: dibújale la colina y la casa destruida. Vamos, Pili.

— Espere... Mire esto... Esto es... la colina..., y eso... la casa... derrumbada. Nosotros aquí para ... ver y ...escribir en este periódico, ¿comprende?

— Creo que te ha comprendido, Pili. Se ha puesto serio. Dale el papel. Te pide el papel, querrá decirnos algo,... y el bolígrafo.

— Tenga. ¿Por qué tacha el dibujo ? Se ha enfadado.

— No. Espera. Ese gesto..., parece que quiere decir que él ha estado allí... trabajando. Mucho trabajo, eso quiere decir cuando se limpia la frente. Y eso..., dinero,... poco dinero para él. Por eso ha debido tachar el dibujo, en un gesto de enfado. No es con nosotros que esté enfadado, Pili... Pinta la misma colina, pero ahora con la casa en pié... Pinta también el muro que la rodeaba, y deja un portón para entrar.

— Tú mira la cara que va poniendo mientras dibujo la colina, no vayamos a tener que salir por pies... Una casa..., el muro...

— Hace gestos... Dice que la casa no es esa..., más grande. Píntala a su gusto... Eso es. Ahora sí, ¿verdad? Aprueba que le hayamos comprendido. Sí, sí, usted ha estado allí trabajando. Muy bien, Pili. Ahora pon dos personas...

— ¿Dónde?

— Por ejemplo, entre la casa y el muro... Así. Enséñaselo. Mire, amigo...: éste... es usted, y éste... el que le pagaba...¡El boli, Pili!

— Tenga.... ¿Por qué tacha una de las personas?

— Ahora la está intentando pintar dentro de la casa, debe referirse al dueño. Sí, el dueño... que le pagaba a usted. Pinta un coche ahí, entre el muro y la casa... Así... No, el coche dentro de la casa. Pinta el coche dentro... Eso es... ¿Así?... Afirmativo. Y usted... ¿nunca entró?... Dice que no. ¡Joder con el tío! Pili, ¿te canso?

— Que va; estoy fascinada; nunca asistí a una conversación tan interesante.

— Te mira queriéndote comprender. Hablemos lo menos posible entre nosotros.

— Pero ¿qué nos dice todo eso?

— Espera. Pinta ahora varias personas, pero dentro de la casa... Sí, muy bien. Mire ahora: una , dos, tres, cuatro... Mire, amigo: ésta es usted, la de fuera. Ésta, el hombre del coche; el dueño. ¿Y ésta, ésta y ésta?, ...Boli, Pili.... ¡Espera!... ¿Qué dice?

— Creo que quiere pintar una más... Así es. Lo dice con los dedos de la mano. Cinco personas, en total, pero ¿quiénes eran?

— Enséñale la plaza del pueblo que pintaste.

— Espere. No la terminé...Creo que ya está. Deberíais salir al huerto a que os de el aire...¡Que agobio!

— Todo va muy bien. Ten paciencia.

— Adelante, adelante. ¿Se parece?

— Ni que pintada. Pon una persona al lado del ayuntamiento..., con bigote, como el alcalde.

— Marchando una de alcalde con bigote... ¿Así?

— Sí, así. Mire usted: ¿reconoce esta plaza?... Lo piensa... Sí, la de allí, la del pueblo. Y este señor, el alcalde. Parece que lo ha comprendido. El alcalde... ¿una de estas personas ?... No.

— Vacila... Parece decir que ni sí ni que no. ¿El bolígrafo?... Tenga.

— Pon una cruz sobre el pecho de una de las personas. Espera. Se me ha ocurrido algo: pinta un cura en el lugar de una de esas personas, ¿sabes pintar un cura?

— Seguro. Cuando era pequeñita pintaba curas y monjas continuamente; pero eran curas y monjas de los de antes...

— No me hables ahora de tus frustraciones... Si señor, eso es un cura, tal cual. Yo pintaba tías desnudas.

— También eso tiene que ver con tus obsesiones. ¿Te gusta el curita?... Se ríe.

— ¡Oiga!

— No lo zarandees tanto.

— Este cura..., ¿aquí?... Afirmativo. Escuche, digo, mire:.. ¿de esta iglesia de la plaza?... Afirmativo. ¡Ya tenemos uno: el cura del pueblo ha estado en la casa!

— Alucino. ¿Qué pasaba con el alcalde?

— Se lo preguntaré de nuevo, no, mejor pinta al alcalde dentro de la casa.... Muy bien. Y ahora, vamos a ver: alcalde, ¿aquí, en la casa?... Dice que no. ¡El boli, Pili!

—¿Qué hace?

— Eso parece una mujer..., parece que la hace tomar el brazo del alcalde... El alcalde..., no, la mujer..., sí. ¿No será la mujer del alcalde?

— Éste y ésta...¿casados?... Anillos. Asiente. Seguro que es la mujer del alcalde, Miguel.

— El cura..., la mujer del alcalde. ¡Se pone bueno, Pili! Ya tenemos dos, con el dueño, un triángulo.

— ¿Qué diablos quieres decir?

— Nada, nada; son cosas mías. Dibuja personas por el pueblo.

— ¿Dónde está el pueblo?

— Es verdad. Pon casitas alrededor de la plaza y ya tendrás el pueblo.

— También es verdad... Casitas... Personas .... Más casitas... ¿Qué más?

— Ya basta. Dáme. Mire estas personas del pueblo. Tenías que haber pintado un guardia civil. Lo intentaré hacer yo... ¿Parece un guardia? Espera, pondré la palabra cuartel de la la guardia civil al lado de esta casa un poco más grande.

— La palabra se parece, pero el guardia...Anda, pregunta.

— Guardia civil ..., ¿una de estas personas?... Negativo. Al menos sí ha entendido que le hablaba de un guardia civil. No guardias civiles en la casa. No mintieron, por lo visto.

— El boli otra vez. Si tuviera otro se lo regalaba, le gusta como a un tonto un lápiz.

— Eso que pinta podría ser... más personas, pero ¿por qué las pinta tan pequeñas?

— Deben ser niños, todos alrededor de una casa. Dame el boli. Se me ocurre algo: pondré la palabra escuela encima de esa casa. Así ¿Y ahora?... Dice que sí. ¿Qué significa?

— Estos niños de aquí ..., ¿también aquí, en la casa?... Negativo. ¿Entonces?... La mujer del alcalde... en la escuela. ¡La maestra! Nos quiere decir que la mujer del alcalde es la maestra. Bueno; es un dato complementario, pero no nuevo, ya lo confirmaremos. Nos faltan los otros dos.

— Señala a los dos que faltan y, a continuación, señala las personas del pueblo.

— Veamos. Estos otros dos..., ¿de aquí, del pueblo?... Negativo. ¿De dónde? Pili, comencemos por saber de que sexo son., ponle faldas a uno de esos.

— Faldas, creo que está claro. Supongo que no hará falta ponerle a la otra pantalones. Estos dos..., ¿así ? ¿Hombre y mujer?

— Sí. Se ríe. ¿Del pueblo?... Negativo... ¿De lejos?... Sí; eso parece que quiere decir, Pili. Pinta un camino que vaya de la carretera a la casa.

— También tendré que poner la carretera... ¿Así?

— Sí. Estas personas..., ¿de aquí? Déjame el boli... Eso es... un coche. Estas personas en coche..., ¿de por aquí?... Afirmativo. Tenemos que estas dos personas no eran del pueblo y que venían en coche de por aquí, de la carretera, eran hombre y mujer. Vamos a ver si podemos saber algo más de esas personas. Míreme. La mujer, esta mujer..., ¿guapa? ¿Cómo la aquí presente?... Más o menos, dice.

Miguel dibujó en el aire unas curvas elocuentes y sugestivas.

— ¿Es así como se pregunta por señas si una mujer es guapa?

— O tía buena, que más da.

— Gracias por el piropo indirecto. ¡Hombres! Pregunta ahora si el hombre también era guapo, tengo curiosidad por ver cómo lo haces.

— Y el hombre..., ¿también guapo? ¿Como yo?

— Ahí no coincide. Se ríe y señala algo en la oreja. Un pendiente en la oreja.

— ¿Un marica?... Afirmativo. Mira cómo se ríe.

El gesto fue tan expresivo, que Miguel pareció un transformista avezado en travestismo.

— Tu gesto lo entenderían hasta las vacas.

— Esto funciona, Pili.

— Ya veo. Pregúntale si el hombre de la casa era un extraterrestre, no nos falta más que eso.

— Déjate de coñas. Le preguntaré que edad tenía. ¡Eh no te me despistes! Este hombre, el dueño..., ¿como yo? No...; mas o menos como él. Diez, veinte, treinta ... cincuenta años.

— O que tenía cincuenta dedos. Es una broma, eso debe querer decir.

— Déjate de chistes, la cosa es seria. Pili. Te ofrece vino, no le digas que no, por favor.

— Un poco, gracias.

— Yo también. Vamos a celebrarlo, tío. Eres más listo que el hambre.

— Resumiendo: ¿ qué tenemos ?

— La hostia, Pili... Aquí hay tela que cortar.

Intuía lo que Miguel quería decir, pero preferí parecer despistada.

— Ya me contarás.

— Ahora quiero saber cuándo venían, a qué hora.

— Te veo venir. ¿Qué hago?

— Pinta un sol encima de la casa, también una luna.

— ¿Cómo se pinta la luna?

— Con cuernos.

— ¡Vaya por Dios! Veamos: un sol..., fatuo y prepotente..., y una luna..., con cuernos, hija. Lo siento; pero los soles suelen ser así de ingratos.

Aquella desenfadada y surrealista escena me estaba divirtiendo. A Miguel lo tenía excitado al máximo y lanzado sin freno a un orgasmo mental.

— No seas cómica. Vamos a ver, caballero, y afina los sentidos, los que te funcionan, claro: estas cuatro personas, más el dueño, aquí en la casa..., ¿con sol? ¿Con luna?... Parece que piensa.

— La pregunta no la ha debido comprender bien. Otra vez el boli.

— ¿Qué es eso? Una raya..., el sol tachado..., otro sol en mitad de la raya...

— Eso quiere decir el sol poniéndose en el horizonte.

— ¿Al atardecer?... ¿Quienes? ¿Todos estos?... El cura y la maestra, al atardecer. ¿Y estos?...Con la luna. Los otros dos por la noche. ¿Y cuándo irse?... Eso, de la casa a la carretera y al pueblo... No sabe... El, al atardecer... se iba.

— Miguel, creo que lo estamos fatigando. Deberíamos dejarlo ahí.

— Tienes razón. Fuera papeles.... El vino. Muy bueno, si señor... No más, gracias. Nos vamos... a dormir.

— ¡Otra vez la risita! ¿Por qué te ríes, tú?

— Cosas de hombres. ¡Cuidado con la escalera! Son confidencias inocentes.

Otra vez hombres juntos, con sus malditas cosas de hombres.

— Eso no son confidencias; son fanfarronadas.

— No te enfades, mujer. Tienes toda la razón.

— Adiós... ¿Qué hace?

— ¿No lo ves? Te da un beso. Estás de suerte, lo tienes en el bote.

— ¡Que lo.. ! No digas majaderías.

Miguel me había convertido en una yegua y él hacía de tratante de feria. Pero la cosa era suficientemente divertida como para dejar pasar esas cosas.

— Adiós, amigo, aunque me has puesto un poco celoso.

Celoso ¿de qué? ¿Del beso? ¿De un beso con aquel tipo? No podía creerlo. ¡Maldita sea¡, yo no había besado a nadie.

— ¡Y sigue!

— Estoy eufórico, Pili, ¿no lo estás tú?

— Ya tienes lo que querías.

— Quiero que lo compartas conmigo. Si hay algún mérito en lo conseguido, ese mérito es de los dos, así lo entiendo. Ha funcionado mejor de lo que esperaba. Cuando veníamos a esta casa no teníamos nada, sólo dudas y muchos nervios, también pesimismo, ¿que tenemos ahora? Pili, tenemos a cuatro personas que hablan, ¡y qué personas!

Nadie manifiesta su euforia en solitario, y para sentirla se necesita alguien al lado. Miguel me tenía a mí para sentirse eufórico.

— Claro que lo comparto; el que haya funcionado, al menos. Lo del mérito, eso ya es más discutible. Pero ¿qué tienen de particular esas personas?

— Quizá me pase; pero un cura, una maestra sin su marido, una puta y un marica, ¿te imaginas el cóctel que pueden preparar?

Me preguntaba cuánto sumaba una serie de sumandos que yo no quise reconocer.

— ¡Hala, hala! Los dos primeros no forman nada explosivo, son dos personas respetables; en cuanto a los otros dos, es muy gratuito por tu parte que los califiques así, sin más evidencias.

— Las evidencias hacen que la imaginación estalle como una bengala y se evapore. La deducción puede parecer excesiva. Pero piensa un

momento: ¿que podían hacer esas personas tan heterogéneas con un hombre así, que, como mínimo, era un excéntrico, una persona singular, raro, extravagante y rico, y que impuso la intimidad a su forma de vida de forma tan meticulosa como lograda? ¿No sería también excesivo decir que se reunían para hacer ejercicios espirituales?

Parecía lógico lo que Miguel trataba de concluir. Yo sabía algo del método deductivo, algo de eso se había tratado en la escuela, pero se trataba de llegar de forma metódica, ordenada a grandes conclusiones, partiendo de datos, evidencias mínimas; a eso se le llamaba investigación. No recuerdo que nos plantearan nunca el recurso a la imaginación como instrumento periodístico.

— Lo mejor es no decir ni una cosa ni la otra y seguir investigando. ¿Que te hace imaginar tal cosa? No; mejor no me lo cuentes, no quiero saberlo.

— ¡Uf, si sólo fuera cuestión de imaginar! No te preocupes, que sólo es una hipótesis de trabajo.

Eso ya era otra cosa. Pero, al fin de cuentas, las hipótesis no pasan de ser la expresión de la imaginación, así que, de momento, y si Miguel no se excedía en imaginar y formular hipótesis, alguna conclusión válida se podía esperar de todo aquello.

— El alcalde nos mintió, ¿no te parece?

— Sólo a medias. En realidad no contestó a nuestra pregunta, si se la hicimos; quizá porque estaba su mujer por medio.

— ¿Tú qué piensas?

— Ya te lo he dicho: debemos seguir investigando. Hay algo que no encaja en todo esto.

— Luego, ¿tú también sospechas?

— Cualquier cosa puede suceder entre los seres humanos: desde lo mas inocente, hasta lo más escabroso. Me inquieta tanto ocultismo.

— Quien oculta, confiesa culpa.

Parecía un refrán que un periodista debía llevar gravado en alguna parte para no olvidarlo. Yo no lo había oído nunca. A mí, particularmente, no me gustan los refranes.

— No conocía ese refrán. Todos los refranes son maximalistas. ¿Por dónde piensas seguir?

— Está claro: entrevistaremos a nuestros nuevos personajes, estamos en el hilo, debemos encontrar el mejor plan para abordarlos, que no sospechen que sabemos que han estado allí, veremos en qué y en cómo se contradicen.

Habíamos entrado de lleno en la investigación. Me propuse colaborar, pero sólo aportando mi sentido común allí donde Miguel subestimara el suyo.

— Será difícil no levantar sospechas. Estarán preparados. ¡Vaya! Ya me estoy dejando llevar de tu presunción acusadora. Puede que todo tenga una explicación normal.

— Puede. Localizados, sólo tenemos al cura y a la maestra, tendrá que ser a través de éstos, que averiguemos algo de los otros dos. ¿Quiénes podrían ser?

— Podrían ser sus hijos.

— ¿Y qué razón tenían para venir por la noche? ¡Maldita sea! Hemos perdido la ocasión de saber si coincidían en la casa, y este dato habría sido importante.

— Por lo que sospecho, lo sería para tu tesis, ¿no? No te quejes, no ibas a encontrarte el artículo escrito. Pascual no los veía marchar porque se iba, aunque si los veía llegar, en algún momento debían coincidir.

— Es una buena deducción. Bueno; ya lo averiguaremos. Sinceramente, Pili, ¿no te imaginas el lío que nos podemos encontrar?

Me encontraba cómoda; Miguel me lo ponía fácil. Pero Miguel caía fácilmente en las nebulosas de la fantasía, y a mí eso me parecía estéril.

— De acuerdo que da pie a muchas fantasías, pero eso, fantasías. Tú deber es ser objetivo y averiguar la verdad, si puedes.

Pero para Miguel la fantasía formaba parte de la expresión de su vitalidad, y no era fácil que la aparcara para tomar otro tipo de vehículo.

— No podemos sustraernos a la fantasía; sin la fantasía, muchas cosas se quedarían ocultas en el camino de la investigación. Cuando la verdad se oculta deliberadamente, y más si es la verdad de las personas, sólo la imaginación te acerca a ella.

Eso que dijo Miguel sobre la fantasía fue para mi todo un descubrimiento. Pero como yo no sabía usarla, me propuse seguir con atención a dónde conducía en manos de mi compañero. También me propuse ser crítica con ese método y no caer fácilmente en el papanatismo.

— ¿Qué fantasía te sugiere...? No; mejor no me la cuentes.

— Para empezar, podríamos pensar en algo así como... reuniones exotéricas,... orgías...

— ¡Y aquelarres! Me lo temía. ¡Qué mente la tuya! Pero, ¿me puedes decir qué te hace pensar en semejantes barbaridades? ¿O es que tú querrías que fuera así? ¿Por qué no podían, simplemente, ir a hablar, a jugar al tute? Pudiera tratarse de un hombre enfermo, y unos, agradecidos, iban a ayudarlo, otros, pagados, a atenderlo, por ejemplo.

— ¿Y el silencio que se extiende por el pueblo como una consigna?

— No sabemos si es silencio o ignorancia.

— Admítelo, al menos , como hipótesis, así tu sorpresa será menor. Piensa, Pili, que si todo fuera como tú dices, el alcalde no necesitaba ser tan poco explícito, las gentes tan evasivas, el sargento lo sabría, alguien sabría algo: la identidad, por ejemplo.

Y el caso es que estaba cargado de razón. Yo, en lugar de dársela, recurrí al simplista subterfugio de creer en la gente

— ¿Y por qué las gentes habrían de ser evasivas? ¿Por temor? ¿Por dinero? Ni se atemoriza a todo un pueblo, ni se puede pagar su silencio. Yo lo que pienso es que nadie sabe nada y, por tanto, nada puede decir.

— Bien. Estamos en el principio. Sigamos. Verás que asignar por principio comportamientos correctos a los seres humanos, es elevar lo anecdótico a categoría.

— ¿Es ese el concepto que tienes de tus semejantes? ¿Tú dónde te encuadras, en la anécdota o en la categoría?

— Dios estableció que el mérito era no pecar, por tanto, pecar esta en la inercia de la naturaleza humana, uso tus posibles argumentos.

Aunque tenía mis dudas, insistí, esta vez de la mano de la teología.

— Yo no usaría esos argumentos. Dios concedió a los seres humanos el libre albedrío, y les dijo lo que estaba bien y lo que estaba mal a sus ojos.

— Tú decías fantasías con tono despectivo, yo digo teologías con el mismo tono. Yo me baso en la antropología, que es una ciencia. Mira, Pili, la antropología sólo nos considera animales, evolucionados, eso sí, evolucionados en el tiempo.

Entraba en un terreno en el que mi derrota estaba cantada. Decidí hacer trampa.

— Ahora resulta que también eres antropólogo. Yo lo que creo, y quizá esto lo explique la antropología, es que a ti, y lo repito, te gustaría encontrarte con un lío de esos, o mejor con varios de la misma especie. Esa es la forma que tú tienes de usar tu libre albedrío.

¿No sería fantástico?

Por lo menos no era descabellado. Apelé a su sentido ético de gran periodista.

— ¿Y cómo lo llevarías al periódico? Eso huele a amarillismo, Miguel, ¿es que te quieres especializar en eso? Las personas tienen derecho a su intimidad, sería un problema de sus conciencias, no de juzgado de guardia, que yo entienda. Y también, ¿por qué semejantes historias iban a ser del interés de nuestros lectores? Todo el mundo puede imaginar que ocurren cosas así, con sólo mirar a las ventanas de una ciudad en la intimidad de la noche.

— No es lo mismo. Efectivamente, lo que hagan las personas en el ámbito de su intimidad no es tema periodístico. Pero cuando personas públicas, y aún más, personas que hablan de valores, como la cultura, la religión, o mejor la moral, realizan lo opuesto a lo que enseñan o predican, y así obtener favores o, simplemente, por gozar de placeres inconfesables, están estafando al pueblo o sociedad que los cree y toma como ejemplo, y es nuestra obligación desenmascararlos y denunciarlos.

Me había devuelto la pelota. Recurrí a su sensibilidad.

— Y con eso provocar el escándalo. Si fueras creyente te recordaría palabras como: «No escandalices», «Haz lo que yo digo, no lo que yo hago.» Si eso descubrieras y lo publicaras, destruirías la armonía y las sencillas convicciones de un humilde colectivo.Y para qué decirte el calificativo que te merecerías si decidieras inventarte lo que no pudiste averiguar.

— Tratas a este pueblo como menor de edad, como niños, por los que creo recordar iban dirigidas esas palabras. Según tú, es preferible vivir en armonía y engañado sobre un lago de mierda.

Inapelable. Le puse ante su responsabilidad.

— Adelante, hijo. Airéalo si es como tú dices. Pero Miguel, ten cuidado de no perder la objetividad. No se te ocurra suplir con tu imaginación las limitaciones que te encuentres para conocer la verdad, porque eso también es estafa y manipulación, y causarías un daño irreparable.

— Eso no tiene que preocuparte, y denota que no me conoces. Lo que salga en el periódico estará perfectamente contrastado con los hechos. Te sugiero que cierres los ojos si no puedes soportarlo.

No entendía nada. El Miguel periodista emergía ante mi sorpresa. Creo que me puse pesada.

— No necesitas sugerirme nada, sacaré mis propias conclusiones, que lo serán sobre personas perfectamente identificadas. No se me ocurrirá la tentación de generalizar la maldad en todo el género humano. Mis convicciones no se resentirían. Yo si me atrevo a sugerirte que no te ciegue la imaginación. Busca, en todo caso, la realidad de los hechos, después puedes decidir como mejor prefieras. Confio en que la verdad disipe tus fantasías como un aro de humo.

— No siempre lo que se ve responde a la realidad. Creo haberte dicho que la realidad es independiente de quién la observa. Nosotros sólo podemos interpretarla, y en ello va implícita la subjetividad.

— Pero esa subjetividad en ti, con los prejuicios que expresas, ya está condicionando la objetividad a que como comunicador estás obligado.

— Ya te dije que no tenías por qué preocuparte. Dejémoslo ahí, ahora necesitamos relajarnos. El día ha sido intenso. ¿Te parece esto unas vacaciones?

— Puede que a este paso sean inolvidables, aunque no sé si para bien o para mal.

— Puede que no te lo creas; pero si las cosas van por el camino que yo me imagino, esto nada tiene que ver con el periodismo, salvo la denuncia pura y simple, es más para sugerir el argumento de una novela, o para el cine. Esto no puede quedarse en un articulito.

Aquellas palabras habrían de tener un significado importantísimo en la vida de Miguel; yo, entonces, no me di cuenta de su alcance. Le contesté para cerrar el tema.

— Me lo creo. Ahora vamos a sentarnos, ¿te parece bien aquí fuera?

— Perfecto. ¿Qué tomas?

— Una tila. No; es broma, un café con leche.

Un joven se acercó a nuestra mesa.

— Dos cafés con leche. Claro, que depende de que el personaje principal tuviera una proyección pública o fuera alguien muy conocido. Nuestro primer objetivo es conocer la identidad de ese hombre, será a partir de ahí que todo lo sucedido, incluso lo más inocuo, tome dimensión de noticia, de lo contrario no pasaría de pura historia para una novela, como te decía.

— ¿Qué reportaje vas a pasar esta noche?

— Esa es otra. No podemos hacer de esto un culebrón por entregas. ¿Qué podríamos mandar?

— En eso tienes razón, no hay nada concreto.

— Te imaginas que mañana, por ejemplo, saliera en el periódico la descripción de los personajes que forman parte de esta historia, y al final pusiéramos interrogantes como éstas: ¿qué hacían un cura y una maestra en esas reuniones nocturnas? ¿Quiénes eran esos jóvenes, tan rarillos ellos, que formaban parte del grupo? Y así por el estilo.

— Sí. Y que finalizara: ¡ah! No deje de seguir el próximo capítulo de esta interesante historia.

— Me alegro que te haya provocado esa chispa de buen humor, ¡ya era hora!

— Es que tú, por primera vez pareces sensato. Pero te equivocas, Miguel, en otras circunstancias no sería la misma; me gusta el cachondeo como a la que más. Pero hijo, entre que tú estás siempre de un profundo y este caso, estar de cachondeo sería una insensatez por mi parte, una ligereza, puede que hasta te ofendiera.

No fui sincera. En otras circunstancias habría sido peor. Y no me gusta el cachondeo como a la que más; mi cachondeo suele molestar a los demás.

— Me alegro que me saques de dudas. Yo tampoco soy lo que aparento. Si algo positivo hay en todo lo que llevamos hablado, es que es mejor que los silencios que normalmente se instalan entre un hombre y una mujer. Me reconocerás que, fuera de temas puntuales, la comunicación entre los hombres y las mujeres apenas existe.

Y tenía razón. Nunca, en tan poco tiempo, había cruzado con un hombre temas de tanta enjundia. Propuse una solución voluntarista y constaté un hecho.

— Te tengo que dar la razón en eso. Pero las razones se podrían obviar con sólo empezar por tener confianza. Hay mucha desconfianza entre el hombre y la mujer, por no decir otra cosa.

— Bueno; las cosas son así, y te propongo que hablemos, que hablemos, aunque sólo sea para decir chorradas.

Las cosas eran así, evidentemente. Pero lo que no acepté fue que devaluara lo que yo valoraba.

— Yo no califico de chorradas nada de lo que hemos hablado.

— No está mal para la intimidad de nosotros dos. Pero, ¿te imaginas como sonaría en los oídos de un selecto auditorio?: “pobrecitos, sus ideas son muy elementales, carecen de profundidad, y hasta están mal expresadas”. Eso, más o menos, dirían. Y es que, a veces, resulta difícil decir lo que uno piensa sin que te acusen de mentecato.

— ¡Al diablo con los ultracultos! Cuando estos hacen ejercicio de rebuscadas definiciones, deben quedarse perplejos ante los laberintos que ellos mismos se organizan.

Y lo dije sinceramente.

— Eso está muy bien, al menos me consuela.

— Tampoco se trata de minusvalorarse. Lo que hace falta es sentir lo que se dice, y no tener un catálogo de definiciones, más o menos ingeniosas, para lanzarlas al viento sin venir a cuento.

Era un aviso a navegantes, por si Miguel tenía la tentación de recitarme las diez verdades universales paridas por los filósofos más renombrados.

— Así es. ¿Qué vamos a hacer ahora? Podríamos acercarnos hasta la iglesia e intentar tropezarnos con el cura, ahora la escuela está cerrada, no me gustaría encontrarme a la maestra y al alcalde juntos.

— Si así fuera, ¿quién crees que hablaría más?

— El alcalde ya habló lo que quiso. Seguramente ambos ya han coordinado sus comentarios respectivos sobre el asunto; si la mujer se pasara, seguro que la mandaría callar. Lo siento, Pili; pero las cosas suelen ser así, por lo general.

Le agradecí en silencio que hiciera patente el machismo imperante y que, sin embargo, él no se erigiera en paladín de esa causa.

— No lo sientas tratándote de disculpar. Las cosas entre hombre y mujer deben cambiar.

— Tú estás en esta cruzada, yo sólo puedo decir, amén. ¿Vamos?

— Voy a pagar, y en marcha.

— ¡Que leche! Ya estoy otra vez nervioso, o empezando a sentir desasosiego.

— De nada vale que te pida tranquilidad, debe ser un asunto que se consigue después de muchas batallas. Espera.

— ¿Cuánto es?

— Ciento sesenta pesetas, señorita.

— Tenga. Quédese con la vuelta.

— Gracias.

— ¿Por qué todo el mundo me trata de señorita? ¿No podría ser tu señora? Aunque la palabra no me gusta nada, dicho sea de paso.

A veces yo misma me metía en esos embrollos.

— Seguramente para estas gentes, las señoras son viejas, gordas y arrugadas, tú pareces una señorita, con esa cara de virgen.

¿Podía dejar de aclarar si para Miguel mi virginidad o no virginidad le sugería otra cosa que la puramente moral?

— Me da la impresión que lo último lo has dicho con segundas. ¿Has querido decir virgen o ángel?

— Virgen. Lo preguntaré directamente: ¿eres virgen?

No me había equivocado, y tenía que ser contundente en eso, naturalmente dejando a salvo mi intimidad, porque si un hombre te preguntaba si eras virgen — a mi edad— y le contestaba que sí, enseguida pensaría en cualquier cosa, menos en adornarme con la corona de la virtud; y si contestaba que no, pues, no sé que piensan los hombres de esa situación, lo que si intuyo es que a partir de esa realidad, supongo que pensarán que por donde ha pasado el arado, ya puede pasar el sembrador.

Contesté desinhibida y lo suficientemente seria como para cerrar ese debate.

— Mi virgo es cosa mía. Si te contestara que sí, primero te costaría creerlo; luego, y pensándolo por segunda vez, sería un incentivo para tu libido, no para una mayor estima, y como tampoco te quiero provocar si no te doy esperanza, la pregunta debe quedar archivada.

— No me des esperanza; antes de que termines ya estaría encima de ti.

Miguel era muy directo y yo era fácil blanco de sus flechas.

— Bueno; corta el rollo. Estamos ante la iglesia. ¿Pasas?

— Pasa tú primero; tú conoces el camino.

Ya me estaba cansando el encasillamiento en un estereotipo concreto en el que Miguel parecía intentar meterme.

— Siempre con indirectas. Espero que no te comportes como un japonés.

— No seas tonta. Olvidas que mi familia me dio de pequeño una buena pasada por la institución; eso marca.

— ¿Cómo vas a tratar al cura?

— No me jodas, Pili. Soy una persona educada. Será para mí como cualquier persona en su propia casa. ¡Que oscuro está esto!

— Ahora hacen las iglesias con más claridad, la arquitectura lo permite.

Fue muy ingenioso, lo que ya no constituía una sorpresa para mí.

— Pero la Iglesia sigue tan oscura como siempre.

Yo no lo fui menos.

— O los ciegos de antes son los ciegos de ahora.

Me di cuenta de la inconsistencia de la fe en un debate como ese.

— Buena respuesta. Frasecita hecha para salir del paso. Ahora me refiero al edificio. ¡Que lúgubre, casi tenebrosa!

— Invita al recogimiento.

— ¿Has dicho acojonamiento?

Me defendí ya herida de muerte.

— Para frasecitas, las tuyas. Haz el favor de comportarte.

— Sentido del humor, eso es lo que te falta.

Aunque procedía, enseguida sentí la necesidad de proteger mis sentimientos.

— Una cosa es el humor, otra que juegues con mis sentimientos.

— Perdona, no lo volveré a hacer.

— Así está mejor. Sentémonos un momento. Mira lo que te rodea.

— No hay nadie... ¡Allí sale alguien! ¿Será el cura? No tiene muy buena pinta.

Y así era: un hombre ya mayor, regordete y bajito, con un blusón gris a modo de guardapolvo, apareció por un lateral del altar mayor.

— No encaja para tus propósitos, ¿eh?

— Díle que te quieres confesar, que tienes un pecado muy gordo, de paso le preguntas...

Se mofaba.

— No digas ridiculeces...

— Le parecerá raro vernos aquí.

— ¡Cállate!

El hombrecillo se volvió hacia nosotros.

— Perdonen; no les había visto. Ustedes son forasteros, ¿verdad? Nunca les vi por aquí.

— Pues sí...; estamos de paso —dijo Miguel y siguió interviniendo en el diálogo con aquel hombre.

— ¿Quieren que dé más luz? Casi no se ve.

— Pues sí, gracias, quisiéramos ver los retablos.

— Esperen —y se fue a algún lugar.

— Un señor amable.

Se iluminó la iglesia sin exagerar.

— ¡Magnífico! Esto ya es otra cosa.

— Cuando no hay culto mantenemos la luz en el mínimo, por los gastos.

— ¿No tienen la electricidad gratis?

— No señor; la pagamos como cualquiera.

—¡Vaya!

—¿Alguno de estos retablos tiene antigüedad? —pregunté yo.

— Aquí todo es antiguo, señorita.

— ¿Tienen alguna obra catalogada? —preguntó Miguel.

— ¿Cómo dice, señor?

— Quiero decir que si algún cuadro, figura o retablo han sido considerados obras de arte.

— Yo no lo sé, aunque he oído al señor cura decir algo sobre eso de ese retablo de la derecha; han venido personas de la ciudad para estudiarlo.

— ¿No es usted el párroco? —pregunté.

— No; soy sólo el ayudante. No me gusta la palabra monaguillo, que no pega con mi edad. Pude ser diácono, pero por cosas de la vida... Si quieren aviso a don Mateo, que les podrá explicar mejor.

— ¿Está aquí? —preguntó Miguel.

Sí; bueno, está en casa, pero la casa está al lado de la iglesia. Voy a avisarlo. Esperen un momento, por favor.

— Gracias. Esperamos — dije yo.

— Tanta amabilidad me confunde, en el buen sentido de la expresión.

— ¿Qué te esperabas encontrar en la Iglesia?

— Veremos cómo es el cura. Cuando quieras nos ponemos a hablar a fondo de todo esto.

— Yo no necesito hablar a fondo de esto, como tú dices, más bien será que tú deseas que te escuche.

Creo que fui un tanto desabrida con él.

— Me refería a la historia de la Iglesia, no a sus principios proclamados.

— ¡Ah!; ya entiendo. Has buceado en la historia de la Iglesia y no te gusta lo que has conocido, ¿verdad? Pues eso es como si bucearas en tu

pasado y te encontraras un tatarabuelo impresentable, y tú, por eso, vivieras escondido de vergüenza, o tus congéneres te lo echaran en cara.

— ¡Vaya comparación! Como todo te lo hayas tragado con esa lógica...

Más o menos con esa lógica, sí. Alguien, al lado del hombrecillo, apareció.

— ¡Cállate ahora ; allí vienen!

—¡Mira tú por donde!

— ¿Qué te pasa?

— Tendré que decir que no entiendo de hombres; pero ese me parece que os haría decir: ¡vaya tío!

Y lo era. Un tío de unos cuarenta y cinco años, alto, esbelto de figura, cara bien cincelada, prematuras entradas en el pelo despejaban su frente; parecía un galán maduro de cine. No llevaba signo alguno de su sacerdocio. Se vino hacia nosotros mientras le daba alguna instrucción al hombrecillo.

— No dejas de decir sandeces. Cállate ahora.

— Ahora si encaja, Pili.

— Ya entiendo. ¡Calla!

— ¿Nos levantamos?

— Haz lo que quieras.

Se acercó. A cinco metros de nosotros, nos saludó.

— Hola. Soy el párroco. Seguro que están aquí como simples turistas, ¿es así?

— También como cristianos. Hola —dijo Miguel

— Hola, Padre. Mi compañero debe querer decir como católicos —le corregí.

— Entiendo, entiendo. Pero ahora sólo les interesa ver la iglesia, ¿no es así?... Pues no hay mucho que ver, es una iglesia como tantas otras de los pueblos pequeños de España, y aunque cada uno estemos orgullosos de la

nuestra, ésta no encierra nada interesante en lo que a arte se refiere. Durante algún tiempo abrigamos la ilusión de que ese retablo fuera antiguo y de algún autor famoso, y para salir de dudas, hicimos venir a expertos en arte que lo estudiaron a fondo; el veredicto fue que no se podía atribuir a ningún artista conocido, y en cuanto a sus valores artísticos, mediocre, según nos dijeron. En cuanto a las imágenes, tampoco hay nada reseñable, la mayoría son de escayola y, por tanto, meras copias, sólo el santo Cristo del altar mayor es de madera tallada; ese Cristo se compró con una colecta popular que se hizo en el pueblo. El Señor bendijo estas tierras mandando las lluvias después de una terrible y larga sequía, y el pueblo, espontáneamente, hizo esa ofrenda en señal de agradecimiento.

Recitó de corrido esa larga parrafada como el más avezado cicerone de museo.

— Le agradecemos sus explicaciones. Es de suponer que ahora tengan que hacer otra ofrenda...

No percibí el significado de las palabras de Miguel.

— ¿Por qué lo dice?

— Hemos oído decir que un misterioso personaje ha sembrado de dinero este pueblo para atender múltiples necesidades; la reparación del tejado de esta iglesia, por ejemplo.

Miguel no perdía el tiempo. El cura contestó en cura.

— Ya. Pues sí. Tiene razón; ha sido como una bendición más del Cielo. Las buenas obras que hacen los hombres no deben esperar otra cosa que gratitud, sin manifestaciones públicas, en este caso, con mayor razón, ya que su autor ha preferido mantener el anonimato; el Señor aprecia más este tipo de obras, él sí sabe quién es y se lo recompensará.

Pero Miguel era un periodista.

— ¿Anónimo, dice? ¿No saben quién es su benefactor?

— No señor; no lo supimos. Como le decía, el lo quiso así... Pero por favor, les invito a venir a mi casa, me imagino que les interesa el tema, y este no es el lugar adecuado. Les puedo invitar a una taza de té o de café, me honrarán con su visita.

— Gracias padre, pero no se moleste —dije yo, sin sentirlo.

— Aceptamos con mucho gusto —dijo Miguel, consecuente.

— Pues no se hable más. Tengan la bondad de seguirme, también se accede por la sacristía.

— Le seguimos —dijo Miguel, mirándome con cara de satisfacción.

— Si quieren hacer alguna otra pregunta sobre la iglesia...

— No, padre. No somos muy entendidos en arte — dije yo

— Yo soy, probablemente, el más ignorante; sólo veo arte en aquello que me provoca...—dijo Miguel.

El cura le interrumpió.

— Espero que se refiera al que provoca sus más nobles instintos —dijo el cura.

— Pues no sabría distinguirlos; todos están en mi cuerpo. Pero sí, creo que podemos referirnos a los más nobles.

Temí que Miguel se dejara llevar de su espíritu polemista e indispusiera de entrada al cura.

— Y díganme, si no es mucho preguntar, ¿son ustedes matrimonio, novios quizá? —dijo el cura, zanjando la polémica con reflejos de cura inteligente.

— Frío, frío. No somos ni una cosa ni la otra — contestó Miguel.

— Ya; que tontería. Son amigos, vamos —añadió el cura, preguntando con una afirmación.

— Pues somos colegas, más bien; trabajamos en la misma empresa — aclaró Miguel.

— Somos periodistas, padre —dije yo.

Ya habíamos entrado en una dependencia que se parecía a una salita multiuso, con una mesa camilla, alguna alacena y una cocina de las llamadas económicas.

—¡Ah! Debí imaginarlo. Pero siéntense. ¿Qué prefieren, té o café?

— Té estará bien, gracias —dije yo por los dos.

— Un momento; voy a poner el agua a calentar... ¿Y encuentran periodístico lo sucedido? Porque estarán aquí por eso, ¿no?

— Pues sí. Esa es la razón de que estemos aquí, aunque por lo que llevamos conocido, estamos por decidir si vale la pena continuar —mintió Miguel, y yo sin saber porqué.

— Tomen una pasta, si les apetece...

— Gracias, padre. ¿Son caseras? —agradecí y pegunté yo.

— Sí; me las hace una señora del pueblo.

— Son muy ricas —dije yo después de probar una pasta.

— Esto es un lujo para nosotros, las gentes de ciudad— dijo Miguel.

— Lo entiendo. Para nosotros no pasa de ser una de las cosas sencillas de pueblo. Volviendo al asunto que les interesa: ¿dice usted que no están satisfechos de lo que llevan averiguado?

— Pues no. Nos sorprende tanto misterio en torno a este asunto, tanto hermetismo de las gentes en torno al personaje y sus circunstancias durante su estancia en este pueblo —dijo Miguel.

— Comprendo que les sorprenda. Ese hombre vivió y desapareció de forma poco común. En realidad yo no lo llamaría misterio, ni tampoco hermetismo de las gentes. Ese hombre llevó una existencia anónima, como antes les decía, por tanto, desconocida; yo no lo llamaría misterio, no. Las gentes, entre lo que ignoran y... un suceso imprevisto y espectacular, deben estar sobrecogidas por algo que les parece inexplicable, yo tampoco me lo

explico; me refiero a esto último, aunque espero que se averigue lo que ha pasado.

Una vez más dejé que Miguel llevara el peso de la entrevista.

— La Guardia Civil ha llegado a la conclusión de que la casa ha sido volada por el dueño, y así parece que el mismo dueño lo manifiesta en una carta que ha enviado.

Noté que el cura dio un pequeño respingo, controlando.

— ¿Una carta? Esto último lo desconocía.

— ¿Qué opina usted de una cosa así?

— Si es como usted dice, pienso que esa habrá sido la voluntad de su dueño.

— No es mucha cosa. Compréndanos usted: somos periodistas, y necesitamos de los testimonios para explicar los sucesos. Esperábamos que usted tuviera un criterio más amplio sobre todo lo sucedido. Ese anonimato... ¿fue extensible a usted?

El cura pareció vacilar.

— Yo....tuve contacto con ese hombre; pero ese contacto no me permitió conocer su identidad ni sus intenciones con respecto a la casa.

— ¿Quiere decir que lo conoció personalmente? ¡Vaya, estamos de suerte!

Miguel me miró, buscando emparejar su satisfacción a la presumible en mí.

— Poco más puedo añadir.

— No le comprendo.

— Digamos que he estado con él.

— Perdone, ¿quiere decir que ha estado con él y no supo quién era? ¿Cómo se explica eso?

El cura se puso algo tenso.

— Verá: no siempre que se habla con una persona, esta está obligada a identificarse; nosotros llevamos hablando un rato y aún no hemos dicho nuestros nombres. Pero en mi caso particular, como pastor de la Iglesia, nunca pregunto de dónde vienen o cómo se llaman los fieles que reclaman nuestro auxilio: sabemos que son hijos de Dios. Tome el té; debe ser tomado caliente.

Miguel no se inmutó.

— Perdone de nuevo; pero usted es la primera persona que nos confiesa haber hablado con ese hombre. ¿Le importaría hablarnos de él? Quiero decir, naturalmente, hasta donde usted pueda haber llegado en ese conocimiento.

— No puedo decirles mucho, porque todo ese conocimiento fue obtenido en misión sacerdotal, del poco que obtuve en relación social, tengo que decirle que debo ser leal a mi compromiso: acepté voluntariamente no desvelar ningún dato que me fue conocido, y repito, no supe cual era su identidad.

Miré a Miguel, interrogante.

— Comprendo... a medias. Entonces, si me lo permite, me referiré a usted: ¿en qué circunstancias lo conoció?

— Me pasaron un aviso en el cual me decía que me necesitaba.

— ¿A qué necesidad se refería?

— Auxilio espiritual, Miguel —aclaré yo.

— Perdone, me llamo Miguel.

— Yo Pilar.

El cura nos saludó con una sonrisa.

— Encantado, Miguel, Pilar. Yo me llamo Mateo. Eso es, Pilar. ¿Me permitís que os tutee? Sois muy jóvenes...

— Naturalmente, Padre; pero yo, si me lo permite, seguiré tratándole de usted —dije yo, algo cortada.

— Como queráis. Decía, que así es, Pilar; me llamó reclamando auxilio espiritual.

— ¿Estaba enfermo? —peguntó Miguel.

— ¿Enfermo físico? No. ¿Por qué habría de estarlo?

— Miguel, no todo el mundo se acuerda de Santa Bárbara cuando truena —dije yo, a pesar de lo poco que me gustaban los refranes. Y me volví a callar.

— Muy gráfico, yo no lo habría expresado mejor. No estaba en trance de muerte, si es a eso a lo que usted se ha querido referir.

— ¿Y no nos puede decir algo sobre su personalidad? ¿Qué concepto le merece?

— Sus preguntas me hacen pensar que no me ha comprendido o yo no me he explicado bien. Si yo le hablara de eso que pregunta, sería tanto como referirme a él, y mi conocimiento de su personalidad fue a través de mi misión sacerdotal, como les decía; también sería una indiscreción por mi parte en cualquier otro aspecto.

El cura se había puesto de nuevo serio.

— Ya, ya. Pero no es indiscreción, ni tampoco tiene nada que ver con el secreto de confesión que usted invoca, el que usted dé su opinión, y en el mejor de los casos su opinión positiva, sobre las personas que conoce, así evitaría que se hicieran juicios temerarios o malintencionados. El sargento lo definió como un buen hombre, supongo que con menos fundamento que lo podría hacer usted, ¿está usted de acuerdo con esa definición?

— Obviamente, yo nunca diría de nadie que es un mal hombre, aunque lo pareciera por su comportamiento objetivamente malo; diría más: tampoco diría de nadie que es un buen hombre. Mi especial condición me impide juzgar a las personas bajo cánones civiles, ¿comprende ?

Y dijo «¿comprende?» con una extraña firmeza. Empecé a preocuparme del sesgo que tomaba la entrevista.

— Confieso que no mucho; lo sutil no es mi fuerte. La frase, creo que bíblica, «por sus obras le conoceréis», parece que le debiera permitir ser más explícito.

— Utiliza mal la cita. La frase es: «Por sus obras les conoceréis.» Se refería a Jesús, señalando la forma con la que podrían reconocer a sus apóstoles. La frase es del Nuevo Testamento. Yo le citaría otra en la que me apoyo: «No juzguéis y no seréis juzgados» .

— Me cuesta trabajo comprender que una cosa tan simple como definir a una persona, pueda crear conflicto con la ley de Dios.

— No necesito esforzarme para comprenderle. Lo que yo tampoco entiendo es por qué le cuesta tanto trabajo comprenderme a mí, o, al menos, aceptarme como soy. Por otra parte, entre sus razones y las mías no existe contradicción, se trata de un derecho positivo: usted tiene derecho a preguntar, y yo tengo derecho a no contestar. Las razones que le he dado podrían ser accesorias, aunque no quiero parecer descortés. Créame, Miguel, lo hago por razones fundamentales.

Era un pugilato digno de la mejor escuela dialéctica, o a mí me lo pareció. Estaba anulada completamente.

— Por favor, no me interprete mal; no trato de forzarlo. Acepte que estoy en misión informativa. Mi jefe no se creería esos argumentos en mi boca. ¿Sabe usted, al menos, dónde se encuentra ahora? No...; tampoco me lo puede decir.

— Eso sí lo puedo contestar porque no lo sé, se lo digo sinceramente. Espero que haya comprendido el matiz.

— Sí que lo he entendido. En definitiva, usted no puede hablar de lo que sabe.

— Exacto. De veras que lo siento. Comprendo su curiosidad.

— Permítame que le corrija: curiosidad no, obligación; es nuestro trabajo.

— Tiene razón. Disculpe.

— Puesto que no veo la posibilidad de obtener mayores concreciones, permítame alguna pregunta sobre la conducta de los hombres, sin referirme a nadie concreto, claro está, sólo para aclarar una duda que tengo sobre la bondad espontánea de los hombres.

No supe si la pregunta de Miguel tenía conexión con el propósito principal o pretendía abrir otro debate diferente, de los que ya Miguel me había dado muestras de gustarle.

— Pregunte.

— ¿Cuáles son las posibles motivaciones por las que una persona se volvería de repente generosa?

Sí, sutilmente, Miguel estaba en su propósito principal.

— Su pregunta tiene algo de capciosidad. Pero sin refirme a nadie concreto, como usted apunta, se la voy a contestar desde mi propio juicio. La pregunta es muy genérica. Si esa actitud es repentina y contradictoria con la que mantenía antes, lo podría hacer por arrepentimiento, resultado positivo de un sentimiento de culpa por la acumulación egoísta o ilícita de riqueza. Otra variante sería, por ejemplo, para reparar un daño causado.

— Esas dos razones tienen que ver con el concepto cristiano del pecado.

— Es lo que yo puedo contestar. No soy psicólogo. Un psicólogo le podrá dar más razones, seguramente. Todos mis razonamientos están fundamentados en las enseñanzas de nuestro señor Jesucristo. Él, que conocía el alma humana, exhortó a los ricos a desprenderse de sus riquezas si querían entrar en el Reino de los Cielos.

Los dos se habían entregado con fruición a despellejarse. Creo que ya para entonces, Miguel había percibido que estaba frente a un cínico.

¿Los ricos no pueden entrar en el Reino de los Cielos?

— Su conclusión parece algo malintencionada, y perdone. Usted sabe que yo no he querido decir eso, ni tampoco Jesús.

— Sí, claro; lo de la aguja y el camello...¿Y el anonimato, el desprenderse de la humana vanidad?

— Las buenas acciones, cuando se realizan anónimamente, subliman la virtud de la caridad. Y la caridad, mi querido Miguel, es la virtud que más agrada a Dios nuestro señor.

— Definitivamente, usted lo explica todo desde una perspectiva trascendente, lo que pasa es que los seres humanos se comportan, muy frecuentemente, siguiendo conductas o motivaciones... humanas.

— Sin duda. Pero toda conducta humana es trascendente desde una perspectiva religiosa, por cuanto puede o no agradar a Dios, yo no tengo otra forma de ver las cosas.

— Dichoso de usted. Otra pregunta es si se debe ser indulgente con los pecadores.

— Todas sus preguntas llevan segunda intención, pero está claro que yo sólo le puedo responder de una forma unívoca: hay acciones que no compete a los hombres juzgarlas, sólo a Dios, y sólo a él aplicar la indulgencia.

— Usted, el papa, conceden indulgencias...

— Siempre en el nombre del Señor, como meros delegados suyos y en circunstancias muy concretas, nunca subjetivamente.

Miguel debió aceptar que aquel hombre era un muro de hermetismo, y yo sentía la sensación extraña de ser una convidada de piedra.

— Me considero vencido en teología.

— No todo lo que usted cuestiona tiene que ver con la teología; la ética sirve igualmente para dar pautas de correcto comportamiento en muchos aspectos de la vida. ¿Puedo yo hacerle una pregunta?

— Si, claro.

— Usted, sin duda, habrá sido educado en la fe católica, como casi todo el mundo en la España en la que se desarrolló en su niñez. Mi pregunta es: ¿que reflexiones se ha hecho para evolucionar hacia el evidente agnosticismo que se desprende de su actitud? Usted ha dejado de ser creyente, ¿verdad?

No entendí porqué aquel cura, evidentemente inteligente y descolocado, le daba a Miguel una oportunidad como esa.

— Intentaré contestarle, esperando estar a su altura intelectual. La palabra creyente, según el sentido que usted le da, no me sirve para que yo pueda contestar categóricamente. Se dice, «creer en lo que no vimos», como expresión máxima de la fe. Creer en lo que no se ve, en lo que no existe de forma material, no es lo mismo que imaginar primero y percibir después con otros sentidos del cuerpo, quiero decir, con otros sentidos diferentes a los llamados cinco que permiten percibir las cosas reales. Según esta premisa, toda religión, en cuyos postulados se tiene fe, queda únicamente inmersa en una única realidad : la idea, el concepto inducido, en la que se cree o no se cree. Pero usted imagina y yo imagino, ¿dónde está la diferencia? ¿Por qué usted cree y yo no creo? Usted podrá decir «yo creo». Pues bien, desde mi perspectiva yo digo: yo no creo, y no pasa absolutamente nada, porque depende de nuestros pensamientos individuales y personales, que no son ni verdaderos ni falsos. La diferencia entre creer y no creer está en asumir o no asumir los pensamientos inducidos de otros, inducidos, a su vez, por otros, en una cadena interminable, y, como consecuencia, imaginar o no imaginar a partir de creer o no creer. Yo no paso de creer que la religiones surgieron como un fenómeno de inducción de individuos, de masas de individuos,

probablemente como sustituto de comportamientos éticos debilitados, mitos, o necesidad de medios de supervivencia extraordinarios; probablemente como la panacea que daba esperanza a los afligidos. ¿Por qué yo he evolucionado al por usted llamado agnosticismo? Pues, muy sencillo: yo me he liberado de esa inducción, no sin dificultad. A partir de ahí, todo fue como cabía de esperar: me fue imposible imaginar el principio de toda religión: Dios, y, consiguientemente, percibirlo.

Me sentí abrumada: no pude discernir si Miguel había dicho algo coherente o, simplemente, se había enrollado en una orgía de palabras. El cura tampoco me ayudó a aclararme: su cara reflejaba la estupidez aguda.

— Un poco confuso, lo confieso, ¿Y el resultado?

— No hay resultado, salvo mi opinión espontanea y puntual sobre los tópicos. Mi imaginación es caótica, como corresponde a toda imaginación libre. Y en cuanto a que le parezca confuso, pues sí, tiene usted razón. Como todo pensamiento, si no fuera confuso, estaría claro; siendo confuso, si usted lo creyera, sería un caso evidente de inducción, porque estando claro, sería evidente, y usted no sería inducido, ya que todos sus sentidos estarían ante la realidad. En otras palabras, no sería un pensamiento, sería una evidencia que yo estoy lejos de poder demostrar. Lo mismo le pasa a usted, si partimos de esto último: usted no tiene evidencias que pueda demostrar, por tanto, su creencia se queda en mero pensamiento, y como le decía, los pensamientos no son ni verdaderos ni falsos.

— Veo en su razonamiento más lucha que firmeza. Luchar por conocer la verdad también es positivo. Aceptando el riesgo de que mis palabras le hagan sonreír, le diré que confío en que Dios, nuestro señor, le ilumine, ya lo ha hecho en casos parecidos.

— Su deseo es muy consecuente, y yo poco más le podría contestar. Nunca me hacen sonreír las firmes convicciones de los demás. Espero que no me considere su enemigo.

— ¡Por Dios, de ninguna manera! Nuestros enemigos no están en los que no tienen fe; en todo caso estarían en los que son beligerantes con la nuestra.

Miguel había destrozado a su contrincante dialéctico y, sin embargo, no pareció ensañarse con los despojos; le concedió un asidero para que recuperara su autoestima.

— ¿Cómo una persona como usted puede amoldarse a vivir en un ambiente como éste? Su capacidad intelectual se potenciaría y sería más aprovechable en la ciudad.

— Está usted bien en el papel de Satanás. No; es broma. Esa es una tentación que tengo superada. ¡Intelectual! Esa palabra carece de significado para mí. Imaginar y percibir a Dios, utilizando sus expresiones, es más fácil al lado de estas gentes humildes, de ellas no espero ninguna inducción contraria, utilizando, también, sus palabras.

— Pero es usted el que las impide imaginar o no imaginar libremente.

— Es posible. Pero no crea, también aquí hay personas que han evolucionado hacia distintas posturas en materia de fe. Yo lo hago, persuadido de que lo que les enseña la Iglesia es bueno y positivo para ellos. Afortunadamente ni perseguimos ni nos persiguen, todos actuamos en libertad, aunque usted lo dude.

Todo parecía , solo parecía, haber quedado en tablas y quise colaborar a que acabara aquella lucha desigual.

— Creo que debemos irnos, padre; estamos abusando de su hospitalidad.

— Tienes razón, Pili. Perdone usted, yo tengo la culpa.

No intentó retenernos.

— De ningún modo. Confieso haber pasado un buen rato con ustedes. Si quieren, pueden salir por aquí; es la puerta que da directamente a la calle. ¿Van a quedarse mucho tiempo con nosotros?

— Por un momento usted nos devolvió la esperanza. Desearíamos tener la oportunidad de encontrar a alguien con menos escrúpulos que usted y que nos diga algo sobre ese hombre. Nos gusta hacer nuestro trabajo, la frustración no está en nuestro decálogo como algo que tengamos que aceptar. Ese hombre no sabe que cuanto más se esconda, más interés despertará en nosotros, puede que lo sepa y le guste este juego del ratón y el gato. En fin, lo dicho: nos vamos, y le agradecemos su hospitalidad. No podemos decir lo mismo de su ayuda, pero haré un ejercicio de comprensión. ¿Me permite una última pregunta ?

— Las que desee. Diga.

— ¿Conoce a alguien del pueblo que haya tenido relación personal con nuestro hombre?

Aquel hombre vaciló un instante

Pues...sí, existe otra persona, que yo sepa: doña Josefina, la maestra del pueblo, también un hombre que no creo les pueda ayudar, por otra razón: es sordomudo.

— Nunca se sabe. Un sordomudo puede ser más aprovechable para nuestro propósito que cualquiera otro que no quiera hablar.

— No sea tan categórico. Acepte al menos mis razones.

— No se refería a usted, padre.

¿Por qué dije esa estupidez? Quizá porque yo comprendía las razones de aquel hombre para no ser más explícito.

— No me defiendas, Pili. Lo que ha entendido el padre es lo que he querido decir. Perdone usted, empleé mal el verbo; debí decir poder, en lugar de querer. Es como si usted nos hubiera despedido de nuestro trabajo, de ahí algunas expresiones que puedan ser desafortunadas.

— De veras que lo siento, hijo. Acepte, en nombre de la libertad individual, que haya personas que no quieren ser noticia, el mundo está lleno de ellas.

— Pues ese hombre ha hecho sobrados méritos para serlo.

— Os deseo suerte.

— Gracias, padre —dije yo, como una tonta.

— Le invito a leer nuestro periódico para conocer la suerte que vayamos teniendo.

— ¿Cuál es su periódico?

— Este, padre, usted también lo tiene en casa, según he podido observar —dije yo, mostrándole un ejemplar de nuestro periódico.

— Sí. Lo compro todos los días, me mantiene en contacto con el mundo.

— ¿Se figura lo que cuesta llenar de noticias todas esas páginas? —preguntó Miguel.

— Me lo imagino, aunque ya le decía que el mundo está lleno de ellas.

— Sí; pero somos nosotros los que las elegimos —volvió a decir Miguel.

— Reitero que os deseo suerte, y para que veáis que no tengo ninguna razón oculta, me gustaría que tuvierais lo que deseáis en este caso. Perdonad que os tutee.

O estaba muy seguro de sí mismo o mentía.

— Eso ya me reconcilia. No le pido la bendición por no ofenderle. Gracias.

De todos modos, quise ser amable y...respetuosa.

— Gracias, Padre. Quizá nos volvamos a ver.

— Si. Volveremos para que vea que no tenemos nada personal.

— Os tomo la palabra. Adiós.

No recuerdo ninguna emoción especial, excepto la que globalmente había sentido como protagonista invitada a una sesión de interviú con un objetivo periodístico bastante correoso. Había sido una experiencia

provechosa para mí. Y nada de lo que no era estrictamente periodístico me había sorprendido ni me propuse comentar con Miguel. Estaba deseosa de salir de allí y, también, de conocer la inmediata conclusión que habría sacado Miguel de aquella tensa entrevista. No fue necesario que le inquiriera.

— ¡Tiene huevos la cosa!

— ¿Qué dices ? Modérate, te puede oir.

—¡Será farsante!

— ¿Te estás refiriendo al párroco?

— No; a su señor padre. Ha debido pensar que soy un memo. Y tú, ¿que diablos de ayudante eres? Has estado todo el rato callada y embelesada mirándolo, el también te miraba de reojo como buscando tu complicidad, o quizá le gustabas...

Me sentí vapuleada sin piedad y sin razón, porque Mateo, el cura, no me había causado ninguna impresión. Creo que le respondí adecuadamente.

— Eres un hijo de puta de cuidado. Quieres hacerme pagar tu frustración personal, o se te han roto los esquemas, ¿cuál es la verdad?

— Quieres decir mi fracaso, ¿no? Pues ni frustración ni fracaso. Mi tesis se reafirma, aunque quede aplazada la verificación.

— He dicho frustración, no fracaso, frustración que yo también comparto.

Miguel arrojo, entonces, toda su bilis acumulada. Encontró en el pobre cura su perfecto y personal chivo expiatorio.

— ¡Malditos predicadores! Que no me hable de caridad, y menos en el nombre de Dios. ¡ Que hipocresía! No esta escrito que Dios sea caridad, como gustan decir, y si está escrito es apócrifo. A los pobres, a los desheredados de los bienes terrenos los consuelan diciéndoles que de ellos será el Reino de los Cielos, mientras eso llega, piden para ellos caridad, ¿por

qué no se la piden al Dios en el que dicen creer? No deben tener mucha confianza, después de comprobar como Dios abandona a sus hijos a sus miserias y dolor, terribles para individualidades y milenarias para pueblos enteros; vastas regiones sin esperanza desde el principio de los tiempos, hijos de Caín condenados hasta la prometida redención. ¡Que incoherencia pedir caridad a los hombres en el nombre del Señor! A ti., Señor, que los seres humanos parece a todas luces que te importamos un bledo.

¿Qué tenía que ver tamaño alegato de quién yo esperaba que sólo juzgara los resultados periodísticos de aquel encuentro, evidentemente frustrante? ¿Se había Miguel olvidado de la verdadera razón de aquella entrevista?¿Qué clase de iluminado era mi compañero que había convertido la anécdota de una discusión fundamentalista en la categoría de su conclusión fundamental? Habría querido tener toda la sabiduría del mundo en aquel momento para calificarlo de excelso o de mentecato, sin graduación intermedia posible, para darle una respuesta rotunda. Sólo me sentí con fuerza para ser coherente y mantener a flote mis principios básicos sobre el asunto, exclusivamente periodístico, y que sin confesarlo, comenzaban a ser ciertamente tambaleantes.

— No sé a que viene ese alegato en estos momentos. ¿Por qué no te guardas tus aparentes resentimientos, que sólo enmascaran tu pesimista fatalismo? Por otra parte, tu actitud me empieza a ofender, Miguel. ¿Que te hace tener esa opinión del cura? ¿Por qué no aceptas las cosas en su aparente sencillez y dejas de ver gigantes donde sólo hay molinos? Yo he encontrado a ese hombre exquisitamente coherente. ¿Quién eres tú para negar a otra persona su derecho a regirse por principios éticos y religiosos que tú no compartes?

— No invoques a Sancho, tú mismo dijiste que no querías hacer ese papel... Principios éticos... ¡Tonterías! Cohartadas para imponer un supuesto derecho a no hablar.

Apelé a un derecho que, obviamente, se refería al del cura, a callar lo que no quisiera declarar.

— ¿Y cuáles son tus derechos para obligar a la gente a que te diga lo que no te quiere decir?

Pero Miguel lo entendió mal.

— No estoy hablando de mis derechos, estoy hablando de sus razones. Podía haber dicho que no le daba la gana hablar, no estaría ahora tan cabreado. ¿Por qué no mencionó a los otros dos pájaros?

En eso Miguel tenía razón; hubiese sido más sencillo. Pero, en cuanto a su pregunta, creí que Miguel no había tenido en cuenta un detalle obvio. También me preocupé de que no divagara sobre temas trascendentes que a mí me tenían sin cuidado discutirla con él o con cualquiera.

— Creo recordar que tú le preguntaste por personas del pueblo, el respondió a tú pregunta. Además, no sabemos si coincidían todos y, por tanto, si los llegó a conocer.

— Está bien, Pili. Ya veo que es inútil que participes de mis sospechas. Yo buscaré las evidencias necesarias y te las pondré delante de los ojos.

— Las buscaremos juntos, pero en tanto, acepta los hechos como vienen. Tú estás obcecado en corroborar tu extravagante hipótesis. Cuando te calmes, verás que la entrevista no ha sido del todo inútil.

— Pues tú dirás. La única conclusión que he sacado es la de que deje de meter mis narices en este asunto.

— Servirá para que empieces a comparar con otras actitudes y sacar conclusiones objetivas. ¿De qué sirve precipitarse en los juicios? Tenemos tiempo por delante, y todo se irá aclarando. No huelas mal, antes de destapar el tarro.

— ¿Y a ti no te huele mal? Debes estar acatarrada.

Ciertamente yo habría podido dar las mismas razones, pero me pareció que debía frenar la vehemencia de Miguel.

— Una cosa es manifestar cierta duda, y otra que las cosas no pudieron ocurrir de otro modo, esto no contradice mi postura de considerar a ese hombre, me refiero al cura, coherente en sus razones.

— ¿Tú sabes la cantidad de falsas imágenes que se pueden crear con la manipulación de la palabra? Por poner un ejemplo, ahí tienes esos telepredicadores, capaces de hacer caer en éxtasis a quienes les escuchan: pura inducción.

— ¿Y cómo llamas a juzgar a las personas de forma tan subjetiva e interesada? Miguel, sigue trabajando. El tiempo dirá lo que se esconde detrás de lo que, por las razones que sea, ahora nos ocultan. Y no pienses que tengo miedo a la verdad.

— Está bien, Pili. A este paso, ¿cuándo esperas encontrar un indicio que nos ponga en el camino de la verdad?

— Los indicios no te ponen en el camino, todo lo más, te acercan. A mayor reto, mayor éxito. Todavía no hemos hablado con la maestra.

— De acuerdo, hablemos con la maestra. Pero te juro, Pili, que si también nos despacha con falsas apelaciones a la ética, a sus principios, etc, me largo de este pueblo, luego..., ya veremos.

— Ya veremos, ¿qué?

— Ya veré cómo me planteo dar salida al tema.

— Vamos a comer algo, estoy realmente fatigada.

— ¿Dónde comemos?

— Yo no he visto otro lugar.

— Vamos al mismo, pues. Le preguntaré al camarero que opinión tiene sobre el cura... Te prometo comerme el plato, los cubiertos, el mantel..., si me dice que es otro cabrón.

Estuve a punto de soltar una carcajada, pero me contuve par no dar más alas a Miguel a costa del sacerdote. Y digo bien: del sacerdote.

— Habrá que ir pensando que ese hombre está de psiquiatra; el camarero, claro.

— En serio, ¿no empezarías a pensar que aquí hay gato encerrado?

— Empezaré a hacerme preguntas, si esto te vale.

— Ya es algo. Vamos allá.

— Quizá sea pronto para pedir la cena.

— Tomaremos algo.

— La verdad, no tengo muchas ganas de comer.

— No me extraña; no has hecho otra cosa que inflarte de pastas mientras me sermoneaba.

Todo el ridículo de mi pobre actuación en aquella entrevista se me echó encima.

— Comí tres, tres solamente. No me avergüences.

— Yo sólo una, y se me atragantó.

— Pues no me lo pareció; no paraste de hablar. Llegué a pensar que estabas en tu salsa.

— Lo que pensabas era que me estaba llevando al huerto.

— Fue un empate digno. Tu dialéctica estaba a la altura de la de él. Aunque debo confesarte que no entendí nada de lo que dijiste sobre la fe.

— Pero sólo hablando de lo divino, que no hay quien se entienda; de lo humano, él me revolcó. Seguro que él te subyugaba más que yo.

Falso. Era Miguel el que me había empequeñecido, y cuanto más pequeña a su lado me sentía, en una sensación para mí nueva, más mi admiración por él iba creciendo.

— No soy una meapilas.

— ¡Jesús, que horror!; ¿eso iba yo a pensar? No lo decía por eso.

— Eres un cínico.

— Tú sólo eres una chica piadosa..., y una tía buena, claro. La próxima vez le preguntaré al cura qué opina de ti, a ver qué le impide contestarme.

Algunas veces los relés de Miguel me parecían malditos, pero, hasta en eso, admiraba sus espontaneas salidas jocosas.

— Anda y que te den...

— Eso no es muy piadoso... ¿Qué quieres?

— Perderte de vista.

No era cierto.

— No lo dices en serio; te va la marcha.

— Eres imposible. Pide para mí lo que quieras..., algo de beber.

— ¿Algo con alcohol, para ponerte a tono?

— Yo siempre estoy a tono, el que pierde el tono, frecuentemente, eres tú.

Pero en ese momento estaba más a tono que nunca; me hubiese follado a Miguel allí mismo, pues sentía inaplazable mi entrega definitiva al abismo que, cada vez más, entre él y yo se abría.

— Bien. Me rindo. Ni siquiera me tomas a broma, menos malo que no tomarme en serio.

El conocido camarero se acercó. Esperé curiosa que Miguel planteara el reto.

— Buenas noches. ¿Qué desean?

— ¿Es pronto para cenar?

— Estamos preparando el plato de la casa. Una media hora más. Puedo servirles otra cosa.

— Esperamos por el plato de la casa. ¿Nos puede traer dos “ martinis “ con agua?

— ¿Quiere decir, vermú?

— Sí, eso es. Y unas aceitunas.

— Enseguida.

El camarero había dado unos cuantos pasos en retirada. Miguel, después de hacer un comentario en voz baja, se debió de acordar.

— El vermú será de garrafa. ¡Oiga!.

— ¿Sí?

— Hemos estado con el párroco; un señor muy amable.

— Si usted lo dice...

— ¿A usted no le parece?

— No tengo tratos con él.

— ¡Ah, comprendo!

— Comprender, ¿qué?

— No, nada. Supongo que no le van los curas, a mí tampoco, pero debo reconocer que este parece una buena persona, diferente.

— Muy bien, señor. Ahora les traigo los vermús.

— Sí, sí. Vaya.

Y el camarero se fue. A Miguel la cara le hizo parecer un niño pillado en una travesura.

— ¡Ja, ja, ja!

— ¡No te rías, coño!

— No me río de él, me río de ti; tu cara es todo un poema.

— Le ha faltado un tris.

— Mejor; no hubieras cumplido tu promesa.

— ¿Cómo le irá el negocio a este tío? No puede ver a nadie.

— Será anarquista; no congenia con las fuerzas vivas.

— ¡La madre que lo parió! Sería curioso conocer la respuesta si le preguntamos por su padre.

— Pregúntaselo, no te mueras de curiosidad. ¡Ja, ja, ja!

— Maldita la gracia...

Me sentía relajada y divertida, como si mi mente se hubiese tomado unas vacaciones.

— Ahí vuelve.

— Los vermús y las aceitunas. ¿Desean para cenar el plato de la casa?

— Tráigalo, pero no nos diga de qué se trata; sorpréndanos.

— ¿Cómo?

— Hoy hemos tenido un día lleno de sorpresas y queremos que la cena sea también una sorpresa.

— Muy bien. Dos de la casa. Trataré de complacerles.

Con la misma educada sequedad, el camarero se fue.

— No le será difícil, por lo que a la sorpresa se refiere.

— Va a pensar que estás de cachondeo.

— Mejor; estoy harto de que me tomen por memo.

— Te van a correr, si no te comportas.

— Esta gente ya no siente complejos ante los forasteros que viene de la ciudad; de la capital, como ellos dicen.

— Mejor que no les provoques.

— Te voy a hacer una pregunta para nota.

— Te temo.

— ¿Qué te pareció el cura? ¿Qué te pareció como hombre, desde el punto de vista de una mujer?

Jamás habría pensado que Miguel me hiciera esa pregunta, pero, una vez formulada, me sentí alagada, pues quise advertir en ella unos incipientes celos.

— No esperaba esa pregunta. Cuando los hombres se plantean esa pregunta, prefieren disimularla. En fin; ya que lo preguntas... Me pareció un tío interesante, muy seguro de sí mismo, preparado. Físicamente, un hombre

que debe gustar a las mujeres. Me gustaría conocerlo más y en circunstancias distintas.

— ¿En qué circunstancias?

— He querido decir, simplemente, en cualquier circunstancia que no fuera ésta; había desconfianza en el ambiente.

— ¿Por su parte, o por la nuestra?

— Por ambas partes. El desconfiaba que le comprendiéramos.

— No creo que fuera eso. Está bien. ¿Cómo se las arregla un hombre así? Me refiero al sexo..., o a la carencia de él, supuestamente, claro.

¡Ay, el famoso relé! ¿Se hacía él la pregunta, o pretendía que yo le ilustrara?

— ¡Vaya pregunta , hijo! ¿Y tú supones que yo te puedo contestar?

— Sólo tu opinión.

— Pues... supongo que tendrá su vida sexual como cualquiera, aunque simplificada a estados de máxima ansiedad, controlándola, claro.

— Me lo explicas. ¿Qué coños quieres decir con eso de la máxima ansiedad? ¿Y cómo se controla? ¿Se masturba ¿Se va de incógnito a la ciudad a descargar con una puta? ¿Se confiesa luego? ¿Y por qué no lo expulsan?.

Cada pregunta de Miguel, como una sucesión de dardos, pretendía cuestionar la figura íntegra del sacerdocio.

— Alguna vez me causas la impresión de que me haces responsable de tus incertidumbres. ¿Qué he dicho? Yo digo, simplemente, que tiene vida sexual como cualquier hombre, y que la controla, supongo que su fuerza religiosa le ayuda a ello.

Y allí fue entonces que la física quiso cargarse a la metafísica.

— Eso no me lo creo. A cualquiera le explotarían los huevos.

Pero yo hice que convivieran.

— ¡Que fino eres, chico! También está la polución natural y espontánea.

— Eso sí. Ocurre; pero a mi sólo me ha ocurrido en sueños, y después de una excitación relacionada con lo que soñaba.

— Pues.... eso. ¿Alguna pregunta más? Yo no soy la más indicada para hablar de esa problemática que tenéis los hombres; no soy sexóloga.

— Está bien. ¿Qué tal estará la maestra?

— Tú siempre tirando al monte. Eso te lo preguntaré yo a ti.

— Seguro que está de buen ver.

Aquella observación de Miguel no era superflua y tampoco propia de un tío salido. Quise cerciorarme.

— Pareces estar encajando piezas en tu puzzle particular, o quizá sufras una polución mental.

— Déjame desahogarme describiéndote una posible historia, pero prométeme que no te vas a enfadar.

Cuando Miguel me pedía que no me enfadara, yo sabía que me iba a enfadar, pero, a aquellas alturas, ya no podía percibir si del enfado no obtendría otra cosa que placer; el masoquismo ya se había instalado en mis resortes placenteros.

— No me enfadaré porque has dicho UNA posible historia, y a eso se llama ficción. La historia puede ser diferente. Adelante.

— Vamos a ver. Supongamos un tío de edad en la que se deja de ser joven y se empieza a ser viejo, o sentirse viejo. Es rico, pero obviando la historia de como se hizo rico, observa depresivo que su dinero ya no le proporciona otra cosa que rutina, y busca y busca para qué le sirve el dinero. Cuando la depresión se convierte en enfermedad, que el cree peligrosa , surge, ¡ah!, la gran idea. Esa idea es novedosa, nada que ver con

el repetir y repetir todo aquello que hasta ahora el dinero le ha puesto al alcance. Dejará al mundo de lado, es la primera novedad. Y, como niño con juguete nuevo, se afana entusiasmado en destripar su imaginación para ver como darle vida. «Primero tendré que aislarme del mundo de forma mental y física», se dice. «Ya está», y se construye un refugio que, como caja de Faraday, no deje entrar las ondas que emite el mundo, también que guarde todo lo que su imaginación vaya pariendo. Nada podrá entrar, nada podrá salir de ese micromundo del cual él se cree el único creador. Ese universo—mundo ha de ser el contrapunto perfecto del que deja atrás; será su mundo, y no el que el azar le ha puesto. Dentro de su mundo, sólo su imaginación será la fuerza creadora. Y ya está: crea ese mundo y lo posesiona. Pero pronto hecha de menos una cosa: en ese mundo no hay nadie que alabe su creación, por lo que empieza a estar deprimido. Pero su imaginación no descansa buscando salida a esa imperfección. Díjose entonces: «crearé al hombre y a la mujer a mi imagen y semejanza.» Y los creó: un hombre y una mujer puros, como formados de barro virgen; o de arcilla pura, que es lo que quiero decir. Su imaginación no descansa, como antes decía, e idea algo que le recuerda al Génesis, como podrás advertir.

— Ya lo he advertido.

— Sigo. El caso es que todo en aquel su mundo le pareció perfecto. Dentro de aquellos muros todo trascurría en perfecta armonía con el bien, el mal no existía. Todo parecía perfecto a los ojos de su creador, como decía., pero dudaba de que fuera así . «¿Qué firmeza tiene mi obra?», se preguntaba, y también: «¿será sólo aparente?» Y acto seguido, concluye: «la pondré a prueba.» Otra vez a vueltas con el Génesis, allí estaba la clave, aunque tomada en versión libre. «Sólo podré saberlo, si introduzco en mi mundo la tentación al mal», esa fue su conclusión. Y lo hizo. Trajo, entonces, a aquel recinto el mal en forma de serpiente de dos cabezas, pero en la forma aparente de fruto jugoso y tentador, y los pone allí, mientras contempla como su obra resiste y resiste. Hasta que, de pronto,

imperceptiblemente al principio, aquella obra que parecía perfecta, se va resquebrajando hasta desmoronarse completamente. El mal ha vencido y se enseñorea de aquel mundo; el bien, como condición humana, sólo existió en apariencia...Triste y abatido, vuelve al mundo de donde partió, porque ya nada tenía sentido.

¿Se podía improvisar de esa manera? ¿De qué recursos estaba Miguel agraciado que no lo estaba yo? ¿Un periodista como Miguel podía quedarse en eso, en un periodista? Si Miguel, con su talento natural, sólo se quedaba en periodista, ¿tendría predestinado ser el mejor de los periodistas posibles? En ese caso, ¿qué graduación alcanzaría yo en esa profesión? ¿Me daría ocasión la vida de demostrar alguna extraña potencialidad de la que sentirme, no ya orgullosa sino, simplemente, satisfecha? En lugar de reconocerle su mérito, traté de destruirle por la vía de sumergirlo en la vulgaridad del mundo de las evidencias. Porque empecé a pensar que nada más vulgar que no poder soñar —el lo llamaba imaginar—, y yo, quizá incapaz de imaginar, había declarado la guerra a los que imaginaban.

— ¡Jesús, que imaginación! Y tú crees que eso es lo que ha ocurrido, ¿verdad? Pero tú, ¿te has olvidado de que eres periodista? ¿Estás en tu sano juicio? Para ese viaje no hacía falta alforjas. En tu casita, a solas con tu portentosa imaginación, unos folios, la máquina, y ya está: ¡la gran fabulación, la novela de premio!

— Muy bien. Ahora déjame seguir, estoy lanzado...

— Pero ¿hay más? ¡Ah, claro, ahora vienen los detalles! No, no hace falta; me lo imagino. Prefiero, en todo caso, el suspense, porque vas a escribir sobre eso, ¿no?

Y dije que me imaginaba el final, ¡qué más habría querido yo! Si hasta había sido incoherente añadiendo a continuación que prefería el suspense que, a fin de cuentas, el tendría que suministrarme.

— Puede.

— ¿Y cuál es tu tesis? Porque tu pretendes lanzar un mensaje, ¿no es así?

— Efectivamente, Pili: desenmascarar a los seres humanos. Lo que te decía: somos por naturaleza perversos, o, si lo prefieres, corruptibles desde cualquier estado de bondad. Los principios que en apariencia sostenemos, son recursos del instinto de supervivencia, de acomodo en el más acá o en el más allá, bien sean personales o inducidos. Elimina esos dos espacios y sus exigencias, y todos los principios que sostienen el bien desaparecerán. Lo que ese hombre hizo fue simplemente eliminar esos dos espacios.

Y quise romper aquel espejo en el que me reflejaba deforme.

— Tú estás chiflado. ¿Sabes lo que te digo? Que te vayas al carajo. ¡Habráse visto!

— Me prometiste que no te enfadarías.

— Es que lo tuyo es paranoia. Toda la lógica de tu argumento está en tu mente; no se corresponde con la realidad.

— Todos los escritores son algo paranoicos; pero eso no quiere decir que lo que escriben no sea posible.

Había dicho escritores y no periodistas. Se había definido y me había definido: él era el estilista, capaz de ser sublime sin límites, universal en sus proyecciones; yo, todo lo más, podría pretender ser un buen técnico en una profesión llena de reglas y acotaciones. Pero, ¿podía Miguel, con su imaginación sin límites, ser el periodista objetivo que a mí se me había inculcado en el escuela? ¿Podía ser periodista, con el desprecio a la ética más elemental, que como envoltura estética debíamos presentarnos ante la sociedad? Quise defender al periodista de esa invasión que trasgredía la norma por la que yo creía debía regirse.

— Lo imaginan posible, que no es lo mismo. Entonces, ¿qué hacemos ? ¿Nos vamos? Ya no tiene sentido investigar. Tienes la historia, pues comienza a meterla en el periódico.

Y esperé impaciente su posición al respecto.

— No, mujer. Una cosa es nuestro trabajo, del que comemos, y otra bien distinta es pensar en libertad. ¿Por qué no me cuentas la historia que tú imaginas?

Me sentí aliviada. Al menos Miguel no pretendía ser el transgresor que había temido.

— Porque yo no imagino ninguna.

— Eso no me lo puedo creer. ¿Es que a solas contigo, tus pensamientos no configuran una posible historia, aunque sea simplemente esbozada?

Como en cuestiones de fe, yo no me permitía imaginar. Quizá esa fue la limitación que me impuse también en este caso. No quise darle una impresión penosa, y aunque, partiendo de su imaginación, configurar la antihistoria sería fácil, me decidí.

— Bueno..., sí. Sería inútil que te dijera que yo no pienso.

—Pues cuéntame lo que has pensado, si tanto te cuesta imaginar.

Y fui injusta con él para que mi mérito fuese mayor.

—Yo no tenía nada preparado como tú, pero puedo improvisar..

Miguel no se sintió aludido; él estaba por encima de las pequeñas miserias.

— Adelante, te escucho.

— Una cosa sí tengo que admitir: que con tres o cuatro personas como tú, todo es posible.

— Venga, al grano. Veamos como sería con tres o cuatro personas como tú. Si quieres nos pagamos algo, a ver cual de las dos se parece finalmente más.

— El diablo te confunde. ¡Será posible!

— Bueno; ¿se te ocurre algo, o qué?

Me estaba haciendo de rogar para ganar tiempo.

— Haré un esfuerzo, aunque sólo sea para que veas que todo producto de la imaginación es subjetivo , y que nada tiene que ver con la realidad hasta que ésta se verifica.

— Puede finalmente coincidir.

— Pero eso se halla en la realidad, que es de lo que tú tienes que contar, no en la imaginación.

— De acuerdo. No le des mas vueltas. Empieza sin más preámbulos.

Todo este cruce de palabras me sirvió para ganar tiempo, ya lo he dicho; frases fáciles que me permitían escindir mi pensamiento, dejando que una de las partes elaborara la estrategia contraria.

— La historia también podría ser esta, y digo podría. Un señor —partiendo de la base de que es un señor, y no un diablo—, de mediana edad; en los difíciles cincuenta...

— También los cuarenta son difíciles, y hasta los treinta.

— De acuerdo. No me interrumpas. Ese hombre, rico, soltero o viudo, decide un día largarse, como tú dices, de la rutina de una vida a la que ya no encuentra sentido. El señor en cuestión, que ha sabido acumular una gran fortuna, no ha acumulado, sin embargo, ninguna sabiduría. Se plantea qué sentido tiene su vida a esas alturas en las que ha conseguido todo lo material, pero poco o nada en otros aspectos de la cultura, de la sabiduría. Pero en el ambiente que le rodea no encuentra la respuesta. Tiene delante varias opciones, todas ellas le hacen pensar que, para encontrar la respuesta, ha de alejarse de ese mundo que le lleva siempre a lo mismo. Finalmente se decide por una bastante original para un hombre rico. Primero deberá sentirse liberado del dinero, y para ello, comienza, digamos, a tirarlo, mejor despreciarlo. Luego busca un lugar austero, también en consecuencia con un cambio radical de ambiente. Encuentra ese lugar, y se hace construir una casa, grande, sí, pero no lujosa, y la hace de forma que asegure su aislamiento. Determina recluirse en ella. En la soledad de aquellos muros,

sólo libros escogidos entre los mejores pensadores son su compañía. Nada de radio, televisión o comunicación con el mundo exterior. No recibe periódicos. A solas con sus pensamientos y los de esos grandes pensadores, empieza a configurar alguna respuesta a preguntas que jamás se había hecho. Algunas ideas se le escapan, otras, no está seguro de interpretarlas correctamente. Se entera de que en el pueblo habitan dos personas inteligentes, o al menos cultas y suficientemente preparadas, cada una de ellas con probables puntos de vista diferentes, pero capaces de transitar por el laberinto de las ideas. Lo duda; pero necesita contrastar sus hallazgos y aclarar sus perplejidades. Parece que no tiene otra opción, y se decide a invitar a esa personas a su casa. Admito que su puesta en escena previa le permitía tener voluntades en el pueblo a su disposición. Efectivamente, su llamada no se hace esperar, y allí acudieron el cura y la maestra. Les plantea de entrada el carácter anónimo de su presencia. Nada de preguntas. Y les pide discreción absoluta; un conocimiento público de su extravagancia le podía ocasionar muchos quebraderos de cabeza, porque, probablemente, siempre pensó regresar al mundo del que partió. ¿Qué hacían esas tres personas en aquel lugar? En un ambiente de tertulia, hablaban, se comunicaban en interminables intercambios de sus respectivos pensamientos. Discusiones de todo tipo en busca de un denominador común. Cuando el tema se da por agotado, y cada uno se reafirma en sus conclusiones, cada cual se vuelve a sus rutinas respectivas. La casa constituía un permanente testimonio de su aventura, había que destruirla, de lo contrario habría que hacer de ella una tumba faraónica cerrada a cal y canto para siempre, cosa, por otro lado, difícil de conseguir, y la destruye, como él explica en su carta. Y colorín, colorado, el cuento se ha acabado. ¿Te encaja?

Me sentí satisfecha. A pesar de que no dejaba de reconocer el poco mérito que mi cuento tenía, pues no había necesitado más que utilizar los supuestos contrarios, sí, me sentí satisfecha. Esperé el veredicto.

— Has dejado cabos sueltos que la hacen inverosímil, por ejemplo: ¿dónde colocas en tu historia a los dos jóvenes, de apariencia sospechosa, que también visitaban la casa? ¿Por qué al atardecer y la noche?

Aquí me había planteado un dilema y tenía que responder rápida. Recurrí a la lógica, enemiga por antonomasia de la capacidad de imaginar, ya que no de la imaginación.

— Eso te lo resuelvo yo de un periquete. Los jóvenes eran empleados de hogar, que venían por horas cuando los necesitaba, bien para limpiar, bien para hacer comidas para él y sus invitados, o para ambas cosas. Y en cuanto a la hora que lo hacían, pues cuando el cura y la maestra podían, ya libres de sus ocupaciones. Que no, Miguel, que no, que como tú le decías al cura, los seres humanos, habitualmente, se rigen por conductas humanas, no suelen jugar a dioses.

— Pues si mi historia no se puede probar y la tuya no tiene el menor interés periodístico, ya podemos ir haciendo las maletas.

Y ahí Miguel tenía razón: si la historia imaginada no se verificaba, la historia lógica carecía de interés. Pero bien podía haber sucedido que la historía estuviese aún oculta a su imaginación y a mi lógica. Y no podía creer que a Miguel sólo le interesaran las historias que él previamente configuraba en su imaginación. Eso, ciertamente, nada tenía que ver con la investigación que él proclamaba necesitar para sentirse realizado como periodista.

— La verdad de lo ocurrido puede ser muy diferente. Supongo que no estarás hablando en serio.

— No; desde luego que no. Quiero conocer a la maestra.

Todo había sido una falsa alarma.

— No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que no aportará nada nuevo.

Miguel no debió escuchar mis últimas palabras; tampoco le servían de mucho.

— Ya viene el camarero...

— La cena, seguramente. Lo de querer conocer a la maestra será porque piensas desquitarte del fracaso con el cura, y todo a costa de una humilde maestra.

Después de decir estupideces semejantes, habría debido morderme la lengua.

— Puede que ese hombre la haya trasformado. No; no lo hago por desquitarme. Esa mujer es un eslabón más.

El camarero interrumpió un instante.

— Si quieren ya les puedo servir...¿Quieren algo de beber?

— Traiga el vino de ayer; era muy bueno —dijo Miguel

— Vengo en un momento.

— ¿Qué nos traerá? —preguntó Miguel, sin dejar de seguir la estela del camarero.

— Haz un ejercicio de imaginación, a lo mejor aciertas. No te preocupes, no será una broma de pueblo.

— Casi me arrepiento de haberlo dejado en sus manos.

— Desconfías de tus semejantes casi de forma patológica.

— Como dice el camarero, hay mucho cabrón suelto.

— Ya viene, pero sólo trae el vino y los platos.

— Ese tío no me gusta nada.

— ¡Tsss!

— ¿Podemos saber lo que nos va a traer de cenar? —preguntó Miguel.

— En que quedamos, ¿no querían que fuera una sorpresa? — dijo el camarero, más serio de lo que habitualmente estaba.

— Es mi compañero, que no tiene paciencia —dije yo para suavizar.

— Está bien; sigamos el juego —dijo Miguel, condescendiente y forzado.

— Entonces, ¿mantienen lo pedido?

— Si; pero...

— No haga usted caso, y no le diga de que se trata.

— Está bien.Ahora mismo vuelvo.

— ¡No te digo! Si al menos sonriera. Espero que se pueda identificar, o yo no meto la cuchara...

Quizá era un defecto de su imaginación y se figuraba algún puchero de brujas.

— No seas esquizoide.

— Vaya palabra. Te juro que no vuelvo a pisar este pueblo.

No supe a qué venía su animadversión por aquel humilde pueblo.

— Otra vez eres injusto. En la ciudad te están engañando continuamente, tú lo sabes, y no por eso renuncias a vivir en ella.

— Lo siento. Esta gente me está cayendo gorda.

Generalizaba, y mantengo que injustamente. El camarero venía hacía nosotros.

— Ya estás a punto de descubrir la sorpresa; ahí viene —dije yo.

— Veamos —dijo Miguel, separando cosas de la mesa para hacer sitio.

— Espero que les guste.

— ¿Se tiene que comer sin saber lo que es? ¿Cómo se llama, al menos? —preguntó obsesivamente Miguel

— No señor. El plato se llama criadillas de cordero a lo santiagueño. Es un plato típico gallego.

— ¿Y qué tiene? —volvió a preguntar Miguel.

— Pues criadillas de cordero, naturalmente.

— ¿Qué son criadillas, corderos pequeños? —siguió preguntando Miguel.

— Espera. Yo sé lo que son.

El camarero, después de servirnos, se retiró un paso, mientras nos miraba atento.

— ¿Qué son?

— Testículos; los testículos del cordero.

Miguel dio un respingo; como si le hubieran dicho algo asombroso e increíble.

— ¡Quéee!

— Yo los he visto en el supermercado, también de ternero.

— ¿Y eso se come? —preguntó haciendo una mueca de asco.

— ¿Nunca lo han comido? Pues de la ciudad vienen muchas personas los fines de semana precisamente por ese plato. Pero si quieren lo retiro —dijo el camarero, avanzando un paso e inclinándose para retirar los platos.

— No, no, déjelo. La verdad que a mí me ha sorprendido.

— ¿Nos puede decir cómo se prepara? —pregunté yo con normalidad e intentando congraciarme con aquel hombre, probablemente herido en su orgullo.

— Claro, señorita. Se limpian muy bien; las criadillas, quiero decir. Se parten en rodajas muy finas y se pasan por la sartén con manteca de cerdo y se rehogan a fuego lento. Se añade nuez moscada. Se añaden tomates sin piel en pedazos, ajos picados y perejil. Luego se añade caldo de carne, una yema, azafrán y vinagre. Se cuece todo a fuego lento, y ya está.

— Hombre, los ingredientes parecen inocentes —dijo Miguel, mientras con la cuchara trataba de buscar los ingredientes enumerados por el camarero.

— Gracias. Ya le diremos lo que nos ha parecido —dije yo.

— Buen provecho.

— Pili, esto parece un plato para un desagravio feminista.

— ¿Qué tonterías dices? —pregunté sin vislumbrar la respuesta.

— A más de una feminista le gustaría cortar unos testículos en rodajas y luego comérselos, claro que en ese caso serían crudos.

¡Qué bestialidad ! Nunca pensé hasta qué punto los hombres despreciaban esa militancia, fundamentalmente femenina. Pero como era una irracionalidad, no me sentí aludida.

— No seas animal. No deja de ser una víscera más, como el hígado o los riñones.

— ¡Una leche! Pobre cordero.

— Tú si que estás cayendo en un machismo ridículo. Come, y deja de decir tonterías.

— Vamos allá. Lo siento, colega.

— ¿Me lo dices a mí?

— Se lo digo al cordero.

— ¡Ja, ja, ja! Eres un cómico. ¡Ja, ja, ja!

Me reí con auténticas ganas.

— No te rías, coño... ¡Joder, que repelúz!

— Come, el camarero está mirando de reojo. No me hagas reír, por favor.

— ¡Maldito sanguinario!

— No me hagas reír, por favor, Miguel; ese hombre se va a enfadar, y con razón.

— Los que se van a reír son los colegas, cuando se lo cuente.

— A mí me gusta; es muy sabroso. Prueba, hombre.

Realmente estaba bueno, y llegué a pensar que Miguel estaba fingiendo aquella cómica actitud. Por si acaso, le seguí la supuesta broma.

— No me extraña... El caldo no está mal.

— ¡Venga, hombre, ni que fueran los tuyos!

— Déjate de bromas... Tía, no puedo.

— Cierra los ojos y come... Están deliciosos.

— ¿Será afrodisiaco?

— Eso es lo que tú menos necesitas. ¿Comes, o no? Ya no sé si vas en serio o estás de broma... Mira a aquellos de allí, los de la mesa del rincón, están comiendo lo mismo y no hacen ningún aspaviento.

— Soy un melindres con la comida, lo confieso. A veces pienso que los únicos seres nobles de la creación son los herbívoros. ¿Y dices que esto lo venden en la ciudad?

— Sí, y no es barato.

— Como que necesitan un cordero para obtener dos...Te digo que no puedo, Pili.

— No puedes devolver el plato; se acabaría tu estancia aquí. Aprovecharé que el camarero no está mirando para ayudarte.

— Adelante, ínflate. Yo tomaré el caldo.

— Que conste que con el mío tengo bastante.

— No disimules; te gustan a rabiar... ¿Y crudos?

— ¿Cómo?

Pregunté porque realmente no comprendí.

— ¿Que si te los comerías crudos?

— Eres un salvaje, ¿sabes?

— Ya. Tú no te los comerías, que pregunta.

Tampoco acerté a intuir su conclusión.

— No sé lo que quieres decir, ni me interesa.

— No te preocupes, son cosas mías.

Ya no me acordaba de haber supuesto una broma de Miguel; estaba comenzando a ver una incipiente debilidad en mi compañero y sentí la íntima necesidad a de aprovecharme de ella.

— Me has defraudado. Te creí un hombre abierto a nuevas experiencias; ya veo que eres un hombre convencional.

— La repugnancia no la inventé yo.

— Escusas. No me digas que sientes repugnancia. Te has tomado el caldo, ¿te tomarías el caldo de cocer gusanos?... Lo tuyo tiene otro nombre...

— ¿Cuál?

— Eres una persona insegura de si misma; un tímido, aunque orgulloso. Como todos los que sois así, necesitáis una referencia de apariencia contradictoria que lo disimule.

— No entiendo...¿Se puede saber cual es esa referencia en mi caso? Yo no me he dado cuenta de eso.

— Sí, hombre, lo sabes, todos lo sabéis; es vuestra arma defensiva.

— Te juro que no caigo. Pero ¿a qué viene ese diagnóstico inmisericorde? Me has jodido, Pili. Cuando comenzamos el viaje te pregunté qué te parecía como tío, me contestaste que te parecía un tío interesante, ¿qué te he hecho, qué he hecho desde entonces para destruir esa imagen? No me digas que ha sido por este incidente.

Lo vi preocupado y concluí que muchas de sus actuaciones anteriores las había prodigado para mantener aquella mi primera impresión de considerarle un tío interesante. Si algún sentimiento de inferioridad había podido yo sentir, ahora parecía desvanecerse, y no deduje nada extraño el que me sintiera bien por ello.

— Te dije que me faltaban datos, ahora creo que ya tengo los suficientes para decir lo que he dicho.

— Bien. Y ahora que los tienes, como dices, el resultado es que no soy tu tipo.

Quise profundizar en la supuesta debilidad, quedando al margen mis preferencias como mujer.

— Eres un radical en todas tus conclusiones. ¿Pretendes que mi tipo tiene que ser un ser perfecto? ¿Es que piensas que yo me creo una mujer perfecta? El ser tímido no da una imagen negativa, lo que resulta negativo es la forma de disimularlo. Yo necesito, en no más de dos horas, la identificación de la persona con la que estoy relacionándome, cuando lo he conseguido me siento más segura, mas sincera.

— ¿Y no vale que me identifiques poco a poco? ¿Quieres decir que en un par de horas ya sabes a que atenerte?

— No; desde luego es difícil, cuando el que lo intenta pretende hacer una caricatura de sí mismo.

— Según tú, soy un gran simulador, ¿no es eso?

Me decidí a desenmascararlo; era mi venganza por haberme sentido tan inferior a su lado. Le hice saber una larga lista de agravios.

— Más o menos. Eso es lo que has estado haciendo desde que iniciamos el viaje. Me hubiera gustado que en lugar de tanta monserga filosófica, evidentemente forzada, te hubieras comportado como un chico que vive la vida informalmente, y hasta trivialmente. Me hubiera gustado que no demostraras tanta obsesión por el sexo, que sólo intenta demostrar una supuesta prepotencia sexual. Me hubiera gustado ver en ti el profesional que te creía. Me hubiera gustado saber cómo me juzgas, si tonta o inteligente, aparte de intrinsicamente perversa, como todo quisque parece ser que lo es. Me hubiera gustado que tuvieras más respeto a mis convicciones...

Miguel me había escuchado en silencio, mirándome a los ojos. Me interrumpió bruscamente, dejando con violencia la cuchara sobre la mesa.

— Bueno; basta ya, querida. Lo que no entiendo es por qué no me has mandado ya a la mierda. ¿Cómo tengo que entender tanta paciencia conmigo?

Quise que aquello no fuera un rompimiento de una relación que en ningún momento yo me la había planteado.

— Porque tengo la esperanza de que, finalmente,te comportes diferente; como eres, sin disimulos, auténtico.

— Pues te equivocas. Nunca he sido más sincero con nadie. Creí haber encontrado en ti la persona a quien confiar mis más íntimos pensamientos. Tenía ganas, ¿sabes? Tenía ganas de m a n i f e s t a r alguno de mis íntimos pensamientos sin ser tildado de chorras o de pedante. Quería acostarme contigo, y mis insinuaciones iban dirigidas a conseguirlo, de lo contrario me habría comportado como un reprimido, o tú lo hubieras tomado como indiferencia. Soy un profesional, aunque las circunstancias me hagan manifestar otras inquietudes. ¿Qué más había? A, sí; yo no te juzgo perversa, como el juez que sentencia culpable o inocente, es una reflexión genérica sobre el ser humano que puede matizarse. Tu manía de conformar las conductas humanas en base a principios y reglas arbitrarios, hace que confundas tus deseos con la realidad y la naturaleza de este mundo. Estoy persuadido de que lo entiendes; pero no quieres aceptarlo, y menos declararlo, porque esa es una postura cómoda en al que parapetarse. Si yo acepto tus reglas, puedo entrar en el juego. ¡Reglas! Precisamente porque hay reglas, desconfío de los que las invocan. Sólo te sirves de ellas porque recelas de los instintos humanos, que piensas impulsan a hacer lo prohibido por esas reglas...Seguro que lo entiendes...

Y lo había entendido; lo suficiente para que todo mi discurso anterior estallara como fuegos de artificio. Miguel, una vez más, había estado no sólo convincente sino sincero, y yo me sentí un persona falsa, llena de

prevenciones artificiales; de esas que mantenemos a toda costa para parapetarnos. Volví a la sumisa actitud del que no encuentra salida.

— Quizá he sido demasiado dura...

— Me faltaba decir que tú eres la que se manifiesta en radical.

— ¿Me devuelves la pelota? Quizá me lo merezca.

— En absoluto. Te miras en un espejo deformante, de esos que se ven en las ferias. Yo sólo intento quitar ese espejo y poner en su lugar uno que refleje la realidad, el menos malo de los medios para conocerse y para conocer a los demás en una aproximación aceptable.

Y seguía acosándome en mi rendida actitud.

— Lo siento. Debí callarme.

— Ser sincero es positivo. Pero ya que tienes las personas enfrente, no las mires reflejadas en tus espejos deformantes.

Y una pregunta que era una súplica.

— ¿Cambiarán las cosas entre nosotros?

— ¡Ya lo creo que cambiarán! Para empezar, a partir de ahora tendré en cuenta que me observas con una óptica mal ajustada. Pili: también las afinidades surgen de los instintos, y no de las reglas.

Casi no escuche; sólo sentí alivio de que Miguel no se despidiera de mí en aquel instante.

— Repito: creo que lo siento, y no estoy utilizando ninguna regla.

— Está bien. ¿Quieres postre?

Tuve un deseo inaplazable.

— No quiero postre. Vámonos a casa.

— ¿Cómo?

— Que nos vamos.

— ¿A qué viene esa prisa repentina? ¿Estás enfadada?

— No; ya lo sabrás.

— Nunca te entenderé, Pili. Está bien, vámonos.

Nos fuimos al hostal. No hablamos en el trayecto. Parecíamos dos desconocidos que accidentalmente caminaban juntos. Miguel no sabía lo que le esperaba y yo pensaba cómo escenificar lo que había decidido hacer.

...

...

— Buenas noches tengan los señores —nos saludó Manoli.

Yo me sobrecogí como un ladrón que pone en marcha su primer robo, pero me repuse pronto mirando para otra parte y haciendo esfuerzos por no escuchar.

— Buenas noches, Manoli —saludó Miguel.

— ¿Lo han pasado bien?

— Muy bien; hemos visto algo, comido..., conocido a varias personas... Por cierto, Manoli, ¿qué opinión tiene del alcalde, y del cura y la maestra?

Yo me mantuve a la espera con un pie en la escalera que nos conducía a los dormitorios.

— ¿Quiere decir que qué me parecen?

— Sí; eso es.

— Pues del alcalde..., a unos les gusta y a otros no, yo no sé que decirle. Lleva de alcalde muchos años, desde antes que viniera el rey. Creo que le gusta mucho mandar, y no permite que le contradigan. Del cura..., no sé, no pienso nada.

— ¿No va a la iglesia?

— Sí; pero no mucho: a misa y esas cosas.

— ¿Y de la maestra?

— Que es una mujer reservada desde que se separó de su marido, el alcalde. No sé qué más puedo decir.

— No importa, Manoli. Ha dicho algo que nos interesaba oir — concluyo Miguel.

Si escuché la última frase de Miguel. Probablemente Miguel había oído de boca de Manoli algo que para él había supuesto una nueva clave. Yo era incapaz de pensar en otra cosa que en aquella que iba a suceder.

— Tengan las llaves.

— Buenas noches.

— Buenas noches tengan ustedes.

— Vamos, Miguel —dije yo, impaciente y algo nerviosa.

— ¡Que prisas!

— Desconéctate del trabajo, hombre.

— No tengo nada mejor entre manos.

— Vas a tener algo mejor...dije yo con una leve sonrisa.

Miguel no había percibido lo que le tenía reservado, pero era normal: nadie lo habría pensado.

— No sé qué... Bueno; dame la llave.

— Espera.

— Esa es mi habitación.

— Ya lo sé.

— No vengo borracho.

— Ni yo soy tu ama de llaves. ¿Te haces el tonto? Anda, pasa.

No puedo saber si lo pensó, porque, si así era, lo disimulaba perfectamente.

— ¿Me vas a dar una segunda sesión?

— En cierto modo... Ponte cómodo.

Yo comencé a desnudarme allí mismo, frente a él y sin dejar de mirarle sonriente. Obviamente, Miguel ahora se esforzaba en parecer tonto.

— ¿Qué haces?... Eres desconcertante... ¿Es eso ponerse cómodo?

Seguí desnudándome con cierta prisa y, con mucho desparpajo, le conminé a que hiciera lo mismo.

— Es lo que es, déjate de disimulos. Anda, ¿a qué esperas?

Me había quedado en bragas y sujetador y contorsioné mis brazos hacia atrás en ademán de desabrocharme el sujetador. No dejaba de mirarle. Miguel comenzó a desnudarse quitándose la camisa. Me miraba de vez en cuando, después de haber torpemente encontrado el botón que se resistía a dejar su ojal.

— Bueno..., yo también me pondré... cómodo. ¿Más? ¡Joder, Pili, que esto no me lo esperaba.

— Claro; así es mejor.

Estaba desnuda frente a él, sin ningún pudor, a sabiendas de que mi cuerpo no mostraba ningún defecto para él.

— ¡Madre mía, Pili, que...buena...estás

Miguel se había quedado paralizado a medio desvestir. Dominando absolutamente la situación, me acerque para ayudarle. Miguel y todos sus signos externos ya estaban dispuestos.

— Veamos como estás tú. ¡Vamos, vamos, quítate también eso! Me parece que algo de ti, que no es tu cabeza, ya ha comprendido, porque, ¿no llevarás esto siempre así? No; no es posible, ¿dónde lo colocarías? Anda..., ven...

Y le cogí de la mano, forzándole suavemente a que me siguiera. Miguel hizo una estúpida pregunta.

— ¿Vamos a hacer el amor?

— Vamos a conocernos mejor, y sin espejos.

Miguel volvió a hacer otra no menos estúpida pregunta.

— ¿Y eso como se hace?

Le contesté desinhibida.

— Follando, tío. Pareces un colegial. Es lo que querías, ¿no?

Y dijo algo que era verdad.

— Es que no me lo esperaba. En... esta ocasión parece que la que lo quiere eres tú.

Naturalmente que lo había querido yo, y él no tenía capacidad para negarse. Me sentí superior, al menos en cuestiones de sexo.

— De acuerdo; en esta ocasión lo quiero yo. Y tú no lo quieres, ¿verdad?

Yo ya me había acostado después de separar la colcha. Miguel todavía permanecía estático, con aquello enhiesto, y haciendo preguntas que podía aplazar.

— ¿Qué te hizo cambiar?

— Las criadillas. ¡Ja, ja, ja

— Déjate de coñas.

— ¡Date prisa, ven aquí! Te puse triste, y yo cuando pongo triste a un hombre termino en la cama con él.

— ¡Vaya por Dios! No conocía ese punto erógeno.

— Venga, tonto, aquí estoy.

Miguel se fue inclinando sobre mí; debió temer que aquello fuera un maldito sueño, de aquellos que me había hablado y que terminaron siempre inconcretos por, según Miguel había dicho, «no sé qué dificultades técnicas». Mientras buscaba acomodo con mi cuerpo, no dejaba de hablar balbuceante.

— Una variación sutil de aquí me tienes. Me... siento violado..., se... ducida mi inocencia.

Tanta palabrería, no permitía concentrarme. Encontró fácilmente la vía de penetrarme.

— ¿No irás al juzgado de... guardia?

— ¡Nooo!... Esta vez no. Eres... la... hostia. ¡Aaah!...

Habían sido dos movimientos de vaivén. Miguel se contrajo. Yo me sentí húmeda de el, mayormente. Miguel permaneció encima de mí como un fardo pesado e inerte.

— ¿Ya está?— pregunté frustrada.

Miguel reaccionó en falso e hizo algún movimiento que, obviamente, ya no tuvo ningún efecto. Yo, sin embargo, necesitaba creer que sí.

— ¡No , aún no!...

— ¡No te pares..., aguanta un poco...más!

— No...puedo... Eeeh!... Ya...

— ¡Vaya rollo!...—dije, apartándolo a un lado.

— ¿Cómo te ha ido?

¡Qué pregunta más gilipolla! Esperaba algo más del original Miguel.

— Demasiado rápido, tío. ¡Que pregunta más original!

Luego vino la disculpa inevitable y una concesión para quedar bien.

— Estaba a tope. Para mi la cosa comenzó cuando entraste en mi habitación. Fue genial tu puesta en escena.

— ¿Por qué disimulaste tanto?

— Temía un numerito tuyo.

— Pues ya ves que mis numeritos pueden ser muy variados.

Como esperaba que dijera ¡uy! y no lo había dicho, Miguel debía seguir preocupado, ¿por él?

— De verdad, ¿no has quedado satisfecha?

Lo de siempre: tampoco yo fui original.

— No te preocupes. Ahora descansa. Todavía estamos subidos en el mismo tren, cuando inicie de nuevo la marcha ya no sentirás el vértigo de la inercia; el viaje será más suave. Anda..., duerme.

— Como un bebé.

— Espero que no te importe que me quede.

— Eres la leche, Pili.

— Y tú el café. Duerme...

Me quedé pensando. El hombre como macho me parecía un desastre. Para entonces había tenido alguna experiencia lésbica, digamos que experimental, pero repugnaba a mi conciencia, que no a mi cuerpo. La comparación no tiene color, si nos atenemos a las sensibilidades que se despiertan en un encuentro entre dos mujeres; amor que se desborda en ríos continuos de nácar cálida. El hombre era más las veces que nos frustraba en nuestras expectativas que las que nos complacía. Por cierto: siempre me pregunté por qué la conciencia va por un lado y los instintos por otro.

Me dormí a su lado. Pensaba en Manoli y en mis propias contradicciones.

SEGUNDO DÍA

Miguel se despertó antes que yo y empezó a manosearme. Me puse ¿cachonda?, sí, mi cuerpo comenzó a derretirse pidiendo probar suerte. Esta vez sentí un orgasmo incipiente que no llegó a ser éxtasis, y lo fue más que por la pericia de Miguel, por mi propio desbordamiento. Me anticipé a la inevitable pregunta de Miguel.

— Mejor; ha ido mucho mejor. Tenía que decirte algo..., puede que te cabrees.

— Pues mejor no me lo digas; te temo. Déjame disfrutar de este estado de gloria.

— Te lo tengo que decir. ¿Qué dejaste de hacer anoche ?

Pero Miguel respondió con la esperada pregunta paranoica?

— ¿Qué? ¿Que no cumplí? Vamos, dilo ya.

— No. Que no llamaste a la redacción

— ¡Me cago en la leche! ¿Y me lo dices ahora?

Difícilmente un hombre pone en peligro su negocio por un polvo, sobre todo si ya lo ha echado.

— No quise distraerte. ¿No valió la pena?

— Sí, sí. Cómo se me pudo olvidar.

— Fue por culpa mía; no te di tiempo a pensar.

— ¿Qué le puedo decir al jefe?

— Dile que tuvimos una entrevista hasta tarde.

— Y me preguntará por el contenido de esa entrevista.

— Le cuentas lo del mudo.

— Bueno; ya veré lo que le digo. No te preocupes más, nena mía.

Aquel «nena mía» me cayó como un jarro de agua fría.

— ¡Eh,eh, para el carro!... Y no me llames nena mía.

— Sí, amor mío.

— Tampoco amor mío.

— ¡Ya empezamos! ¿Qué coños eres, una muñeca hinchable?

— Sólo la otra parte de una pareja.

— ¿Sólo eso? ¿Nada de amor?

¿Por qué llamaba a aquello amor? ¿Es que Miguel, de repente, había sentido amor por mí? Yo había idealizado el amor al margen del sexo, y

supuse que Miguel sólo hablaba en romántico oportunista. Hice una mínima concesión para evitar entrar en una polémica que me hubiera obligado a ser más explícita.

— Llamémoslo ternura. Me ha gustado, si eso es lo que quieres oir, especialmente la segunda vez.

— Te ha gustado. Vaya, menos mal. Más o menos que las criadillas, ¿no es así?

Su orgullo machista pedía ser satisfecho con palabras como fantástico, chico, nunca me sentí mejor. Pero yo no hubiera dicho eso nunca, creo que ni siendo verdad.

— No te enfades. Ante todo eres un amigo, y los amigos están para ayudarse.

— Los amigos están para las ocasiones, eso es lo que quieres decir, ¿verdad?

Me sorprendió aquello que dijo Miguel. Y yo cometí un error imperdonable.

— Exageras. Hacer el amor...

— No seas contradictoria. Lo que hemos hecho es follar, así lo llamaste antes.

— Pues follar, si lo prefieres llamar así...

Tampoco estaba dispuesta a dar marcha atrás.

— Tú te quieres quedar conmigo. No es muy romántico, ¡coño!.

Mencionó la palabra tabú para mí y que, al parecer, para los hombres resultaba fácil pronunciarla sin ruborizarse.

— No ha sido romántico. No necesita ser romántico. Tú lo hubieras hecho hasta con mi cara tapada, ¿o no es así ? Ha sido sexo, sexo equilibrado, eso sí.

— Me explicas lo de equilibrado.

Seguro que esperaba que le dijera que yo también había gozado.

— Quiero decir que lo hemos querido los dos. No ha habido ninguna concesión, ¿eh?

— Tú lo dices todo, lo planteas todo. ¿He cumplido mi parte?

Ya no pude mas.

— ¡Que tabarra, Miguel! Siempre a vueltas con el ego machista. Está bien; todo fue bien, finalmente. No es que hayas estado fantástico; pero tampoco sé lo que eso significa. Supongo que se podrá mejorar.

— Me consuela saber que eres tú la que me lo ha pedido, siempre podré...

Y que cojones iba a decir ahora. Le interrumpí.

— No soy una samaritana, ni una puta, ni, en definitiva, una máquina de masturbar. Y ahora, a otra cosa, Miguel, olvídate del tema; es agua pasada, que las obsesiones no son buenas y son la causa de profundas depresiones.

— Pues yo me acordaré siempre.

Mentira, pensé.

— ¿De qué?

— De lo jodida que eres, querida, ¿o debo decir compañera?

Pensé en las tías que se había tirado Miguel y me sentí satisfecha de haber marcado cierta diferencia.

— No está mal. Anda, vamos a ducharnos y a desayunar; no cenaste y debes estar hambriento.

— ¿Algún día te podré decir te amo, sin que me tires con cualquier trasto?

Me confirmó una suposición mía que llegué a pensar era temeraria: lo del amor, Miguel lo aplazaba para otra ocasión.

— Eso me suena a telenovela. Te puedes ahorrar esa expresión tan cursi, porque yo lo habré adivinado, lo habré percibido sin que tú me lo digas. Por ejemplo: si me lo dijeras ahora, no te creería. Espera, necesito hacer algo urgente.

Estaba incómoda y consideré inaplazable ir la cuarto de baño. Miguel masculló una frase que pude entender.

— Adelante... Menos mal que tienes el coño en el mismo sitio que las demás...

Pero me hice la sorda.

— ¿Decías? No te he oído bien.

Había sido un exabrupto para consumo propio.

— Nada; hablaba solo.

— Pues habla más alto; me interesa lo que piensas.

— Una pregunta: ¿que tienes contra los hombres? ¿Eres una especie de mantis?

Aquella pregunta me sonó familiar.

— Absolutamente nada. Sólo intento ponerlos en su sitio. No, no soy una mantis.

— Y cuando quieres, en la cama. Ya veo.

Las réplicas de Miguel siempre eran rápidas, quizá oportunas. Contra ellas yo me defendía sin demasiada originalidad.

— Algún día teníamos que ser nosotras.

— Y ese día me ha tenido que tocar a mí. ¡Sal pronto de la ducha; necesito una fría para mí!

— Ten paciencia; me has puesto perdida.

Abrí la ducha. Antes de que hiciera demasiado ruido, pude escuchar a Miguel vomitar otro grosero exabrupto.

— ¡La madre que te parió!...Échate colonia por el coño...¡Será posible!

Yo me hice la sorda de nuevo.

— ¿No te das cuenta de que con la ducha no te puedo oir bien? ¡Habla más alto!

— ¡Cuando salgas!

Temía que fuera grosero en mi cara.

— Y bien, ¿qué decías?

— Lo hemos hecho a pelo, ¿no temes quedarte embarazada?

¿Por qué le preocupaba ahora eso? Evidentemente esa posibilidad suponía para él un compromiso que en aquel instante no estaba dispuesto a asumir. Ese maldito animal que se vuelve irracional antes de hacerlo, pero que luego parece preocuparle, se llama hombre. No valía la pena tratar de darle una lección de corresponsabilidad; siempre seguiría así.

— No; sería un milagro.

— ¿Qué tomas?

— Nada.

— ¿Entonces?

— ¿Por qué te interesa?

— ¡Mujer!

— Anda, vete a ducharte. Por esta vez no serás padre.

— Está bien; como quieras.

Me había preguntado qué tomaba. Nunca tomé nada para estar preparada contra un embarazo no deseado, ni siquiera para evitar incertidumbres. En aquella ocasión sabía que un embarazo era imposible. O un milagro, como había dicho.

Miguel fue el primero en bajar. Yo le seguí después de pocos segundos. Desde el rellano de la escalera, oí que hablaba con Manolí. Me paré un instante a escuchar.

— Buenos días, Manoli. Póngame el desayuno, y vaya preparando también el de mi compañera.

— Buenos días. Sí; ahora mismo.

— ¿Trabaja todo el día?

— Esto casi no es trabajo, señor; peor es el campo.

— Tiene razón. ¿Quién limpia y hace el desayuno?

— Lo hago yo. Si hay mucha gente viene una chica a ayudarme.

La conversación carecía de interés. Bajé los escalones que faltaban.

— Buenos días, Manoli —salude con una sonrisa.

— Buenos días, señorita. Traeré los desayunos.

— ¿Como los de ayer? —preguntó Miguel

— Son siempre iguales, a no ser que el cliente nos pida otra cosa.

Saludé a Miguel como sin hubiéramos pasado la noche separados.

— Hola, compa. Tienes cara de perro. Por cierto, en el desayuno hay huevos de gallina.

Nos dirigimos al comedor.

— Ya sé de que vas. No es lo mismo.

— Allá tú. ¿Qué nos espera hoy?

— Otra tía difícil, me temo.

— ¿Soy yo la otra?

— ¡Tú eres la hostia!

— No sé si tomarlo como un cumplido. ¿Cómo son las mujeres que has conocido antes? Un coño caliente, ¿verdad?

No debí decir eso; no tenía derecho a despreciar a las otras que hubiera habido en la vida de Miguel. Posiblemente yo no había sido otra cosa. Temí que Miguel me lo espetara.

— Vaya expresión. No dejaron huella, si te refieres a eso...No va a ser igual contigo, desde luego.

Quise quitarle importancia y dejar una puerta abierta a algo desconocido para mí y que, sin embargo, me atraía.

— Eso ya lo veremos. Dentro de algún tiempo podemos ser una anécdota el uno para el otro. Quizá si llegáramos a confiar...

— ¿Se llega a confiar? ¿Un hombre y una mujer llegan a confiar?

Hice un frase.

— Sólo las personas inseguras no lo consiguen.

— Entonces yo seré uno de esos.

— Puedes conseguir el cambiar, si te lo propones.

Y él trató de burlarse de mí.

— ¿Por qué no escribes un libro con todas tus ideas? Se necesitan líderes desesperadamente.

— Casi todas están ya escritas. Mis ideas son mis herramientas para andar por la vida.

— Son tus armas. Las herramientas no hieren.

Loli nos interrumpió.

— El desayuno. Que tengan buen día los señores.

— Gracias, Manoli —dije yo sonriente.

— ¿Te imaginas la distancia que hay entre esa mujer y tú?

Lo entendí como un cumplido y se lo lo devolví.

— Y entre tú y el mudo, por poner un ejemplo.

— ¿Qué contradicción existe, según tú, entre la igualdad de los sexos y la evidente desigualdad que existe entre las personas? Me refiero a esa igualdad en la que te empeñas.

No entendí bien la pregunta. Contesté con una teoría previamente elaborada.

— Ya cuando nacemos las oportunidades son distintas. Pero esa desigualdad es cosa artificial que establece la sociedad. Luego, cada cual se emancipa como puede. Las afinidades se establecen después, entre personas con iguales bagajes. Pero se ha de luchar por ello.

Un debate sobre el amor era inútil y Miguel planteó una cuestión inútil.

— Y para el amor, ¿se necesitan algún tipo de afinidades, bagajes, o como quieras llamarlo?

— No hay nada tan inestable como el amor. Siempre será mejor que existan afinidades. El cariño, la amistad, eso ya es otra cosa. De todas formas, nunca estuve enamorada.

— Y va a ser difícil que lo estés alguna vez, si siempre estás a la defensiva. Amar es entregar, recibir..., por el placer de la entrega, por el placer de lo que se recibe...

Aquella definición de Miguel me hizo vacilar.

— No me pongas triste...

— Búrlate, si quieres, pero es así.

Como no lo tenía claro, preferí dejarlo sin aportar mi propia definición.

— Bueno; otros lo definirían con un soneto. El amor es lo que es, y follar es lo que es.

— Lo que no entiendo es como lo haces compatible con tu moral religiosa ¿Eres consciente de que has pecado?

Era una de las cuestiones que había superado. Mi religión, mi moral eran eso: mi religión y mi moral, ambas limadas de adherencias que repugnaban a la salud de mi cuerpo.

— Sí; pero un pecado muy chiquitito. Las cosas han cambiado.

— Ya... Y lo que están por cambiar.

Parecía agotado el tema.

— Vamos al otro asunto, Miguel. Pensemos en lo que vamos a hacer.

— Toca ir a ver a la maestra. Ya veremos.

— Pues vamos a ver a la maestra. No podemos decirle que vamos de parte del cura, eso está claro.

— No.

— Le decimos con franqueza que somos periodistas; que hemos hablado con el cura, y que al preguntarle qué personas conocían a ese hombre, nos dio el suyo, ¿te parece?

— Podría ser. Pero sería interesante descubrir si sabe que hemos estado con el cura.

— Veo por donde vas.

— En cualquier caso, se notará, pienso yo. ¿Estará en la escuela?

— Le preguntaré a Manoli, a ver si sabe. ¡Manoli!

— ¿Diga?

— ¿Sabe a qué hora se abre la escuela?

— Creo que a las nueve.

— Gracias, Manoli.

— No es cosa de interrumpir, Pili.

— Habrá un recreo, podemos aprovechar ese momento. ¿No vas a llamar a la redacción?

— ¡Que se jodan!

Una reacción propia del que no pudiendo salvarse, arremete atacando con furia.

— Pasas del miedo al heroísmo...

— No te metas conmigo.

— No he dicho nada. ¡Jesús, que nervios! — ¿Qué voy a decir? Esperaré

a tener algo que se pueda contar en el periódico. Llamaré esta noche..., si no regresamos a casa.

— También podríamos olvidarnos... de nuevo.

Pocas veces me permitía ser frívola, pero, en esa ocasión, sólo así supuse que le levantaría el ánimo.

— También, nena.

— ¡Te he dicho que no me llames nena; eso lo dicen los macarras!

— Depende de la cadencia, de la entonación.

— En eso no había caído.

— Le pondré más cadencia la próxima vez, para que veas la diferencia.

— Tampoco me agradan los empalagosos.

— Tendré que reciclarme para ti.

Nos desviábamos de la cuestión principal.

— No sabemos donde está la escuela.

— No andará muy lejos del centro. Preguntaremos. Si has terminado, vámonos.

— Pregunta a ese que entra; Manoli debe andar por la cocina.

Me dirigí a un hombre que entraba en el hostal.

— Perdone, ¿puede decirnos por dónde queda la escuela?

— No faltaría más. Vayan a la plaza y tomen la calle al fondo a la derecha. No tiene pérdida.

— Gracias —contesté.

— No hay de qué.

Salimos.

— ¿Ya no vamos a seguir preguntando a nadie más del pueblo? — pegunté.

— Si los que saben no contestan, no sé que nos van a decir los que se supone que no saben.

— Quizá algún pequeño detalle.

— No está de más. Ahí, esa señora,la que limpia la entrada de su casa, pregúntale tú; yo ya he tenido demasiados fracasos.

Era una señora de mediana edad.

— Está bien, lo haré yo...Buenos días, señora. ¿Le importaría que le hiciera unas preguntas?

— Buenos días. Diga usted.

No debí ser tan directa; tenía que haber intentado antes ganarme su confianza.

— Estarán ustedes muy contentos con el forastero que vivía en la colina, ¿no?

— A mí, señorita, ese hombre no me ha dado nada.

— Ya. Pero las cosas que ha hecho por el pueblo...

— No sé, no sé... Algo le habrán dado a cambio.

— ¿Quién?

— Yo no quiero hablar de eso; no me va ni me viene.

— ¿Por qué no quiere? ¿Puede ser peligroso para usted?

— Pregúntele usted al alcalde; el lo lleva todo.

— Ya lo hemos hecho, no nos ha dicho mucho.

— Ya. El sabrá por qué. Yo no sé nada, ¿comprende?

— Si, claro. No se preocupe usted. ¿Cree que la maestra nos podrá decir algo?

Y contestó, mientras intentaba zafarse de nosotros.

— ¿Esa? Pregúntele usted.

— Eso pensamos hacer. Gracias.

— Ustedes lo pasen bien.

— No saben, no contestan. A esa mujer no le cae bien la maestra...”Esa”, no puede ser mas despectivo —dije yo, una vez que nos separamos de aquella recelosa mujer.

— Sí que es extraño.

— Vamos a seguir. Ahí, ese joven de la esquina, puede que ese no tenga miedo. Es tuyo, Miguel.

Era un joven de unos veintitantos años, típico de pueblo: indolente, vestido a la usanza, apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos, mordisqueaba una paja.

— ¡Hola! —saludó Miguel.

— Hola. ¿Qué se les ofrece?

— ¿Eres del pueblo?

— Sí.

— ¿Qué sabes de la casa que se ha derrumbado? Somos periodistas.

Miguel también fue directo al grano, pero yo me mantuve en que no era el mejor procedimiento.

El joven, sin quitarse la paja de la boca, nos miró un poco retraído.

— No sé lo que pasó. Supongo que la explotaron.

— Sí; la explotaron como dices. ¿Qué te parece lo que ese señor ha dado al pueblo?

— ¿Son ustedes periodistas, dice?

— Sí.

— ¿Qué me preguntaban?

— Que qué te parece lo que ese hombre ha hecho por el pueblo.

— A mí me da igual.

— ¿No crees que eso está bien?

— ¡Pss!... Yo vivo igual ahora que antes.

— Ya. Pero han arreglado las calles, tenéis un depósito nuevo de agua, la escuela..., eso representa mucho dinero para el pueblo...

— Yo ya tenía agua, como todos. Mi calle no la han arreglado; tiene los mismos agujeros. En la escuela no han hecho nada..., bueno, sí; han hecho una casa nueva para la maestra.

— Pero de alguna forma, algunos vecinos se habrán beneficiado directamente, ¿no?

— ¿Quién se ha beneficiado? Si yo hablara...

— ¿Qué te lo impide? ¿Por qué no habla la gente? ¿Tenéis miedo a algo o a alguien?

— Tendrán sus razones. Y yo no tengo miedo a nada ni a nadie; lo que pasa es que no quiero hablar.

— Comprendo. Pero algo os preocupa. ¿Qué te preocupa a ti?

— ¿A mí? Nada. El depósito no hacía falta, ya le decía. Y las calles, ¿que calles? Han hecho una nueva, eso sí; pero... Y las demás cosas están por ver.

— Una calle nueva es algo bueno, ¿ no ?

— ¡Pss!

— ¿Dónde está esa calle?

— Una que sube al cerrillo; por esa calle, pasada la escuela.

—¿No era necesaria?

— Allí no vive nadie; no hay casas.

— ¿No hay casas? ¿Y para qué la han hecho?

— Pregúntele al alcalde. Dicen que van a construir.

— ¡Ah! ¿Y para quién van a ser esas casas?

— Para la venta. Son casas de ladrillo, según dicen; cuatro millones y medio la más pequeña, con garaje seis millones.

— ¿Ya están a la venta?

— Creo que sí. Pregunte en el ayuntamiento.

— ¿Las construye el a ayuntamiento?

El joven, que no había cambiado de postura en todo el interrogatorio, se dispuso a terminar con aquel compromiso en el que se estaba metiendo.

— No sé. Bueno; me tengo que ir.

— ¿No se te ocurre algo más que nos pueda interesar?

— Es que me tengo que ir.

— ¿Cómo te llamas?

— Antonio.

—¿Antonio qué más?

— Todo el mundo me llama Antonio. Adiós, tengo prisa.

— Sí, sí; no te detengas por nosotros.

Y se fue, mientras miraba a un lado y al otro, como queriendo saber si alguien lo había visto hablando con nosotros. Cuando estuvimos solos, pregunté a Miguel.

— No ha sido mucho, pero ya es algo. ¿Qué te parece?

— No sé, Pili. Lo más sobresaliente es que todos llevan el miedo a hablar metido en el cuerpo, o estas gentes son unos zombis. Algunas cosas que ha dicho son interesantes.

— Ese chico ha dicho cosas que habrá que aclarar. Lo de la calle nueva me suena a...

— A mordida. Alguien se lo esta montando bien ...

— ¿Te refieres a que alguien se está aprovechando de todo esto? Sí; eso pensaba yo.

— Menos mal, llegue a pensar que tú no eras capaz de anticipar sospechas.

— Es que eso parece bastante evidente.

No era evidente y yo había caído en mi propia contradicción.

— Bueno; vamos a dejarlo. Afirmo que todas las fuerzas vivas están pringadas.

— ¿También los guardias civiles?

— Mira, eso no lo tengo claro, para que veas que yo tampoco generalizo.

— Vamos a ver esa calle, nos cae de paso.

— Lo que nos ha dicho ése no coincide con lo que nos dijo el sargento.

— Entonces sospechas del sargento.

— No es eso. Constato los hechos, solamente.

— Está bien, ya lo comprobaremos. ¿Crees que es independiente de nuestro caso? Me refiero a que si lo vamos a tratar independientemente.

— El tema de cómo se hayan pulido el dinero es cosa de menor cuantía. Si tuviéramos que ocuparnos de todas las alcaldadas, tendríamos que dedicarles más páginas que al deporte.

— Aquella debe ser la escuela. También se ve la nueva construcción.

— Todo se ve tranquilo. Los chicos deben estar dentro.

— Mientras salen al recreo, podemos seguir y ver esa famosa calle.

— La escuela está pidiendo a gritos un buen arreglo.

— Esta gente entiende la prioridad en lo que a ellos le conviene.

— Allí terminan las casas y, efectivamente, la calle continúa, se ve nueva y bien trazada.

— Llega hasta aquella pequeña colina; el cerrillo que dijo Antonio.

— ¿No se te ocurre ninguna pregunta? Yo, para empezar, ya tengo una.

— La misma que me hago yo, supongo: ¿de quién son los terrenos a ambos lados de la calle? De quien sean, esa calle le ha venido como Dios.

— Eso pensaba yo, Miguel, y la repuesta puede ser interesante.

— A mí, de entrada, me pone de mala leche. ¿Qué es aquello?

— ¿El qué?

Me pareció que Miguel me mostraba un gran aljibe situado en la parte más alta del terreno.

— Aquello que está allí arriba.

— Acerquémonos.

— Parece un depósito... ¡Toma, el depósito de agua que pagó ese tío! Seguro que por ahí pasan las tuberías y los cables para el suministro eléctrico, pagado todo con cargo a las necesidades del pueblo. ¡Malditos tramposos!

— Con razón nadie del pueblo se siente entusiasmado.

— Al pueblo le pasa algo más. ¿Qué te parece si nos compramos aquí una casita de esas?

Los relés de Miguel volvían a funcionar, aunque esta vez sólo fue una falsa alarma.

— ¿Para los dos? Estás de broma. Acabamos de empezar a conocernos.

— ¿Cuantas sesiones necesitamos? Aquí se pueden construir un buen numero de casas, una por cada rebaje en las aceras. ¿En quiénes estarán pensando como compradores? En el pueblo no debe haber mucha gente con el dinero que piden por ellas.

— Habrán pensado en el turismo.

— Se van a forrar. Lo ves, Pili: el personal se desmadra en cuanto puede.

— Son conductas aisladas.

— ¡Y una leche! Lo que son aisladas son las ocasiones.

— Bueno; volvamos a la escuela, por la hora, los chicos deben estar a punto de salir al recreo.

— Tengo curiosidad por esa doña Josefina.

— ¿Tienes alguna estrategia preparada?

— Improvisaremos.

— ¿Quieres que la interrogue yo?

— Tú podrías ser poco incisiva. Lo haremos los dos, según se nos vaya ocurriendo.

Sentí herido mi orgullo profesional; una cosa era que pensara que no se debía elucubrar y otra que no estuviera dispuesta a ser valiente para intentar conocer la verdad.

— No será por escrúpulos, si es lo que piensas. Faltan un par de minutos para las once, recuerdo que esa era la hora del recreo.

— Entonces falta poco para sa...¡Espera, suena una campana!

— Eso debe ser.

— Sí; allí salen. Acerquémonos.

Un exiguo número de pequeños niños y niñas salió ruidoso por una puerta.

— No son muchos. ¡Hola! Venid aquí, chicos —llamé gritando y haciendo señas. Dos de ellos se acercaron.

— Buenos días tengan ustedes —saludaron.

— Qué pijoteramente educados los tiene...—pronunció en voz baja Miguel.

— Queremos hablar con la maestra..., con doña Josefina.

— Ahora sale la seño... ¡Doña Josefinaaa! —se desgañitó uno de ellos.

Una mujer, todavía joven, lo cual quiere decir que ya debía andar por los treinta y tantos años, apareció en el patio. Había una una distancia como de unos treinta metros. Yo la vi un cuerpo maduro al que la lozanía de la juventud aún dejaba en él sus muestras más sugerentes.

— ¿Siií? — preguntó desde lejos.

—¡ Que aquí hay unos señores que quieren hablar con usted! —gritó uno de aquellos niños.

— ¡Un momento, ya voy!

— Allí sale... ¡Vaya...con la maestra! —dijo Miguel con tono admirativo.

— ¿Decías?

— Esa doña Josefina no está para aburrirse, precisamente.

Aquella valoración, puramente visual, yo ya la tenía calificada. Por si acaso, se lo recordé a Miguel.

— Ya sé por donde vas. Creo que ya he manifestado mi opinión e ese respecto. Da igual que ahora descubramos que es tonta.

— No digas tonterías. Expreso lo que ven mis ojos.

— Está bien. No lo estropees más. Calla ya.

La maestra se había acercado a nosotros. De cerca no mejoraba; quizá le faltaba algo de arreglo, en el vestir, en el peinado, algún toque en los labios. No iba desaliñada, pero estaba claro que no se levantaba pensando cómo impresionar a los niños. La miré con cierta indiferencia.

— ¡Hola! —saludó.

— Hola. Es usted la maestra, ¿no? —preguntó Miguel. — Sí. ¿Desean hablar conmigo?

— Si no le importa.

— ¿Qué desean?

— Mi compañera y yo somos periodistas.

— ¿En qué puedo ayudarles? —preguntó sin inmutarse.

— Hemos venido a hacer un reportaje sobre lo sucedido, y estamos recabando información de las personas más representativas del pueblo, de paso nos interesa cualquier aspecto sobre este lugar. Si usted quisiera...

— Ya supondría que vendrían. Lo sucedido les resulta extraño, ¿no?

Me extrañé de que tuviera previsto que vendríamos a interrogarla, y supuse que a Miguel no le pasó desapercibida aquella circunstancia.

— Figúrese. Suponemos que a usted también. ¿Por qué supondría que vendríamos? Quiero decir, a verla a usted —dije yo.

— Por el motivo en si; un hecho como este no les podía pasar desapercibido. Pero también pensé que vendrían a verme porque yo conocí al señor que vivió allí, aunque no demasiado, y eso ustedes lo saben, ¿no? Y en cuanto a si me ha sorprendido, pues, naturalmente, ¿no me había de sorprender?

— Sí; ya nos lo dijo el párroco. ¿Fue él quien la advirtió? — pregunté yo.

— ¿Dice que lo conocía, aunque no demasiado...? —inquirió Miguel.

— Les ruego que pregunten de uno en uno. Efectivamente, señorita, fue él quien me lo comentó, y no que me lo advirtió. Y a ese señor lo conocí de forma accidental. No lo conocía de antes, y algunos aspectos nunca los llegué a conocer. Supongo que ya sabrán que ese hombre vivió en el más completo de los incógnitos. Muchos detalles de su personalidad no me fueron revelados, aunque hablara con él.

Para entonces ya había calibrado a aquella mujer. Advertida o no, mostraba un gran aplomo y conocía perfectamente los matices que evocan las palabras. Aún no sabía lo que estaría dispuesta a contarnos, pero estaba segura que sólo le sacaríamos lo que ella quisiera. Era una de esas mujeres capaces de dominar cualquier situación, no importa que delante tuviera a otra mujer o a un hombre. Dejé que fuera Miguel el que se estrellara si terminaba siendo como había presentido.

—Y usted, en el tiempo que le conoció, ¿pudo sacar alguna conclusión sobre su personalidad?

Arqueó las cejas.

— ¿Eso les interesa?

— Depende de lo que usted nos diga. Ya que nadie parece saber nada, lo que usted nos diga nos acercará al personaje, al menos en eso confiamos.

— Mi opinión sería subjetiva, y más subjetiva si es la única que ustedes pueden obtener. En fin, yo diría que es un hombre especial.

— Después de oirla, supongo que ha sentido su marcha...

— Las cosas buenas no duran. Nada dura eternamente...

— Suscribo esas dos frases., y con la anterior, significa, al menos, que ese hombre le causó una excelente impresión. ¿Por qué se marchó? ¿Sabía usted de sus intenciones finales con respecto a la casa?

— No lo sé. Y en cuanto a lo sucedido con la casa, ya le he dicho que a mí también me ha sorprendido.

— ¿Por qué dice usted que es un hombre especial?

— Supongo que es una deducción de mi instinto de mujer, también, cómo no, una definición objetiva basada en los hechos; pero ya les digo, al ser sólo mía, para ustedes se convierte en subjetiva.

Cuidado con aquella mujer, pensé. Era más sutil, si cabe, que el cura. Confié que Miguel diera la talla. Yo con mujeres así me encontraba incómoda y en lugar de sutilezas solía emplear sarcasmos.

— ¿Puede usted explicarse? ¿Quiere llenar de algún contenido esa definición?

— Describirlo sería simplificarlo.

— ¡Ah!; se trata de algo complejo, ¿es eso? No se preocupe, tenemos todo el tiempo, si usted quiere explicarse.

Sin querer, me estaba tan identificando con aquella mujer, y me salió espontaneo salir en su ayuda introduciendo una sutileza de mi propia cosecha.

— Creo, Miguel, que lo que nos quiere decir, y yo estoy de acuerdo, es que la mujer que se siente atraída por un hombre, no le resulta fácil describir las sensaciones que percibe.

— ¿Es así? No le pedimos sea explícita con alguna intimidad...

— Algo así; pero con una puntualización: en este caso, esas sensaciones fueron todas de tipo espiritual, o intelectual, si lo prefieren, nada íntimo, en el sentido que, posiblemente, usted quiere referirse.

— Entendida la puntualización, y muy oportuna. Pues descríbanos al hombre intelectual; algo es algo.

— A mí me interesa también la descripción física, si no tiene inconveniente —y lo dije pensando en la fantástica hipótesis de Miguel.

— Sí; nos interesa todo lo que nos pueda decir.

— A ver si lo entiendo: ¿a ustedes les interesa que yo les diga si ese hombre es bajo o alto; gordo o flaco; guapo o feo; culto o menos?

— No nos importaría, si usted añade algo más interesante.

— Es que cualquier otra consideración caería en el ámbito del sentir personal, y ahí no se pueden emplear cánones de comparación. Físicamente, un hombre bien parecido, sensible, culto...

Noté que a Miguel le estaba jodiendo aquel hueso duro que tenía delante.

— Dicho así, señora maestra, deberíamos decir amen y despedirnos. Pero, por favor, veamos de ponerlo de otra manera: ¿era un hombre equilibrado, o estaba un poco loco? Ese es un detalle que se puede apreciar por comparación, y usted no lo ha mencionado e, igualmente, si estaba atormentado por algo o por qué se comportó tan extravagantemente, incluso con su dinero. ¿Qué le impulsó a ser tan generoso? ¿Supo usted la razón? ¿Por qué aquí, precisamente? ¿Sabe usted dónde se encuentra ahora? Preguntas, todas ellas, en un intento de facilitarle el guión de las respuestas

que nos interesan, por supuesto no exhaustivas. Todo si usted quiere responder, obviamente.

Ella no respondió enseguida. Miró a Miguel, me miró a mí, bajó la vista buscando algún pensamiento que se le hubiese caído, levantó la vista y en tono suave pero sin vacilación, contestó.

— Ha hecho usted muchas preguntas, trataré de no eludir ninguna. Alguna de sus preguntas, estará usted de acuerdo conmigo, pertenecen al campo de la psiquiatría. No obstante, todos sabemos lo que quiere decir estar loco y estar un poco loco. Aquí, quisiera hacerle una pregunta: ¿que entiende usted por un hombre especial? Al margen de diagnósticos que, ya digo, son propios de los psiquiatras, muchos grandes hombres y mujeres han pasado a la historia etiquetados con ese apelativo de un poco locos, chiflados, más bien: fueron unos incomprendidos, aunque nadie les niegue la consideración de geniales, o especiales, en suma. ¿Atormentado? Creo es su siguiente pregunta. ¿Nunca se sintió usted atormentado por algo? ¿Qué define esa situación de nuestro estado de ánimo? Eso es algo que va pegado a la vida. Se puede estar atormentado por muchas y diferentes razones: dolor, aflicción, la duda....Todas estas razones, y otras muchas, definen al ser humano en cualquier caso; pero no al ser humano especial, porque lo que distingue al hombre y a la mujer especial es su sensibilidad y disposición ante los grandes enigmas.

Decidamente aquella mujer era especial y comencé a ver en ella el prototipo inesperado al que yo quería semejarme.

— Estoy de acuerdo. También le preguntaba por otros aspectos ya notorios: ¿por qué extravagante? Y esa increíble generosidad...

— Usted está en su derecho de llamar extravagante a algunas actitudes. Pero ¿a qué conduce llamar extravagante a alguien que hace cosas que nosotros no haríamos? Los seres especiales aparecen siempre teñidos de

extravagancia, chiflados, algo locos, en la calificación que le asignan los demás, como antes le decía.

— Y si esas extravagancias, supongamos, rozan o van contra la ley de Dios, ¿también definirían al hombre especial?

— No...sé...exactamente a qué se refiere; pero entiendo que, en ese caso, sólo Dios podrá juzgar las acciones. No sé que le puede hacer pensar que yo puedo responder a tales preguntas.

Por primera vez vi a aquella mujer vacilante, y archivé en mi memoria aquella circunstancia para comentarla más tarde con Miguel.

— Tiene usted razón. Cuando me encuentro con una persona inteligente, tengo la tendencia a enrollarme en disquisiciones variadas que no van al caso. ¿Por qué cree usted que se volvió generoso de repente y de esa forma, digamos, tan poco habitual?

— Yo no tengo conocimiento de que su comportamiento generoso no haya sido una constante en su vida. Es verdad que su generosidad no se puede menos de llamar espléndida, pero todo es relativo. Y en cuanto a que haya elegido este pueblo y no otro, sinceramente no conozco el motivo, suponiendo que lo haya.

— Se nos dijo cuales eran los destinos para aplicar esa generosidad, pero ahora estamos observando algunos cambios...

— ¿Como cuáles ?

— Uno de los donativos, precisamente, estaba destinado a construir una nueva escuela. ¿Quién dispuso que en su lugar se construyera una vivienda? Y en cuanto al arreglo de las calles, ¿por qué se decidió que lo que convenía al pueblo era hacer una calle nueva? ¿Conoció ese hombre tales alteraciones?

— Ya veo que han aprovechado el tiempo. Empezaré por lo último. Naturalmente que conoció esos cambios, y dio su aprobación. En cuanto a la razón de los mismos, que a usted parece le sorprende, creo poder explicarlo,

aunque no haya participado en la decisión. Una escuela no hacía falta por el momento, aunque la actual necesita algún arreglo. Los chicos mayores van al pueblo aquel que ven allí por razón de presupuesto, que yo no dispongo. En cuanto a la casa, el ayuntamiento tomó la decisión. Le pareció mejor idea hacer una casa para el maestro o maestra, ya que es él el que tiene que pagar el alojamiento, que hasta ahora lo hacía en una casa alquilada. Esta casa, por otra parte, no reunía condiciones.

— ¿Y las calles?

— No se me olvida, aunque esto debería preguntarlo en el ayuntamiento. Yo les responderé como lo haría un vecino bien informado. El dinero para este fin no daba para arreglar todas las calles, que, por otro lado, no están tan mal. Arreglar unas y dejar otras, hubiera creado en el pueblo un estado de malestar no deseable entre vecinos. El Ayuntamiento decidió entonces, creo que con buen criterio, crear nuevo terreno urbano para permitir mejorar al que lo quisiera, y, también, atraer nuevas personas que revitalicen un pueblo que languidece, ¿no les parece una excelente idea?

— No es mala, aunque pienso que a los promotores les ha debido parecer mejor. En fin, que todo parece estar en orden. No venimos a decirle al pueblo lo que tiene que hacer, en todo caso, me atrevería a opinar que debe ser consultado.

— El pueblo elige a sus representantes para que decidan por ellos lo que más conviene en cada momento; así se hace a nivel del estado, ¿no es así?

— Me volvería a ir por las ramas, si le recojo el guante que me acaba de echar. Muy bien, doña Josefina; tiene usted unas excelentes dotes para contestar cualquier pregunta que pueda parecer tonta o impertinente, también las tiene para contestar sin decir nada de lo que el que pregunta quiere oir. A estas alturas de nuestra conversación seguimos sin saber nada

de ese hombre; nada de nada. Tampoco de lo que pasó en aquella casa que usted visitó.

Dio un respingo. Estaba mirando a los niños y se volvió de repente.

— ¿Qué quiere decir?

— Todo lo que usted nos ha dicho son generalidades, y no por falta de capacidad, que la tiene, y mucha. Todas las personas que lo conocieron se manifiestan de forma monocorde ¿No sería mejor despejar dudas? Ustedes, con su actitud, no hacen otra cosa que fomentarlas.

Se puso muy seria.

— Ustedes, aunque les reconozca el derecho a intentarlo, no pueden exigir de las personas a las que preguntan, no tengan el derecho a no contestar como ustedes esperan oir. Hay un problema de intimidad de por medio, me refiero al ámbito íntimo de las relaciones personales. Pues bien; apelando a un derecho incuestionable, ese hombre, y todos los que le conocimos, desestimamos su oferta de sacarnos en su periódico. Si nuestra actitud crea dudas, que usted tampoco me ha aclarado de qué dudas se trata, ese será su problema.

Miguel se jugó su última baza.

— Podríamos terminar esta investigación de forma coherente contando con la realidad de los hechos. Puede que no haya razón para seguir en esto. Las buenas acciones no debe importar que se conozcan, puede que hasta no interesen.

No había forma de sorprenderla.

— Estoy de acuerdo en lo último, pero añado: las buenas acciones no necesitan ser publicadas.

Miguel amenazó.

— No insistiré más, aunque me reservo el derecho a seguir investigando. Somos periodistas. Los hechos y las personas especiales no abundan, los periódicos se nutren cada día de ambas cosas. Puedo asegurarle

que usted ya forma parte de nuestro interés y, con seguridad, también lo será de nuestros lectores.

No se dejó amedrentar, y una sentencia que yo suscribí.

— Pues eso último no será coherente. No sé que importancia puedo tener yo en este asunto. Investiguen lo que deseen, pero no inventen lo que no descubran; este pueblo vive en paz.

Miguel se batió en retirada, saliéndose, a mi parecer, de su cometido como periodista.

— Esperemos que no sea la paz de los cementerios. Y pierda usted cuidado con nosotros, aunque no les aseguramos que otros periodistas no den rienda suelta a su imaginación; la frustración que ustedes nos provocan es grande.

Pero ella era quién era.

— Este no es un pueblo muerto, afortunadamente. Y las frustraciones van pegadas a nosotros. Sería maravilloso tener todo lo que anhelamos. Ustedes, los periodistas, siempre me dieron la impresión de estar en permanente rebeldía con ese hecho incuestionable.

Y Miguel cambió de tema: resumió su papel de derrotado.

— Esa rebeldía nos lleva sólo a pretenderlo, nunca a exigirlo. Cambiando de tema: no comprendo que hace usted aquí; podría ser capaz de grandes cosas en otro medio.

— No sé si tomarlo como un cumplido. Quizá yo también sea una persona especial.

Ya lo creo que lo era.

— Lo es, sin duda.

Fue exquisitamente humilde.

— Gracias. Puede que algún día me decida a escribir mis memorias; deberían esperar hasta entonces para juzgarme. Ustedes, cuando esta

entrevista termine, no tendrán de mí ese perfil periodístico que tan generosamente me atribuyen. Por favor, sean coherentes.

— Estaré impaciente..., me refiero a esas memorias. Por si tardan en llegar, nos proponemos seguir nuestras investigaciones. Quizá podamos incluir en nuestro trabajo una pequeña biografía de usted.

Ya estaba todo dicho, todo.

— Lamento dejarles; tengo que resolver unos asuntos.

— Está bien. Ha sido un placer conocerla.

— Lo mismo les digo. Adiós.

— Adiós.

Sentí unos celos terribles de aquella mujer, por dos razones: por su seguridad frente a un apabullante Miguel —yo en circunstancias así me habría sentido cohibida— y porque Miguel había apreciado, sin la menor duda, su valía. Pensé que no tenía sentido que yo me esforzara en enarbolar banderas voluntaristas de la igualdad de sexos, si yo, personalmente, no daba la talla. Aquella mujer sí, y de qué forma. Me llegó a preocupar que Miguel me hiciera un panegírico de la maestra, con las consiguientes y supuestas comparaciones, que me habría resultado mortificante. Pero Miguel fue un auténtico cielo y de nuevo digo que me lo habría follado allí mismo.

— Pili.

— ¿Qué?

— ¿Cómo qué?

— Tú dirás.

— Voy a terminar castrado con mujeres como vosotras dos.

— No será tanto. ¿Qué ha pasado? —pregunté haciéndome la distraída.

— Esto es la rehostia, Pili, acojonante, te digo.

— Si te has desahogado, dime a que viene esa salida de tono.

— ¿Por qué has estado muda? ¿No se te ocurrió nada?

Muchas cosas se me habían ocurrido, pero preferí que él descubriera sus impresiones.

— No.

— ¿Por qué no?

— Tú lo has llevado muy bien; había poco que añadir.

— Me ha machacado. Esa tía me ha destrozado la moral.

Seguí distraída. Aproveché para incluirme en aquel motivo de desasosiego.

— No veo por qué. ¿O es que dos mujeres con carácter son demasiado para tu cuerpo?

— La verdad que sí. Empiezo a sentir la sensación de que algo falla en la naturaleza.Tendré que advertirle a los hombres que esto se pone feo. ¿Qué hace una mujer así, dedicada a desasnar una veintena de críos? Todo el mundo suele estar colocado en su ámbito propio; esto es una incoherencia, como con el cura.

Nunca me había sentido mejor frente a un hombre; al menos en eso yo parecía haber acertado.

— ¡Ja, ja, ja!. La verdad es que suena a chiste lo que dices, pero no sería de extrañar que pronto os sintierais preocupados. Serán felices así, ¿qué hay de malo en ello? Lo único notable es que han sabido guardar su secreto, y nada menos que ante unos periodistas, lo que añade mérito.

— Ya dudo si no seré yo el torpe.

Encontré el momento de hacer valer también mi competencia.

— No te preocupes. Yo sí he sacado alguna conclusión valiosa.

— ¿Sí? ¿Cuál?

Por si valía, traté de minimizar la valía real de aquella mujer.

— Que sus respuestas carecían de espontaneidad.

— ¿Quieres decir que las tenían preparadas?

— Más o menos. Quizá las respuestas no, pero sí la estrategia.

—El espécimen se mantiene. Me alegro que al fin te vayas percatando...Desde luego, el cura la aleccionó a modo.

— No quiero significar que me abone a tus tesis. Sólo empiezo a percibir algo extraño que se me escapa. Estuve muy atento a vuestro diálogo; mientras hablabais, yo reflexionaba.

— ¿Y a dónde te llevaron tus reflexiones?

— La primera, que estaba preparada para nuestra visita, en eso coincidimos. También me sorprendió su vacilación ante una pregunta que no esperaba, aunque no sé con qué intención la hiciste. El caso es que la vi insegura, como si le recordara algo. La pregunta se refería a eso de la extravagancia de algún acto contra la ley de Dios. Ella, algo titubeante, cambió la palabra extravagancias por la palabra acciones.

— La pregunta estaba clara, pero yo no me di cuenta de ese matiz de que hablas. No obstante, su respuesta fue inapelable, me pareció a mí.

— O no tanto.

— ¿Qué podía recordar? Vulnerar la ley de Dios es algo ambiguo; cualquiera la vulnera de tan estrecha. Quizá no pensaba en ese sujeto y sí en ella misma. Si es muy religiosa, cualquier cosilla la hizo pensar. Basta que se acostara con ese tío, para tener un sentimiento de haber pecado. Quizá ella no piense que eso es un pecado pequeñito, como tú. Ese no es tema que nos interese, desde luego. Desde el alba de los tiempos, follar no precisa de motivaciones que a Dios competa juzgar; sólo se necesitan ganas. Claro, que si esa es la cuestión, las dos me habéis jodido los esquemas; no sé cuales serían las suyas, la tuya fue ponerme triste, ¿recuerdas?

Trivializaba.

— Déjate de tonterías.

— En cualquier caso, a ella no la juzgan los hombres, por lo visto; eso se lo deja a Dios. En el fondo se trata de diferir ante los hombres, lo más posible, el juicio que merezcan sus actos.

— La conclusión última es tuya, y yo no voy a añadir nada más. Tendremos que aceptar las cosas como son. Será uno de esos secretos que se van a la tumba con sus personajes.

Pero Miguel siempre tenía a mano su comodín.

— Lo imaginamos, y asunto concluido.

Aunque le suponía esa tentación, también estaba segura de que Miguel no haría eso, no al menos como periodista. No obstante, quise neutralizarle ese pensamiento.

— Entonces tú eres de los otros periodistas. Eso ya no es investigación, eso es una novela, no periodismo. El autor de novelas sí es dueño de sus personajes, en esta historia los dueños son ellos.

— De acuerdo. Si esto fuera una novela, todo lo tendría ya claro.

Afortunadamente, Miguel estaba pensando en otra cosa.

— Y yo ya conocería el argumento.

No contradiciéndole en ese tema recurrente, Miguel se relajaba.

— No me dejaste terminar de contártelo. Algún día puede que me decida a escribir esa novela.

Puntualicé, sin embargo.

— Tus personajes y sus circunstancias serán pura ficción, y nada tendrán que ver con lo que aquí haya podido pasar.

— Sería un acercamiento antropológico, más bien tímido, a la especie humana. Quizá un ensayo sobre la imaginación.

Antropología, imaginación. No pude comprender.

— ¿La imaginación?

— La imaginación, sí. Sin imaginación, ese tipo no sería tan especial. Su imaginación ha sido el motor que ha movido todo lo que allí pasó, de eso no me apeas.

Pretendía hacer a aquel hombre uno de los suyos. Cambié de tema.

— Pues échale un poco de imaginación y dime que hacemos ahora.

— Mientras se aclaran las ideas, vamos a comprarnos una casita. Vamos al ayuntamiento.

Era evidente que Miguel tenía bloqueo de ideas, de las ideas brillantes a las que me tenía acostumbrada.

— ¿Lo dices en serio? Tú empiezas a desvariar.

— Saca tu imaginación del frigorífico.

— Con la tuya estamos servidos. ¿Qué pretendes, entonces?

— Mujer, ver de qué va eso de las casas, los terrenos, la calle...

— Creí que eso no te interesaba.

— Sólo por curiosidad, ver cómo lo tienen montado. ¡Esta gente es demasiado!

Miguel, a falta de método claro y progresivo, cabeceaba sin rumbo; parecía haber abandonado el timón de su nave más pregonada: la investigación periodística, y se había pasado con armas y bagajes a eso tan vaporoso, tan acomodaticio como es la imaginación.

— Escuché decir a un científico que la investigación consiste en un millón de pruebas fallidas y una cierta.

— ¡Joder, pues nos faltan unas pocas!

Su salida, junto a su gesto, provocó mi hilaridad.

— ¡Ja, ja, ja! Podemos tener el boleto de la suerte.

— Pon cara de recién casada que busca casa desesperadamente.

— ¿Así... ?

Y ensayé una cara acaramelada, bobalicona, mientras lo cogía del brazo y reclinaba mi cabeza sobre su hombro.

— ¡Leches, Pili! Deja esa cara para otra ocasión; estoy como un témpano.

Pero el macho estaba hibernando. Le provoqué, y de paso, ya superada mi preocupación, quise saber lo que aquella maestra significaba para Miguel. Lo hice de forma indirecta.

— A lo mejor pensando en la maestra...

— Pensando en la... ¿Qué coños quieres decir? Déjate de bromas.

No; no guardaba nada que me pudiera preocupar.

— Era una broma, efectivamente.

— Algo te va por la cabeza.

— Que no; que era una broma, palabra.

— Pues no gastes esas bromas.

— De acuerdo, no lo haré más.

— Pues eso.

— No pensé que te molestara.

— ¿Qué has pensado? Dímelo.

— ¡Jesús, que ladrillo! Tampoco veo por qué te ofende.

— Te ofendería a ti, en todo caso, ¿o es que esa posibilidad te es indiferente?

Ese matiz me resultó preocupante.

— ¿A mí? ¿Y por qué me habría de ofender? No hay compromiso entre nosotros.

— ¡Suerte la mía! Vaya par de extraterrestres.

Volvía a equipararme. Si mentía lo hacía muy bien, tanto, que parte de mis celos desaparecieron.

Me gustaba que siempre me incluyera en la misma definición, aunque ésta fuera para considerarnos personas extrañamente homologables.

— No me mires de esa forma. Concéntrate en lo que vas a hacer.

— Está bien, está bien.

— Bromas a parte, me gustaría tener una casita aquí, con su huerto, sus gallinas, sus...

— Y la atendías por teléfono. Yo, ni regalada.

— Tú no sabes lo que es vivir bien. Tendrías al cura y a la maestra para charlar sobre esto y aquello, que a ti te apasiona.

— Puede que me apasionara por otras cosas del cura y la maestra.

No sabía bien a que se quería referir, porque me despistó aquella posible pasión andrógina.

— Quién me mandará a mí gastar bromas contigo; no lo volveré a hacer, no.

— Ahí tenemos la inmobiliaria. Disimula.

Entramos de nuevo en el ayuntamiento.

— Buenos días —saludé a la misma joven que hacía de secretaria.

— Buenos días. ¿Desean ver al alcalde?

Dejé que Miguel desarrollara su estrategia.

— Esta vez no. Estamos interesados en las casas que van a construir más allá de la escuela, nos han dicho que informaban aquí.

— Sí; tienen que hablar con el concejal de obras.

— ¿Dónde lo podemos ver?

— No está en estos momentos.

— ¿Cuándo suele estar?

— No tiene hora... Ahí baja el alcalde, quizá él les puede ayudar.

— Hola, alcalde.

— Hola. ¿Ustedes por aquí? Pensé que se habían ido. Me alegro de verles, eso es señal de que nuestro pueblo les gusta.

— Es cierto, alcalde. Aquí hay un encanto especial; no hay humo ni ruido, algo muy apreciado para los que venimos de la ciudad.

No se tragó aquel discurso.

— Ya ¿Y qué podemos hacer esta vez por ustedes?

— Estamos interesados por las casas que van a construir en esa calle nueva que han abierto más allá de la escuela.

Siguió sin tragarse la escusa.

— Ya. Así es. Todas las ciudades que abren nuevas calles lo hacen hacia el futuro, este pueblo, modestamente, ha querido empezar por ahí.

— Lo comprendemos. Nuestro interés es el de comprar una de esa casas.

Cambió minimamente de actitud.

— Perdón, pensé que les interesaba para el periódico; como la otra vez que nos vimos, usted dijo que les interesaban las cosas del pueblo...

— Y así es. Lo que pasa es que también hacemos lo posible por interesarnos por nuestras vidas. Nos ha dicho esa joven que tenemos que hablar con el concejal de obras...

— No hace falta. Yo les informo. Pero siento decirles que, por el momento, no podemos venderles ninguna de esas futuras casas.

Era obvio, pero tendría que justificarse.

— ¿Cómo es eso?

— Primero tenemos que construirlas. Aquí no queremos hacer como en la ciudad, que venden sobre los planos. También queremos darles prioridad, durante un cierto tiempo, a los del lugar, las que queden estarán a disposición de cualquiera que venga de fuera.

Su justificación era creíble.

— Me parece justo. ¡Lástima! Estábamos muy interesados.

— Dejen su dirección a la chica, y cuando podamos, se lo pondremos en su conocimiento.

— ¿Nos puede adelantarnos cómo serán las casas? Ya sabe: distribución, calidades, etc.

— Lo siento; aún no hemos recibido los planos del arquitecto. Si llegara el caso, ya les enviaríamos la información.

Quería quitarnos de en medio sin parecer grosero. Miguel mentía muy decorosamente.

— ¿Piensan dar alguna facilidad para el pago?

— Sólo a los del pueblo; no hemos pensado hacerlo con posibles compradores de fuera.

— Claro. ¿Cuándo tienen previsto que comiencen las obras?

— Calculo que dentro de un mes. Una primera fase estará terminada en nueve meses, y si la venta va bien, se comenzará la segunda. El proyecto tendrá que irse autofinanciando.

El sutil Miguel no se daba por vencido.

— Se ve que el ayuntamiento tiene medios; una promoción así necesita de bastantes recursos.

Pero...

— Ya le digo que una parte del proyecto tendrá que financiarse con las ventas que se vayan produciendo. El ayuntamiento no tiene dinero.

— ¿Cómo piensan comenzar?

— Estamos creando una cooperativa. Los recursos vendrán del pueblo.

— Ya entiendo; una especie se sociedad promotora. Muy buena idea. Y dígame, ¿qué papel desempeña el ayuntamiento?

— Un asunto como éste no podía dejarse en manos de especuladores o en manos privadas; ellos no darían, como les decía, una primera opción a los habitantes del pueblo.

Sin apelación. Yo ya me había olvidado de que estábamos entre supuestos catetos.

— Tiene usted razón; menudo son los especuladores.

— Tampoco los precios estarían tan ajustados

— También. Pero algo pondrá el ayuntamiento, ¿no?

— El ayuntamiento ha hecho la infraestructura: la calle, las conducciones de agua, electricidad...

— Y el depósito.

Nada; Miguel no tenía nada que hacer. Y aquel alcalde también estaba mal ubicado, en palabras de mi compañero.

— Sí. También la gestión y la garantía. Bueno; si no tienen ninguna otra pregunta..., les ruego me disculpen ; me están esperando.

— Gracias, alcalde. Han tenido ustedes una buena idea.

— Hay que subirse al carro del progreso. Hasta la vista.

— ¿No dejan ustedes la dirección ? —preguntó la secretaria, después de que partiera el alcalde.

Pero Miguel quería salir huyendo cuanto antes.

— En otra ocasión, señorita; no corre prisa, por lo visto. Vamos, Pili.

— Adiós.

— Vayan con Dios.

Esperé una de aquellas salidas a las que Miguel me tenía acostumbrada.

— Te temo, Miguel.

— Siempre que salimos de una entrevista pareces sentir lo mismo. Eso te pasa por no participar; si lo hicieras, sabrías lo que se siente. Pero no te preocupes por este caso.

Reconocí lo que Miguel me reprochaba, y es que, ciertamente, no tenía excusa.

— No me acostumbro. Temo meter la pata. ¿Has quedado satisfecho?

— No esperaba mucho más. Este tío se las sabe todas.

Me resultó curioso que no tuviera expresiones explosivas para definir a aquellos hombres de evidente valía.

— ¿Por qué no le preguntaste de quién eran los terrenos? Yo estuve a punto de hacerlo.

— Ya hice una puntualización impertinente; una segunda, y le hubieran reventado las venas. De quién son los terrenos, eso cualquiera nos lo puede decir.

— Tienes razón. Habría metido la pata. Yo creía, sin embargo, que había que ser más incisivo con personas así. Nadie te dirá nada que no quiera decir, si no lo provocas.

— Un periodista no debe entrar en polémicas discusiones con sus entrevistados. Tu misión es preguntar, nunca contraargumentar, como si de una cuestión personal se tratase; es una limitación para la que hay que estar muy preparado y concienciado, y son frecuentes las situaciones de impotencia que te crea. Muchas veces te dan ganas de gritar: ¡so cabrón, que no me creo lo que estás diciendo! Un periodista tiene que tragárselo e, incluso, aparentar que se lo cree, su única salida es buscar otra fuentes.

Aceptaba de buena gana aquellas minilecciones de práctica periodística.

— Tomo buena nota. Ya sabía que aprendería muchas cosas a tu lado.

— Lo que acabo de decir lo debería saber ya. ¿Que coños os enseñan en la facultad?

— Puede que nos hablaran de eso, pero nada como las situaciones reales para quedarse con las ideas. Volviendo al tema, tenemos que

averiguar cómo está formada esa cooperativa, de quién son los terrenos, quién va a construir...

A mí me había parecido una buena ocurrencia.

— Eso te lo puedo decir ya. Pero nos estamos desviando del tema principal. Alcaldadas como, previsiblemente, son éstas, y a este nivel, son el chocolate del loro, vamos, que no interesan.

— Todo forma parte de nuestra investigación. Hay cosas interelacionadas: el dinero de ese hombre... Parece de ficción.

— Y ese es nuestro problema. Parece ficción, como dices, y sin embargo no podemos imaginarlo, esa es nuestra servidumbre. Bien quisiera romper con ese dilema de una puta vez.

Creí entender que estaba a punto de rendirse.

— ¿No estarás pensando en hacer las maletas?

— Estoy, de veras, fatigado con todo esto; no veo a dónde coños nos conduce.

De repente pensé en algo que aún no habíamos barajado; fue mi aportación más importante en aquella historia que parecía escapársenos.

— Deberíamos esperar a que remuevan los escombros; quizá allí estén las pistas que debemos seguir, claro, si supiéramos cuándo lo van a hacer.

— ¡Calla, esa es una buena idea! Debemos buscar la forma de que lo hagan de inmediato; no podemos quedarnos aquí a la espera de que lo decidan.

Me sentí satisfecha. Recapitulando, tampoco había sido un fardo inerte al lado de Miguel. La progresión de aquella investigación se debía, en parte, a mis ocurrencias.

— Pronto será hora de comer. Quizá comiendo se nos ocurra la forma...

— No se me había ocurrido. Seguro que debajo de esos escombros han dejado huellas...

— ¿Delatadoras? ¿Las huellas que confirmen tus historias?

— Vamos a comer. Hubiera preferido que dijeras tu historia.

Miguel improvisó una estrategia que podía resultar peligrosa si finalmente no daba resultado. Nos sentamos en el restaurante de siempre y enseguida me expuso su plan. Se trataba básicamente de meter la duda en la cabeza de las autoridades, en este caso de la guardia civil destacada en el pueblo. Pero para ello teníamos que confirmar unos mínimos detalles; Pascual, el mudo, podría servirnos.

— Eso puede ser un monumental farol, Miguel. ¿Tú crees que vas a convencer a los guardias para que retiren esos escombros?

— Eso lo sabremos pronto; dependerá de que Pascual nos confirme o no nuestra hipótesis.

— Cuando todo se empieza a ver negro, de repente surge una luz que te devuelve la esperanza. ¿Cómo no pensamos en eso antes?

— Divagamos demasiado. De todos modos, hay enfoques que no salen de un análisis lógico.

No estaba de acuerdo; había sido precisamente la lógica, mi lógica, la llave que abrió las ventanas de la imaginación de Miguel. Pero no quise quitarle su juguete preferido.

— Mira por cuanto, la imaginación aquí resulta de utilidad.

— Y lo será en todo este caso. Será fundamental, porque estamos ante un hombre que es pura imaginación. Probablemente ese hombre despreció el análisis de los esquemas que configuran este mundo, que sólo le llevaban a aceptar esos esquemas.

Habíamos comido rápido, atragantados por la excitación y la prisa. Nos fuimos de nuevo en busca de Pascual.

— Tengo el papel y el boli listos. ¿Verá el timbre de día?

Estábamos llamando.

— La casa era obscura. La verá si está... Pasos; creo que viene.

— No te enrolles.

— Que mala fama tengo contigo. Un par de preguntas bastarán.

— Veo difícil que comprenda lo que queremos...

Pascual apreció sonriente en el quicio de la puerta.

— ¡Hola, Pascual!... Parece contento de vernos. Enséñale el papel y el boli —dijo Miguel.

Pascual parecía contento de vernos. Nos invitó a pasar con un gesto.

— Que pasemos.

Como en otra ocasiones sería Miguel quien lo intentara.

— No; no hace falta. Dame los dibujos... Mira, Pascual...: la casa antes de caerse... El coche del señor dentro de casa. ¿Entiendes?... Sí. Muy bien. Ahora..., la casa igualmente en pie y el coche... saliendo. Aquí el coche más lejos..., en el cruce, aquí, parado en el cruce. La casa, ¡booom!. La casa al suelo ¿Así?

Pascual se quedó pensativo, mirando los dibujos.

— Me parece que no lo ha entendido... ¿Qué hace? —dije yo.

— Coge un terrón... ¿El papel? ...¿Por qué lo estruja encima de la casa?

— Hiciste un gesto como que la casa saltó por los aires. Debe querer decir que no saltó por los aires, sino que se desmoronó sobre sí misma, lo cual fue así, en realidad —señalé.

Pensé en aquel detalle. Todos nuestros abundantes recursos de comunicación eran imprecisos porque abusábamos de ellos , y aquel hombre disminuido, nos daba un ejemplo de economía y de precisión.

— Entonces es que lo vio todo. Pascual, tú, ¿dónde estabas, aquí, en casa?... Por la carretera..., a trabajar. Bien. ¿Y el coche , dónde estaba el coche? ¿Aquí?... No coche aquí. ¿Dónde?... Se encoje de hombros. Tú... ¿no viste el coche?...Dice que no. ¿Has oído, Pili ?

— No he oído, he visto.

— Es igual. Lo importante es que Pascual iba por la carretera, vio caerse la casa y no vio ningún coche, mejor dicho, no vio el coche del dueño fuera de ella, lo cual abona nuestra tesis.

— Así parece ser. Puede que el coche estuviera fuera del alcance de su vista.

— Eso es difícil de sostener. La carretera es recta y la vista alcanza lejos. En el camino de Pascual se divisa una gran extensión en todos los sentidos. Por otra parte, si ese tío accionó las cargas desde fuera, no pudo hacerlo desde muy lejos por dos razones: la distancia en que se puede accionar las cargas por radio no puede ser muy grande, y la otra razón es, que ese hombre querría ver si se producía el efecto esperado, por tanto, no podía estar muy lejos, y si no estaba, sólo hay una explicación.

— Que lo hizo desde dentro —concluí.

— Exacto, Pili. Nuestro hombre está sepultado debajo de los escombros.

Exclamé, aunque ya lo había deducido.

— ¡Jesús! Una conclusión demasiado rápida, ¿no?

— ¿Cómo, si no? ¡Esto ya es otra cosa!

Fue una explosión de satisfacción.

— Pero Miguel, ahora recuerdo que el sargento nos dijo... Miguel, este hombre está sufriendo sin podernos entender, mejor nos despedimos.

Y así era, en efecto: Pascual se le veía con cara de desespero, seguramente porque intuía que hablábamos de algo importante que él no podía entender.

— Tienes razón. Eres un tío formidable, Pascual. ¡Venga un abrazo!

Pascual hizo el gesto de invitarnos a entrar. Yo me disculpé.

— ¿Entrar? No, Pascual; otro día...Ahora tenemos prisa ¿Un beso? Vale, hombre. ¡Lo que hay que hacer!

Acerqué la mejilla para darle aquella pequeña satisfacción. Miguel lanzó un sarcasmo.

— Las hay que hasta se acuestan. Adiós, Pascual.

— A saber lo que haréis los tíos.

Miguel no contestó; estaba eufórico.

— Empiezo a sentirme satisfecho de mí mismo, casi feliz.

Algo debió dejar para mí, pero no quise recordárselo.

— No sé a qué viene esa euforia; yo tengo un tembleque que no me sostengo.

— Un fiambre es un fiambre; tiembla por los vivos.

— Pues un muerto no nos sirve de gran cosa.

— Eso ya sería un buen reportaje, y lo habríamos descubierto nosotros.

Ahora sí había sido justo.

Pero recordé un detalle... Y es que mientras él vivía su propio orgasmo, yo buscaba atar cabos sueltos.

— Eso sí. Te estaba por decir que el sargento nos dijo que habían recibido una carta...

— No seas aguafiestas. La carta pudo mandarla el día anterior. Una forma de despistar.

— No soy aguafiestas. Sólo pretendo despejar incógnitas. También, y perdona, los personajes que compartieron la intimidad con él no parecen abrigar ningún temor en ese sentido que supones; más bien parecen estar persuadidos de que se marchó.

— Ese hombre especial pudo tomar una decisión personal y última que no quiso compartir con nadie. Un suicida no comparte la idea, todo lo más, la anuncia.

— Puede ser. Ya no tengo más incógnitas. Es todo tuyo. ¡Ah, sí!: ¿cómo lo hizo?

— Pienso que lo tenía todo previsto desde que se instaló en esa casa.

— Como una muerte anunciada. ¿Tú crees eso posible? Otra vez la imaginación. Y esa forma de acabar...; podía haber quedado sepultado vivo. ¡Uf!

— Acabas de decir algo razonable. Quiero decir que, efectivamente, esa es una observación que nos lleva a dudar de la buena cabeza de ese hombre... No sé. Quizá montó el numero sin fallos; tuvo mucho tiempo para asegurarse. Lo que rompe todos los esquemas del suicida clásico y vulgar es que, como decía antes, lo preparara con tanta antelación. Pero bueno; volvemos otra vez a la dichosa lógica. Habíamos quedado en que este hombre era pura imaginación. Nos toca averiguar como lo hizo.

— Me temo que esta es la última oportunidad para la intuición o habremos llegado al final.

Posiblemente, Miguel para entonces ya pensaba más en novelista que en periodista.

— Al final de nuestro trabajo como periodistas. Siempre quedará intacto el recurso a la imaginación. Este individuo me está empezando a poner a cien.

Sin quererle aguar el vino de la euforia, traté de que no perdiera el buen sentido.

— Pero ya no será lo que ha ocurrido aquí. Aparte de ser un monumento a nuestro fracaso como periodistas, ni siquiera acertando lo podrás nunca saber, ya que nadie confirmará lo que imagines, también te podrían demandar.

— Yo haría de ellos unos auténticos seres especiales, se sentirán alagados. Por otra parte, nada tendrían que temer, ya que cambiaría su identificación por otra, y también el escenario.

Yo seguí recurriendo a esa cosa que llamamos ética y que nos dice en alguno de sus mandamientos que debemos respetar, no sólo la intimidad de los demás, sino algo más grave aún, no inventárnosla.

— Si hubieran querido que trascendiera lo podrían haber hecho; pero prefirieron lo contrario, por lo que llevamos visto. En este caso, parece claro que no se sentirán alagados, más bien molestos de que alguien ose imaginar su intimidad, además de las inexactitudes en las que puedes incurrir.

— Cuando los seres humanos esconden sus actos, por ser estos contrarios a las normas establecidas, están manifestando el temor a ser incomprendidos o juzgados severamente. Elimina ese temor, vía suplantación de sus identidades, y comprobarás que todos gustan de identificarse con los personajes de ficción que recrean sus intimidades.

Yo tenía otra otra opinión al respecto, quizá complementaria.

— Yo pienso, más bien, que se identifican con la ficción, pero que jamás serían capaces de emular a sus personajes.

— En eso tienes razón. Todos morimos sin haber hecho la mitad de las cosas que hubiéramos querido hacer o las que han hecho otros que representan nuestros mitos y héroes. Aparte de las limitaciones de cada uno para empresas especiales, también, en muchos casos, es cuestión de cojones: unos tienen más, otros tienen menos.

— Es, en definitiva, un problema de capacidad, llámalo como quieras.

— La capacidad es una premisa que es necesario poner a prueba. En muchos casos, es cuestión de cojones, como te digo.

Ciertamente no existía demasiada discrepancia.

— Eres un fenómeno, Miguel, algo espasmódico, pero un fenómeno. Creo que has despertado en mí el interés por saber lo que bulle en tu mollera. Seré tu primera y mejor lectora, si un día te decides a ello.

— Para escribir hechos imaginarios, el verdadero estado de gracia del escritor debe ser convulsivo, de otra forma sólo escribirías poesía.

— ¿Dónde aprendiste eso? Para escribir poesía también se necesita un estado especial de gracia.

— No lo aprendí. Es un sentimiento propio que creo debe ser general. Hay que llegar a ese estado en el que maldices la lentitud con la que trasladas tu imaginación a los folios que escribes.

— ¿Ya has sentido eso?

— Alguna vez, y sólo en esas ocasiones lo que escribí valió la pena.

Cuando Miguel excedía mis capacidades —y lo hacía con desesperante frecuencia— yo solía —también con desesperante frecuencia— rendirme, con apelaciones a volver a una gris existencia.

— Pues sosiégate ahora; no quiero que caigas en trance.

— Ahora mismo cambiaba este escenario por mi casa, mi escritorio y unas hojas de papel en blanco. Escribiría, escribiría, sin más límites que mi propia limitación

— Pues ahora, tu imaginación sólo nos lleva a los guardias civiles, salvo que hayas cambiado de parecer. Yo creí haberte escuchado que lo que de veras te apasionaba era la investigación periodística.

— Es que la marcha de este asunto está liberando compartimentos de mi mente de los que ni siquiera sospechaba podía tener; siento como si en mí se estuviera produciendo una metamorfosis.

Y, en ocasiones, mis sutilezas eran certeras, pero inoportunas.

— Que no sea a la inversa, quiero decir que no estés cambiando de mariposa a gusano.

— Eres muy sutil. Me sorprende lo racional que eres para algunas cosas. No sé como puedes creer en una religión y toda su parafernalia.

Miguel no sabía qué conceptos religiosos era los que yo asumía sin reservas. No le quise dar bazas sin conocer su juego.

— Sólo lo hago en mis ratos libres.

— No te entiendo. ¿Y en el resto?

— Pienso...

— Sigo sin entenderte.

— No importa; sólo son dos respuestas tontas a una estúpida conclusión tuya.

— Veo que tu fe es un tema intocable.

— No lo es. Lo que no acepto es que nadie lo considere un estigma.

— ¿Por qué eres tan susceptible? No pretendía...

— Déjalo, Miguel. Yo podría pensar eso de ti y, sin embargo, respeto tus ideas.

— ¿Es tan grave manifestar que me pareces incoherente?

— Y por tanto irracional. Ahora el incoherente eres tú.

No, no me gustaba que nadie hurgara en un tema en el que tenía demasiadas heridas abiertas.

— Vale; no quiero que te enfades.

— De acuerdo; no me enfado... ¿Cómo vamos a plantear el tema a los guardias?

— Poniendo sobre la mesa las conclusiones a las que hemos llegado.

— Quizá no les guste que tratemos de enseñarles.

— Es un riesgo. Pero dudo que lo dejen caer en saco roto.

— Lo sabremos muy pronto; estamos llegando.

Estábamos llegando al cuartel de la Guardia Civil, y los dos éramos conscientes de que allí estaba la continuidad en nuestro propósito o regresar a casa con una frustración muy negativa para mí, no tanto para Miguel, que

daría rienda suelta a su imaginación y probablemente escribiera esa novela por él anunciada.

Miguel expuso su hipótesis al sargento. Era bastante plausible y, sobre todo, tenía la virtud de crear en el guardia una incertidumbre a la que le resultaría difícil sustraerse.

...

...

— Y dicen ustedes que llegaron a esa conclusión después de hablar con Pascual ¿Cómo lo hicieron?

— No nos pregunte la forma, sargento; es difícil de explicar. Ahora queremos saber lo que va a hacer usted —dijo Miguel.

— No es fácil tomar una decisión. Ya habíamos dado el caso por cerrado. Sin otras evidencias más claras, testigos oculares, declaraciones o denuncias de allegados, no podemos abrir de nuevo el expediente. Tendríamos que hablar con el juez, y que él diera la orden. El informe del equipo de explosivos fue concluyente en el sentido de que allí no se podía encontrar nadie, ni vivo, ni muerto. Un contrainforme basado en conjeturas, como las que ustedes presentan, me temo que al juez no le impresionarían.

Pero Miguel no se arredraba por pequeñas dificultades técnicas.

— Los escombros no van a quedar allí para siempre, ¿verdad?, pues no hable con el juez de momento y sugiérale al alcalde que debe remover los escombros del lugar, con la excusa de retirar posibles y aún útiles objetos de valor que allí puedan estar enterrados, y así evitar el pillaje. Dígale que usted no puede estar custodiando aquellas ruinas por ese motivo.

— ¿Por qué al alcalde?

— Porque el terreno pertenece ahora al ayuntamiento. Lo que no sé es a quién pertenecen los objetos que allí se puedan encontrar.

— Habría que depositarlos en el juzgado hasta ver si algún familiar los reclamaba, en el supuesto, claro, de que ese hombre fuera hallado allí. Pero es una buena razón. Esperen un momento. ¡Cabo!

Como habíamos previsto, el guardia hizo suyas nuestras sospechas. El cabo que ya conocíamos entró en el despacho del sargento. Se cuadró.

— ¡A sus órdenes!

— Mande un numero a buscar al alcalde.

— Sí, mi sargento —y salió.

— Me sorprende. ¿No están ustedes a las órdenes de la primera autoridad civil, en este caso el alcalde ?

Aquella pregunta de Miguel me sorprendió. Pensé que era inútil. ¿A qué venía poner en cuestión la actuación de aquel guardia que se permitía imponer una orden a a la primera autoridad civil, como Miguel había dicho y así era? Estábamos en la transición a la democracia y no era extraño que allí las cosas no las tuvieran del todo claras. El sargento contestó enigmático.

— En teoría, porque a este alcalde yo le ruego que venga, y viene.

Miguel zanjó su pueril suspicacia.

— Comprendo; rogándoselo ya no es lo mismo.

— ¿No han seguido investigando la procedencia de los explosivos? — pregunté para regresar al tema que nos importaba.

— Tenemos una hipótesis, señorita. Cuando se iniciaron las obras de aquella casa, la colina donde se construyó terminaba en unos peñascos muy duros que, al parecer, la máquina no pudo con ellos. Vino una empresa especializada en excavaciones con los permisos necesarios para utilizar explosivos. Aunque se lleva un control estricto del explosivo que se utiliza y las razones por las que se necesita, como todo parte de las declaraciones que efectúa la empresa, puede que, en esta ocasión, haya habido algo irregular.

Conocemos la empresa. En la comandancia ya han debido iniciar la investigación.

— Pero estando el caso cerrado...—apunté.

— Este asunto es totalmente independiente. Si esta demolición ha sido efectuada por la misma empresa, averiguaremos cómo ha sido y por qué dejaron de informarnos. Se trata de depurar esa responsabilidad.

— Todo parece de relativa importancia hasta ahora, sargento, porque si se confirma nuestra sospecha, el asunto tomaría otra dimensión, ¿no es cierto? —dijo Miguel.

— Y tanto. Pero no quiero adelantar juicios. Se va a hacer lo que ustedes sugieren; pero no por la razón que ustedes me han apuntado, ¿eh?, eso queda entre nosotros.

Nada mejor nos podía suceder que aquel hombre nos elevara a la categoría de sus confidentes.

— Comprendido. Le prometemos no hablar de esto —dijo Miguel.

— ¿No queda en el pueblo ningún otro periodista?

— No; también ellos consideran el caso cerrado —dije yo.

— Y ustedes, ¿por qué han seguido husmeando?

— Nuestro jefe es muy exigente; si no llevamos algo nos abronca y nos manda a otra sección —dijo Miguel.

— Pero si no hay nada, nada se puede sacar.

— Nuestra experiencia nos dice que cuando una cosa no está totalmente clara, es que no se ha descubierto todo. Arriesgamos siempre; pero ese riesgo resulta casi siempre provechoso. La mejora de nuestro sueldo va emparejada a nuestros aciertos, y sobretodo si esos aciertos son únicamente nuestros; a eso le llamamos exclusivas.

Todo lo que Miguel había dicho era muy obvio.

— Todo lo contrario de lo que me pasaría a mí; yo sólo saco sudar doble.

Aquel grado de sinceridad Miguel no supo valorarlo y volvió a cuestionarlo.

— Pero usted es un profesional. Yo supongo que estos retos, que también son policiales, le deberían gustar. ¿No les reconocen los servicios especiales?

— Es posible, pero el sueldo sigue siendo el mismo. En cuanto a que me guste un tema como éste, les diré una cosa: si fuera como ustedes dicen, lo único que implicaría es un montón de horas escribiendo informes.

Estaba claro que aquel hombre era partidario del mínimo esfuerzo o le habíamos caído muy bien y no tenía inconveniente en hablarnos como si quisiera desahogarse de alguna frustración.

— Hablando de otra cosa: ¿tienen ustedes construidas ya las viviendas que les donó ese hombre?

Miguel había cambiado de tema y temí que al sargento no le fuera grato hablar de eso.

— Aún no. No sé como va exactamente ese asunto, porque hay, en este caso, una cuestión de competencias. El ayuntamiento y el ministerio llevan el tema. Creo que nosotros no llegaremos a vivir en ellas, y buena falta que nos hacen.

Su contestación debió disipar cualquier maliciosa sospecha de Miguel; desde luego en mí, así fue.

— ¿No piensa usted que ese tema, el de las donaciones, se complicaría si debajo de los escombros se encuentra el cadáver? —preguntó Miguel.

— No es que yo esté muy puesto en temas legales, pero tenga usted por seguro que el juez metería las narices, y cuando los jueces están por medio, nunca se sabe cómo van a terminar las cosas. Supongo que el juez querrá aclarar las circunstancias personales que rodearon a ese individuo y los

hechos subsiguientes. Se podría llegar a la conclusión de que estaba loco, y entonces...

— ¿Pensó usted alguna vez que ese hombre pudiera estar loco? — pregunté yo.

— A título personal, un poco pirado si lo llegué a pensar. No encuentra uno a menudo personas que se comporten así. Pero como agente de la autoridad no puedo entrar a juzgar esos raros comportamientos.

— Hemos sabido que sólo se relacionaba con el cura, la maestra...— dijo Miguel.

Noté que el sargento se puso tenso por primera vez en aquella entrevista que hasta entonces había discurrido distendida.

— Mire, en ese tema no pretenda meterme, ni siquiera a título personal. Ya le decía que no es nuestra misión meternos en la vida privada de nadie. En mi caso es difícil deslindar lo privado y nuestra especial circunstancia de ser agentes.

Era evidente que, por lo que fuera, Miguel había suscitado un tema incómodo para aquel hombre.

— Pensé que pudiera decirnos algo a nivel personal. No queremos crearle problemas.

— No me crean problemas. A nivel personal no tengo nada que decirles.

El sargento quiso zanjar la cuestión, pero, aunque suponía un riesgo, Miguel no se dio por vencido, seguramente porque advirtió en la postura de nuestro interlocutor una grieta por la que llegar a una cierta luz que mi compañero imaginaba al otro lado.

— Si se confirmaran nuestras sospechas, esas personas verían complicarse sus vidas, ¿verdad?

— Supongo que se abriría un sumario y serían interrogados, pero sólo lo supongo.

De momento, aquella dubitativa contestación del sargento le pareció suficiente a Miguel.

— Claro, claro.

— ¿Da usted su permiso? —pidió el cabo, que había regresado de su misión.

— ¿Qué hay?

— El alcalde espera fuera.

— Ustedes quédense aquí, vuelvo enseguida.

— Como usted diga, sargento —dijo Miguel.

El sargento salió. Quise saber qué opinaba Miguel de lo que para mí ya era un éxito. Sólo quedaba conocer la disposición del alcalde, pero yo intuía que no sería un obstáculo.

— Parece que todo va bien, Miguel.

— Puedo apostar que sí. El alcalde no se negará a hacer lo que le pida el sargento, veo a éste muy seguro de sí mismo, debe tener motivos sobrados para empapelarlo, si quiere.

— No me desagrada este hombre. Parece que nos ha tomado confianza.

— Debemos tratarlo con sumo tacto, nos puede ser de gran ayuda en sucesivas averiguaciones.

No había sido un prodigio de tacto, precisamente, pero no quise decírselo a Miguel; al fin y al cabo, todo había salido bien hasta entonces.

— ¿Qué me sugieres debo hacer yo?

— Nada especial. Ya hemos sembrado, ahora sólo nos queda esperar el recoger. Le dejaremos que lleve la iniciativa. Es importante que se sienta protagonista. ¡Ah!, y nada de coqueteo, ¿eh?

¿Estaba de broma? Le contesté como se merecía; no soportaba ese tipo de bromas.

— Eres un grandísimo capullo. Lo último que yo haría sería enseñarle el culo para que me abriera las puertas.

— Vale, tía. Hablaba en broma. Ahora en serio: cuidado con las preguntas impertinentes; no las soportan, y los indispone total e irreversiblemente.

No sé a qué venía esa advertencia; Miguel no me parecía que había sido cauteloso.

— Me da la impresión de que este hombre está limpio.

— Y a mí también, aunque creo que tiene algo en relación con el cura y la maestra, ¿te diste cuenta?

— Me di cuenta. Pero no sé si ese algo está en la linea de lo que tu piensas. Desde que vinimos estás viendo gigantes donde sólo hay molinos, creo habértelo dicho ya en otra ocasión.

Me merecí su contestación.

— También me dijiste que no querías hacer de Sancho. ¡Calla, parece que discuten ...!

— Me parece haber oído que dicen: "mañana a las diez"..." Hasta mañana, alcalde ". Creo que viene el sargento.

— Veremos.

El sargento regresó sin dar síntomas de satisfacción personal; con absoluta normalidad, como si aquel trámite no le hubiera causado ninguna tensión especial.

— Bueno; ya está. Mañana se van a retirar los escombros. Espero que todo este jaleo haya valido la pena.

— Nos alegramos de que no haya dificultades —dijo Miguel, iluminado de satisfacción.

— Si mañana no encontramos nada, no me vengan con ningún otro presentimiento.

— Se lo prometemos, sargento. Nos iremos. También para nosotros el caso habrá terminado. Si no quiere nada de nosotros, nos vamos —dijo Miguel.

— Como quieran.

— ¿Podremos estar presentes durante el desescombro? —preguntó Miguel.

— Pueden; pero más les valdría estar lejos.

— ¿Por qué razón?

— ¿Les parece a ustedes un juego la que han organizado? Yo me he dejado llevar por su hipótesis, y no sé por qué. No estoy seguro de no enfadarme.

— Correremos ese riesgo. Usted también quedará más tranquilo —dijo Miguel.

— Lo estaba completamente antes de que vinieran ustedes.

— Gracias, sargento. Hasta mañana —me despedí yo.

— ¿A qué hora tienen previsto ir? —preguntó Miguel.

— El alcalde ha dicho a las diez. Allí nos veremos.

— De acuerdo —dijo Miguel.

— Adiós —dije yo.

Salimos del cuartel. Me planteé una cuestión sin respuesta por mi parte. Está situación no era nueva para mí. Una cosa tenía clara: el bloqueo de mi potencial imaginación me impedía elaborar hipótesis.

— Bien. Mañana tenemos un fiambre, ¿qué hacemos con él? — pregunté.

— Lo que ha dicho el sargento, nosotros también estaremos a expensas del juez.

— ¿ No podemos hacer nada por nuestra cuenta ?

— Tendríamos un primer reportaje para el periódico.

¿Nada más? ¿Por qué Miguel era tan lacónico en esta ocasión?

— Tú me estás ocultando tus intenciones.

— Pues no hay más, Pili, a no ser que me decida a escribir esa historia.

Sin embargo, yo pensé que Miguel no tenía porqué renunciar a ser un buen profesional del periodismo. Todo el material acumulado hasta entonces se había obtenido en la más pura tradición de la investigación periodística. ¿Se consideraba limitado, si lo conseguido sólo servía para escribir un buen artículo? ¿Una novela sobre aquel suceso no sería un ejercicio de irresponsabilidad, al mezclar hechos y personas reales con rellenos imaginarios que por su naturaleza no habrían sido debidamente contratados?

— Tu imaginación, o tu intuición, han funcionado si se verifica; con ellas habrás conseguido descubrir la realidad, y eso ya no será imaginación, ¿por qué no sigues por ese camino para llegar al total esclarecimiento de lo que aquí ha pasado? No dañarías a nadie gratuitamente, y la recompensa a un trabajo difícil sería mayor; mayor moralmente, de la otra forma sólo obtendrías éxito económico, quizá. También éxito económico proporcional al escándalo.

Yo le había recordado la ética. Un escritor libre tampoco tenía bula si sus novelas estaban inspiradas en personajes reales, lo contrario de lo que, a mi parecer, ocurría últimamente con demasiada frecuencia. Y Miguel se sintió molesto de que yo mostrara, de nuevo, esas prevenciones para con él. Me contestó exaltado.

— ¿Me estás hablando de ética? ¿Eso es de lo que hablas, de ética? ¿Es de ética periodística, acaso? Mira, Pili, no he hecho otra cosa desde que llegamos aquí que observarla. Ahí están los personajes, dentro de sus jaulas de cristal, respetados hasta bajarme los pantalones por preservar la ética. Todo el caso seguido con el más puro rigor periodístico. Puedes estar tranquila. Lo que salga en el periódico se ajustará a lo estrictamente verificado. Pero esa no es la cuestión. Siento que la ética me encorseta, me

oprime, precisamente por tenerla demasiado en cuenta. Mi otro yo, el que imagina mil fábulas, mil historias; las más duras, las más escabrosas, las más macabras, las más impertinentes, las más obscenas, las más irreverentes, pero, también, las más inocuas, está siempre ahí, pugnando con el cabrón mandamiento de la ética. Pero te digo una cosa, Pili: resulta que si escribo bien esas historias, nadie osará decir que he faltado a la ética. Puede que hasta me concedan un premio literario. Y no digo nada si ya fuera un escritor consagrado, cualquier parida contra las normas parecería sublime.

Pero Miguel no había mencionado lo que a mí me inquietaba.

— Todo eso está bien, con tal de que no dañes a nadie concreto.

— La alegoría literaria sólo precisa ser suficientemente abstracta para que nadie, vivo, se vea denunciado. Otra cosa es que se vea reflejado, pero eso ya es otra cosa.

— Pues tampoco tú uses de espejos deformantes al reflejar la naturaleza humana. Esa es una dinámica que te conducirá al abismo. No pienses que es en ese abismo donde encontrarás más luz.

Hable del abismo, de no sé qué abismo, sin convicción, pero como colofón a mi postura me pareció apropiado. Y es que una veces se habla para decir lo que se siente y otras, probablemente, para que lo piensen otros, sin que tú lo hayas asumido del todo, y esperando te lo confirmen.

— Precisamente, Pili, quiero asomarme a ese abismo y a todos los abismos a los que mi imaginación me lleve, sin miedos, sin prejuicios. Nuestras vidas vagan en la obscuridad del firmamento como motas de polvo estelar, apenas iluminadas por sucesos fugaces, luego se extinguirán inexorablemente sin dejar otro rastro que aquella decisión que supero nuestra cobardía. Quiero, sí, asomarme al abismo que empieza donde la ética nos pone barreras. Quizá en el fondo de ese abismo encuentre más luz. Porque todo en estas vidas, las placidas vidas de las leyes y los prejuicios, es tenebrosamente obscuro, Pili.

¿Y qué dije yo ante tan encendido discurso?

— ¡Jo, hijo! Lo que digo: tus éxtasis son para dejar a una hecha polvo. ¿Y sí al otro lado no encuentras esa luz, y sí una mayor y mas tenebrosa obscuridad? El suicidio, claro; para que vivir siempre en tinieblas. ¡Anda, anda!

Yo había mencionado la palabra suicidio como una solución límite improbable, casi teórica. La palabra suicidio se convertiría en recurrente en lo sucesivo. Pero no creo que fuera yo quien la suscitara.

— Desde luego, nada peor que vivir en el temor a la duda que no se resuelve por temor a hurgar en ella y en el temor a pensar libremente. Si después de intentado, ocurriera como tú dices, efectivamente, nada invita a seguir viviendo.

Yo era incapaz de montarme a la órbita por la que Miguel caminaba en el Cosmos: una órbita vertiginosa, que por efecto relativista, la mía parecía estacionaria, cuando no girando en sentido contrario.

— Tu mente es un caos pesimista de mucho cuidado. Creo que es peligroso, debes tratarte de eso cuanto antes.

— Puede que sea así, Pili. El optimista, como tú, ilumina su vida con bengalas de colores para sentirse cómodo; son las bengalas del conformismo.

Cuando Miguel me definía, me sentía irremediablemente perdida y oscilaba peligrosamente el pedestal en el que creía sentirme segura; y para no caerme del todo, la vida trascendente venía en mi auxilio en forma de esperanza vacua.

— El optimista se conforma con esta vida, porque no tiene otra a mano hasta que se muere. Su optimismo lo ilumina su fe, su fe en si mismo y en los demás, y no las bengalas esas. Y para que eso sea posible, creo que es necesario admitir que más allá de esta vida es donde se encuentra la luz eterna o las tinieblas eternas, dependiendo de cómo hayas vivido.

— Yo siempre podré regresar del abismo para decidir si vale la pena seguir viviendo; tú, en cambio, no regresarás de tu fantasía. Te morirás sin ver esa luz, la luz de la verdad, y nada hace pensar que la verás después.

Pero tampoco me gustaban los negativos apriorismos de Miguel, pues no me había definido de qué verdad se trataba. Si su verdad era el brillo de la esencia de una realidad cotidiana, ese brillo se termina apagando ante otra realidad que espera ocupar su puesto.

— ¿Y que ostras piensas ver tú ? No creo que sea con la imaginación que lo consigas, porque de ella se regresa de inmediato a la realidad. Hablabas de imaginación para crear paraísos en tu mente; pues esos son mis paraísos, que prefiero creer en ellos a imaginarlos, al menos a mi me duran toda la vida. Dudo, por otra parte, que desde un estado pesimista se pueda uno imaginar nada bello.

— Tú me crees pesimista y no es cierto. Soy pesimista en relación con la verdad que me imponen los demás, no en cuanto a la verdad por descubrir por mí mismo. No puedo ser pesimista, pues pugno por conocerla hasta el fondo; el hecho de intentarlo ya implica optimismo.

— Pues no veo la razón para que no hagas lo mismo con tus semejantes. Ellos te muestran su verdad, no tienes más que aceptarla.

— Imposible. La verdad de cada uno no se muestra a los demás.

— ¿Cómo te garantizas de que a solas con tu verdad no te engañes a ti mismo?

— Me parece que estamos hablando de cosas diferentes. Dejémoslo ya.

Podía parecer excesivo, y no me imaginaba —con la imaginación que yo me permito— que aquellas profundas reflexiones entre nosotros yo las pudiera tener con alguien que no fuera Miguel. Tenían la particularidad de ser espontáneas, lo que las hacía minimamente pedantes. Miguel las aderezaba con apasionamiento y yo cedía a esa pasión hasta dónde me ahogaba. Le ofrecí una salida con total escepticismo.

— Tú lo empiezas, tú lo terminas. Aún a riesgo de que te haga sonreír, sólo una cosa, Miguel: te recomiendo que recrees en tu mente la imagen de Dios y la eternidad que te ofrece; verás esa luz que buscas.

Y quizá, junto a él, yo tuviera la oportunidad de verla también; ese fue el sentido de mi recomendación tan llena de desesperanza.

— *« Nilhil novum sub sole .»*

— ¿Y eso que leches es?

— Nada nuevo bajo el sol.

— ¡ Ah ! ¿Y qué quieres decir con ese latinajo?

— Que cuando tu mente juega a trascendente, lo hace creyendo haber resuelto una ecuación de infinitas incógnitas sin solución posible; vuestra solución está llena de trampas. Los pensamientos, las ideas no van más allá, no alcanzan más allá, de la experiencia inmediata que podemos extraer de este mundo. Lo que tú me propones es la fe sin imaginación libre, el tipo de fantasía que ha adormecido a los seres humanos desde el principio de los tiempos.

Era para decir amén, sin duda, pero yo no lo dije. En su lugar descalifiqué a Miguel desconsideradamente.

— Te enrollas de tal manera, que me es imposible saber donde está la punta. Ya no se que es imaginación, fantasía, creer, pensar... Oye, vamos a dejar tanta monserga, no vayamos los dos a caer en el desvarío. ¿A dónde vamos ahora?

— No sé. Quisiera que fuera mañana... Es curioso lo que acabo de decir...

— Pues no me cuentes por qué te parece curioso, por favor... ¿No se te ocurre nada que podamos hacer hasta la cena?

— Podríamos ir a follar; es la forma mejor de aprovechar el tiempo.

— Lo dices como si eso fuera la mejor de las válvulas de escape. ¿Por qué no te lo imaginas?

Eso, ¿por qué no se lo imaginaba? A veces daba resultado, según Miguel.

— La mente se queda en blanco; el estado ideal para que descanse una mente atormentada como la mía.

Aquello me pareció demasiado; ni siquiera sentí ternura. Miguel podía escupir impunemente sus frustraciones, todos tenemos alguna, pero que no me hablara de estar atormentado, porque su nihilismo, de ser verdadero, le permitía el más cómodo de los estados. Le contesté como yo solía hacer a quien me lloriqueaba para impresionarme.

—Si fuéramos colegiales, me abriría de piernas escuchándote. Espero que tú no estés interpretando el papel de colegial, porque, lo que es a mí, esos papeles me quedan más bien fría.

Pero estaba visto que podía estar equivocada, porque lo que Miguel dijo a continuación, se parecía a una confesión sincera.

— No estoy interpretando ningún papel, Pili. Ni yo mismo me reconozco. Siempre fui reservado. No sé por qué te digo estas cosas que siempre me produjeron pudor decirlas y que alguien pudiera estar escuchando.

No obstante, no era fácil reblandecerme, pero quizá hubiera sucedido, de haber seguido vaciando su alma. Algo vino en mi ayuda.

— Será porque yo te sigo el rollo... ¿No es aquél el alcalde? Parece que nos espera.

— No creo que nos haya visto salir del cuartel. No mencionemos lo de mañana.

Nos acercamos, pues nos miraba, como esperando ver qué hacíamos.

— ¡Hola, alcalde! —salude yo, al ver que Miguel seguía ensimismado.

— Hola. ¿No se van ustedes?

— Pues...no; quizá un par de días más —respondí.

— Ya. Por lo de las vacaciones...

— Sí; por eso —confirmé.

— No he visto nada escrito en el periódico de hoy...

— Ya le dijimos que no insistiríamos. Por cierto, ¿qué piensan hacer ustedes con el terreno de la colina? —preguntó Miguel.

— No está decidido. Como terreno vale poco.

— Podrían hacer una urbanización; ya tienen agua y luz —apunté yo.

— No es mala idea.

— Claro, que al ser del pueblo, la cosa se complicaría; menudo follón poner a todos de acuerdo —dijo Miguel.

— Será terreno público, y el ayuntamiento su único administrador.

— No había caído. De esa forma todo será más fácil —volvió a decir Miguel.

— ¿Cuando decidirán retirar los escombros? —pregunté yo.

— ¿Por qué motivo, señorita?

— ¿No pensarán dejarlos allí? —seguí peguntando.

— Se decidirá en su momento.

— Una lástima; nos gustaría estar allí en esa ocasión —dijo Miguel.

— ¿Qué esperan encontrar allí?

— Quizá aparezcan cosas interesantes que nos permitan hacernos una idea de cómo vivía ese hombre, y de esa forma conocer algo sobre personalidad —añadió Miguel.

— Todo habrá quedado hecho polvo. Ustedes aprovechen las vacaciones, y no se preocupen más.

— Le agradecemos el consejo —dije yo.

— Pues lo dicho. Ustedes lo pasen bien.

— Adiós, alcalde —me despedí yo.

El alcalde, bastante serio, se alejó de nosotros.

— Creo que quería saber si estábamos al corriente de lo de mañana — dije yo.

— Y que le gustaría que nos largásemos, Pili

— ¿Cuál será la relación del alcalde con su mujer, a parte de estar separados, como dijo Manoli?

— Cuando se está separado no suele haber relación, aunque pueden estar de acuerdo en seguir juntos en los negocios. Depende de lo modernos que sean.

— ¿Por qué no?

Pregunté, pensando que Miguel me aportaría alguna extraña explicación.

— En cualquier caso eso ahora es irrelevante.

— Pensaba que seguías con lo de la trama extraña.

— Puedes tenerlo por seguro; es mi invariable hipótesis de trabajo.

— Eres bastante contradictorio, ¿sabes? Tampoco aquí sé ya donde empieza tu interés y donde termina ¿Qué te interesa que aparezca mañana?

— Encontrar un cadáver es ya un fin en sí mismo; pero dudo que sea el mejor medio para conocer esta historia.

— La historia habrá acabado ahí.

—No; la historia quedará sólo interrumpida. Yo rebobinaré la película y la contaré a mi modo.

Como, por el momento, yo sólo pensaba en periodista, me aferré a que Miguel no se apartara de ese objetivo.

— Lo que estás diciendo es que tú escribirás el guión. Esa será otra historia. Sigo pensando que deberíamos conformarnos con lo que seamos

capaces de descubrir. Será difícil que no se sientan identificados, y no sólo los personajes, sino todo el pueblo, podrías hacer mucho daño.

— Me importan tres leches los personajes, el pueblo y la madre que los parió a todos. Todos, por activa o por pasiva, son confidentes de lo que aquí ha pasado. No merecen de mí mayor escrúpulo. También la cobardía es una forma de confidencia. Parece como si todos estuvieran de acuerdo en eso de que los trapos sucios mejor se lavan en casa, ¡pues, que se jodan!

Miguel se desahogó. Era consecuente lo que dijo con la historia que él tenía configurada en su cabeza, pero no tenía por qué ser aquella historia.

— Tu error está en considerarlos corruptos y esperar que ellos te demuestren lo contrario. Así no funciona la ley.

— Eso de la presunción de inocencia, que algunos interpretan como la grandeza de la ley, es su mayor debilidad. Mientras los delincuentes, en general, sean más listos que los encargados de descubrirlos y detenerlos, ese principio debería llamarse principio de impunidad.

No me lo podía creer: ¿Miguel fascistoide?

— ¡Que barbaridad! No creo que hables en serio, Miguel. ¿Qué pasaría con el acusado torpe? ¿Cómo podría defenderse ante un acusador listo?

— Los torpes se delatan por sí mismos; estos no saben nada de coartadas.

Ciertamente no sabía cómo calificarlo.

— Tú debes de ser un mutante. Aceptas las reglas, o al menos a mi me lo parece, y , sin embargo, eres la persona que las niega con pasión. ¿Cómo se come eso?

Me contestó con mala educación, pero pensé que ello era debido a que él mismo se había dado cuenta de su exceso.

— Pregúntale a San Pedro. Vamos a cenar.

— ¿No es un poco pronto? ¿Por qué no respondes a mi pregunta?

— No me provoques. Cuanto antes cenemos, más pronto en la cama, allí te daré la respuesta.

Creo que había perdido los estribos.

— ¿Te refieres... ?

— Me refiero...

— ¿Serías capaz?

— ¿Cómo que si sería capaz?

— De concentrarte, después de tantas emociones.

— Te veo desnuda, y me olvido de cómo me llamo.

— Lo que digo, un mutante.

— ¿Y si no cenamos?

— Tranquilo, hombre. Todo a su tiempo. Esta vez no permitiré que te olvides de llamar al jefe.

— Mal hecho; el jefe es el único que me podría quitar las ganas.

— No querría tenerte que alimentar...

— Descuida. Contigo potenciaría mi capacidad creadora.

— ¿Nos estamos declarando?

— Esta vez estoy preparado. No; tengo que aprender a sobrellevar tus impertinencias.

— ¡Hala! ¿Qué impertinencias? ¿Y qué pasa con tus ladrillos?

— Siempre me llevas la contraria.

— Eso no se llama impertinencias. En ciertas cosas trato de frenar tu machismo subliminal, en otras discutimos de igual a igual. No confundas ni lo mezcles todo. Creía que eras el apóstol de la antiinducción. ¿Prefieres que me lo trague todo sin rechistar?

— Acabemos.

— ¿Acabar, qué? ¿La polémica? Por mi encantada.

— Se me olvidaba que con las polémicas te puedes poner triste, y ...eso es lo que a ti te pone cachonda, ¿eh?

Aquella mezcla de diálogo y conversación de barra de bar me desesperaba. Decidí cortar por lo sano. Me adueñé del carácter de nuestra convincente maestra, para plantear cara a un Miguel que sólo me estimaba como un campo arado.

— Mira, Miguel: tampoco estoy, ni es justo que lo creas, para hacer de mí la mujer que dice amen a todo. Ahora tu nivel intelectual esta cayendo en picado. No seas majadero, y no tomes eso tan al pié de la letra.

— Vaya. Y yo que creí estar en el secreto para poder conseguirte...

— También tu diccionario se simplifica. ¿Cómo tengo que decirte que tú no me consigues? No soy ninguna pieza de caza ¿Lo entiendes? Si estás de mala leche, es mejor que me lo digas; al menos comprendería a qué se debe tus salidas de tono.

— No doy una contigo.

— Sin el sexo y sin contradicciones, serías sublime.

— Sería un ángel.

Me pareció que no lo tenía claro.

— Quede claro, Miguel, que el que ayer me acostara contigo no te da derecho en lo sucesivo para disponer de mí cuando se te antoje. Tampoco quiero que, si en alguna ocasión no me apetece, saques conclusiones equivocadas. Jamás dependerá sólo de tu voluntad, ¿lo has entendido?

Y el macho se consideró cuestionado en su dominio.

— ¡Joder que lo he entendido , querida! Enciende la luz verde cuando te apetezca, te prometo no saltarme el semáforo en rojo.

— Mejor así.

— ¡Mejor así! ¿Por qué mejor así? Tú eres la que hace del sexo una partida que siempre intentas ganar. ¿Qué hay del papel de mendigo que destinas para mí? ¿Me ves en el papel de gigoló? Porque esa es la sensación que siento cuando me insinuo contigo ante tu invariable reacción. Lo de anoche debió ser una variable de la que tú, personalmente, te sentirás orgullosa: te apeteció, y lo tuviste, y al parecer disfrutaste, aunque tampoco me permitiste el pequeño orgullo machista de decirme cuánto. ¿Dónde está esa chorrada que tú llamas liturgia previa de amor? Sólo te apeteció, y aunque los motivos fueran lo de menos, conseguiste que el conejo se tragara la escopeta, así que, nada de pieza de caza. ¿Por qué no puedo yo decir igualmente que no estaba allí para masturbarte? ¿Es el triste papel de muñeco hinchable el que me asignas? Justamente sucedió lo que tú pareces rechazar para ti. ¿De dónde sacas que tú seas una pieza de caza para mí? ¿Has visto en mi alguna vez la intención de violarte? Y en cuanto a esa, al parecer, tontería de ponerte triste...Pues mira, no debe ser tal tontería; los animales hacen diferentes cosas, a cual más ridícula, para despertar la libido de su pareja, ¿por qué habríamos de ser diferentes los seres humanos? Pili, creo que estás instalada en una dialéctica suicida; estás matando tu feminidad, o mejor dicho, tu condición de hembra, algo infinitamente más hermoso y valioso, porque está impreso en la naturaleza misma... ¿Qué haces? ¡Eh!, ¿a dónde vas?

No podía más. Me sentí desnuda, con esa desnudez que avergüenza al mirarse en un espejo implacable. No quise que me viera hundida; la única forma de evitarlo era huir.

— Te veré mañana.

— ¡Mujer, no lo tomes así!

— Quiero estar sola.

— ¡Joder, Pili!, ¿qué voy yo hacer sin ti?

— Sobrevivirás; no exageres. Nos veremos mañana.

— ¿No me dejas que te acompañe?

— ¡Noo!

— ¡Qué habré hecho! ¡Maldita sea!

No dormí bien. Horas y horas de desasosiego. Perdida en los laberintos de mi confuso pensamiento, me debatí entre la angustia que me producía un vació que no sabía cómo llenar y la rabia por haberme sentido tan débil, tan contradictoria, una máscara de teatro que no expresaba ni la sonrisa ni el llanto; una mueca indefinida de tonta prefabricada.

Estaba agotada. La luz del nuevo día entraba por la ventana y no pude ser consciente de que, al margen de mis tribulaciones personales, aquella jornada nosotros la habíamos convertido en prometedora, excitante, suficientemente especial como para evaporar las grandes tormentas que nuestro yo nos plantea en ocasiones.

TERCER DÍA

Oí que Miguel me llamaba al otro lado de la puerta. Yo ya estaba despierta, incluso vestida y dispuesta a bajar. Todos mis movimientos eran mecánicos y mi mente un confuso laberinto de recuerdos y pensamientos con proyección de futuro.

— ¡Pili!

— ¿Qué?

— ¿Qué tal? ¿Estas lista para bajar a desayunar?

— En unos minutos. Vete bajando tú, si quieres.

— ¿Te espero?

— No hace falta; ya bajo. Vete pidiendo el desayuno.

— ¿Estás bien?

— Sí.

— Está bien; te espero abajo.

— De acuerdo....

Miguel ponía bálsamo en mis heridas. No parecía querer hacer leña del árbol caído. Su voz cálida, preocupada, me hizo sentir protegida, cuando todo mi ser pedía protección. No había sido él quién me había herido de muerte; había sido yo misma. No había herido mi autoestima; si acaso mi falso orgullo.

Bajé indecisa la escalera, casi detrás de Miguel. Oí que se encontraba con Manoli. Me paré en el rellano. Quería analizar el tono de voz de Miguel y sacar deducciones complementarias que me permitieran sosegarme completamente. Me pareció que para él el día había nacido nuevo y no arrastraba nubarrones del día anterior. En mi estado de ánimo, yo no habría podido interrogar a Manoli como Miguel lo estaba haciendo.

— Hola, Manoli.

— Buenos días, señor.

— ¿Me prepara el desayuno?

— ¿No baja la señorita?

— Sí, prepara también para ella.

— Sí señor.

— ¡Manoli!

— ¿Qué, señor?

— ¿Sabes cuál es la profesión del alcalde?

— ¿Se refiere a qué hace, además de ser alcalde?

— Sí, eso es.

— Antes era constructor., ahora sólo hace pequeñas cosas; pero lo de constructor lo hacía antes de venir al pueblo, eso es lo que he oído.

— ¿No es de aquí?

— No señor; vino de fuera cuando vino la maestra.

— Gracias, Manoli.

Bajé. Miré a Miguel con mirada evasiva. Le saludé.

— Buenos días, Miguel.

— Hola, Pili. ¿Cómo estás?

— Yo, bien, ¿y tú?

— Bien. ¿Cómo has pasado la noche?

— Regular.

— Yo, regular también. Siento lo que te dije y que te molestara.

No estaba segura de quién debía disculparse.

— No te preocupes. Me lo merecí. Puede que tuvieras razón. Dejemos eso.

— No quiero que estés triste; son tus vacaciones. Me estoy comportando como un tonto.

— Te aseguro que no lo estoy, Miguel. Hablemos de otra cosa.

— Como quieras. Te he pedido el desayuno.

— Muy bien; tengo hambre.

— ¿No cenaste?

— No me preguntes. ¿Qué hiciste tú?

— No me preguntes.

— Está bien. Vine al hostal, pedí un botella de agua mineral y me metí en la cama.

— Yo paseé un poco por el pueblo, tomé un par de copas e hice lo mismo.

— Sí, te oí llegar. ¿Algo nuevo?

Aquel diálogo de jovencitos que se reconcilian, que ambos se consideran culpables de las desdichas del otro, tuvo para mí el efecto que habría tenido en esos jóvenes. No nos fundimos en un abrazo porque,

seguramente, no éramos jóvenes, y ninguno de nosotros tomó la iniciativa necesaria.

— No...Bueno, sí: Manoli me ha dicho cual es la profesión del alcalde.

— ¿Cuál es?

— Constructor.

— ¡Vaya! Eso aclara algunas cosas. Pues le va a sacar provecho al oficio.

— Y tanto.

— El desayuno. Buenos días, señorita.

— Buenos días, Manoli.

Saludé a Manoli sin mirarla; ella estaba al otro lado de las miserias de dos personas complicadas como Miguel y yo. No hubiera podido resistir su mirada de limpias imágenes. Y mientras me sentaba y me colocaba la servilleta sobre mi regazo, intenté separarla de mi duelo interno. Pregunté.

— Oye, Manoli, ¿se llevan bien el alcalde y la maestra después de separarse? —pregunté con curiosidad femenina.

— No creo que muy bien; viven en casas separadas.

Fue entonces que me atreví a mirarla.

— ¿Se hablan?

— Hablarse sí.

— ¿Se van a divorciar?

— Eso yo no lo sé, señorita.

— Está bien, Manoli.

— ¡Que cosas! —exclamó Miguel, cuando Manoli se había marchado.

Miguel debió sacar una conclusión que se me escapó.

— ¿En qué piensas?

— Cada pieza nueva encaja en el puzzle.

— No sé lo que quieres decir.

— No importa, Pili. Sólo te hablaré de hechos, nada de conjeturas.

— ¿Ya no cuentas conmigo? Te prometo que todo va a ser distinto.

— Claro que va a ser distinto. Empecemos por ahí.

— ¿Me vas a llevar a la colina?

— Mujer, cómo no vas a venir , somos colegas, ¿no?

Todos los sentimientos acumulados en las horas previas parecía haber sido recuerdos de unas soñadas vacaciones de estío. Quise recuperarlos para una realidad presente que comenzaba esa mañana.

— Hablas con un poco de ironía.

— La ironía es una burla hecha con disimulo, y yo no me burlo de ti.

— Tampoco me castigues.

— Si lo hago, es cariñosamente. Sólo intento encontrar el equilibrio contigo.

— Todo lo que hagas forzado, por la razón que sea, no será auténtico, y yo te prefiero auténtico.

— Por lo visto, la convivencia es una sucesión de disimulos; si hemos de convivir, ajustémonos a la norma.

— Tú no eres hombre de normas. He reflexionado y estoy dispuesta a cambiar, dame tiempo.

— Tendrás que ensayar tu nueva disposición con otro. Pili, acepta que conmigo ya no podrá funcionar; no dejaría de pensar que estás fingiendo.

— Te aseguro que si te parezco distinta, lo será por convicción.

— Eso no cambia de la noche a la mañana; tus convicciones son demasiado firmes. Te va a costar trabajo; pero no te preocupes, todo tiene su parte positiva. Si como dices has comenzado a reflexionar, llegarás a tiempo

de disfrutar de lo que es simplemente natural. Yo también debería reflexionar.

— No lo hagas para acomodarte a los demás; tú eres un ser libre, y eso es magnífico. ¿Qué podemos hacer en nuestra relación?

— Seguir siendo amigos; es una relación sincera que no necesita de disimulos.

La realidad presente se instalaba como una consecuencia que no quería prescindir de la experiencia. La memoria no era de un sueño.

— Como tú quieras.

— ¡Venga, arriba ese ánimo! Aquí no ha pasado nada.

— Más de lo que imaginas; hemos destruido una esperanza.

Y no sabía si hablaba la mujer femenina que se ocultaba dentro de mí o la persona frustrada que espera compasión. Miguel no parecía sufrir de desencanto.

— Quien sabe; la esperanza es un anhelo que aparece y desaparece.

— Entonces, no hablemos más de esto, te lo ruego.

— Prometido. Tenemos por delante un día de infarto. Nos hemos tirado un farol y podemos perder la partida, estoy empezando a preocuparme.

Ante la aparente dignidad de Miguel, debería haber llorado, o habérseme empañado los ojos, o haber puesto cara de gilipollas a la que le dan con la puerta en las narices; no pasó nada de eso. En su lugar, había hecho la gilipollas y traté de disimularlo con cierto éxito.

— Es un riesgo perfectamente asumible. El sargento aceptó tú hipótesis porque era verosímil. Todos estaremos más tranquilos, sea lo que sea.

— ¡Al diablo el sargento! Me importa un bledo. Me refería a nosotros; después de tantas expectativas me costaría reponerme del fracaso.

Sentí un temblor, pero, no, fue de otro fracaso del que Miguel hablaba. Respondí a esta última conclusión.

— También lo sería mio. Pero no habrías fracasado; no habría historia. Con otros personajes y otro escenario, podrías escribir la historia que imaginas.

— ¡Joder, Pili, que cambio! ¿Hablas en serio?

No había ningún cambio; lo dije sin contradecirme.

— No te burles de mí; lo digo sinceramente.

— Tampoco quiero que te hayas vuelto irreconocible.

— Soy la misma, con nuevos criterios, el más importantes se podrían llamar tolerancia. ¿Nos vamos ya?

— ¿Has terminado tu desayuno?

— No quiero más.

— Cuando quieras, estoy deseando estar allí.

— ¡Hasta luego, Manoli! —me despedí yo.

— Que tengan un buen día los señores.

— Simpática chica —dijo Miguel.

Miguel había dicho simpática; ¿sólo simpática? Una persona que nos es simpática es calificarla de poca cosa, una definición superficialmente utilitarista, como decir de una cosa que es bonita. Yo quise definir su esencia.

— Una mujer auténtica; sin edulcorantes ni complejos —añadí.

— No hagas comparaciones, Pili. En todas las especies hay clases.

Cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa, eso es lo que Miguel quería decir.

— No es fácil ser simplemente mujer.

— No confundas ser simplemente una mujer con ser una mujer simple. Somos producto de una evolución distinta y de un ambiente también distinto; no elegimos para entrar, tampoco podemos elegir para salir. Y los complejos sólo son un subproducto de la inteligencia.

Todo lo que Miguel decía era muy académico; yo, con respecto a Manoli, sólo veía la esencia universal de un ser puro. Hice a Miguel una pregunta que una mujer querría tener siempre contestada.

— ¿Te gustaría amar a una persona sencilla como Manoli?

— Me gustaría, pero creo que por un instinto de posesión integral; moldearla, como dicen que Dios hizo con el barro al hacer al hombre. Hacer, sí, algo a mi imagen y semejanza; ser como dos vasos comunicantes: uno lleno y el otro vacío que al final se equilibran. Sí; me gustaría. Y a ti, ¿te gustaría amar a un hombre sencillo y primitivo?

Me pareció un ultraje. Como hacer un cruce de animales de distinta especie en un laboratorio. La pregunta de Miguel parecía obvia. Le contesté con toda la convencionalidad que se me ocurrió.

— Si te dijera que sí, supongo que te mentiría y me mentiría a mí misma. Te comprendo a ti y, sin embargo, las mismas razones no valdrían para mí. Yo pongo mi ideal en todo lo contrario: un hombre muy depurado, culto, seguro de sí mismo, aspecto atractivo, y otras muchas cualidades.

— En el fondo delatas tu condición de hembra. Como todas las hembras del reino animal pides compartir el mejor de los machos. Es así, Pili. Nuestra inteligencia nos sirve para muchas cosas positivas, pero también para la más negativa de todas: desvirtuar nuestra natural condición. Todos los seres vivos siguen pautas naturales de conducta, excepto aquellos más evolucionados, y cuanto más evolucionados, más las contravienen. Ahí estamos nosotros, presumiendo de evolucionados. Nuestra maldita soberbia que siempre está reivindicando el derecho a la diferencia.

Miguel en pocas palabras había dicho algo trascendente: había hecho emerger la mujer primigenia sobre la evolucionada. Pero en aquel instante no supe a cuál de ellas aplicarle la primacía. Lo que sí pude ver en un espejo fue mi origen perfectamente dibujado y en otro un boceto apenas identificable.

— Tienes la rara cualidad de poner mi alma al desnudo.

— No es por ningún don especial. Puede que sea por mi condición de escéptico. ¿Quieres conducir?

— No podría. Te confieso que tengo la cabeza hecha un lío.

— El aire del campo nos vendrá bien a los dos. Y un consejo: no te dejes inducir, ni por mí, ni por nadie; elabora tus propias conclusiones con independencia.

— Si no te importa, quisiera no hablar durante el trayecto.

— Como quieras. También yo aprovecharé para ordenar mis ideas.

Pocas cosas concluí durante aquel tiempo de recíproco respeto a nuestros pensamientos íntimos. Una maraña de ideas me impedía ver algo claro; aquí, la fronda del bosque no me dejaba ver los árboles.

Miguel me rescató.

— ¡Pili!

— ¿Qué?

— ¿Vas dormida?

— No; sólo los ojos cerrados.

— Ya estamos llegando. Ya hay personas allí, también veo la máquina.

— ¿Podrá remover aquello?

— No creo que tenga dificultad; los escombros estaban muy fragmentados.

— Pero había muchas barras de hierro retorcidas.

— Esas máquinas hacen cosas increíbles. Por cierto, ¿de dónde habrán sacado la máquina

— ¿Por qué lo dices?

— Esas máquinas cuestan mucho dinero, no veo que en este pueblo haya trabajo para amortizarlas.

— La habrán traído de algún pueblo más importante.

— Eso será.

— ¿Vamos a subir arriba?

— Naturalmente; el sargento nos autorizó a presenciar la operación. Allí hay varias personas.

— Distingo sólo al sargento...y al alcalde.

— Veremos cómo nos recibe éste.

— Sí; va a pensar que le hemos tomado el pelo.

— Me tiene sin cuidado, con tal que el sargento siga mandando.

— Los otros deben ser empleados del ayuntamiento.

— Vendrán a recoger los despojos.

— Me imagino la sorpresa del alcalde al vernos.

— El alcalde se tiene que llevar alguna sorpresa mayor, todavía.

— Ya está trabajando la máquina.

— No debe hacer mucho tiempo que ha comenzado. Aparcaré aquí y nos acercaremos andando.

— Todos nos miran. El alcalde parece que no se lo cree.

— ¡Hola ! ¿Nos podemos acercar? —preguntó Miguel.

— Sí; acérquense —dijo el sargento.

— ¡Buenos días! —saludé yo.

— ¿Quién les ha dicho a ustedes... ? —preguntó un sorprendido alcalde.

— Íbamos por la carretera y vimos movimiento aquí...; decidimos venir a ver que pasaba...—mintió Miguel.

— No tienen autorización, esto es una finca privada — dijo el alcalde, no demasiado agrio.

— He sido yo, alcalde; yo les autoricé a que vinieran —intervino el sargento.

— Pues no ha hecho bien; no necesitamos periodistas.

— Perdone; pero no venimos porque nos necesiten, somos nosotros los que necesitamos venir, es nuestro trabajo —dijo Miguel en tono suave.

— ¿Su trabajo es invadir fincas privadas?

— Hemos preguntado si podíamos acercarnos, usted todavía no ha dicho que no —quiso Miguel puntualizar.

— ¿Y qué buscan aquí?

— Respuestas para ofrecérselas al público, alcalde; sólo eso —volvió a decir Miguel.

— Pues...

— Bueno, bueno; déjense de cuestiones. Si quieren mirar, miren —terció el sargento con voz autoritaria.

— Gracias, sargento. ¿Cómo va el trabajo? —dije yo, agradeciendo que terminara aquel peligroso juego de opuestas competencias.

— Acaba de empezar —dijo el sargento.

— ¿Esa máquina podrá con todo eso? —pregunté.

— Esperemos que sí.

— ¿Qué van a hacer con los escombros? —preguntó Miguel.

— Aquí, el alcalde, ha dispuesto que se tiren por la ladera, así se esparcirán y se verá si hay algo aprovechable. También porque llevarlos a cualquier otro lugar no tendría sentido y sería caro.

— En ese revoltijo no va a ser fácil hallar nada aprovechable —dije yo.

— Sí; eso pensamos nosotros.

— No entiendo que interés periodístico puede tener esto —intervino el alcalde.

— Puede que ninguno, alcalde, pero... quién sabe. Estamos aquí para levantar acta, si no hay nada, pues... asunto terminado, ya no molestaremos más —dijo Miguel.

— Ustedes no tienen que levantar acta ninguna; este es un acto privado y, en todo caso, de la policía —dijo el alcalde con sequedad.

— Perdón. Creo que me excedí en lo del acta; simplemente diremos lo que hemos visto —dijo Miguel.

— Eso no me lo creo; si ustedes no encuentran nada, puede que se lo inventen, lo hacen a menudo —dijo el alcalde.

— Algunas veces nos inventamos lo que no se ve, que no significa que no exista, pero son la menos —dijo Miguel.

— Allá ustedes, pero ándense con cuidado —dijo el alcalde.

— ¿Es una amenaza? —preguntó Miguel.

— Es una advertencia; defenderé el buen nombre de este pueblo, téngalo por seguro.

— ¿Qué le hace sospechar que nosotros vayamos a manchar el buen nombre de este pueblo?

— Nada. Lo digo por si acaso.

— Pues mejor no lo diga; no tiene derecho a dudar de nuestra ética profesional —dijo Miguel con energía, que me asustó.

El alcalde se rindió.

— Dejémoslo así; no quiero polémicas.

— ¿Ya han acabado?

— Por nuestra parte sí, sargento —contestó Miguel.

— Pues a mirar, que otra cosa no podemos hacer —indicó el sargento.

— La máquina no ha penetrado en la casa; eso que quita es el muro que la rodeaba.

— Así es, Pili.

— Es extraño que entre ese muro y la casa no hubiera un jardín. Todo es extremadamente sobrio, casi faraónico.

— Querrás decir de tumba faraónica.

— A eso me refiero.

— ¿Ustedes tienen alguna idea del por qué de una construcción así? Y todo para un hombre solo —preguntó Miguel.

— Esa pregunta también me la hago yo —dijo el sargento.

— Y usted, alcalde, con su experiencia como constructor, ¿qué opina? —preguntó Miguel, tratando de incorporar al alcalde a la conversación.

El alcalde, que había permanecido hasta entonces mirando a la máquina, se volvió como si le hubieran pinchado.

— ¿Quién le ha dicho a usted que yo soy constructor?

— Que manía tiene usted de preguntar quién nos ha dicho esto, quién nos ha dicho lo otro. Qué periodistas seríamos si no supiéramos lo más elemental de nuestro oficio: preguntar.

— ¿Puedo saber por qué se interesan por mí?

— Sería bueno que no nos interesáramos por la máxima autoridad del pueblo. Aunque le moleste, eso son servidumbres del poder. Por lo que llevamos conocido, y parte nos lo ha contado usted, usted es un personaje en esta historia, como lo es el sargento, el pueblo y sus gentes, cada cual en su papel. Más importantes, desde el punto de vista periodístico, debo decir, son las personas que se relacionaron con el hombre que destruyó esto, pero...

— ¿Lo ve, sargento? Esta gente termina liándolo todo.

— A mi me parece normal lo que dice, y si lo que escriben se ajusta a la verdad, pues están en su derecho; es su oficio.

— Gracias, sargento. Les garantizamos que no nos saldremos un ápice de la verdad al referirnos a este caso.

— Hagan lo que quieran; no quiero ser el malo de la película. Sólo les pido que tengan cuidado con lo que cuentan.

— Lo tendremos, alcalde, usted no tiene por qué preocuparse. ¿No quiere darnos usted su opinión?

Miguel había vencido.

— ¿Qué opinión?

— Le preguntábamos qué opinaba sobre esta construcción.

— Pues es una construcción en hormigón armado, ¿no la ve?

— Ya. Pero ¿cómo se distribuyen cerca de quinientos metros cuadrados de edificación? No me entra en la cabeza.

— Ya les dije el primer día que no nos facilitaron los planos.

— Es verdad. Pero ¿usted que haría con esos quinientos metros?

—No tengo ni idea; nunca pensé en tener una casa así.

— Sabemos que las únicas personas que visitaban asiduamente esta casa eran la maestra, su esposa, el párroco, y otras dos personas de las que desconocemos su identidad; pero desgraciadamente para nosotros, su esposa y el párroco no quieren o no pueden hablar, y es una lástima, porque sería interesante conocer algunos aspectos...

Miguel metía, entre cuestiones intrascendentes, alguna insinuación provocadora, y yo miraba nerviosa y expectante al alcalde.

— Supongo que los periodistas no tienen derecho a saberlo todo, ¿no?

— Sí, claro. No les reprochamos nada, sólo lo lamentamos; en cualquier caso es mejor no hablar que mentir.

— ¿Cómo?

Intervine para que dejaran aquella peligrosa conversación.

— Miren, la máquina comienza a remover la casa. Algunas cosas que aparecen entre los escombros no parecen materiales de construcción;

parecen objetos de mobiliario, pero están irreconocibles. Esos trozos deben pertenecer a los sanitarios. Aquello parece un grifo; es dorado...

La palabra dorado debió ser mágica para el alcalde, que enseguida se volvió y se dirigió al maquinista, luego a un operario.

— ¡Luis, para la máquina! Antonio, acércate allí y coge aquello que brilla al lado de la pala.

— Enseguida, alcalde.

— Ahora sabremos lo que es —dijo el alcalde, sin quitar la vista a aquel objeto.

— De todas formas está inservible —dije yo, observando aquel objeto retorcido.

— Hay que quitar todo aquello que pueda tener valor, mayormente para evitar que vengan por aquí los chiquillos y se lastimen —apuntó el sargento.

Un operario se acercó con el objeto de nuestra curiosidad, máxima curiosidad en el alcalde.

— Aquí tiene, señor alcalde.

— Sí; es un grifo.

— Parece de mucha calidad —dijo Miguel.

— Sí, y de los más caros; bañado en oro, pero tal que así, no vale nada. ¡Continúa, Luis!

— ¡Que manera de tirar el dinero! —dije yo.

— No lo creas, Pili. Los objetos que compramos y que nos llevamos a casa han seguido un proceso que ha proporcionado trabajo a muchas personas. Una vez vendidos se convierten en socialmente inútiles, o peor aún, la saturación de objetos de consumo hace que la sociedad se colapse económicamente al bajar la producción de otros similares. Un gobierno que pudiera decretar la destrucción de objetos comunes de consumo, pasado un

cierto tiempo de uso, tendría en su mano la clave para acabar con el paro; se mantendrían los indices de producción... —dijo Miguel.

Aquel discurso, en el que yo pasé de largo, me pareció una tontería. Le seguí, aprovechando que nuestros acompañantes se habían desplazado, aproximándose a la excavadora.

— Es una bonita teoría, o tendré que pensar que el sol te afecta peligrosamente.

— De algo hay que hablar. No lo decía en serio.

— No; si no sonaba mal del todo. ¿Y quién le pone el cascabel al gato?

— Habría que cambiar el sistema.

Las ideas revolucionarias son, en general, interesantes, pero peligrosas; todas ellas parten de la premisa de que primero hay que destruir las libertades, la propiedad...

Creo que Miguel no me escucho. Los objetos identificables que iban apareciendo atrajeron su atención.

— Aquello es un colchón, o lo que queda de él, también los restos de una cama, esa cama debió ser enorme y juraría que redonda.

— Tenía que ser redonda, Miguel, ¡faltaría más!

— Déjate de coñas, Pili. Mira: restos de lámparas, muebles, espejos, y allí, una alfombra; ahí debió estar uno de los dormitorios, quizá el principal. Aquel revoltijo parece ropa de vestir.

— ¡Luis, llévalo todo a la ladera! —gritó el alcalde.

— ¡Espere! —casi gritó Miguel.

— ¿Qué pasa ahora? —peguntó el alcalde.

— Alcalde, ¿puede mandar traer aquellos restos de ropa?

— ¿Para qué?

— Que manía tiene usted de contestar con otra pregunta.

— Dígale a ese que lo traiga, alcalde —casi ordenó el sargento.

— ¿Quién dirige el trabajo?, sería bueno saberlo —dijo el alcalde, mirándonos a todos.

— No sea usted chinche, alcalde, veamos que es aquello —dijo el sargento, sin mirarlo y adelantándose hasta los escombros

— Está bien, sargento; pero así no acabamos nunca. ¡Tú, trae aquello que parece ropa! —dijo el alcalde, siguiéndolo.

Pero fue Miguel el que se adelantó a coger aquel envoltorio de telas variadas, polvorientas y hechas jirones.

— Como dice el refrán, el hábito hace al monje. ¡Acérquelo aquí, por favor !... A ver... Esto parece ropa femenina..., y muy sexy, por cierto. Esto ya es de hombre, pero un tanto peculiar; slips, camisas..., creo que de seda, chalecos dorados... Esto es una túnica, también con mucho dorado... Parece el atrezo de un cabaret. ¡Que cosas!

A Miguel se le iluminaron los ojos de satisfacción; yo intuí porqué.

— Todo eso te debe sugerir muchas cosas, ¿no, Miguel? Estás radiante.

— Más bien me las confirman, Pili. Tengo la sensación de haber visto esto antes...

Sólo en su imaginación, no era posible otra cosa.

— Bueno; eso no tiene ningún valor. ¿Podemos continuar? Con su permiso, naturalmente —dijo el alcalde con cierta ironía en su voz.

— No necesita usted ser irónico, alcalde. Mande continuar, si así lo desea —dijo Miguel.

— ¡Adelante, Luis!

— Me ha parecido observar que esa ropa le interesaba , ¿le dice algo? —preguntó el sargento.

— No mucho, sargento. Pero a falta de otros testimonios, trato de hacer un retrato robot de ese hombre a través de los signos externos que nos ha dejado.

— No parece que se lo pasara mal, ¿verdad? —sugirió el sargento.

— Si se refiere a que no vivía en abstinencia, parece que no, a juzgar por esa ropa. Pero un hombre tan raro como este, también podía tener la manía de coleccionar prendas femeninas —Dijo Miguel.

— ¿Hay gente así? —Preguntó el sargento.

— Ya lo creo, sargento, se les llama fetichistas, y abundan, créame.

— Pues vaya chorrada... Bueno; ahora recuerdo que yo guardé bastante tiempo unas bragas que me dio mi novia. ¡Perdón, señorita!

Estaban fribolizando como sólo los hombres saben hacerlo. Intervine con mala leche oculta detrás de mi ironía.

— No se preocupe, sargento; nada más propio para demostrar el amor que usted y su novia sentían.

Miguel me miró con cara de estupefacción.

— ¿Lo dices en serio, Pili?

— ¡No seas capullo!

— ¡Jesús, que susto!

Se rieron; el alcalde esbozó su primera sonrisa.

— ¡Vaya fauna que estáis hechos! Me alegro que se rían, sobre todo usted, alcalde; esto parecía un funeral.

Pero al alcalde se le barrió la sonrisa.

— Yo no me reía.

— ¡Vaya por Dios! Usted perdone; me lo pareció.

— Más restos de sanitarios, son muchos restos para un solo cuarto de baño —dijo Miguel.

— Seguro que habría más de uno.

— Seguro, sargento; pero esos restos aparecen contiguos a la habitación de la cama redonda, parece como si hubiera habido dos o más cuartos de baño al servicio de esa habitación.

— ¡No me joda! Aunque bien mirado, alguna vez yo mismo eché de menos tener dos en mi casa...

— ¿No le gusta compartir el cuarto de baño con su señora? —pregunté.

— Pues ahora que no está ella, le confieso que no, señorita.

— Alguien dijo que el amor se termina cuando sucede precisamente eso —añadió Miguel.

— ¿Y tú que opinas? —pregunté yo.

— Yo opino que con amor o sin amor, si se puede, se agradece tener dos baños —contestó Miguel

— Entonces el que lo dijo era delicado de narices —dije yo con algo de despecho.

— Sólo es cuestión de comodidad —añadió Miguel.

— Y también dos camas para no sudar juntos—dije yo queriendo terminar aquel tema.

— Eso lo dices tú, Pili.

— Mira aquello que sale allí, parecen los restos de un jacuzzy —dije yo, que ya estaba atenta a lo que comenzaba a aparecer entre los escombros.

— Yo he oído hablar de esos a aparatos; son para masajes, ¿no?

— Son para masajes y otras cosas, sargento —añadió Miguel, sonriendo.

— Comprendo. ¡Joder con el buen señor; no se privaba!

— ¿Para qué se quiere el dinero?

— Tiene razón. Pero, ¿para qué destruirlo? Todo esto se podía haber seguido utilizando.

— Los ricos te podrán dar dinero; pero jamás consentirán en compartir sus placeres exclusivos, a no ser que uno forme parte de ellos.

— Sí; eso debe ser, aunque no entiendo bien lo que quiere decir.

El maquinista gritó.

— ¡Alcalde!

— ¿Qué?

— Que aquí no hay suelo; los escombros siguen para abajo.

— ¿Cómo para abajo?

— Debe ser un sótano que se ha hundido.

— ¿Me permiten que me acerque? —preguntó Miguel

— Hágalo, bajo su responsabilidad.

— Gracias, sargento.

— Ten cuidado, Miguel.

— No te preocupes, Pili.

— Será lo que dice Luis —dijo el sargento sin entusiasmo.

— ¿Un sótano? ¿No bastaban quinientos metros en una sola planta?

— Qué se yo, señorita. Puestos a exagerar...

Miguel se puso a dar órdenes.

— Luis, no siga por ahí; bordee por aquí, siguiendo esta piedra rectangular.

— Sí, porque de frente es difícil; los escombros están trabados —dijo el maquinista.

— Muy bien. Eso es. Así. Bien; ya sé lo que es: es una piscina, una piscina dentro de la casa.

— ¡Faltaría más! ¡Cómo no iba a tener piscina! —exclamé yo.

— ¿Qué le parece, alcalde? —preguntó el al sargento.

— Me reservo todas mis opiniones, si no le importa, sargento.

— No sea usted aguafiestas.

— Yo lo que digo es que estamos haciendo el primo; nada de lo que se encuentra justifica este trabajo, sobre todo las prisas.

— Esa piscina no parece que tuviera agua —dijo el sargento, sin hacer caso al alcalde.

— Siendo interior, podía tener agua permanentemente y bañarse todos los días del año —dijo Miguel.

— La vaciaría antes, digo yo —dijo el alcalde, con sorpresa para todos por su observación voluntaria.

— Pudo hacerlo —dije yo.

— Llevamos más de cien metros cuadrados despejados y aún no ha aparecido nada que valga la pena, ¿creen que debemos seguir?

— Se ha de despejar todo, alcalde, hasta el último metro —dijo el sargento.

— Ya veremos quién paga esto.

— Lo pone a la cuenta de las donaciones.

— También podía descontarlo del dinero asignado a las casas de ustedes.

— Descuéntelo usted de donde le salga de los cojones; no será de mi bolsillo ni del suyo.

Reacción muy firme del sargento, que seguro estaba hasta los ...

— No tiene por qué ponerse así, sargento. Yo soy responsable del dinero público y ...

— No me joda usted. Haga el favor de dejar el tema, mejor calladito.

— ¿No debería hacerlo antes o después? Usted nos dijo eso ayer — intervine yo.

— Este gasto no ha pasado por el Pleno, me juego una moción de censura.

— Estoy seguro que la ganaría —dijo Miguel.

— ¡No soporto más insinuaciones!

El sargento gritó para que nos calláramos.

— ¿Se quieren callar? No oigo lo que dice Luis. ¿Qué pasa, Luis?

— ¡Aquí salen cacharros de cocina!

— A la ladera con ellos, sigue.

— Puede que usara cubiertos de oro..., o plata —insinué yo.

— Bien, señorita. Alcalde, dígale a su gente que observe bien lo que cae por la ladera, y que recojan algún cubierto, si aparece.

— Voy a decírselo. Nunca vi que mandara tanta gente...

Al sargento le faltó tiempo y se fue rápido hacia el maquinista.

— ¡Uf, qué coñazo de hombre! —exclamó el sargento.

— Lamento que por nosotros esté nervioso —dijo Miguel.

— No se preocupen; yo domino la situación. Procuren no discutir. Es mejor que se hagan los tontos.

— No nos pida eso, sargento. Le prometo no discutir más, salvo que nos provoque. Pero no nos diga que nos hagamos los tontos, porque ya nos hemos pasado de tontos con este hombre —dijo Miguel con aparente expresión de ofendido.

— Comprendo, comprendo. Se a lo que se refieren. Pero no adelantarían nada actuando de otro modo; éste sabe lo que hace.

— Políticos y politiquillos. Para todos, el puesto es una especie de patente de corso, ¿no lo cree usted así, sargento? —dije yo.

— No me está permitido opinar sobre política.

— Es suficiente que lo piense como ciudadano —apuntó Miguel

— ¿Qué trae, alcalde?

— Sí; parecen cubiertos de plata, y no bañados —dijo el alcalde, mientras mostraba unos cubiertos retorcidos y llenos de polvo.

— ¿Han aparecido muchos? —pregunté yo.

— No sé lo que son muchos; de momento estos tres, el polvillo debe ocultar más, seguramente. Ya he dado instrucciones para que el maquinista

se desplace algo más a la derecha y deje esa zona para una inspección más detenida.

— Bien. Tome nota de lo que vayan recogiendo, ya se decidirá donde se deposita —dijo el sargento.

— Se depositará en el Ayuntamiento; esta finca pertenece al municipio con todo lo que en ella se encuentre.

— Muy bien, alcalde; pero depende de lo que se encuentre.

— No sé que espera encontrar.

— ¿No podríamos visitar la zona para observar de cerca? —preguntó Miguel.

— Creo que no hay inconveniente —dijo el sargento.

— Por el arranque de los muros, ahí debió haber una gran sala, y parece que redonda —dije yo.

— Sería el salón de baile —dijo Miguel.

— Se están ustedes pasando con esos comentarios —dijo el alcalde.

— Perdone, alcalde. Olvidaba que su mujer y el párroco frecuentaban esta casa... Quizá con los otros dos jóvenes...¡Vaya usted a saber! —dijo Miguel insinuante.

— Pues no se figure lo que no ha visto.

— La imaginación es libre. Pero tiene usted razón, alcalde, y le pido disculpas, no debemos decir siempre en voz alta lo que uno imagina —dijo Miguel.

— Miguel, ya tenemos un dormitorio, cocina, dos o tres cuartos de baño, una piscina, esta sala..., ¿qué más?

— Por el momento..., nada más, Pili.

— Nada más. Eso digo yo, señorita periodista —dijo el alcalde con evidente sorna.

— Aún falta mover mucho escombro —dijo el sargento.

— ¿Me quieren decir de una vez lo que esperan encontrar? —preguntó el alcalde.

— Por qué no, alcalde: un muerto.

— ¿Un muerto? ¿Qué diablos dice, sargento?

— Lo que oye. Todo esto que estamos haciendo es para encontrar un muerto debajo de los escombros. El cadáver del hombre que vivió aquí, o eso suponemos.

— ¿Y por qué no me lo dijeron antes? ¿Por qué estos señores tienen más derecho que yo? Porque ellos sí saben lo que estamos haciendo, ¿no?.

— Estos señores no tienen más derecho; son los promotores de una hipótesis que yo comparto. Las razones que me han dado son suficientes para que yo le haya pedido que se haga lo que se está haciendo. Quizá debí decírselo ayer; pero seguro que no le habría gustado, viniendo de ellos; así evité discusiones.

— No se habría hecho, téngalo por seguro; a mí los periodistas no me dicen lo que tengo que hacer.

— Alcalde, alcalde, no me busque las cosquillas. Tampoco a mí me tienen que decir lo que debo hacer. Ya le digo que encontré razonable lo que habían averiguado, y yo tomé la decisión.

— ¿Y qué han averiguado, si se puede saber? Seguro que sólo son presentimientos.

— Ya le digo que son presentimientos fundados, alcalde, y no hablemos más. Es mejor para todos que la duda se despeje cuanto antes y de una vez por todas, de paso también se justifica por el motivo que le dije; no puedo estar indefinidamente ocupándome de vigilar esto.

— ¿Qué pasa si no encuentran lo que buscan?

— Mejor preguntar qué pasaría si encontramos lo que buscamos —dijo Miguel.

— Yo prefiero que no haya nadie —dijo el sargento.

El alcalde no se dio cuenta de lo que el sargento había insinuado.

— A mi me da igual. Yo lo que sostengo es que usted me debió poner al corriente de sus verdaderas intenciones.

— Dejemos el asunto, alcalde. Usted mismo ha reconocido que no se habría prestado.

El momento más difícil se había resuelto mejor de lo que yo temí. Pero no estaba segura de que Miguel no exacerbara más a aquel hombre con sus continuas insinuaciones.

— Nos habríamos ahorrado todo esto si su esposa o el párroco nos hubieran informado del paradero de ese hombre.

— Yo no sé lo que saben o dejan de saber; eso es cosa de ellos.

— ¿A usted no le llegó a comentar nada su esposa? —insistió Miguel.

— ¡Le he dicho que yo no sé nada!

— Vale, vale. El alcalde tiene razones personales para decir lo que dice —terció el sargento.

— Comprendo, sargento, no se hable más —dijo Miguel.

— Todo lo que aparece está destrozado: butacas, alfombras, más espejos, piezas de cerámica... ¿Por qué no regalarlo? —apunté yo.

— Yo hubiera hecho igual, Pili. Todos y cada uno de esos utensilios son, del alguna forma, huellas de identidad de su dueño; a través de ellos se puede reconstruir una vida . Si se quiere pasar de incógnito no se deben dejar huellas, porque luego venimos los periodistas y ... Pienso que este hombre nunca imaginó que alguien como nosotros fuera a estar interesado en ordenar este puzzle.

— ¿Decían algo?

— Nada de particular, sargento; cambiaba impresiones con mi compañera.

— Aquí todo está resultando normal. ¿Les interesa ver esto?

— ¿De qué se trata?

— No sé. Parecen restos de aparatos raros.

— A ver... Creo que son restos de aparatos de gimnasia pasiva.

— ¿También tenía un gimnasio?

Recordé a los jóvenes que a Miguel tan peculiares le habían parecido.

— Miguel, quizá los jóvenes eran fisioterapeutas...

— Quizá, Pili..., y se vestían de cabaret..., y dejaban por ahí las bragas.

— No he dicho nada.

— ¿No veía la televisión? Todavía no hemos encontrado los restos de ninguna. Un tío que tiene de todo y no tiene una buena televisión...

— A mí me extrañaría que la tuviera, sargento, me extrañaría y me defraudaría. Para romper con la vida que se nos impone cada día, nada es más importante que prescindir de ese trasto de alienación humana; por él se debe empezar, si uno pretende ser especial —dijo Miguel.

— ¿No ve usted la tele? —preguntó el sargento.

— Claro que sí; pero puestos a crear un mundo diferente, se debe empezar por ignorar que existe televisión.

— Pues yo, con todo el dinero del mundo, creo que jamás me metería en un sitio como este.

— Porque usted como yo no hemos visto todo, disfrutado todo lo que la vida puede ofrecer, que es mucho y bueno. A nuestro hombre no le debió quedar nada por coger de la vida, y decidió que ya no le interesaba repetir las mismas cosas, por eso decidió experimentar algo nuevo que dependiera únicamente de su voluntad y, sobre todo, de su imaginación; yo me apuntaba, sargento.

— Será así, yo no lo había pensado. ¿Y también prescindiría de la buena comida?

— Eso es verdaderamente una incógnita, ahora que usted lo apunta. El confort de una buena casa, la comida y el sexo, son cosas que uno no se cansa de repetir, y menos de prescindir.

— Era vegetariano —dijo, inesperadamente el alcalde.

— ¡Ah!, ¿y usted cómo sabe eso, alcalde? —preguntó Miguel

— "Casa Sancho" le traía las cosas que necesitaba.

— ¿Alguien de ese restaurante le venía a preparar la comida? —volvió Miguel a preguntar.

— No; el dueño va un día sí y otro no a ese pueblo que ven allí para traer provisiones para el restaurante, de paso se llevaba una lista de cosas que dejaba en el cruce, Pascual las recogía y las traía aquí, dejando una nueva lista para la próxima vez, lo que hiciera después, no lo sé; sólo sé que siempre eran vegetales y fruta, también leche y huevos, nunca carne o pescado.

— Quizá sepa usted algo más, y empieza a recordar ahora...—dijo Miguel.

— No; y aunque lo supiera no estoy obligado a contársela.

— Y en relación con lo que nos ha contado, ¿podemos saber por qué el dueño del restaurante hacía eso? ¿Por dinero? ¿Quién le ordenó que lo hiciera? —insistió Miguel.

— Le he dicho que no sé nada más.

— Bueno; no importa. Eso sólo serviría para obtener una respuesta; sólo una respuesta a una pregunta que nos hicimos mi compañera y yo.

— Respuesta que creo que ya tenemos, Miguel.

— Efectivamente, Pili; pero, como otras muchas, carece de importancia.

— ¿Se puede saber de que hablan? —preguntó el alcalde.

— No estamos obligados a contestar, alcalde, pero en esta ocasión se lo vamos a decir. Resulta que alguien llamó cabrón a una persona de este pueblo, y no nos dio explicación de por qué pensaba así. Pero no tiene importancia para nosotros, ya decía —respondió Miguel.

— No sé que quieren decir con eso; pero no tienen derecho a faltar, sea quién sea.

— La palabra no es nuestra, alcalde; fue otra persona la que usó esa expresión. Debió entender usted mal lo que acabo de decir.

— ¿Quién fue?

— Para no gustarle responder, preguntar parece ser su debilidad. No podemos decírselo.

— Este señor tiene razón, alcalde. De todas formas, mejor se callen; me está jodiendo tanto misterio. Perdone usted, señorita.

— Desahóguese, sargento; es muy saludable —dije yo.

— Ya decía que el tema es sólo anecdótico para mí. De veras que no tiene importancia —dijo Miguel

— Ya me encargaré yo de saber quién se va de la lengua —dijo el alcalde.

— No tiene por qué preocuparse, alcalde; el bando de la discreción funciona de maravilla —dijo Miguel.

— ¿Qué?

— Nada. Es una forma de terminar esta conversación.

— Miren esos bloques, ¿no ven como la mitad de unos orificios?

— ¿Qué son, sargento?

— Ahí se introdujeron las cargas que acabaron con todo esto, y estos trozos de cable también son de lo mismo.

— ¿Cómo funciona el dispositivo? —preguntó Miguel.

— Sólo conozco los fundamentos más elementales; tenemos especialistas en estas cosas. Básicamente se trata de debilitar con pequeñas cargas los muros o pilares que sustentan el edificio para que se derrumbe por su propio peso. ¿No ha visto usted en la tele demoliciones controladas de grandes edificios?

— Sí, sí; pero no sabía como lo hacían. ¿Y para hacerlo por radio? Ese tema es frecuente, desgraciadamente, en nuestros días —dijo Miguel.

— Tiene usted razón; pero no seré yo el que lo comente. En cuanto a su pregunta, lamento no poderle responder de una forma técnica. Bueno; ya no queda mucho. El coche no aparece, por lo que podemos deducir que ese hombre se largó en él. Algo falla en los cálculos que ustedes me hicieron.

— Sí, debemos reconocerlo. Sentimos mucho el trajín en el que les hemos metido, también le incluyo a usted, alcalde —dijo Miguel.

— ¿Qué van a hacer ustedes ahora?

— Nos iremos, alcalde; para nosotros todo habrá terminado.

No entendí la estrategia de Miguel, si de alguna estrategia se trataba. El alcalde cambió de tono e hizo esfuerzos por parecer amable.

— ¿Van ustedes a seguir escribiendo sobre esto?

— Como usted sabe, aún no hemos escrito nada. Nos referiremos a la primera noticia que salió de agencia, para añadir una pequeña ampliación comentando esto que acabamos de presenciar; recordará usted que ese despacho de agencia no aclaraba si había habido o no víctimas. Todo quedará aclarado ahora.

— Vuelvan al pueblo en otra ocasión. Les mandaré la información que les prometí —dijo amistoso el alcalde

— Esperamos que si volvemos no nos mire usted con tanto recelo — dije yo.

— Uno tiene la obligación de velar por la tranquilidad de su pueblo. Es que ustedes, los periodistas, reconozca que siempre lían un poco las cosas.

— Tiene usted razón, alcalde; pero son más las veces que las desliamos —dijo Miguel.

— Me gustaría que quedáramos como amigos.

— Por mi parte no hay inconveniente, aunque eso de la amistad no depende sólo de un deseo. Si volvemos por aquí, haremos lo posible por hacer amistad —dijo Miguel.

— Sí, sí, claro.

— Sargento, tenemos que decir que nos llevamos una grata impresión por su comprensión y buena disposición , y les reitero que lamentamos el trabajo que les hemos dado —dijo Miguel.

— Nada de eso; yo también he aprendido algo: que para saber si hay algo en el puchero, ha de quitarse la tapadera; no basta con olerlo.

— Ese refrán mejora uno mio, sargento. Yo suelo decir que no se debe oler mal antes de destapar el tarro.

— Tampoco está mal, señorita. Pero los perros son los perros, y esta vez acertaron.

— ¡Luis, para ya! —gritó el alcalde.

Aún quedaban escombros por retirar. Mientras no se retirara todo, yo abrigaba una mínima esperanza. También empecé a tener un difuso presentimiento.

— Ya de puestos, yo quitaría todo; sólo llevaría una media hora más, y esto despejado queda mejor.

— Tiene razón, señorita; vale más traer la máquina. ¡Luis, sigue hasta quitar lo que queda! —dijo el alcalde

— ¿Qué van a hacer con la piscina? —pregunté yo.

— Ya veremos. Habrá que sacar los escombros a mano. Quizá se pueda reutilizar, aunque es muy pequeña para que la pueda utilizar el pueblo. Voy a

hablar con esos a ver si quieren ocuparse —dijo el alcalde, completamente integrado.

— Yo voy al coche para pedir novedades al cuartel —dijo el sargento.

— ¿Se marcha? —pregunté yo.

— No; tengo radio en el coche.

— Nosotros esperamos aquí —dije yo

Nos habíamos quedado solos.

— ¡Vaya fiasco, Pili! Y encima he tenido que soportar a ese cabrón y baboso de alcalde. ¡Que patada en los... le habría dado de buena gana !

— Admiro tu temple, aunque en algún momento pensé que la liabais.

— Esta profesión es de mucho temple y de bajarse los pantalones a menudo. El camarero lo definió pero que muy bien, seguro que fue él quien ordenó llevarle las verduras, quizá hasta gratis.

Decidí compartir una idea que se iba instalando en mi mente con fuerza.

— Miguel, deja eso ahora, quiero decirte algo para ver que opinas.

— ¿De qué se trata?

— Mientras vosotros hablabais o discutíais, vengo dándole vueltas a algo que no entiendo o que no le encuentro explicación. ¿Tú recuerdas el aspecto que tenía todo esto antes de comenzar la máquina a despejarlo?

— No comprendo a qué te refieres.

— El aspecto de esta tarta de escombros, ¿te parecía uniforme?

— Pues, sí...

— Quiero decir que si el nivel de los escombros mantenía una linea, más o menos previsible de una cosa que se derrumba sobre el suelo, ¿era así en este caso?

— Pues... sí, eso parecía.

— Ahora, supón que dentro de la casa hay un sótano que con el peso de los escombros se hunde, ¿cómo hubieran aparecido los escombros, quiero decir, el nivel de los escombros justamente en ese lugar? ¿No habría aparecido una depresión, por ocupar justamente los escombros el espacio de ese sótano?

— Pues sí; pero ya hemos visto que no había sótano...¡Calla, la piscina!

— Ahí quería llegar. La piscina es como un sótano, pero sin techo, y aparentemente está llena de escombros, pero sin dejar la depresión que se podía esperar.

— Una reflexión muy justa, Pili; pero... ¡Claro, ya está! Si no había depresión, quiere ello decir que algo rellenaba previamente la piscina... ¡El coche, maldita sea!

— Eso es lo que yo pienso, pero no me atrevía a exponerlo en público.

Y llegó mi turno de estar satisfecha.

— ¡Eres fantástica, chica, genial!

— Hombre, algo tenía que aportar yo.

— ¿Cómo le decimos a estos lo que se te ha ocurrido?

— Quizá sigan vaciando la piscina a mano; el alcalde está hablando de eso con aquellos.

— Esperemos a ver lo que han decidido, aunque eso de vaciarla a mano ha de llevar mucho tiempo. Pero no comentemos de momento lo que pensamos. Ya vuelve.

— Ya nos podemos ...—dijo el alcalde.

Le interrumpió Miguel.

— Alcalde, ¿no van a limpiar la piscina? —peguntó Miguel.

— Sí; pero no ahora. He hablado con ellos, y están de acuerdo en venir mañana; necesitan palas, picos, carrillos y, sobre todo, barras para utilizarlas como palancas.

Regresó el sargento. Preguntó.

— ¿Nos vamos?

— Sargento, consideramos muy importante vaciar la piscina —dijo Miguel.

— ¿Por qué lo consideran muy importante? ¿Otra intuición?

— El coche podría estar en la piscina —dije yo sin dudarlo.

— ¡El coche! ¿Qué coche? —preguntó atónito el alcalde.

Dejé que Miguel expusiera mi hipótesis.

— Verá, alcalde: nosotros buscamos una persona enterrada aquí, y si la buscamos es porque nadie vio salir el coche que usaba el propietario. Si el coche no está aquí, tampoco está su dueño. Pero si el coche está aquí, el dueño está en alguna parte, y no muy lejos.

— ¿Y dónde diablos está el coche? Yo no lo veo por ninguna parte.

— Mi compañera y yo pensamos que puede estar enterrado en la piscina.

— ¿Y cómo va a estar el coche en la piscina? ¿Es ese un lugar para aparcar un coche?

— Para aparcarlo no; pero si para tirarlo. Ya sólo cabe esa posibilidad, y lo pensamos por una razón: si la piscina hubiese estado vacía, en ese lugar los escombros habrían dejado una depresión al ser tragados por el hueco de la misma, y si recuerdan, esa depresión no existía antes de empezar a limpiar este lugar; el nivel de los escombros era bastante uniforme, como una tarta.

El sargento había permanecido muy atento, pero sin intervenir hasta entonces.

— Es bastante lógico lo que dicen, alcalde, a mí no se me hubiera ocurrido —dijo el sargento.

— Confieso que visto así... —vaciló el alcalde.

— Se debería limpiar la piscina —dije yo.

— Ya he dicho que mañana vienen a limpiarla —dijo el alcalde.

— ¿Y se van ustedes tranquilos, y con esa duda esperando a mañana? —pregunté yo.

— Yo no, y también opino que debemos acabar con esto sin dejar atrás ningún cabo suelto —dijo el sargento.

— Pero sargento, esos hombres no tienen herramientas —dijo el alcalde.

— Que lo haga la máquina.

— Ya vio lo que dijo Luis, la máquina no puede hacerlo.

— Esperen un momento. ¿Puedo llamar al maquinista? —preguntó Miguel.

— Hágalo —dijo el sargento..

— ¡Oiga, Luis!, ¿puede venir un momento? —llamó Miguel.

— ¿Qué se le ha ocurrido? —preguntó el sargento.

— Ahora verá.

— ¿Digan?

— Vamos a ver, Luis: ¿cómo se podría limpiar la piscina con la máquina?

— Ya les dije que era difícil; los cascotes encajonados la máquina no los pilla.

— Me he fijado como trabaja la máquina y he visto que la pala necesita que sus dientes penetren a ras del suelo, para no tropezar.

— Así es.

— Y si busca usted el suelo de la piscina, ¿tendría mucha dificultad?

— Para eso habría que destruir una de sus paredes. Si se arranca desde unos metros atrás del lugar menos profundo, se puede ir buscando el fondo; así puede que sí.

— ¿Van ustedes a cargarse la piscina? —preguntó alarmado el alcalde.

— No queda más remedio, alcalde, a no ser que prefiera usted esperar a mañana.

— No, no. También costaría más caro. Este asunto me está trastornando. Hagan lo que quieran.

— Puede usted empezar, Luis.

— Sí, sargento. ¿Por dónde empiezo? ¿Saben cual es el lado menos profundo?

— Espere que echemos un vistazo —dijo el sargento.

— Sargento, quizá tengamos suerte si hacemos lo siguiente: que la máquina se ponga en un lateral y presione con la pala en el centro, desde un lado al otro —dijo Miguel.

— ¿Qué piensa conseguir con eso?

— No lo sé. Supongo que allí donde supuestamente esté el coche, los cascotes cederán a la presión de la pala, con poco que cedan será suficiente. Puede que las ruedas no hayan reventado y hagan de muelle. No lleva mucho tiempo probar.

— ¿Ha entendido?

— Sí, sargento.

— Pues adelante, y haga lo que este hombre ha dicho.

— Si hubiera tenido escalera metálica, los agujeros para anclarla estarían en el lado menos profundo; pero no se ve nada de eso por aquí — dijo Miguel.

— Quizá tuviera una escalera de obra interior —aventuró el alcalde.

— Así es, alcalde, pero no se puede ver; todo está muy compacto — dijo Miguel.

— Por aquí los cascotes no ceden nada —dijo el maquinista.

— Siga, Luis; metro a metro, y de un lado al otro —dijo Miguel.

— Miren esto.

— ¿Qué es, sargento? —preguntó Miguel.

— Cables; puntas de cable como los que encontramos antes cerca de los agujeros de las cargas.

— ¿Y ...?

— Que salen de la piscina.

— ¿Se le ocurre algo?

— Es extraño que salgan de ahí; el techo de la casa no necesitaba cargas, porque se cae por sí mismo.

— Quizá los arrastró la máquina.

— Están bien agarrados, mire. Yo creo que salen de dentro de la piscina.

— Pues yo no puedo aportar ninguna idea.

— Puede que el sistema de activación estuviera ahí dentro, en la piscina.

— Es una buena hipótesis, alcalde.

— ¿Notan algo? Es mejor que observen ustedes; yo desde la cabina no puedo apreciar.

— De acuerdo, ya miro.

— Ahí está firme.

— Tampoco ahí parece que ceda.

— Esperen un momento. Luis, ¿tiene una pala? —preguntó el alcalde.

— Sí, espere... Tenga.

— Tú, cógela y ven —ordenó a un operario el alcalde.

— ¿Qué va a hacer? —preguntó el sargento.

— Ver donde están los filtros de superficie.

— ¿Y eso que es?

— Por donde entra el agua de la superficie para pasar a la depuradora; se colocan generalmente en el lado más profundo

— Muy bien; mire a ver si los encuentra.

— Limpia aquí todo este pasillo. Usted, Luis, siga con lo suyo — ordenó el alcalde.

— A ver si de una forma o de otra...

— Por aquí no se ve nada.

— Vamos al otro lado, aunque quizá no tenga, al ser una piscina cubierta —apuntó el alcalde.

— ¡Miguel, ven un momento!

— ¿Qué hay, Pili?

Yo había observado unas muescas en el pasillo de la piscina.

— Esta marca..., ¿la puede hacer la máquina?

— A ver... Está muy sucio, espera...

— Con la piedra no la limpias.

— Sí, podría ser ser una rayadura de los dientes de la máquina.

Miguel se inclinó y comenzó a soplar.

— ¿Qué haces?

— Soplar el polvo... En esta marca hay restos de pintura...

— Los dientes de la máquina no tienen pintura.

— ¡Sargento! ¡Alcalde! —llamó Miguel a gritos.

— ¿Qué pasa? —preguntó el sargento.

— Vengan aquí, por favor.

— ¿Han encontrado algo?

— ¿Ven estas muescas aquí?

— Sí.

— La máquina no pudo dejar estos restos de pintura.

— ¿Y qué?

— Que si no me equivoco, bien las pudo dejar el coche al caer empujado por aquí, y si cayó por aquí, la parte de atrás del coche rozó con este borde; me refiero a que los bajos del coche chocaron aquí antes de caer al fondo. ¿Saben de qué color era el coche?

— Creo que azul metalizado —dijo el alcalde.

— No parece azul.

— Puede que lo que se ve sea la imprimación del coche —dijo Miguel.

— ¿Oigan, que hago yo?

— Espere un momento, Luis —ordenó el alcalde.

— Si el coche entro por aquí, tiene que estar más o menos allí, que es la parte más profunda —dijo Miguel.

— Pudo tirarlo por el lado más profundo —dije yo.

— Me extrañaría; el coche podía no quedar bien situado. En fin, sólo es una pequeña evidencia —dijo Miguel.

— Entonces, que Luis se vaya al otro lado y haga lo mismo que estaba haciendo —dijo el sargento.

— De acuerdo —dijo Miguel.

— Luis, sitúate en ese otro lado y haz lo mismo —ordenó el alcalde.

— Vamos nosotros a observar —dijo el sargento.

— Dele a la pala la máxima presión —dijo el alcalde.

— Ya lo hago.

— ¿Notan algo? —preguntó el maquinista.

— No. Siga poco a poco hacia el final —dijo Miguel.

— Me ha parecido que ahí cedía un poco —dije yo.

— A ver. Vuelva a presionar ahí —dijo el sargento.

— Insisto que ahí ceden los escombros, ¿ustedes no lo aprecian? —dije yo, convencida.

— Voy a intentarlo de otra forma; daré vuelta a la pala y empujaré con los dientes...

— ¡Ceden! —grité yo.

— Ahora también yo lo he visto —dijo Miguel.

— Desplace un poco la pala hacia el final y haga lo mismo... Eso es, ahí....ceden, seguro —dijo el sargento.

— ¿Usted cree que es porque está ahí el coche? —preguntó el alcalde.

— Aseguraría que sí, alcalde, aunque bien pudiera ser otra cosa flexible.

— Entonces hemos de suponer que esa es la zona más honda de la piscina...

— Exacto. Y aquel lado el menos profundo —concluyó Miguel.

— Pues Luis, vete al otro lado y haz la operación que dijiste.

— Ahora mismo, sargento.

— Yo no lo he visto tan claro.

— Ahí hay algo, alcalde, y vamos ver lo que es —dijo Miguel.

— De nada vale que yo opine.

— ¿Quiere que lo dejemos? —preguntó Miguel.

— Ya de puestos...Aunque la piscina...

— Pues adelante, terminemos de una vez —dijo el sargento.

— Cualquier otra cosa, un colchón, un mueble no habrían resistido el peso sin aplastarse completamente, sólo un coche parece tener resistencia suficiente; las ruedas amortiguan ... —dijo Miguel.

— Sería usted un buen policía.

— Poco mérito tengo yo, sargento; todo se lo debemos a mi compañera.

— No quiero darlo por seguro que esté ahí el coche; pero si está, ese tío estaba completamente chiflado; ¿cómo se le pudo ocurrir esto?

— Yo no creo que estuviera chiflado, sargento. Todo parece distinto a lo que nosotros hubiéramos hecho. La mente de ese hombre trabajaba libre de esquemas, libre de reglas; ese hombre era diferente.

— No entiendo mucho lo que dice; pero para terminar así, prefiero no ser diferente.

— Están vendiendo la piel antes de cazar el oso; puede que ahí no esté —dijo el alcalde.

— De momento estamos buscando un coche, alcalde —dijo el sargento.

— Parece como si desearan encontrarlo.

— Yo no, alcalde; buen follón me espera.

— Es un caso interesante para su profesión, sargento.

— Déjese de bromas. Ya le dije lo que yo sacaría de esto.

— Complicará todo, desde luego.

— Pero antes o después lo habrían encontrado —dije yo.

— Eso sí. Bueno; ya veremos.

— Como todos los sucesos trágicos, se hablará de ello algún tiempo y luego se olvidará —dijo Miguel.

— ¿Se puede saber si estaba loco después de muerto?

— No lo creo, alcalde... —dijo Miguel.

— Sí, esta es la parte menos profunda de la piscina; sólo tiene un metro, más o menos —dijo el maquinista.

— Muy bien, Luis; adelante —dijo el sargento.

— ¿Qué me decía usted? —preguntó el alcalde.

— Sí; le decía que no creía que eso se pudiera averiguar después de muerta una persona. Yo nunca escuché de ningún suicida que estuviera loco;

me refiero como resultado de practicarle la autopsia, otra cosa serían los testimonios. Mirarán si estaba drogado, quizá si tenía alguna enfermedad terminal o dolorosa; cualquier cosa que pueda explicar su decisión. Los que no se suicidan necesitan una explicación a una decisión de esa naturaleza. La verdad es que yo creo que el suicida es suicida por dos únicas razones sucesivas: por un acto de reflexión profunda y por una voluntad de hacerlo.

— Entonces, todo lo que hiciera antes, no se podrá decir que lo hizo porque estaba loco, ¿es así?

— Entiendo qué es lo que le preocupa, alcalde. No. Por lo que llevamos conocido, no parece que se pueda decir que ese hombre estaba loco, y cuesta comprenderlo; pero yo no veo la posibilidad de que nadie pueda demostrarlo , los que lo conocieron podrán dar testimonio de lo que digo; ellos están en que se trataba de un gran hombre.

— ¿Qué te hace pensar que no lo hizo como resultado de una situación límite? —pregunté yo.

— Pili, si se confirma lo que esperamos, será un monumento a la premeditación, el paradigma del suicidio como final de un trayecto que ese hombre ya vislumbró al final del camino. Los que se suicidan por padecer una situación límite, lo hacen de forma vulgar; se tiran de una azotea, se cortan las venas...

— Caben otras posibilidades: lo pudieron asesinar, y luego organizar todo esto para ocultarlo.

— Puede ser, sargento. Su racionalidad le daría la razón en muchos otros casos, no creo que en este.

— Si está muerto, casi prefiero que sea por suicidio; habrá menos investigación y menos papeleo.

— Desde luego, no creo que nadie se tome muchas molestias por un suicida.

— Ustedes tendrían poco que contar.

— Poco, alcalde. Siempre nos queda la posibilidad de contar su vida... o imaginarla.

— Eso es peligroso.

— Diga usted, más bien, difícil, alcalde. Hay que tener una mentalidad imaginativa como la de ese hombre.

— ¿Cómo va eso, Luis? —preguntó el sargento.

— Aquí parece que se agarra la pala, sargento, voy a intentar levantarla para ver de que se trata.

— ¡Venga!

— Parece que hay algo aquí, porque se mueven todos los escombros.

— ¡Tira para arriba!

— ¡El coche, el coche! —grité yo.

— ¿Donde está?

— Lo he visto, sargento, ahora un piedra lo esconde; pero al levantar he visto la chapa.

— ¿No serán tus ganas, Pili?

— Te aseguro que no, Miguel; está ahí.

— ¿Recuerda la piedra que lo tapaba? —preguntó el alcalde.

— Sí; aquella grande.

— Todas son grandes.

El sargento se fue hacia la piedra que yo había señalado.

— ¿Qué quiere usted hacer, sargento? —preguntó Miguel.

— Mover la piedra que dice su compañera para ver que hay debajo.

— No vale la pena; queremos el coche, no ver que está ahí. Luis debe seguir.

— Tiene razón —dijo Miguel.

— ¿Sigo?

— Sí, Luis — aprobó el sargento.

— Mire a ver si lo engancha y tire para atrás —sugirió el alcalde.

— Sera difícil, alcalde; esto no permite mucho juego a la pala.

— Inténtelo.

— Voy.

— En lugar de meter mucho la pala como para coger, métela menos y vuélvela hacia arriba... —dijo el alcalde.

— Creo que... dijo el maquinista.

— Arrastra algo, miren como se mueve todo...—dije yo

— ¡El coche!

— ¡El coche! ¡Será cabrón!

— ¡Magnífico, magnífico!

— No te exaltes, Miguel.

— ¡Hostia, como ha quedado!

— ¡Que lástima de coche!

— Retire esos escombros de encima; voy a inspeccionarlo —dijo el sargento.

— Sargento: por este lado ha quedado menos aplastado, podrá ver mejor su interior —dijo Miguel.

— Sí, pero quita primero esos cascotes de encima; se pueden caer y pillarme a mí debajo. Yo llevo una vida bastante arrastrada, pero no me quiero morir todavía.

— Lo más probable es que no quiera nunca, sargento —dije yo.

— ¡Pss!... Eso nunca se sabe. Bueno; está bien así.

— Ese hombre no puede estar ahí, ese hombre no pudo escoger esa forma de morir; enterrado vivo o mal herido... —dije yo

— Eso pienso yo, Pili; me defraudaría.

— No lo exaltes, Miguel; es un suicida.

— Ya hablaremos de eso.

— No; aquí no hay nadie —dijo el sargento.

— Tiene que estar en alguna parte, hemos de buscarlo —dijo Miguel.

— Usted tiene mucha imaginación, póngala a funcionar —dijo el sargento.

— Ahora no es cuestión de imaginación; se ha de emprender una búsqueda metódica.

— ¿Por dónde seguimos?

— De momento creo que se deben sacar todos los escombros de la piscina, y el coche, el coche también deberían sacarlo.

— Eso desde luego. Aprovecharemos que está aquí la máquina.

— Entonces, ¿sigo? —preguntó el maquinista.

— Sí, Luis. Despeja todo esto —ordenó el alcalde.

— Mira si puedes sacar el coche primero, que no se joda más; habrá que inspeccionarlo más a fondo.

— De acuerdo, sargento.

— Buena prueba de resistencia; está la estructura mejor de lo que cabía esperar.

— Como que es el mejor coche del mundo —dijo el alcalde.

— Las ruedas no están reventadas, un poco espatarradas sí —dijo el sargento.

— Pili, no me digas que no es una pasada el llevarse por delante todo lo que perteneció a uno.

— Eso es que no tienes desarrollado el instinto de paternidad.

— Aunque, pensándolo bien, puede que este tío indultara a algunas personas que le pertenecieron, ahí me falla un eslabón.

— Las personas no son muebles, Miguel.

— Cuando pierden su voluntad individual son peor que muebles, Pili.

— Aquí sale algo, ¿quieren mirar? —dijo el maquinista.

— Eso parece un gato hidráulico —dijo Miguel.

— ¿Qué hacía ahí ese gato? —preguntó el sargento.

— Se habrá salido del coche —respondió el alcalde.

— ¿Sigo?

— Sí, Luis —contestó el alcalde.

— ¿Les dice a ustedes algo?

— Nada, sargento.

— ¿Cuántas sorpresas nos tendrá preparadas este hijo de ...?

— Presiento que la última va a ser gorda —dijo Miguel

— Nunca pensé que me fuera a ocurrir nada parecido.

— Tampoco nosotros, sargento. Esto parece de novela.

— ¡Eh, aquí sale algo parecido! —exclamó el maquinista.

— ¿Otro gato?

— ¡Pero bueno!

— Sí, es otro gato, no hay duda.

— Te has quedado transpuesto, Miguel, ¿qué piensas?

— ¡Espera , Pili! Tengo algo en la cabeza ; pero...

—¿El qué?

— Ahí debe haber dos gatos más.

— ¿Dos gatos más? ¿Qué significa?

— ¿Más gatos, dice? No me joda, y diga lo que piensa —dijo el sargento.

— Vamos a ver, sargento: dos gatos no explican por qué están ahí, y, sobre todo, no explican lo que suponemos, pero cuatro gatos si pueden dar juego. Verá: con cuatro gatos se puede levantar el coche, y entre la altura del

coche y la que puede alcanzar con los gatos se llega casi a la parte alta de la piscina, con lo cual se ocupa casi todo el hueco de la misma; este hombre quiso hacer eso para despistarnos.

— ¿Usted cree que el pensó en nosotros?

— Creo que está jugando con nosotros.

— Otra vez tu imaginación calenturienta. Lo que dices no se sostiene, Miguel.

— Bueno; pero no hables tan alto, que se entere todo el mundo; si tú dudas de mi, ¿qué van a pensar los otros?

— Está bien.

— Pues me parece que le vamos ganando la partida —dijo el sargento.

— Puede que lo hiciera para tener espacio debajo del coche.

— Eso me parece mejor, señorita. Pero ¿para qué?

— Ya sale el coche, y parece que debajo no hay nada —dijo el alcalde.

— No se ve nada, no.

— ¡Vaya leche!

— ¡Allí, otro gato,allí!

— Va a tener usted razón.

— Ya sólo falta uno.

— Parece que ve usted a través de las piedras.

— Estamos acostumbrados a que las historias se nos muestren escondidas —se adelantó Miguel.

— Como a los policías.

— Como a los policías, sargento.

— Pues yo debería dedicarme a otra cosa; no se me ha ocurrido nada.

— Es cuestión de predisposición; usted no quería esta historia, nosotros sí.

— Será por eso... ¡Allí está el cuarto gato!

— ¿Cuál sería tu hipótesis, Pili?

— Te confieso que esperaba encontrarme a ese hombre debajo, ahora no sé que pensar. Parece demasiado elemental que todo ese montaje lo hiciera sólo para ocultar el coche. Lo de los gatos es bastante sofisticado, y debe tener otra explicación.

— ¿Les parece a ustedes bien así?

— Creo que sí, Luis.

— La máquina no puede hacer más.

— ¿Y ahora qué, hay que seguir cavando?

— Habrá que mirar por los alrededores, alcalde.

— Pues yo, con el permiso de ustedes, me voy a comer; se puede seguir por la tarde, ¿no?

— Creo que debemos irnos todos. Después de comer me traeré un par de números que nos ayuden a buscar. ¿Qué piensan hacer ustedes?

— También nos iremos, sargento.

— Pues hasta luego.

— No se queden aquí.

— Ya nos vamos, alcalde. Traiga picos y palas.

— Ya lo había pensado. Y un detector de cadáveres, señorita.

No soportaba que aquel individuo se hiciera el gracioso a mi costa. Iba decirle algo, pero el sargento salió en mi ayuda.

— Eso es una chorrada, alcalde; pero mire, me ha dado usted una idea: me traeré el perro.

— Es una buena idea, sargento; quizá lo tenga más fácil ahora —dijo Miguel.

— Nos vemos alrededor de las tres y media, ¿les parece?

— A las tres y media, sargento. Hasta luego —dije yo.

— Que borde es ese alcalde; ya está de nuevo nervioso.

— Ignóralo; en el fondo lo estamos utilizando.

— Es esa convicción la que me permite aguantarlo. Cuando llegue el momento me ocuparé de él.

— Es un pájaro menor, y cada vez estoy más convencida. Sólo le preocupa el dinero que está manejando de ese hombre.

— Olvidémonos de él. Pili, hemos llegado muy lejos, pero tengo la sensación de estar en el principio.

— ¿Dudas que esté aquí?

— No es eso. Ese bastardo, hijo de puta tiene que estar aquí; pero esa afirmación la hacemos con nuestra lógica, que no tiene por qué ser la de él. Cuanto más mi imaginación se acerca al personaje, más éste se me escapa.

— Creí que lo admirabas. Me alegro que comiences a considerarlo un ser normal.

— Ya te diré al final lo que opino de él. Sólo era un desahogo.

— Si quieres conduzco yo.

— Sí, aprovecharé para reflexionar. Y vámonos, que nos vea el alcalde machar. ¡El tío! A lo mejor pensaba que nos íbamos a quedar buscando cubiertos.

— ¡Qué mañana, Miguel!

— Han sido unas horas excitantes de verdad. La cosa empieza a ser lo que yo quería que fuese.

— O sea, que lo querías. Lo de vivir al borde del abismo, ¿es eso?

— Nosotros seguimos estando en tierra firme. Es ese individuo el que ya lo consiguió.

— Esa sensación se experimenta cuando lees la biografía de ciertos personajes.

— Lo que yo decía del carácter físico de la imaginación. Todo hace pensar que este hombre dejó las pistas necesarias para que otro escriba su biografía.

— Es un caso claro de egocentrismo, y además, macabro.

— Yo diría que egocentrismo sublimado. El ególatra clásico es un narcisista que gusta de mirarse en el espejo. Éste perfeccionó su autocomplacencia con su autodestrucción; a eso llamaría yo narcisismo sublimado.

Hasta aquí un extenso diálogo, discusión multilateral entre todos los personajes que intervinimos en las escenas de la Colina. Poco he suprimido y poco he añadido. Me pareció que el dramatismo quedaba explícito en la transcripción y también los matices complejos de los personajes que allí intervinieron. Me he planteado varias veces cómo evitar caer en un microfonismo no deseable ni justificable, pero cada palabra escuchada me pareció inevitable. Si yo hubiese añadido algo de narrativa pura, probablemente habría caído en un pecado mayor: habría subestimado la inteligencia de mi lector, quien, sin duda, habría considerado innecesaria una más prolija narración de los hechos que allí se sucedieron. Por otra parte, mis sensaciones, reflexiones o cualquier otra consideración personal, no podían ser otra cosa que las obvias y que cualquier persona habría sentido.

Me pareció que Miguel sentía una irresistible y reverencial admiración por aquel hombre. Ésta, sin duda, era enfermiza, pues tenía su origen en su imaginación; era Miguel mismo queriendo ser aquel hombre, quizá porque no podía serlo. A mí, con todo, si las cosas habían sucedido como Miguel imaginaba —y confieso que ya me costaba menos imaginarmelas yo misma — me producían una sensación de estar ante un hombre mezcla de histrión y de atormentado.

— Esa definición, ¿la has patentado? Que cosas dices, Miguel. Creo que estás sobrevalorándole. Yo creo que es más terrible que hermoso.

— Es hermoso, Pili. La muerte, cuando no se espera ni se desea es terrible; la muerte, cuando se instrumenta voluntariamente, es el acto más hermoso que un ser vivo puede acometer. Lo triste y trágico es ver que se acerca la muerte por las llamadas, hipócritamente, causas naturales, y te aferras a la mierda de vida que te queda, aún a sabiendas de que toca a su fin.

Me sonó bien lo dicho por Miguel, y era para mí una forma nueva de interpretar un cierto tipo de suicidio intelectual. Pero dudé que existiera más allá del puro ejercicio de reflexión, sin proyección práctica.

— Eso es apología del suicidio, y no otra cosa.

— Dame mejores razones, porque poner etiquetas es una hipocresía.

— Todos los seres vivos, son tus palabras, se aferran a la vida, aunque esta esté llena de miserias. Tú mismo me quisiste comer el coco explicándome el por qué eso era así.

— También te dije que eso era una facultad independiente del curso que toma la vida. El suicidio es exclusivo de mentes privilegiadas. Cuando se está persuadido de que la vida sólo es un tránsito al desorden, no debe ser difícil escapar al instinto de supervivencia.

Lo dicho: Miguel hablaba del suicidio, coincidente con el atípico suicida inteligente, incluso superhombre, decisión de un ser que está por encima de la máxima escala racional de los seres vivos; ¿un dios? Los dioses no se suicidan, sólo mueren a manos de otros dioses. Todo imaginación. El suicida, para mí, era un ser simplemente cobarde ante la vida.

— Es sólo un abuso del libre albedrío, puede que una cobardía. Sólo los seres humanos, alguno de ellos, cometen tal tropelía contra la naturaleza, no digo ya contra Dios, su creador, para no darte bazas.

— ¿Has oído esa historia de las ballenas — animales muy evolucionados —, y también de otros, que cuando se sienten viejas o heridas, quizá por otros motivos, también precipitan su final varándose en la playa?

Esa apelación de Miguel a ejemplos que efectivamente existían, me dejó algo desarmada de argumentos, pues me había puesto ante una cierta contradicción mía.

— Se trata, en todo caso, de animales irracionales. En fin... ¿Tú serías capaz... ?

— No lo sé, Pili; pero pienso en ello a menudo. Nada inmediato, claro está.

— Quizá pienses así porque ves lejos la toma en consideración. Lo tuyo es sólo una postura seudointelectual, disquisición metafísica, no sé como calificarla.

—Llámalo como quieras. Una decisión así no debe ser el resultado de un estado de ánimo, dolor o angustia. La reflexión profunda debe determinar una decisión así. Es entonces cuando el suicidio adquiere todo el valor de una gran y admirable decisión.

Miguel estaba resultando un dialéctico peligroso. Yo no me sentía preparada para contrargumentar, y empecé a sentir una cierta vacilación. Quise terminar con aquello.

— Deja el tema, no me asustes. Volvamos a lo que hemos dejado atrás y tratemos de descifrar las incógnitas que presenta.

— ¿Por cuál de ellas empezamos?

— Me desconcierta el tema de los gatos.

— Puede que tengas razón ; mi hipótesis no es muy consistente.

— Pero ¿por qué quiso levantar el coche ? ¿Qué pretendía con ello?

— Obviamente, tener espacio debajo, si no es por lo que yo decía.

— Pero ¿para qué?.

— Había cables que salían de la piscina, quizá estuvo previamente manipulando algo debajo del coche.

— Ese es un dato, y sobre él deberíamos pensar.

— Puede que utilizara la batería del coche para todo el artilugio explosivo.

— No se ha encontrado ningún mecanismo.

— Claro que el mecanismo debería estar al alcance de sus manos.

— El sólo necesitaba un interruptor. Pudo utilizar un mecanismo de relojería, y esperar.

— Descartado lo del mecanismo de relojería, Pili. No puedo pensar que un acto tan transcendente de su voluntad lo dejara al albur de un mecanismo de tiempo. Su mano, una decisión de su mente, y un resultado instantáneo, así debió ser.

— Eres terrible. Parece como si ya lo hubieras pensado para ti.

— ¿Por qué dices eso?

— Por la frialdad con que lo expones; yo ni siquiera lo pienso. Eres pura imaginación. Quizá te equivocaste cuando cifraste todo tu anhelo en la investigación.

— ¿En qué me equivoqué?

— Porque la investigación es lenta, objetiva, a veces frustrante, y tu mente tiene siempre prisa en llegar a conclusiones.

— Tendré que pensarlo. Tus reflexiones son siempre acertadas, menos cuando las usas como arma defensiva.

— ¿Qué hay de malo en eso?

— Nada, que entonces ya no es una reflexión; es tu derecho y punto.

— ¿Dónde estábamos? Con qué facilidad nos vamos por las ramas.

— Buscando un cadáver, Pili.

— No sabemos como se suicidó, y si utilizó la explosión para provocar también su muerte, tampoco sabemos como decidió ocultar sus restos... ¡Que horror, estoy empezando a hablar con la naturalidad de un forense!.

— Verás que es bueno hablar de la muerte con naturalidad.

— Hablemos de esta presunta muerte con lógica, deja la imaginación aparcada por un momento.

— Seguro que la mezcla de las dos dará resultados más positivos.

— Pero deja que tu imaginación se subordine a la lógica. Ahora, veamos: supongamos que ese hombre inteligente, que usó, como tú dices, de la premeditación para preparar su muerte, no pudo preparar un suicidio cruento, ni con incertidumbres sobre su resultado inmediato y sin error. Tuvo, por tanto, que ser un montaje sofisticado que le procurara una muerte rápida, segura y dulce. En segundo lugar, también debió pensar en la última morada con cierto detalle; nadie dejaría pasar ese tema pensando para sí mismo que el muerto al hoyo, eso está bien para los demás, por tanto, nada de tierra encima, y mucho menos cascotes de la casa...

— Todo eso está muy bien, y así debió ser. Esa es la lógica, pero la lógica no va más allá.

— También es de lógica que, si hasta el último instante su muerte dependía sólo de su voluntad, tuviera en sus manos los resortes para volverse atrás, si así lo decidía, por tanto, donde se encuentre debe ser un lugar con acceso reversible, es decir, que se pueda entrar y se pudiera salir de él.

— Eres fenomenal, creo habértelo dicho ya.

— No me reconozco a mí misma; que espanto de naturalidad.

Pero estaba satisfecha. Creo que lo mío no era intuición; la intuición prescinde del razonamiento y yo usaba éste como principal herramienta para llegar a conclusiones lógicas.

— Eso es que le vas perdiendo respeto a la muerte. ¿Qué más da de sí tu lógica?

— No es lo mismo escribir de crímenes que cometerlos.

— También eso es pura lógica. ¿Qué más?.

— Ahora está el asunto de los cables; de donde partan los cables, allí debería estar él.

— No; eso no es concluyente, aunque sea lógico; pudo utilizar una señal de radio.

— Sí, pudo; pero esas señales debieron ir a un receptor, una batería, un, yo qué sé, que finalmente se conectaba con los explosivos, y nada de eso se ha encontrado, a no ser que estén dentro del coche.

— Allí, al menos, debe haber una batería, si no la desmontó y se la llevó con él.

— Pudo hacerlo. Habrá que mirar mejor el coche. De todas formas, creo que debemos insistir en los cables. Si buscamos un hilo que nos lleve al ovillo, los cables son ese hilo que nos llevará al cadáver..., suponiendo que esté cadáver...

— Siempre es mejor que dar palos de ciego.

— Puede que el perro acierte esta vez.

— Se me había olvidado, pero seguro que ese tío pensó también en los perros, Pili.

— De la misma forma que lo sobrevaloras, rebajas tu fe en nuestras posibilidades.

— Es que ese tío yo no lo considero lógico, por eso tengo que imaginarlo para comprenderlo, esto no quiere decir que no acepte su reto.

— ¿Y cómo lo ves desde tu imaginación?

— He admitido inconsistente mi hipótesis sobre los gatos, y como la lógica se aplasta contra la evidencia de que allí no había nada debajo, mi imaginación me configura a ese hombre allí debajo.

— Pues materialízalo, si puedes, y asunto terminado. ¡Imaginación...!

— No tan deprisa, Pili, no la subestimes. Tú ya has terminado con tu método.

— ¿A dónde conduce el tuyo?

— Tengo un presentimiento, Pili. Cuando volvamos, empezaremos por limpiar bien el fondo de la piscina, justo debajo de donde estaba situado el coche puede que alguna fisura...

Di un respingo. De repente una idea se abrió paso en mi mente compartimentada. Miguel lo había imaginado; yo, sin embargo, seguí pensando que mi método deductivo habría llegado a la misma conclusión.

— ¡Una losa! Pero cómo no lo había pensado antes...

— Te lías con eso de la lógica, y te pierdes en la maraña de tus conclusiones.

— ¿Quieres decir que el método deductivo no me habría llevado al mismo resultado?

— Probablemente, sí. Lo que no sabremos es cuánta imaginación habrías intercalado en su camino. Pero no vayas a pensar que estoy enterrando la lógica como método; es la mezcla de las dos la que te puede llevar a los grandes descubrimientos.

Me pareció razonable su proposición.

— Ahora vamos a comer. Nada más llegar miraremos a fondo esa piscina.

— ¿Comer? ¿Tienes paciencia para ponerte a comer?

— ¿Qué quieres que hagamos?

— Ir allí y verificar lo que hemos pensado.

— No se moverá de allí, hombre.

— Te digo que quiero ir allí.

— ¡Vaya pataleta, niño! Reflexiona con lógica, sólo con lógica. Si nos vamos ahora allí, sólo conseguiremos indisponer al sargento y al alcalde, sobre todo al alcalde, el alcalde no es que nos importe mucho, pero sí el sargento; es nuestro aliado y debemos cuidarlo.

— De acuerdo, de acuerdo. Es cierto que el sargento nos será imprescindible en el futuro, con el descubrimiento no acabará todo; se iniciará un proceso que pasará por la policía...

— A eso me refería.

— Eso se llama complementarse; tú con tu lógica, yo con mi imaginación.

— Llámalo como quieras, pero parece que funciona.

— Mientras estemos juntos; yo, a solas, seré sólo imaginación...

— Pareces un robot programado para repetir esa palabra, ya me empieza a cansar.

— La pronunciaré sólo cuando sea imprescindible.

— Es que vaya tabarra que has cogido, chico.

— Y todo ha sido desde que vine aquí...

— No; ya le dabas vueltas a eso antes de venir. Si fuera una marca te ganarías una pasta.

— Deja de meterte conmigo, Pili. Tienes razón en lo del sargento, le robamos demasiado protagonismo y, como tú dices, está resultando imprescindible para nosotros, hemos de procurar que no que se sienta inútil a nuestro lado.

Me sentí no solamente útil, sino imprescindible para el buen resultado de nuestra investigación.

— Pues si puedes prescindir de la vanidad y de la impaciencia, hagamos como que no hemos pensado nada, y dejemos que tome alguna iniciativa.

— No podemos dejarlo solo; nunca llegaría a nuestra conclusión.

— No lo subestimes; puede que aporte algo mejor. El llevará un perro, que para estos casos puede resultar mejor que tu imaginación, ¡otra vez la dichosa palabra !

— Está bien lo del perro, pero a ese hombre lo sacas de buscar robagallinas y está perdido.

— Si el perro no funciona, tú le vas dando pistas para llevarlo a donde nosotros queremos.

— No tendré paciencia.

— Eso me lo creo. Otra forma de demostrar que eres un hombre con prisas.

— ¡Vale, coño! ¿Qué pasa con tu frialdad?

— Como nos complementamos, yo soy el refrigerante de esa olla a presión que es tu cabeza.

— Siempre terminas inapelable. Habrá que comprar una escoba; a nadie se le ocurrirá llevar una.

— Pues vamos a comprarla ahora, no vaya a ser que cierren.

Miguel me mostró la tienda que ya había visitado.

— Ahí, donde compraste el papel y los bolis.

— Sí, creo que tenían de todo.

— Se preguntarán para qué diablos queremos una escoba.

— Les diré que soy una bruja, y que la que tenía se me ha averiado.

— Fuera bromas; un poco bruja si que eres.

— Lo tomaré como un cumplido.

Cumplido que me llenó de satisfacción, porque ser diferente nos puede molestar o alagar; para un hombre una mujer algo bruja es...

— Aparca ahí.

— De acuerdo, jefe.

— ¡Déjate de coñas!

— Se nos ha olvidado una cámara.

— Yo llevo una instamatic en el coche; la que uso habitualmente la tengo reparando.

— Un periodista sin cámara es como...

— Una mujer sin bragas.

— Sí, eso iba a decir.

— ¿De veras?

— Vengo enseguida. Airéate.

— Espero.

Estas gilipolleces que tanto gustan a los hombres ni me hacían gracia ni me disgustaban. Procuraba seguirle la corriente y, si podía, ganarle en ingenio. Me fui a la tienda. Entre la oferta de escobas y escobillas para, supongo que limpiar los wáteres, elegí una de éstas.

...

...

— Aquí está.

— ¿No es muy pequeña?

— Lo he hecho a propósito. Esta valdrá. ¿Qué pensarían los otros si saco del coche una escoba grande?

— Muy sutil.

— Sospecharían que lo teníamos todo previsto.

— Me sorprendes a cada instante.

— Se me ocurrió de repente. En un principio pedí una escoba normal.

— No seas humilde; esos pequeños detalles tienen su mérito.

— Espero que ese tipo de méritos no me rehabiliten ante los hombres.

— Tú no necesitas rehabilitarte ante mí. Siempre con la sensibilidad a flor de piel.

— No lo tomes en cuenta.

— ¿Te has sentido alguna vez devaluada por mí?

Ciertamente, no. Miguel me había tratado exquisitamente en el plano profesional, y en cualquier otro había sido yo la que me había devaluado; pero eso podía tener remedio si, después de hacer un ejercicio de humildad, aprendía yo misma de mis propios errores.

— Anda, vamos a comer.

— De acuerdo. ¿Crees que en el pueblo sabrán ya lo sucedido?

— No lo creo; el alcalde ya habrá dado las correspondientes órdenes de silencio.

— Sí; me extrañaría que se hubiese descuidado en esta ocasión. Sentémonos aquí.

Nos sentamos en el restaurante de siempre. Enseguida nos atendió el camarero de siempre; bueno no el de siempre; en esta ocasión parecía afable y con ganas de ser amistoso con nosotros.

— ¡Hola señores! Parece que la estancia se alarga. ¿Van a comer?

— Pues sí. ¿Cómo van las cosas por aquí?

— Ni bien ni mal; como siempre. ¿Usted se llama Miguel Martín?

— Sí, ¿ocurre algo? ¿Quién le ha dicho mi nombre?

— Del hostal han traído una nota para usted, por si venían por aquí. Espere, ahora la traigo.

— ¿Qué mosca le ha picado a éste? Ahora parece más simpático —dijo Miguel.

— Puede que se haya enterado de lo que ha sucedido.

— ¿Y por qué eso le va a hacer cambiar?

— Si se complican las cosas, se complican para el alcalde; eso le debe alegrar. Puede que se alegre de que, finalmente, ese tío la haya palmado.

— Ya vuelve.

— Aquí tiene la nota. ¿Qué desean comer? Hoy tenemos arroz con conejo recién hecha.

— Muy bien. ¿Te apetece? —me preguntó Miguel.

— Sí, está bien.

— Traíganos ese arroz para los dos, y el vino de siempre.

— Y agua mineral, sin gas.

— Enseguida.

Pregunté.

— ¿Qué dice la nota?

— Que me ponga en contacto urgentemente con la redacción. Debí suponerlo. Voy a la cabina.

— No te cabrees.

— Nada de eso, esta vez el jefe tiene razón.

No temí por Miguel. Las cosas marchaban lo suficientemente bien como para hacer valer cualquier escusa ante el jefe.

...

...

— ¿Qué tal?

— Todo arreglado. Le he puesto los dientes largos, y me da vía libre para hacerlo a mi modo. Está contento de que estemos solos.

— La obsesión por las exclusivas.

— También se interesó por nuestra salud.

— ¿Estás de guasa? Si hizo eso es que estaba ironizando.

— También le pedí que lo que remitiéramos nos lo apuntara a los dos.

— Me enterneces.

Y me había enternecido. Era una asunción clara de que valoraba mi colaboración. Tenía una gran importancia para mí, porque había obviado mi condición de ser una aprendiz de periodista. Miguel se ratificó, después de una pequeña broma.

— Por favor, Pili, ahora no; sería una prueba muy dura. Fuera broma; es justo.

— Por nada permitiría que perdieras la ocasión de tu vida.

Llegó el camarero con dos platos humeantes.

— El arroz. Buen provecho —dijo el camarero y se retiró después.

— ¡Qué bien huele!

— Todavía me acuerdo de las criadillas.

— También deberías tener compasión del pobre conejito.

Yo lo dije inocentemente, sin ningún sentido festivo.

— Es distinto; un conejito...

— Calla, que no iba yo por ahí.

— Sea como quieres, querida, que no es propósito en mí, abrirte ninguna herida.

Miguel me sorprendía a cada momento; era un formidable improvisador.

— ¡Qué bonito!

— Entonces lo que he dicho es una mariconada; si hubieras dicho sublime...

— Es una sublime cursilería. Viniendo de ti no puede ser una mariconada.

— Licencias que me permito cuando estoy en confianza.

— ¿También tienes alma de poeta? Yo creo que no; los poetas sólo imaginan cosas bellas.

O eso me parecía a mí, antes de escuchar a Miguel.

— Los poetas son caóticos, yo soy caótico, ya creo haberlo dicho. En poesía no hay escuelas; se es poeta o no se es. Y eso de que sólo imaginan cosas bellas...

— Bueno; pues no te vayas a poner ahora en plan lírico. En estos momentos lo que mejor rima con conejo es arroz.

— Tú te lo pierdes. Siempre estas rechazando lo mejor de mí.

— De veras que no. Algún día te pediré que te desahogues y me cuentes tus intimidades por completo. Hasta ahora no te quejarás de ...

— Me consuela esa disposición tuya, pero eso de diferirla a algún día, me suena a rechazo para siempre.

— Quién sabe... ¿Te das cuenta de que siempre estamos hablando?

— Ya opiné sobre eso. Casémonos, y los silencios se instalarán entre nosotros.

— Entonces, mejor no casarnos.

— ¿Consentirías vivir siempre en pecado?

— Sólo estoy hablando de no casarnos.

— Ya. ¿Y de lo otro?

¿Qué podía decir yo?

— De lo otro nada; ya pactamos el ser amigos, sólo amigos.

Miguel no se puso a llorar, lo que, por otra parte, no habría sido creíble.

— Creo que debemos volver al asunto. ¿Dónde estábamos?

— De prefuneral, creo.

— Ese tío me fascina, Pili, cada vez más. Si no la caga al final, puede convertirse en un paradigma para mí ... Lo que le convierte en ser especial es su consciencia de ser intranscendente, que no es lo mismo que ser intrascendentemente inconsciente.

Me sonó a música celestial, pero me volvió a estremecer la posibilidad de que Miguel tuviera a un suicida como prototipo de hombre a imitar.

— Se necesita todo un tratado de filosofía para seguirte. ¡Uf!... Si no se hubiese suicidado, te parecería menos cosa, ¿ no ?

— No sería lo mismo, evidentemente. Todo sería un mero juego, un distraimiento de rico aburrido. Lo que le da verdadera dimensión es un final en suicidio, no lo dudes, Pili.

Pretendí trivializar sus palabras.

— Y tú, ¿por que no te suicidas para alcanzar esa gran dimensión? Vaya, contigo.

— Pili, a ver si consigo que me entiendas: estoy hablando de un suicidio, determinante final de un proceso vitalista agotado. Ese hombre era un estoico, no por haber leído a los estoicos, probablemente, sino porque lo llevaba en su naturaleza; era un sabio autosuficiente, de firmeza poco común. ¿Te aburro?

Mi problema era que Miguel siempre que parecía un pedante, hablaba en serio; sólo estando a su lado se podía percibir que hablaba en serio.

— No me aburres; me abrumas. Por primera vez oigo ensalzar al suicida. Siempre pensé que el suicida era un ser incapaz de sentirse integrado en la vida y sus miserias, y punto.

— Yo no me refiero a esos, creo habértelo explicado ya.

— Pues repito, yo no sabía que había otros.

— ¿Qué hora es?

— Tomamos café, y nos vamos.

— No deberíamos llegar los primeros.

— Primero querías llegar dos horas antes, ahora...

El camarero nos interrumpió. Habíamos comido como dos perros hambrientos; visto y no visto.

— ¿Les traigo café?; siempre lo toman. Si quieren una copa, invita la casa.

— ¿Qué quieres? —pregunté

— Lo mismo que tú.

— Sí, traiga dos cafés solos y dos "coñás ", ya que es tan amable.

— Con mucho gusto.

— Me gustaría saber por qué ha cambiado este tío. — dijo Miguel.

— Pregúntaselo.

— En estos momentos ese tema es secundario.

— No hay quien te entienda.

— Paga; ya es hora de podernos ir.

Llamé al camarero. Se acercó.

— ¿Cuánto es?

— Novecientas, señorita.

— Buen precio; ya quisiéramos en la ciudad...

— Es que es el plato del día, señorita.

— Está muy bien, gracias.

— Que ganas de joderme la digestión; eso del plato del día me persigue... —bromeó Miguel.

— ¡Ji, Ji! No me hagas reír, por favor. El otro era el plato de la casa.

— Tú ríete. Espero que el próximo no sea el plato de la abuelita.

— Ya ves, Miguel, que las personas no son lo que parecen a primera vista.

— Tan fingido lo fue entonces como lo es ahora; pero no importa. Anda, vámonos.

— Te tomas el café como si fuera el último trago.

— Trago amargo.

— ¿Te has preguntado quién podría ser ese hombre, su identidad, entorno a que pertenecía? ¿Es que nadie lo echó en falta durante dos años?

— Es muy fácil quitarse de en medio, y si se tiene pasta se borran hasta las huellas dactilares, Pili.

— Lo que parece evidente es que todo lo preparó con el conocimiento y colaboración de alguien...

— ¿Del abogado?

— A ese me refiero. Y del notario...

— Ese no; todo lo pudo hacer el abogado por mandato.

— Pero ese mandato lo tuvo que firmar.

— Eso sí; pero firmar un poder apenas deja rastro, ya que no precisa ser registrado en ningún registro público. Cualquiera sabe en que notaría lo hizo. Si tuviéramos acceso a esa escritura...

— Eso no es difícil. Te refieres a la escritura de cesión del terreno de la colina, ¿no?

— A esa me refiero.

— Cuando la registren. Primero se averigua el registro al que pertenece este pueblo...

— Dejemos eso ahora. Puede que ni figure...

Era frecuente que Miguel dejara traslucir un cierto abatimiento, que yo no sabía cómo interpretar.

— Te veo poco entusiasmado.

— ¿Es lo que parece? No; lo que pasa es que ya mi imaginación va por delante de los acontecimientos.

— Por tanto estás dejando de hacer periodismo y convirtiéndote en un fabulador.

— Tampoco es eso, en este instante.

— ¿Entonces, qué?

— Está emergiendo mi subconsciente más profundo. Algo de lo que no quisiera hablar en estos momentos.

Me pareció que Miguel hablaba de estar experimentando un cambio, quizá bajo el influjo de los acontecimientos vividos en aquel pueblo. No quise ni pensar que lo fuera por aquel hombre al que tanto parecía admirar.

— Parece muy serio lo que dices. Aunque cada vez te entiendo menos...

— Tiene que serlo; estoy hablando de mí.

Me quedé pensando, pero un coche nos seguía demasiado cerca y me desconecté.

— Creo que detrás de nosotros viene alguien —dije.

— Pararemos en el cruce y le dejamos que pase.

— Parece el coche del alcalde.

— Más razón para dejarlo pasar.

— Distingo cuatro personas en ese coche.

— Pues eso es una persona más que esta mañana.

— ¿Adivinas quién es la cuarta?

— El pelota que le ata los zapatos.

— Que poca imaginación.

— ¿Estás de cachondeo?

— Es el párroco.

— ¿El cura? ¿Qué viene a hacer el cura aquí?

— Se lo habrá contado el alcalde. Tratándose de un muerto, parece natural; vendrá a rezar por él. Parece que el alcalde ya lo da por hecho.

— Pues tendrá que rezar mucho; un suicida no se salva fácilmente.

— ¿Tú qué sabes de eso?

— Eso debe ser un pecado de los más gordos.

— Todos esos asuntos los tratas con sarcasmo.

— ¿Qué quieres que diga? Me parecería una farsa.

— El hace lo que debe, luego, Dios dispondrá.

— No se lo cree ni él.

— ¿También te imaginas lo que creen las personas?

— Allá tú.

— Para, y déjalos pasar. Me estoy poniendo nerviosa.

— Tranquilízate. Será más emocionante. A mí lo que me preocupa es que pueda influir en el sargento, si no es así, figúrate el cuadro: surrealista a tope.

— ¿Por qué habría de influir y en qué sentido?

— ¡Ah; los designios de Dios son inescrutables! Perdona, no quiero ofenderte.

— Eres un cínico. ¿Qué piensas?

— No pienso nada, te lo juro. Pronto lo sabremos... Pasen, pasen...

Miguel se echó a un lado del camino; el coche que nos seguía nos adelantó.

— El cura ha sonreído levemente, el alcalde ni siquiera ha mirado.

— Esperaremos un poco; les gustaría ahogarnos en polvo.

— Que manía...

— Mira la mierda que van dejando detrás de ellos.

— ¡Miguel!

— Tú piensa lo que quieras; estamos en un país libre..., por los cojones.

— ¿También eso?

— También. Eres libre de hacer lo que te digan, no lo que quieras; las normas...

— No entiendo bien la diferencia, a no ser que seas un anarquista. Ahora ten cuidado como te comportas, esta mañana lo hiciste muy bien; dijiste lo que tenías que decir y te callaste lo que debías, y funcionó.

— Sí, mujer. Ya veremos como se comportan ellos. Creo que el sargento viene detrás, ya sólo falta la maestra.

— ¿Crees que la maestra vendrá?

— Todos los personajes en busca de su autor...

— ¡Calla, que ya estoy bastante preocupada!

— Te arrastro al abismo.

— Algo de eso.

— Pues anímate; en el fondo está la luz.

Y estaba ya ante el abismo. Quería saber y prefería ignorar; esa paradoja que sólo tirándose al vacio se despeja diáfana.

— Preferiría que te callaras.

— Ni una palabra más. Ha quedado una plataforma impresionante, se podría construir una plaza de toros.

— Un castillo; un castillo iría muy bien aquí.

— Están mirando el coche, ¿qué estarán pensando?

— Para aquí.

— Está bien; así podremos salir antes.

— ¡Hola! Hola, padre —saludé.

El cura nos miró con frialdad. Enseguida intuí que aquel paso que habíamos dado en nuestra investigación resultaba incómodo a nuestro amigo; pero no pude profundizar en la razón.

— Hola. Parece que su persistencia les está dando frutos.

— De momento sólo son intuiciones. Puede que estemos en el final de esta historia.

— Sería un trágico final, Pilar. Me cuesta creerlo.

— Desde luego, habrá que verlo para creerlo.

— No le esperábamos por aquí —dijo Miguel.

— Me lo dijo el alcalde. No vengo como curioso. Si aquí ha sucedido lo que ustedes suponen, es mi deber de sacerdote pedir al Señor por el alma de este hombre, esto lo entiende usted, Pilar, ¿verdad?

De los dos yo era la creyente que debía entender su misión; no lo tuve claro.

— Claro, padre.

— ¿Esperaba usted una decisión así? —preguntó Miguel.

— Miguel, ¿cómo habría yo de pensar algo así?

— No digo pensar, sino esperar. Usted era su confesor. Pudo anticiparle sus intenciones.

— No veo la manera de que usted entienda lo que significa ese sagrado ministerio. Podemos conocer parte de la mente humana; pero un acto así forma parte de los enigmas del ser humano, y sólo Dios los conoce. Aún en el supuesto de que alguien anticipe un deseo de esa naturaleza, nuestro deber de sacerdotes no debe pasar de intentar corregir el deseo, y no especular sobre la voluntad de realizarlo.

En aquel momento, tenso momento, llegó el sargento.

— ¡Hola, sargento! —saludó Miguel.

— Hola, señores. ¿Algo nuevo?

— Acabamos de llegar, le esperábamos.

— Está bien, manos a la obra. Vamos a peinar esta plataforma, mande que su gente lo haga en esta zona, yo mandaré a los míos por las laderas. ¿Han traído picos y palas?

— Sí, y alguna barra —dijo el alcalde.

— Pues vayan golpeando el suelo y avisen si encuentran algo extraño.

— ¿Como cemento o sonido a hueco? —pregunté yo, con la intención de ver si el sargento había llegado a nuestra conclusión.

— Eso he estado pensando mientras comía.

— Pues es una buena idea, sargento; en el único lugar que puede estar es en el suelo —dije yo para ir orientando la búsqueda hacia nuestro objetivo.

— Ustedes hagan lo que gusten, yo voy a inspeccionar mejor el coche, por si hay documentación o algún otro indicio.

— ¿Le podemos acompañar? —preguntó Miguel.

— Está bien; cuatro ojos ven más que dos.

— Yo poco puedo hacer, permaneceré aquí a la espera —dijo el cura.

— Como quiera.

— Yo también me quedo con el padre —dijo el alcalde.

— Lo que gusten.

Pendiente del cura, escuché lo que Miguel y el sargento hablaban.

— Entonces, sargento, ¿usted cree que puede haber un sótano? — preguntó Miguel.

— No he pensado en otra cosa. ¿Dónde cojones, si no?

— Le confesamos que también nosotros hemos pensado en algo parecido.

— Vamos a ver qué hay en el coche.

— Puede que se encuentre su documentación; sería interesante conocer su identidad.

— Parece que por aquí se llega a la guantera; la puerta no hay quién la abra.

— Yo no creo que haya nada ahí; no creo que lo dejara tan fácil.

— Aquí no hay nada..., aquí..., tampoco...

— Mire, sargento: aquí hay unos cables que salen del coche, y son como los hallados en otros lugares.

— A ver... Sí; son los mismos, y salen del motor. ¡La batería! ¡Uso la batería del coche para activar las cargas!

— ¿Es posible?

— Estoy seguro. Hay que abrir el capó y comprobarlo. ¡Eh, tú, trae la barra!

— Parece que lo tiene más cerca, sargento.

— Lo que interesa ahora es encontrar el conmutador; donde se encuentre el conmutador, allí estará él.

— Nosotros hemos pensado en un radio receptor.

— Sí, podría ser. Abre ese capó.

— Sí, mi sargento.

— Pero si usó radio receptor, puede que no esté por aquí.

— Así es, sargento. También nosotros hemos pensado en eso.

— Bueno; iremos por pasos; no se puede hacer todo al mismo tiempo.

— Tiene razón , sargento.

— ¿Puedes? Esos cables están conectados a la batería, seguro.

— Si el dispositivo fue manual, el no debe estar lejos.

— Exacto. Y los cables nos llevarán al escondite.

— ¡Ya está!

— Déjame ver... ¿ Lo ven ? Ahí están los cables, y conectados a la batería.

— Magnífico, sargento.

— Ahora hay que buscar puntas de cable como este.

— ¿No lo habremos enterrado dos veces? Me refiero a los escombros que hemos tirado por la ladera...

— Eso sería mala suerte. Si fuera necesario, volveríamos a quitar esos escombros.

— Nosotros vamos a mirar por este lado, sargento.

Miguel me hizo señas de que me acercara.

— Oye, Pili: ¿no le estamos dando demasiada cuerda al sargento? Él se lo está creyendo. Deberíamos ir al grano.

— Unos minutos más, ten paciencia. Déjalo que se anime solo. Si vamos a la piscina, luego supondrá que ya lo sabíamos, y pensará que le hemos estado tomando el pelo.

— Tampoco se pierde nada mirando primero por aquí; pero unos minutos más, solamente.

— El cura y el alcalde no paran de hablar.

— Podían ayudar, ¿no?

— Estarían felices no encontrando nada. Tú a lo tuyo.

— O sea, que piensas que tienen algo que ocultar, ¿es eso?

— Puede que sólo sea el dinero lo que les preocupa.

— Estoy de acuerdo en eso referido al alcalde; pero al cura...

— Sigue buscando.

— Vamos hacia la piscina.

— Tranquilo, hombre, que nosotros tampoco estamos seguros.

— ¡Maldita sea, si no está ahí me la corto!

— No te cortarás nada.

— Esta actitud de disimulo es una estupidez. Ahí viene el cura...

— ¿Que sistema siguen ustedes? —preguntó el cura.

—Ya sabemos que ha utilizado la batería del coche para activar las cargas. Ahora buscamos cables, Padre —dije yo.

— ¿Y qué les pueden decir unos cables?

— Pensamos que los cables nos pueden llevar a él. Ese hombre debe estar al otro lado de unos cables que le permitieron activar las cargas —dijo Miguel.

— Dios lo quiera, que no sea como vosotros querríais. Insisto en tutearos.

— Hágalo, si lo prefiere. Lo pensamos; pero no lo queremos —dijo Miguel

— Claro, claro. No acabo de entender el entusiasmo periodístico que despiertan estos casos trágicos.

— Tampoco se trata de entusiasmo, sino de interés. Por cierto, Pili, ¿no dijo el sargento que iba a traer el perro?

— Pues, no sé qué habrá pasado.

— ¡Sargento! ¿Y el perro?

— Se lo había llevado la pareja de correrías. Pero si no encontramos nada ahora, ya nos pasaremos con él en otro momento.

— ¿A ustedes no les atrae la búsqueda? —preguntó Miguel, dirigiéndose al cura y al alcalde.

— A mi no, desde luego; son ustedes los que buscan —contestó seco el alcalde.

— ¿Y a usted, digo, a ti, Don Mateo? —preguntó Miguel.

— Sólo Mateo, Miguel; el don me hace viejo.

— Eso es una vanidad que no esperaba de ti.

— ¿A ti te parezco viejo?

— No; no lo eres.

— Pues entonces hazme justicia,

— Eres mayor que yo, en todo caso.

— Pero el don establece también un trato jerárquico que entre tú y yo no existe.

— Eres sacerdote.

— Supongo que no llamaras don a todos los zapateros, por el hecho de ser zapateros.

— ¡Hombre, no compares!

— Habíamos quedado en tutearnos y no hay más que hablar

— ¿Y a usted, alcalde?

— Nosotros no hemos comido nunca juntos.

— Eso es hablar claro, si señor. ¿Ve usted como la amistad no se establece por deseo?

Mi misión era estar de apaga —fuegos.

— Vamos a seguir, Miguel.

— Nosotros seguiremos observando, si no os importa —dijo Mateo.

— Claro. Ya iremos contando lo que vayamos encontrando —dijo Miguel.

— Tengo que atarte corto —le dije a Miguel cuando nos habíamos alejado.

— El sargento viene...—advirtió Miguel

— ¿Se encuentra algo, sargento? —pregunté.

— Nada anormal. Queda algo en las laderas por mirar.

— ¿Han mirado en la piscina? —preguntó Miguel, impaciente.

— ¿Y qué vamos a encontrar en la piscina? Usted ve que está vacía.

— Yo echaré un vistazo, más que nada porque no quede nada sin mirar.

— Hágalo si quiere; pero...

— Sólo para que no quede duda.

Acompañé a Miguel.

— Te acompaño, Miguel. No es un monumento al disimulo, pero parece que no se ha extrañado.

— Vamos.

Pensé que sería mejor quedarme y controlar al alcalde y al cura.

— Quizá me debo quedar, así desconfiarán menos.

— Haz lo que quieras. No sé para qué leches tantas prevenciones.

Mateo se dirigió a mí cuando me hube acercado.

— Como periodistas, ¿no encontráis fuera de lugar ese afán de buscar un cadáver? Eso parece más propio de la policía —dijo Mateo.

— Es cosa de la policía el encontrarlo, desde luego; pero la nuestra es contarlo. Sólo pretendemos finalizar esta historia, Padre. Mientras quede esta incógnita, el relato no quedará completo.

— No me llames Padre, Pilar; esos tratamientos están ya superados.

— De acuerdo; así lo haré.

— Y ese relato de que hablas, ¿se ajustará a los hechos? Perdona, no es que desconfíe, me preocupa como al alcalde que esto tome un giro indeseado.

— Lo que salga en el periódico se ajustará a los hechos conocidos. Hubiéramos querido saber algo más; pero tú ya sabes por qué eso no ha sido posible. Supongo que si se encuentra el cadáver de ese hombre, todo habrá terminado.

— Mejor así, Pilar. Por más que comprenda la curiosidad humana, es más importante el derecho a la intimidad.

— Yo lo comprendo. Aunque me extraña que a esto lo llames un acto de intimidad.

Se oyó la voz de Miguel que llamaba.

— ¡Sargento!

— ¿Qué hay?

— ¿Puede usted venir? Tú también, Pili.

— Ya voy.

— Le acompaño. ¿Viene usted? —preguntó Mateo al alcalde.

— Iré, para que no digan.

— ¿Ha encontrado algo? —preguntó el sargento.

— Restos de cable; restos de cable que parecen salir del suelo, vea como están firmes.Se necesita una pala para retirar toda esta costra de tierra prensada por la máquina. —dijo Miguel, preso de excitación.

— ¡Oye tú, trae la pala! —ordenó el sargento.

— ¿A dónde van esos cables? Deben estar cogidos por la tierra —dije yo, también excitada interiormente y tratando de disimular lo que ya resultaba evidente..

— Ahora lo sabremos —dijo Miguel.

— Limpia alrededor de esos cables, con cuidado de no partirlos — ordenó el sargento.

— Es algo difícil —dijo el operario.

— ¡Limpia, coño! —exclamó el sargento.

— Sargento: modere su lenguaje; hay aquí una señorita —dijo Mateo.

— Disculpe, señorita, y usted, don Mateo.

— Por mí no se preocupe; las mujeres tenemos la misma morfología en los oídos.

— Aprovechas todas las ocasiones, Pili.

Miguel tenía razón. Mi observación había sido extemporánea.

— Ese cable parece que penetra a través de un orificio. ¡Sopla alrededor!...Eso es...Sí, entran hacia dentro.

— También aparece ahí un ranura, ahí continua una ranura, ¿la ven?

— Sigue limpiando. Haría falta una escoba. ¿Han traído una escoba?.

— Nosotros no, sargento —dijo el alcalde.

— Yo tengo una en el coche, es pequeña, pero valdrá, voy a por ella — dijo Miguel, apresurado.

— Deja que vaya yo, Miguel.

— Está en el porta maletas.Toma las llaves.

Según iba hacia el coche estaba pendiente de lo que se decía detrás de mí.

— Tú sigue limpiando lo que puedas.

— Sí, mi sargento.

— Creo que hemos dado con algo.

— Yo también lo creo, sargento.

— ¿Cómo pudo pensar en este lugar?

— Por eso levantó el coche con los gatos, para tener espacio donde moverse.

— Cierto.

Volví.

— Aquí tiene la escobilla.

— Limpia bien todo eso. Tú sigue con la pala, y tú barriendo detrás.

— Aquí la junta termina...; no, va hacia la derecha.

— Sigue esa junta.

— Si no me equivoco, ahí hay una losa.

— ¡Joder, vaya historia! Esto lo veo en televisión, y seguro que digo que esas cosas no ocurren en la vida real.

— Casi todo lo que se puede imaginar se puede hacer, sargento.

— Pero no todo lo que se puede, se debe, Miguel.

— Me refería a la capacidad de hacerlo, Mateo, el que sea lícito o no, eso ya es otra cosa.

— ¿Crees lícito suicidarse

— Depende. Sólo cuando las consecuencias incumben al suicida.

— Nunca es lícito suicidarse, quitarse la vida, por ninguna razón.

— ¿Que me dices del suicidio indirecto?

— No te comprendo.

— Me refiero a quien provoca que otro le mate.

— ¿Porque quiere morir?

— Exacto. O porque cree que debe morir.

— No es lo mismo, exactamente. No es que querer morir sea ilícito, lo ilícito está en poner los medios para provocar la propia muerte. Creer que se debe morir, ya tiene otros matices.

— Pues cuando puedas, me explicas la muerte de Jesús. Creo que entra en este segundo supuesto, con la particularidad de haber puesto los medios.

— ¿Te refieres a nuestro señor Jesucristo?

— Exactamente.

— ¿Y tú piensas que se suicidó?

— De forma indirecta. Tú llamarás a eso autoinmolarse, pero no deja de ser un eufemismo. El pudo evitarlo, era Dios, o el hijo de Dios, sin embrago más bien hizo todo lo posible para que así sucediera. ¿Cual fue su razón? Acabas de decir que no hay razón que lo justifique, a no ser que quieras caer en una contradicción.

— La simpleza de tu discurso me impide tomarme la molestia de contestarte. ¡Que barbaridad!

— Mi discurso es simple porque la razón es simple. Además, yo no critico a Jesús.

— ¿Entonces? Ah! Ya comprendo: tú criticas a la iglesia por ensalzarlo.

— Tampoco. Yo sólo estoy exponiendo tu incoherencia.

Asistí a aquel duelo dialéctico con otra preocupación que la que podía derivarse de mis sentimientos religiosos, más o menos comprometidos con alguna de las posturas que allí se debatían. Estábamos a punto de alcanzar una verificación terrena de lo que suponía para mí un misterio cercano y no estaba para metafísicas. El sargento pareció estar de mi lado.

— Bueno; déjense ya de sermones. Ahí va apareciendo una losa, que por el tamaño bien puede cerrar un hueco suficiente para una persona. Limpia también por encima.

— Por el tamaño no parece suficiente...

— Estará de pié.

— Nada todavía hace pensar que esté ahí.

— Pues es lo más parecido a lo que buscábamos, alcalde.

— Será difícil sacarla; está muy ajustada.

—Yo les aseguro que esa no se queda ahí.

— ¿Cómo pudo colocar la losa? ¿Habrá muerto asfixiado?

— Podría estar vivo aún.

— ¡Lo que faltaba! Pues ganas me da de rematarlo. Perdone, lo decía en broma.

— Cuide sus expresiones, y así no tendrá que pedir tantas veces perdón.

— Lo procuraré.

— Lo de colocar la losa no le debió resultar difícil; la debió deslizar sobre una especie de perfil en ele hasta que quedó perfectamente ajustada.

— Tú, trae un pico, y mira la forma de hacer palanca.

— Bien, sargento.

— ¿Es que no había forma mejor de hacerlo?

— Desde luego resulta espeluznante. Ahí metido, sin luz, sin oxígeno.

— Todo debió ser muy rápido. La luz se la pudo proporcionar la misma batería. Una vez cerrada la losa, el activar las cargas y su muerte debieron ser simultaneas, lo que no sé aún es cómo lo hizo.

— Bueno; ¿se mueve o no se mueve?

— Hay que hacer una muesca más profunda para que se agarre el pico.

— Hazla ¿Y cuándo construyó esto? No creo que lo hiciera él.

— Debió hacerlo al mismo tiempo que la piscina, no comprendo como no llamó la atención de los constructores.

— Pili, lo más seguro es que ese hueco sirviera antes para otra cosa.

— Puede que ahí no haya nada . Ustedes lo dan por seguro, y a lo mejor sólo es un filtro para la piscina.

— Tiene usted razón, alcalde, será mejor esperar...¡Ya parece que el pico se agarra! Intenta abrir hueco para ver si se puede meter una palanca. Tú, prepárate para meter la mano cuando puedas y sujetarla. ¡Espera, cuidado con los dedos!

— Esto pesa...

— ¡Ayúdale tú!... Eso es, arriba con ella...Así. ¡Cuidado no se os caiga dentro!... ¡Ostras, que olor!

Un olor a cadáver en descomposición fue la primer evidencia que nuestros sentidos detectaron; mi pensamiento evidenció el resto.

— ¡Dios santo!

— ¡Está ahí ,... sentado!

— ¡La madre que... parió!

— Está sentado y sujeto con cinturones..., para permanecer sentado.

— Ahí, debajo de las manos..., debe ser el conmutador.

— ¡Es insoportable este olor!

— También, allí, en el fondo, ¿ven ese tubo?

— Sí.

— ¿Qué es?

— Debe ser el producto que ingirió para suicidarse.

— ¿Y ese depósito enfrente, qué es ?

— Ni idea. También hay una especie de bolsa que cuelga ahí, ¿puedo intentar cogerla?

— Espere. Hazlo tú que estás en traje de faena.

— Tengo que tirarme en el suelo. Sí; creo que alcanzo... La tengo; pero está amarrada a esa manivela.

— Tira fuerte.

— Ya está.

— Dámela.

— ¿Qué esta saliendo de ahí?

— ¡Que mal huele!

— Parece líquido.

— ¿Qué leches es?

— ¡Cuidado, no lo toquen, creo que es ácido sulfúrico! —casi gritó Miguel.

— ¿De dónde coños sale?

— Ha debido accionar la llave al tirar de esa bolsa. Seguro que sale de ese depósito.

— Está anegando el espacio..., y parece que lo está quemando todo. ¡Retírense, los vapores también son peligrosos!

— ¿Qué hacemos con el cadáver?

— No intente sacarlo, sargento; ese líquido es extremadamente corrosivo.

— Parece como si lo fuera disolviendo.

— Dios lo perdone.

— ¡Maldita sea!

— ¿Qué podemos hacer?

— Nada. El quiso que fuera así —dijo Miguel extasiado.

— Podemos rezar; el que sea creyente que rece conmigo.

— Hágalo, padre.

— Estoy de acuerdo, Mateo.

— Señor, tú que eres dueño de la vida y de la muerte, te pedimos Señor que perdones a tu siervo, y con tu infinita misericordia lo acojas en tu seno. Padre nuestro que estas en los....

— ¡Amen!

— Cuidado con los vapores, es mejor retirarse.

— ¡Se va a destruir por completo!

— ¡Es fantástico! —exclamó Miguel. —Todos le miramos.

— ¿Qué te parece fantástico, Miguel?

— Debe ser la impresión que me causa todo esto, Pili. Este hombre era verdaderamente especial.

— Pues además de un suicida, yo pienso que no debía estar bien de la cabeza.

— Puede que fuera todo eso que dice, sargento.

— Aquí no hay quién aguante. Se está cociendo en ese maldito líquido. ¿Cómo dijo que se llamaba?

— Ácido sulfúrico, previsiblemente, sargento. Ácido sulfúrico concentrado.

— Voy a devolver.

— Retirémonos, nada hacemos aquí mirando.

— Sargento, ¿no va usted a abrir esa bolsa? —pregunté yo.

— Se me había olvidado. ¿Cómo se abre esto?

— Por esa cremallera.

— Es verdad... ¿Qué es esto?

— Parecen cintas de video... , y hay un sobre...

— No deberían tocar.

— ¿Por qué, párroco?

— Era su voluntad que se destruyera con él, deben respetarla.

— Otra incoherencia, Mateo. ¿También es respetable su decisión de suicidarse? —preguntó Miguel.

— No es lo mismo.

— Pues yo no estoy de acuerdo. Pienso que la dejó ahí y de esa forma, precisamente para que, si alguien lo descubría, al tirar de la bolsa se accionara el sistema de vertido del líquido. Puede que ahí haya alguna declaración final que quiso llegara a los que lo descubrieran.

— Eso que dices es producto de tu insaciable curiosidad. Puedo asegurarles que su voluntad de permanecer anónimo se proyectaba más allá de su muerte; ustedes han violentado esa intimidad. En todo caso yo, como confesor de este hombre, debo custodiar esas cintas y esa carta.

— ¡Vaya! Eso no te lo crees ni tú, Mateo —dijo Miguel.

— Yo, como alcalde, y siendo esta finca propiedad del municipio, creo tener todo el derecho a custodiar lo que aquí se encuentre.

— ¿Han acabado ustedes? ¿Hay alguien más que se considere con algún derecho?

— Nosotros no, sargento —dije yo.

— Muy bien; déjenme decirles una cosa: aquí hay un cadáver que no ha muerto de muerte natural, y sí en circunstancias extrañas, por tanto cae entero bajo mi responsabilidad poner el caso, y todo lo que puedan constituir pruebas, en manos del juez para que él decida, ¿está claro ?

— Insisto, sargento, si en esas cintas y esa carta está su última confesión, sólo yo estoy invest...

— Si el hubiera querido que le escuchara en confesión lo habría hecho, Mateo. Nadie se confiesa con unas cintas de video, por muy moderna que se haya vuelto la Iglesia, y menos después de muerto. Estos casos siempre fueron competencia del juez, como bien dice el sargento —dijo Miguel.

— No se hable más. Se hará como yo digo —dijo el sargento.

— Sargento, puede que en ese sobre se encuentren las instrucciones precisas sobre como se ha de proceder con las cintas. ¿El sobre va dirigido a alguien concreto?

— No, señorita.

— Cuando alguien se suicida es normal que deje un sobre dirigido al juez, si no pone nada es que va dirigido al que hubiere encontrado su cuerpo, ¿no le parece?

— Es una buena conclusión, y si todos están de acuerdo, miraremos lo que hay dentro, por si da instrucciones.

— Vea lo que dice, sargento.

— Entonces, ¿leo?

— Es su responsabilidad...—dijo el alcalde.

— Sí..., hay una carta manuscrita... No veo bien; no me traje las gafas.

— ¿Quiere que la lea yo? —pregunté.

— Tenga, hágalo.

— No es muy larga. Dice: «Me dirijo a aquellos que por obligación, curiosidad o accidente hayan dado con mi cuerpo y, a través de ellos, a todos los que sientan el anhelo de bucear en mi pasado. Antes que nada debo decir que, dueño de mi vida , todo lo que hice hasta morir fue irme preparando para la muerte. Llego a ella sin rencor, sin odio a nada ni a nadie, sin soberbia o arrogancia, sin motivos físicos insufribles, sin angustia. Esa ha sido mi voluntad, que nadie la juzgue, porque a nadie he dañado con ella. Tampoco nadie me llorará. Los videos que también habrán encontrado son un compendio de mi vida y, sobre todo, de mis últimos años en esta casa. No son fáciles de comprender para cualquiera, pero tampoco a cualquiera le van a decir nada; sólo los auténticamente libres y con imaginación podrán comprenderlos.»

— ¡Genial! —exclamó Miguel.

— ¿No dice nada más?

— No, sargento.

— Pues yo no he entendido nada, ¿y ustedes?

— ¿Qué es lo que encuentras genial, Miguel?

— Ya te lo diré, Pili. Esos videos... Sargento: creo que no hay inconveniente en ver esos videos; este hombre no pone condición para que se vean...

— Es una blasfemia. Todo es una blasfemia. Una forma de justificar lo injustificable —dijo Mateo, fuera de sí.

— Yo prefiero no opinar —dijo el alcalde.

— Vuelvo a insistir que me dé esos videos, sargento, y ahora lo hago desde mi derecho personal. El pudo decidir, Dios le haya perdonado, cometer este horrendo pecado. Pero si esos videos incluyen imágenes o conversaciones privadas con personas que convivieron con él, yo soy una de

esas personas, y prohibo que mis imágenes sean hechas públicas. Deme esos videos, por favor.

— Está bien; tengo que consultarlo. Le prometo que no se verán hasta que tenga la respuesta adecuada.

— La voluntad de ese hombre está claramente expresada. En su carta no pone ninguna condición, y también expresa no haberle hecho mal a nadie. No se por qué te preocupa tanto... —dijo Miguel.

— Sea lo que sea, es mi derecho.

— Mira, Mateo: si es como dice ese hombre, todo lo que ahí aparezca debe ser necesariamente bueno, y todos lo juzgaremos así, a no ser que tú tengas otro criterio, en cuyo caso...—insistió Miguel.

— Mi criterio es indiferente; estoy defendiendo un derecho. Esos videos representan un abuso de confianza por parte del que los filmó, cualquiera vería en eso un hecho punible.

— Muy bien; usted lo ha dicho, y si es punible lo debe conocer el juez, que es el que entiende de estas cosas.

— Estoy de acuerdo, en último extremo, sargento —dijo Miguel.

— Pues déjense de tanta palabrería, y si aquí no hacemos nada mejor, creo que debemos marcharnos a casa. Yo tengo otras cosas que hacer.

— No sé si lo que hace usted, sargento, está usted autorizado a hacerlo. Pero yo entiendo, que esto es como entrar en una casa privada y llevarse lo que se le antoje, ¿dónde está el mandamiento judicial ? —intervino el alcalde.

— Sigan ustedes diciendo chorradas. Sé cual es mi responsabilidad y la asumo plenamente. Si usted, alcalde, o usted, Don Mateo, me quieren denunciar, háganlo, pero les advierto que me puedo enfadar y ..., bueno; ustedes ya saben lo que eso puede dar de sí.

— No se ponga así, sargento, sólo pretendemos que usted no se equivoque —dijo el alcalde, conciliador.

— Son ustedes los que no se deben equivocar conmigo. Punto.

— Alcalde, lléveme al pueblo, por favor —dijo Mateo, totalmente ofuscado.

— Sí, mejor será.

— Sólo le pido que cumpla con su promesa de no visionar esas cintas antes de hablar con el juez y también con sus superiores —añadió Mateo antes de partir.

— De eso descuiden.

— Vámonos.

— Sentimos este enfrentamiento, sargento —dije yo.

— ¡Qué cojones tendrán esas cintas que a todo el mundo preocupan!

— ¿Nos vamos? ¿Y el muerto?

— Con tanta discusión se me había olvidado ese hijo puta. Parece que él no pensó en las consecuencias para mí. ¡Que esto me tenga que ocurrir! ¡Vosotros, vamos, a tapar eso!

— No hay quien se acerque, mi sargento.

— Poneros un pañuelo en las narices.

— Ya casi no se distingue nada.

— El olor es más soportable.

— Se irá neutralizando el ácido, Pili.

— Esta mierda apestosa se tendrá que quedar ahí para siempre.

— Quizá el juez decida otra cosa —dijo el sargento.

— Pues tendrá que venir él a sacarlo, si quiere. ¿Podéis?

— Creo que sí, mi sargento.

— Venga, acabemos ya de una vez, que tengo que escribir lo que ni yo sé.

— Miguel, tú que entiendes un rato de imaginación, ¿que quiso decir con su última frase?

— Me resulta difícil de explicarlo antes de ver los videos; pero parece como si quisiera decirnos que sólo con una imaginación libre podremos comprender lo que hay en esos videos.

— Entonces tú no tendrás dificultad.

— Me muero de ganas por ver esos vídeos.

— Pues no se muera, porque cumpliré mi palabra; antes el juez, y que él decida.

— ¿Hay juez en el pueblo? —preguntó Miguel.

— Sólo juez de paz. Ese pueblo que ven allí es cabeza de partido; ahí está el juez de primera instancia y distrito.

— ¿Usted va allí ahora?

— Sólo si me lo ordena. Le llamaré por teléfono primero para decirle lo que hay. Querrá venir a ver, por eso del levantamiento del cadáver; pero,ya digo, como no lo quiera hacer él...

— ¿Podemos acompañarle? Comprenda, sargento, queremos saber si lo que tienen esos vídeos es importante para nuestro trabajo, y quisiéramos estar cerca, por si el juez se decide a contar algo, por poco que sea —dijo Miguel.

— Ya les digo que voy a hablar primero por teléfono; no sé lo que decidirá.

— Sería una faena que otros colegas se nos adelantasen.

— Lo comprendo. Vengan si quieren, y si dice que se pueden ver, ustedes serán los primeros. ¡Venga, vámonos!

— Nosotros le seguiremos. Vamos, Pili.

— Estoy deseando irme de aquí, Miguel. Nunca pensé que el periodismo pudiera hacer un trabajo tan desagradable.

— Hay de todo. Pero esto no es desagradable, salvo el mal olor. Peor es encontrarte con la muerte no deseada: un accidente, por ejemplo, o un acto de terrorismo con muerte por medio.

— Esto también es desagradable, Miguel.

— Lo desagradable es todo lo irracional. En este caso sólo veo racionalidad, mal que te pese.

— Yo sigo pensando que es todavía más irracional, porque la acción de matar la vuelves contra ti mismo. Es un horrible desprecio de tu propio ser, la más odiosa de las irracionalidades, por consiguiente.

— Eso que dices es simplificar al generalizar, Pili. Recuerda su carta: nada más mesurado, exculpatorio, dejando claro, precisamente, lo contrario que tú supones. Ese hombre nació como todos: indefenso y al albur del azar. Cuando fue consciente de su libertad personal, su independencia la utilizó íntegramente en imaginar que, si su vida era el camino hacia su muerte, nada mejor que aprovecharla para preparar esa muerte. ¿No te asusta pensar qué tipo de muerte te espera? ¿No te gustaría tener ya escrito que tu muerte va ser la que tú quieras y cuando quieras? Si lo piensas, verás que sí. Pues lo que consiguió ese hombre es lo que todos querríamos para cada uno de nosotros.

— Todo eso está bien desde una perspectiva materialista de la existencia. Pero desde una posición vitalista, no ya religiosa, no se puede hacer de la vida un tubo de ensayo que se derrama cuando se quiere. Aparte de eso, la muerte te puede sorprender cuando menos la esperas. Yo prefiero que mi vida sea la preparación del más allá de la muerte física del cuerpo.

—Esa es la contradicción en ti que no acabo de comprender. Por una parte eres positivista hasta hacer de Comte casi un profeta, y, por otra parte, piensas que todo en esta vida es transcendente, casi metafísico, idealista y romántico. Eres contraria a las hipótesis y, sin embargo, te aferras a ellas para encontrar sentido a tu vida. En definitiva creo que todo eso lo

sostienes en base a percepciones, que ya habíamos quedado que eran consecuencia de la facultad de imaginar, ya que me cuesta aceptar sean inducciones en tu caso. Pero siendo así, no debería haber contradicción si aplicaras tu facultad de imaginar también a las cosas terrenas. En ese sentido, observa mi caso, se podría decir que yo soy el positivista, el agnóstico que sostiene que la percepción de lo sobrenatural es inalcanzable, pero nada me impide que mi imaginación vuele libremente...

Hago un paréntesis para volver a repetir que me he sentido incapaz de intercalar ningún comentario, declarar mis sentimientos, pavores y reacciones que sentimos todos en las escenas pasadas. Las voces escuetas —imagínese el lector las entonaciones— de todos nosotros ante una situación como la que acabábamos de vivir.

Miguel era abrumador. No sabía si decía algo sublime, nuevo, genial en cualquier caso, o era que mi pobre mente no estaba a su altura. Mi pobre recurso era invocar la diferencia. Sólo faltaba que Miguel aludiera a mi condición femenina para explicar esa diferencia.

— ¡Me rindo, me rindo, ten piedad de mí! Y no habíamos quedado en nada; diferimos en todo. ¿Cómo podemos ser tan diferentes? Tú, yo, ese hombre...

—Somos parte del cosmos, de un cosmos formado por afines y singularidades, ese hombre fue, probablemente, una singularidad.

¡Uf! Menos mal. Supuse que nosotros éramos del grupo de los afines.

— ¿Y nosotros del montón? ¿Y tú crees que es un ejemplo a imitar?

— De ninguna de las maneras. Una singularidad no se puede imitar, pertenece en exclusiva al que la muestra. Toda imitación carece de espontaneidad. Una copia nunca será un original. Otra cosa es que ante una singularidad se despierte al tuya propia que permanecía dormida. Pero dejémonos de filosofías; tenemos otras cosas en qué pensar. Hemos de llegar a conocer esos vídeos como sea.

Pues esa supuesta singularidad de la que hablaba Miguel, parecía estar ayudando a emerger la que en él había permanecido oculta; desde luego en mí no se daba el caso.

— No sabes lo que agradezco el tiempo muerto. ¿Qué haremos si no podemos verlos?

— Eso no me pasa por la cabeza.

— ¿Mantienes tus elucubraciones?

— ¡Jo, que palabra! Sin esos vídeos ya no seré capaz de escribir esta historia..., me refiero para el periódico.

— Ya comprendo. Una cosa me preocupa, Miguel: el párroco y su actitud. En principio parece justa; pero esa insistencia en quedarse con las cintas rayó en la vulgaridad.

— Con esa definición le estas haciendo un elogio. Ese cura de mierda, y no me interrumpas, creyó estar al borde del abismo, pero esta vez pleno de tinieblas; diría que más que abismo, al borde del precipicio. El sabe lo que hay en esos malditos videos, y ten por seguro que si lo que estuviera allí gravado le ensalzara, él mismo nos prestaría los medios para visionarlos. Qué digo malditos, si deben ser magníficos; evidentemente son malditos, pero para él.

No había tanto de imaginación como de lógica en el razonamiento de Miguel. Yo comenzaba a sentirme atraída por su mismo hilo argumental.

— Me has hecho dudar por primera vez.

— Por primera vez empiezas a ser libre.

— El alcalde mostró parecido empeño.

— Ese empeño se explica: puede que esas cintas muestren un desfile de cuernos, listos para ponerlos en su cabezota, o también porque le anda dando vueltas al asunto del dinero; vete tú a saber a qué le da más importancia.

Quise mantenerme ecuánime, a pesar de todo.

— No afirmes; espera a ver los vídeos.

— Todo comienza a ser bastante evidente. Para complacerte admitiré una duda razonable.

— No debemos enfrentarnos por esas diferencias en nuestros respectivos modos de pensar.

Dije lo anterior para mantener un mínimo y aparente equilibrio entre los dos. Confiaba en que Miguel no enseñara sus cartas y destrozara mi juego.

— Sólo quisiera que tú hicieras igual con lo que afirmas estar segura.

— Si se trata de dudas razonables, no hay problema; yo también las tengo, no intentes confundirme.

— Abre los ojos.

— También se puede percibir con la mente...

— ¡Bravo! Es a eso a lo que yo llamo ir más allá de la imaginación.

— Eres un sofista.

— Demuestra que lo que digo es falso.

— Tampoco tú puedes demostrar que es verdadero.

— Ni lo pretendo, y menos en el momento en que estamos en el camino de percibirlo, subsiguiente paso a imaginarlo.

— Me tienes aburridita, Miguel. Me golpeas con esas palabras casi con sadismo. Si no fuera como tú quieres, no ya como piensas, temo por nuestra amistad.

— Es posible que se desatara una gran tormenta; pero luego aparecería un arco iris, en cuyos extremos estaríamos nosotros: yo en el que penetra en la tierra, y tú en el que se pierde en el cielo.

Definitivamente Miguel me tenía deslumbrada. Yo me limitaba a aparentar un desden pobre de argumentos; no quería entregarme rendida en

sus brazos, aunque todo mi ser, excepto algún estúpido compartimento de mi cerebro, lo deseaba vivamente.

— ¡Ten cuidado! Cuando te exaltas corres un poco alocado. Allí viene un coche, y la carretera es estrecha. Muy bonito eso que has dicho. Algunas veces eres sublime, creo habértelo dicho ya.

— Sí que me lo has dicho. También yo te he dicho que la contradicción va contigo. Tienes razón; no se debe conducir así por esta carretera.

— Preferiría que te tomaras las cosas con más reposo; ya ves que en este caso tu imaginación ha ido por detrás de los acontecimientos.

Y yo decía eso, cuando todo lo que estaba percibiendo en aquel instante estaba subordinado a la imaginación de Miguel.

— La tengo preparada para cuando los acontecimientos sean reacios a mostrarse. ¡Eh!, ¿has visto lo mismo que yo?

Un coche se cruzo veloz con el nuestro. La percepción que tuvimos de sus pasajeros debió parecernos a los dos la imagen fugaz de un sueño.

— Creo... que sí.

Pero enseguida fuimos conscientes de una realidad inesperada por lo sugerente.

—¡Vaya,vaya! ¿Y a dónde van esos? ¿ Has visto la mirada que nos ha echado el cura?

— Y la maestra...

— Un poco extraño, ¿no? Parecen muy enfadados.

— Quizá vayan a hablar con alguien que pueda influir...Quizá le quiera enseñar a la maestra...

— Aparcaré un momento hasta que lleguen al cruce, a ver que hacen.

...

....

— Ya llegan al cruce , y pasan de largo..

— ¿No será que escapan?

No era inverosímil, pero sí exagerado

— Eso ya no es imaginación; tú tienes fiebre.

— Pili, te digo que esos dos tratan de escapar antes de que los apaleen en el pueblo.

— Puede que traten de ver al juez antes que lo haga el sargento.

— Por las caras que tenían, diría que ya lo han intentado sin conseguirlo.

— Razonas como si fueras tú el que dirige los personajes en esta tragedia.

— ¿Qué piensas tú?

— Nada; simplemente no se a dónde van.

Mentía; la sospecha ocupaba también mi mente, aunque imprecisa.

— ¿Qué te impide imaginarlo? Lo de la duda razonable, por lo menos.

No claudicar. Si conseguía mantener mi criterio contrario a la imaginación, evitaría terminar imaginada por Miguel.

— Lo razonable es que no tengan que escapar, como tú dices. Yo estoy enemistada con la imaginación, sobre todo desde que la consideras la panacea para todo.

— No te cabrees, tú misma dijiste que esto no deberían ser motivos.

— Es que no haces otra cosa que ponerme en evidencia.

— Está bien. Estamos en el camino de comprobarlo. ¿Se habrá cruzado el sargento con ellos? ¿Qué habrá pensado?

— Te falla la imaginación, Miguel , ¡que lástima!

Cualquier ocasión era buena para ponerle en entredicho.

— No lo tendré en cuenta por esta vez; pero reconoce que tú no eres muy comprensiva conmigo; estás continuamente burlándote de mí.

— Estoy nerviosa, Miguel, y todo esto me tiene un poco harta. Supongo que será mejor pensar por separado.

— Pensar por separado es no tenerse nada que decir, Pili.

— Déjame, Miguel.

Me veía con aspecto de zombi caminando al lado de Miguel. Siempre que el silencio se imponía entre los dos, una batalla se había librado también entre los dos, y el final de esa batalla siempre era él mismo: yo quedaba fuera del tiempo y del espacio; era pura entelequia.

...

...

Entramos en el cuartel del la Guardia Civil.

— Pasen, el sargento les espera —dijo el guardia que custodiaba la puerta.

— Gracias, guardia.

— ¿Sargento?

— ¡Pasen!

— Hola, sargento. Mi compañera opina que el párroco le quiere ganar por la mano.

— ¿Qué quiere decir?

— ¿No se cruzó con el párroco y la maestra?

— No. ¿Dónde me tenía que haber cruzado?

— Viniendo para aquí, a la salida del pueblo. Iban en dirección a la colina, pero pasaron de largo.

— Yo pienso que iban al pueblo vecino, probablemente a ver al juez — dije yo.

— Parecían muy enfadados.

— Alguna maniobra de obstrucción se traen entre manos —dijo el sargento, pensativo.

— Puede ser; el párroco tenía mucho empeño en quedarse con las cintas.

— Pues lo tienen crudo. Acabo de hablar con el juez, al que le expuesto el caso y también la postura del párroco,y me confiere la responsabilidad de llevar este asunto hasta que redacte el informe final, que deberé elevar luego a su señoría.

— ¿Quiere decir que podrá ver esos videos?

— Puedo; pero lo que no puedo, y así me lo ha hecho saber el señor juez, es darles publicidad hasta que se sustancie el caso.

— Comprendemos. No le pediremos nada en contra de su obligación.

— Perdonen. Llaman al teléfono. Un momento.

— ¿Quiere que salgamos?

— Esperen. ¿Que hay?...Sí, esperen fuera un momento; me llama el comandante...Sí, pásamelo.

Salimos a una antesala. Estábamos solos.

— Entre unos y otros, seguro que nos quedamos fuera de juego.

— ¿Crees que esa llamada tendrá que ver con esto?

— ¿Habrán llegado ya hasta el comandante?

— No sabemos si tiene que ver...Pueden haber utilizado el teléfono...

— Ahora que lo tenía el sargento en sus manos...

— ¿Qué pensabas sacarle al sargento?

— No sé; algo...

— El sargento está muy firme...

— El los puede ver. Tenemos que hacer que los vea cuanto antes; leeremos en su rostro la impresión que le han causado... Parece que nos llama...

El sargento había terminado su conversación telefónica y nos llamaba de nuevo.

— Pasen, pasen.

— Sí, sargento.

— Bueno; esa pareja se mueve deprisa, pero no les ha valido de nada; el haber hablado antes con el juez y tener ya sus instrucciones ha bloqueado todas sus maniobras.

— ¿Quiere decir que no ha habido cambios en relación con las cintas?

— No; no ha cambiado nada. Yo veré esos videos, que Dios sabe los problemas que me van a dar, los veré a solas, ya ven, ni siquiera los pueden ver mis subordinados; luego redactaré el informe y se lo pasaré al juez, eso es todo. Si se quedan por el pueblo, todo lo más que puedo hacer por ustedes es decirles cuándo le mando esas cintas al juez.

— Perdone, sargento, ¿podemos saber cuándo tiene usted intención de verlos?

— Podría verlos ahora , aprovechando que mi mujer ha ido a recoger los niños.

— ¿Tienen video aquí?

— En mi casa.

— Sargento, ¿es mucho pedirle si podemos esperar a que los vea y que a continuación nos diga si vale la pena que sigamos en esto? Solamente eso, sargento. Hemos dedicado tanto tiempo...

— Supongo que eso sí lo puedo hacer, mientras no me pidan detalles.

— Se lo prometemos. No preguntaremos más y nos iremos

— Está bien. Vayan a tomar algo y vuelvan en un par de horas.

— En esas cintas debe haber muchas horas de grabación —dije yo.

— Echaré un vistazo rápido para hacerme una idea; mi mujer y los niños van volver y no quiero que se enteren. Ya saben, aquí puedo dar órdenes; pero en mi casa...

— Lo comprendemos.

— Ustedes han ayudado mucho a esclarecer este caso, y deberían tener todos los derechos; pero las órdenes son las órdenes.

— Sí, sí. No se preocupe, sargento, ya encontraremos el medio...Nos vamos, pues.

— Hasta luego.

Nos fuimos. Miguel, aunque frustrado en ver las cintas, parecía satisfecho. Quizá pensaba en los pasos progresivos que estábamos dando y confiaba en que llegaría a acceder a su contenido.

...

...

— Buen tipo, ese sargento. Incluso jodiéndome que él tenga el privilegio de ver esas cintas y yo no, me cae bien. ¡Que largas se me van a hacer estas dos horas! Y lo peor es que nunca nos dejarán verlas. Sólo podremos intuirlas, perdón, imaginarlas, por los efectos que causen en la maquinaria de la justicia. Quizá ni eso; la justicia no se prestará al escándalo. Puede que ni tenga que ver con la justicia, al ser considerado como actos realizados en la estricta intimidad. Quizá sólo los protagonistas se sientan incómodos ante el hecho de que su intimidad ha sido filmada, y sus reacciones permitan dar pie a nuestras imaginaciones...

— Puede que sea todo eso que tú dices...Ten un poco de paciencia.

Un joven de unos veinte años, con pinta de subnormal, se nos acercó.

— Señoritos...¿me dan un cigarro?...Cien pesetas...Padre no me da..

— ¿Quién es este? —preguntó Miguel.

— No sé...; parece...

— El tonto del pueblo; todos los pueblos tienen un tonto oficial. ¡Oye! ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

— ¿Yo?...Un cigarro...Cien pesetas.

— ¿Cómo te llamas, amigo?

— Prudencio...Cien pesetas. Dame cien pesetas...

— Toma cien pesetas. ¿Qué vas a hacer con ellas?

— ¿Yo?... La Matilde quiere cien pesetas...«Prudencio, trae cien pesetas.» Ella me da tabaco.

— Oye, te doy otras cien pesetas si me contestas unas preguntas.

— Dame...

— No; antes dime algo: ¿conoces a don Mateo; don Mateo, el cura?

— El párroco no me da tabaco...No me da cien pesetas...

— ¿Te gusta el cura ? ¿ No es bueno contigo el párroco?

— No me da cien pesetas... María me da cien pesetas.

— ¿Quién es María? —pregunté yo.

— Mi novia... ¿Tú eres mi novia?... Tú eres más guapa...¿Quieres?...

— ¡Para! ¿Qué haces?

— Te quiere meter mano. No es tu novia, Prudencio; es mi novia.

— ¿Te doy gusto?... Me das cien pesetas y te doy gusto, ¿hace?

— ¡Vete al carajo! Oye, Miguel: corta el rollo y vámonos. Este tío no es tonto; debe ser el consolador de todas las marías de este pueblo.

— Toma otra cien pesetas y vete a comprar tabaco.

— Un paquete “Fortuna”.

— ¡Ale! Vete a comprar tabaco.

— ¡Jesús! !Vaya espécimen! —exclamé cuando se marchó.

— Estos tontos siempre tienen fijaciones parecidas: algún vicio menor y, sobre todo, sexo.

— Pues ya me voy contenta: un mudo y un tonto; podré presumir de haber arrasado en este pueblo.

— ¡Ja, ja, ja!... ¿Y en qué clasificación me pones a mí?...¡Ja. ja, ja!

— ¡Maldita la gracia! Todos los tíos estáis salidos.

— Dios te ha dado la gracia de provocarnos; no deberías quejarte.

— ¿Dios?

— Eso se dice.

— Pues no se qué os distingue a ti, el mudo y este individuo de la inmensa mayoría con la que me cruzo o convivo; que yo haya percibido, nadie se me ha insinuado o intentado meterme mano.

—Se desea lo que se puede desear; quiero decir, que el impulso del deseo se manifiesta ante los aromas que esparcís cuando os mostráis receptivas ante la presencia del macho, y que los machos perciben en vuestra cercanía; por tanto, la cercanía es necesaria. Después está la educación, la represión, la timidez...

— ¿Quieres decir que yo voy esparciendo aromas?

— Sin duda; nada más tenerte cerca se perciben.

— Como una perra en celo, vaya ¡Que te zurzan! ¡Tú te estás quedando conmigo!

— En absoluto, Pili. Vuelvo a repetirte que, al margen de condicionantes sociales, educaciones castrantes o patologías psíquicas, nuestros comportamientos no se diferenciarían de los del resto de los animales.

— ¡Pero esa es nuestra diferencia, nuestro privilegio, maldita sea!

— Diferencia y privilegio pretenciosos y artificiales, porque los deseos, llamados inconfesados, están ahí. Esa diferencia y esos privilegios sólo nos hacen hipócritas, reprimidos, frustrados, en suma.

— Seres educados para la convivencia. ¡Qué sería de la humanidad sin los principios que la distinguen del resto de la fauna animal!

— No lo sabemos, pero podemos imaginarlo.

— Otra vez ¿Y qué imaginas, si se puede saber?

— Me imagino un mundo de hombres y mujeres fuertes, no prepotentes; hombres y mujeres guerreros, defensores de su tribu contra los invasores, no asesinos; defensores sólo de sus posiciones personales o voluntariamente compartidas; hombres y mujeres sin la relatividad de planteamientos políticos, sin planteamientos gremiales; la educación sería sustituida por la experiencia; la ética, por el derecho a la libertad de elegir del contrario de acuerdo con su instinto; el espíritu del hormiguero, el espíritu de la colmena, el espíritu de la manada...

— ¡Para, para! Como imaginación, no está mal. Como realismo, reconoce que eso es una parida infumable. Tu has debido leer muchas tonterías; tu cabeza está un poco reblandecida.

La verdad, Miguel me pareció en aquella ocasión una cinta registradora de retazos de pensamiento ajenos; y yo no estaba en disposición de tragarme nada que no me pareciera auténtico.

— Te parecerá mentira, pero no he leído absolutamente nada; nada relacionado con pensadores, filósofos u otras especies. La verdad es que un día me planteé pensar por mi mismo y llegar, solo, a mis propias conclusiones sobre los grandes tópicos, mitos e ideas afines. No pretendo universalizarlas; me sirven a mí y basta.

Su explicación era contradictoria, por más que pareciera una confesión íntima. ¿Por qué, entonces, no se las guardaba para él?

— Pues no sé que pretendes haciéndome a mi partícipe de ellas. Desde que salimos para este pueblo te has vaciado, y tengo la impresión contraria: que no puedes vivir sin publicar tus hallazgos.

Vi a Miguel avergonzado.

— Sólo he pretendido, y por vez primera, compartirlos y ver si encuentran coincidencia con los tuyos. ¡Quién soy yo para esperar aplausos!

— Tampoco te subestimes. Si son tus ideas, como dices, merecen respeto. Otra cosa es que no seas sincero y, en realidad, lo que esperas es ese aplauso o, al menos, que quien te escucha se quede impresionado para alagar tu vanidad.

— Me lo temía. Primero me alagas y luego me sacrificas, porque no sé con qué te quedas.

— ¿Qué esperabas que te dijera? No estoy en ti para conocer tu verdadera intención.

— Nadie está ni estuvo en nadie. Según tú, todo lo que una persona dijo, dice o dirá, se enmarca en la relatividad de sus verdaderas, pero siempre desconocidas, intenciones.

— Eso se ve. Si la persona en cuestión es consecuente con lo que predica, se puede afirmar que cree en lo que dice.

— De acuerdo, Pili; trataré de ser en todo consecuente con lo que tan impúdicamente te he confesado.

— Lo siento, Miguel; la sinceridad sirve, entre otras cosas, para descubrir muertos en el armario.

— No sigas; quisiera poder borrar de tu memoria todo lo que te he dicho.

— No seas trágico. Si fueras tan horrible como te ves en este instante, ya te habría mandado a hacer gárgaras. No te puedes imaginar lo insoportable que es un pedante, si no fuera porque, en tu caso, siempre has sido oportuno, bueno, casi siempre.

— Pedante siempre es mejor calificativo que el de estúpido gilipollas. Te pido que acabemos este asunto; me siento terriblemente incómodo.

— Como quieras.

Reescuchando este pasaje pude apreciar mi tremenda equivocación. Miguel no era, precisamente, un estúpido gilipollas. Miguel, si siempre era así de profundo, pelma unas veces, soñador las más, redicho y pedante, cuándo y con quién la desgracia le ponía cerca, mis palabras habrían sido oportunas y seguro que ya las habría escuchado en más de una ocasión. Precisamente esta posibilidad fue la que no tuve en cuenta. ¿Había, como él decía, esperado a encontrarme a mí para hacer explicito ese íntimo, original y personal posicionamiento ante cuestiones que a mi me habían resbalado siempre o, como máximo, me las había planteado como dudas desechables? Si así había sido, yo había herido de muerte a Miguel, y difícilmente podría ya recuperarlo.

Mientras hacíamos tiempo en el bar cercano al cuartel, debíamos parecer una típica pareja aburrida de soportarse. Yo buscaba palabras que deshicieran el camino andado, y todas pasaban por reconocerme una estúpida. No las pronuncié y tampoco le pedí perdón; no hubiera conseguido el efecto que deseaba; la infidelidad siempre deja el imborrable poso de la duda.

...

...

— Parece que no estamos en lo mismo, ¿eh, Pili?

— ¿Por qué lo dices?

— Deberíamos estar cambiando impresiones y, sin embargo, estamos callados como muertos.

— Se ha de dar también tiempo para pensar.

— ¿Puedo saber qué pensabas durante tanto tiempo?

— No; no puedes saberlo. Has sido muy sagaz en cómo has planteado el tema al sargento; has conseguido sacar lo máximo que se podía.

— ¿Regresamos ya? Quiero ver la cara del sargento.

— No han pasado las dos horas, Miguel; ni siquiera una, ten paciencia. Estás a punto de saber si vale la pena seguir con la investigación y, lo que es más importante, saber si puedes dar vía libre a tu imaginación.

— Mi imaginación es libre, en todo caso. El tiempo parece que se ha detenido...

— Me resulta sorprendente que ese hombre haya entrado tan dentro de ti, cuando hace sólo media semana ni siquiera conocías de su existencia.

— Es como un rayo de luz que...

Un guardia se nos acercó.

— Perdonen.

— ¿Sí, guardia?

— El sargento les pide que vuelvan.

— ¡Enseguida!

— Muy rápido ha ido.

— También a mí me extraña. Puede haber una razón buena o una mala...

— ¿Cuál sería la buena y cuál la mala? Bueno; mejor no me lo digas.

— La buena..., poder mandar a esos al infierno.

— Ese es un deseo malsano.

— Tú verás. Esos individuos han hecho méritos suficientes.

— Siguen siendo suposiciones bastante infundadas.

— Te prefería con eso de la duda razonable. Parece que huyes de la verdad, Pili.

— Casi preferiría que fueras tú solo; no me gustaría estar a tu lado en esos instantes, fuera cual fuera la situación.

— No parece; huyes de la verdad.

— Tengo miedo a las consecuencias.

Ni yo sabía de qué consecuencias podría hablar. Todo estaba consumado entre Miguel y yo, al margen de lo que diera de sí aquel maldito suceso que nos había puesto cerca uno del otro.

Fue, entonces, cuando Miguel desplegó sus alas y voló lejos de mí, dejando mi alma sola y dolorida.

— De una cosa puedes estar segura, Pili: ya no habrá deseo por mi parte de arrastrarte a mi abismo.

Ya sólo podía temer por él, sin estar segura si lo que debería hacer era llorar por mí.

— También me da miedo el abismo al que te diriges tú.

Miguel adoptó una postura distante.

— Sería feliz, no debes preocuparte.

— Estamos llegando. Me tiemblan las piernas.

— Serénate. Como tú decías, se trata de la vida de otros.

— Ya empiezan a influir en nuestra propias vidas.

Fue el fácil recurso de atribuir a otros nuestras propias equivocaciones.

— Anda, pasa.

— Pasen ustedes al despacho del sargento.

— Gracias, guardia.

— ¿Qué hay, sargento? Ha pasado poco tiempo...

— Suficiente...

— ¿Está usted contrariado? ¿Qué sucede?...¿Por qué no habla? ¿Tanto le ha impresionado? ...Diga lo que quiera, no le forzaremos a ...

— Señores: ese hijo de..., nos ha tomado el pelo.

— ¿Cómo?

— Puede que no se lo crean... Estoy seguro de que no se lo van a creer.

— ¡Por favor, sargento...!

— En esos videos no hay nada gravado.

— ¡Cómo! ¿Qué dice?

— Lo que oyen: nada de nada; blancos, vírgenes.

— ¿Cómo puede usted estar tan seguro? ¿Su video no estará estropeado? ¿Se fijó si su video y esas cintas eran del mismo sistema?

— Totalmente seguro. Mi video es nuevo; no está estropeado, lo comprobé con una cinta mía. Y las cintas y mi aparato son del mismo sistema.

— ¡Increíble!

— Una maldita tomadura de pelo.

— Se ha vengado de nosotros por haber profanado su tumba.

— No, no; yo no creo que lo haya hecho por venganza como dices, Pili; podía haber ideado otro medio, una trampa, por ejemplo. Me remito a su carta; sería un contrasentido el mensaje que nos dejó.

— ¿Qué opinas, pues?

— A mi me resulta hasta congruente con su mensaje.

— Yo les juro que no entiendo nada. ¿Quiere explicármelo?

— El hablaba de imaginación para comprender esos videos, de imaginación libre. Pili, sargento, no podía ser de otra manera.

— Te empiezo a comprender, Miguel. Pero ¿qué podemos imaginar?

— Lo que cada uno de nosotros queramos y podamos. El ha querido que sea nuestra imaginación la que recree su vida y también su muerte, esa es la razón de su anonimato a ultranza.Una persona pública no se puede imaginar.

— Los que lo conocieron pueden hablar de su realidad, eso daría al traste con la pretensión de hacer de él un ser imaginario.

— Así sería, ciertamente; pero Pili, verás que esos testimonios nunca los tendremos.

— No sé en qué te basas.

— Bueno; todo lo que ustedes dicen, a mi me suena a chino.

— Son cosas nuestras, sargento. No tiene fácil explicación.

— Si ustedes se quedan satisfechos, me alegro por ello; pero yo seguiré pensando que nos ha tomado el pelo.

— Más que satisfechos: fascinados.

— Habla en singular, Miguel.

— No entiendo nada. ¿Qué van a hacer ahora?

— ¿Qué vamos a hacer, Miguel?

— Supongo que aquí se termina toda investigación; la suya y la nuestra. Usted redactará su informe con los hechos, sin entrar en otras conjeturas y, ahora sí, cerrará el caso. Si el juez no es muy abúlico, cosa que no sería de extrañar, pedirá declaración a las personas que lo conocieron, y éstas le contarán alguna historia, también producto de su imaginación interesada, y también dará por concluso el tema; un muerto que nadie reclama, no da mucho más de sí.

— Ya que repiten tanto la palabra imaginación, ustedes con ella ha llegado más lejos de lo que yo hubiera podido, y lo que han descubierto son hechos reales, ¿por qué no continúan por ese camino ? Quizá les lleve más lejos.

— Tiene razón el sargento, Miguel. Es evidente que su imaginación se materializó en hechos concretos y reales, el hecho de que ahora no los conozcamos, no nos autoriza a imaginarlos.

— Repito que él lo quiso así. Para reconstruir la vida de ese hombre harían falta testimonios veraces; pero nunca sabremos si lo son, por tanto sólo queda un camino: imaginarlos. Y ahora, sargento, sólo nos queda

agradecerle su amable cooperación, le aseguro que usted no es nada imaginario; un ser real, y le puedo confesar que entrañable para nosotros.

— Pues ya saben dónde me tienen. Si algún día necesitan algo que yo pueda hacer por ustedes, no duden en pedírmelo. Para mí ha sido un placer y una experiencia el conocerlos.

— Gracias, sargento. Quizá le tome la palabra y algún día le haré una pregunta, sólo una pregunta, pero para ello ha de pasar algún tiempo. Ya le dejamos.

— Adiós, sargento.

— Adiós, señorita.

— Perdone, ya lo sabe, me llamo Pilar para usted.

— Igual le digo: llámeme Miguel.

— Pues que os vaya bien, Pilar, Miguel...

Salimos. Miguel tardaba en hablar. Con las manos en el bolsillo, miraba al cielo. Poco antes, con el sargento, le había visto excitado, en ocasiones traspuesto. Necesitaba saber qué pensaba.

— ¿Me vas a explicar por qué estás tan satisfecho?

— Te va a sorprender lo que te voy a decir, Pili.

— Contigo voy de sorpresa en sorpresa. ¿Me lo vas a decir ahora?

— Ahora mismo. Dejo el periodismo.

— ¿Que dejas qué?

— Lo que has oído. El periodismo me limita, encorseta mi capacidad creativa, o mejor dicho, la capacidad que creo tener. No podría escribir una linea objetiva para el periódico, por tanto voy a ser consecuente con lo que hasta ahora he mantenido.

— Eso ya lo había oído. Será por lo de la ética, mayormente, pero que dejes el periodismo... Chico, tendría que tener tu imaginación para entenderlo. ¿Y qué vas a hacer?

— ¿A qué ética te refieres?

— Supongo que a eso que se dice del "no permitas que la realidad te impida escribir una buena historia ". Si es eso, entiendo que dejes el periodismo, mejor dicho, lo deberías dejar. Pero no entiendo la incompatibilidad; podrías contar historias y relatar sucesos, cada cosa en su ámbito propio.

— Eso sería hacer de mí un híbrido; nunca tendría claro qué es fantasía y qué es realidad.

— ¿Y se puede saber de dónde te ha venido esa decisión tan radical? Nunca antes me hablaste de esa posibilidad.

— No ha venido de dónde. Los cambios de rumbo que adoptan las personas vienen de qué.

— Pues dime de qué.

— De que quiero escribir sin límites todo lo que mi imaginación sea capaz de concebir, Pili. Quiero ser escritor, solamente escritor, ya que la libertad sólo es posible en el pensamiento.

— Me parece muy bien, muy bien. Y tu profesión al carajo, así, de repente.Y a parte de lo que te sugiere este caso, que me imagino, —¡Jesús, dichosa palabra!— que intuyo de qué irá, ¿de qué piensas comer?

— De mi imaginación, todo lo conseguiré de mi imaginación.

— Ya. Mientras tanto, yo te puedo sugerir robar un banco, estafar a un amigo, de las mujeres, —bueno; de las mujeres no, es muy chungo eso de alquilar el cuerpo—, pedir por las calles... ¿Sabes hacer alguna otra cosa que te permita vivir al día mientras sacas del horno tu primera obra? ¿Qué te garantiza que podrás vivir de ser escritor?

— Pili, Pili, eres tan simple como hermosa. No necesito tus sugerencias.

Yo ya era una piltrafa humana, incapaz de nada sublime. Sólo me arrastraba a ras de tierra buscando asideros de realismo vulgar.

— Bella cabeza, pero sin seso, ¿no?. Además, machista reaccionario. ¿Y qué más? Tú me estás tomando el pelo, Miguel.

— Te equivocas, Pili, y perdona la expresión anterior; sólo me refería a lo último que dijiste relacionado con mi supervivencia.

Y aún Miguel tenía la generosidad de no herirme con saña. Pero yo era Sancho y sólo veía molinos.

— Perdonado. ¿Qué podría hacer yo para que desistieras de tamaña locura? Miguel, tienes un gran porvenir por delante como periodista, no lo eches por la borda por ideas tan confusas, producto de una situación ofuscante.

Él sólo veía senderos luminosos de fantasía.

— Es un salto hacia adelante, Pili, sólo eso. Se ha de tener decisión y valor alguna vez. No me pidas ser un satélite que gira y gira, sujeto por la gravedad que me impone tu mundo. Quiero ser una estrella errante.

Yo no sabía más que de un pobre mundo que me sustentaba.

—Extravagante, excéntrico, si descendemos a este mundo en el que no te quedará más remedio que vivir, eso es lo que serás.

— Ni me comprendes, ni me convences, Pili. Pili, debemos dejarlo.

Intentaba evitar que volara.

— No me da la gana, no al menos antes de que intente disuadirte. Pero ¿qué diablos tienes en esa cabeza?

—Quiero idear otros mundos, concebir otras personas, mundos sin normas y personas en libertad. Quiero que mis mundos sean pasivos, y no fuercen a las personas a la supervivencia permanente de las reglas, de los estereotipos...

— Y mientras tú te sumerges en tus mundos imaginarios, como dices, este mundo, en el que realmente estás, te jode hasta acabar contigo.

¡Qué instinto de supervivencia más primario el mío!

— Cuanto menos me imbrique en este mundo, menos estaré sujeto a sus cadenas, algo necesario para ese salto del que hablo. Sobrevivir para sólo pensar, debe exigir una muy pequeña cuota de mi imaginación.

— Hombre, eso de sólo pensar, bueno; algunos lo consiguen. ¿Y dónde colocarás a tus amigos, a tus amantes, a tu familia, por ejemplo,... a tus hijos? ¿Vas, también, a renunciar a ellos?

— En este mundo sólo son sombras que aparecen y desaparecen sin que yo las pueda retener. Las recrearé en mi mundo, un mundo especial para ellos. Quiero que mis seres queridos sean felices mientras yo les de existencia en mi mente. Desterraré para ellos el dolor y la angustia, el hambre y la ansiedad, los deseos frustrados y los placeres inalcanzables; desterraré para ellos conceptos como Dios, eternidad, premio, castigo, miedo, leyes... pautas establecidas de comportamiento, que sólo son obstáculos para su felicidad. Serán libres.

— O sea, que los apartarás de tu lado en sus formas reales, porque, inevitablemente, esos conceptos, esas miserias irán pegados a ellos. Pues que bien. El único que conseguirá ser feliz serás tú. Tú estás delirando, Miguel. ¿Y el resto, el resto de las personas?

— Sólo en mi imaginación habrá otras personas.

— ¿Y cómo serán en tus mundos?

— Dejaré que esos seres sólo se muevan al impulso de sus instintos naturales, en libertad.

— ¿Que vas a hacer? ¿Te vas a recluir en algún desierto? Y si no, ¿qué vas a hacer de tus semejantes reales?

— Serán sombras, ya lo dije.

— Te veo mal, Miguel, confuso, inestable, iluminado. Todo esto que hemos pasado te ha trastornado, pero confió en que pasará. Debes ser realista, que no es incompatible con ser soñador. Quiero comprenderte, pero no puedo ni quiero. Lo pintas magnífico; pero la realidad te hará despertar

de tu ensoñación y te hallarás ante un abismo sin posible retorno a los sueños normales, ante la frustración del despertar de los delirios.

— Entonces yo dispondré el fin. Hamlet se equivocaba pensando que somos cobardes.

— ¡Que horror!

— No te preocupes por mí, porque mientras viva seré feliz, como tú dices.

— Te debería mandar a tomar por el culo; pero estoy empezando a creer que hablas en serio o, al menos, desde un estado febril. Creo, Miguel, que debes descansar. Deberíamos ir a cenar; tendrás hambre, a no ser que puedas imaginar que no la tienes.

— No hay posibilidad de comunicación entre tú y yo. Tú eres de este mundo, yo voy a pasar de él.

— Démonos tiempo.

— El viejo tiempo está agotado. Estos dos días y medio ya han sido toda una vida, Pili. Me espera la eternidad que pueda imaginar.

— Como tú quieras, Miguel. Sólo quiero recordarte que ese hombre, que tanto ha influido en ti, no pudo prescindir de la compañía de otros seres semejantes, unos y otros fueron reales, Miguel; la imaginación de ese hombre sólo le sirvió para ser original, nada especial, como tú piensas.

— No pretendas entrar en el envase de mi cuerpo, y tampoco pretendas que me recluya en el tuyo. No encierres la rosa en una caja hermética, porque la ahogarás en su perfume.

— Miguel, déjame que te ayude, por favor. ¡ Por favor, Miguel...!

— ¿Crees que estoy enfermo? ¿Cres que estoy trastornado?... Es curioso, ahora comprendo por qué fueron considerados así todos los hombres que quisieron ser libres, todos los soñadores en mundos diferentes.

— Dame la oportunidad de crear una fantasía entre los dos.

— Las fantasías nacen de uno y viven en uno, no se diseñan. Déjalo, Pili.

— Si te pidiera que hiciéramos el amor, ¿aceptarías?

— Te agradezco que lo intentes todo. Pero no uses la palabra amor en vano, Pili. Dos amigos no pueden hacer el amor, sólo follarían, ¿es eso lo que me propones?

— No lo sé. Creo que no...

— Entonces, ya que no hay amor, déjame que lo imagine.

— ¿Que vas a hacer ahora? ¿No vamos a cenar?

— Si no te importa, quisiera regresar a casa, y solo. Quiero poner punto y final a todo esto. Podrás arreglártelas, supongo.

— Yo me quedaré; estoy de vacaciones, no te preocupes por mi.

— Te llevaré siempre conmigo..., en mi imaginación. Cuídate. Adiós, Pili.

— Adiós... Miguel.

He escuchado mil veces este último pasaje de nuestro encuentro y separación. He intentado intercalar con palabras mi sentimiento a posteriori, pero no soy capaz de mancillarlo. ¡Qué soledad siento cada vez que emprendes el vuelo! Adiós, Miguel. Fuiste durante dos días y medio el látigo que pudo conducirme al redil de la normalidad. Pero yo no era un ser dual, contingente, capaz de asirme al principio de que la oportunidad no hay que dejar se pierda en los laberintos del yo. Sin embargo, te agradezco que te fueras, porque sólo así mi yo ha podido encontrar el camino, el único camino que constituía la senda de mi vida afectiva, y por el que ahora marcho consecuente, sin trasgredir el sentir de mi alma cuando ésta se vuelve corazón.

A MANERA DE EPÍLOGO

Miguel. efectivamente, se despidió del periódico, y tuve que ser yo quién redactara un objetivo trabajo periodístico sobre aquel suceso. Nada supe qué fuera de Miguel hasta que apareció su libro en las vitrinas de las librerías. Cuando lo vi, lo primero que pensé es que, al menos, Miguel no había prescindido de sus semejantes reales, ya que los necesitaba como destinatarios de su obra. Esa consideración me reconfortó. Pensé que

aquello de las sombras no había pasado de ser una alegoría. Miguel estaba en este mundo y daba testimonio con su libro. Lo leí con pasión, como una joven que lee la primera carta de amor que recibe; pero la pasión fue dolorosa, como la que causa el desamor que sigue al primer encuentro con el amor y luego desapareces del mundo de tu ser amado.

Luego volví a ser el yo inevitable.

Aquel libro decía cosas terribles de los seres humanos, que sólo pudieron concebirse desde una imaginación enferma, escéptica y atormentada. Lo extraño es que a mí me parecieron reales en una primera sensación. Me acordé de las palabras de Miguel relativas a la inducción, y esto hizo ponerme en guardia. Pronto las rechacé haciendo uso de mi libertad de criterio. ¿Qué sentimientos provocó en los demás? No lo sé, tampoco me preocupa, de tan preocupada como me sentí por su autor. Con esa visión de sus semejantes, cualquier cosa podía haber sido de Miguel. En fin, sólo yo pude reconocer lo que inspiró su imaginación, y eso me hacía pensar que todo había sido un mal sueño, una pesadilla mía.

¿Qué fue de Miguel? Miguel, poco después de que apareciera su libro, murió en un estúpido accidente de carretera. No conducía; iba simplemente andando. ¿Fue ese el fin que él imaginó? Probablemente no, porque tan estúpido fue, que tuvo que ser real, nada imaginado, por eso fue calificado de accidente.

Algo más tengo que decir que no me resisto a callarlo, porque forma parte del extraño caso que vivimos juntos en aquel pueblo. Lo voy a hacer como añadido final a esta mi nueva edición de aquella historia, y sólo añadiré de mi parte una consideración final. Un día me llegó un sobre sin remitente y sin texto directo de quien, presumiblemente, tenía interés en que yo leyera su contenido. Dentro había una cuartilla escrita a máquina que transcribo tal cual.

«¿Es el cuartel de la Guardia Civil?... ¿Podría hablar con el sargento Martínez?... Soy Miguel Martín, el sargento me conoce... Hola, sargento... Eso es, aunque ya no soy periodista... Bueno; esa es una larga historia...Verá: ¿recuerda que el último día que nos vimos le dije que algún día le haría una sola pregunta?...Pues la pregunta se refiere a esa noticia que ha aparecido en los periódicos, sobre esos dos cadáveres encontrados en un pajar de un pueblo cercano al de usted... Ya me imagino que serán otros compañeros los que lleven el caso. Pero ¿tiene noticias de que hayan sido identificados los cadáveres?... ¿Tan deteriorados están?.. Un hombre y una mujer, claro, eso no se borra tan fácilmente... Ya, ya sé que van más de una pregunta; pero ninguna es la pregunta, la última pregunta, la última y única pregunta que quiero hacerle...Gracias una vez más, sargento. La pregunta se refiere a si el cura y la maestra regresaron al pueblo después de que los viéramos partir...Me lo imaginaba...No; no lo afirmo, sargento, me basta con imaginarlo... Bien, eso ya lo leeré en los periódicos. Ya no le molesto más, sargento. Puede que algún día pase a verlo. Adiós.»

Tú, lector, dirás: «está bastante claro», o algo parecido. Pues no, no está claro por el momento, porque aún hoy es el día que todavía esos cadáveres no han sido identificados.

Contén tu imaginación, haz como yo. Además, ¡que diablos!: «La imaginación es frecuentemente falsa, que cuando suplanta al pensamiento, eclipsa la mente por pasión, enfermedad o el sueño»..., y lo decía nada menos que Aristóteles. ¡Quién es, o era, Miguel para...!